

Poesías

José Zorrilla

Índice

*

Poesías

- o Prólogo
- o A la memoria desgraciada del joven literato Don Mariano José de Larra
- o Introducción
- o A Calderón
- o Toledo
- o El reloj
- o La luna de Enero
- o A una mujer
- o Oriental
- o A Venecia
- o Un recuerdo y un suspiro
- o A D. Jacinto de Salas y Quiroga
- o A.....
- o Oriental
- o La meditación
- o A la estatua de Cervantes
- o Elvira
- o Tarde de Otoño
- o Indecisión
- Eran aún los agitados días
- o Oriental
- o A un Torreón
- o La noche de invierno
- A D. Jenaro Villaamil
- o Recuerdos de Toledo
- * La Catedral
- o El día sin sol
- o Inconsecuencia
- A una tórtola

o La torre de Fuensaldaña
o La duda
o La Virgen al pie de la Cruz
o Napoleón
o A los individuos artistas del Liceo
Noviembre de 1837
o El Amor y el Agua
o A la muerte de.....
o La orgía
o El canto de los piratas
Traducción de Víctor Hugo.
o Oriental
o La plegaria
o La Juventud
o La amapola
o La noche y la inspiración
A mi amigo el artista D. Julián Romea.
o Un recuerdo de Arlanza
o A Roma
o La noche inquieta
* Fantasía
La última luz.
El silencio y la oscuridad.
El amanecer.
o Soledad del campo
o Soneto
Con el hirviente resoplido moja
o A Blanca
o Oda
o La margen del arroyo
o Al último rey moro de Granada, Boadil el Chico
o El velo
Traducción de Víctor Hugo.
o Vanidad de la vida
* Fantasía
o Tenacidad
o Soneto
o Tempestad de verano
* Fragmentos
o Recuerdo a N. P. D.
o La niña C. D. G.
o A una calavera
* Fantasía
o Las hojas secas
* A mi madre
o A Blanca
o Canción
o El crepúsculo de la tarde
o A un águila
* Oda

- o Oriental
- o Canción
- Música del Sr. D. S. Iradier.
- o A Mariana
- o Canción
- o Oriental
- * A María
- * Plegaria
- o Poco me importa
- * Canción
- o Himno
- * a S. M. la Reina Doña Isabel II, en sus días.
- (Música del Maestro Iradier)
- o A D. Wenceslao Ayguals de Izco
- * Epístola
- o A mi amigo Wenceslao Ayguals
- * Director de La risa .
- o Vigilia
- o Gloria y orgullo
- o Pereza
- o Cadena
- o En un álbum
- o Misterio
- * A mi amigo D. Antonio García Gutiérrez.
- o Composición
- Leída por los actores en el teatro del Príncipe en los días 6 de Septiembre y 11 de Octubre de 1839.
- o A la luna
- o Horizontes
- o Impresiones de la noche.
- o Fe
- o A España artística
- * Soneto
- o Ira de Dios
- * El ángel exterminador
- o Romance
- o La sorpresa de Zahara
- * Romance de 1841
- o Príncipe y Rey
- * Romance histórico
- o La cortina verde
- o Justos por pecadores.
- o Un apéndice a las ventanas de la Duquesa
- o A luengas edades luengas novedades
- o El paso de armas de Beltrán de la Cueva
- o Recuerdos
- o Favor de Rey
- o Los borceguíes de Enrique II
- o Notas
- o Una aventura de 1360

- o Las estocadas de noche
- o Justicias del Rey D. Pedro
- o Para verdades el tiempo y para justicias Dios
- * Tradición
- o Honra y vida que se pierden, no se cobran, mas se vengan
- * Introducción
- * Primera parte
- * Segunda parte
- o Recuerdos de Valladolid
- Tradición
- o A buen juez, mejor testigo
- Tradición de Toledo
- o Las dos rosas
- o El niño y la maga
- * Fantasía
- o El caballero de la buena memoria
- * Leyenda tradicional
- o A mi amigo D. Juan Eugenio de Hartzenbusch
- o El capitán Montoya
- * - I -
- La cruz del olivar
- * - II -
- Cuchilladas en la calle
- * - III -
- Ofertas
- * - IV -
- El capitán don César
- * - V -
- Insuficiencia del poeta
- * - VI -
- El novio
- * - VII -
- Doña Inés
- * - VIII -
- Aventura inexplicable
- * - IX -
- * - X -
- Hechos y conjeturas
- o Nota de conclusión
- o El escultor y el duque
- Cuento dedicado a la Señora Doña Matilde O'Relly de Zorrilla.
- o La azucena silvestre
- Leyenda religiosa del siglo IX
- * Primera parte
- * Capítulo primero
- En que comienza la narración de la presente historia
- * Capítulo II
- De las razones que tuvieron el Conde y su Hija para emprender una peregrinación a Montserrat, y lo que allí pasó.
- * Capítulo III

Que trata de un misterio que se aclara más adelante y en oportuno lugar

* Capítulo IV

Donde verá el lector un capricho que tuvo el autor al escribir la presente leyenda

* Segunda parte

* Capítulo V

De la extraordinaria alimaña que los monteros del conde de Barcelona cazaron en las Peñas de Montserrat.

* Capítulo VI

De la extraña metamorfosis del enjaulado monstruo

* Capítulo VII

El Conde y Guarino

* Capítulo VIII

La azucena silvestre

Índice alfabético

* ¡Ahí estás tú, secreto de la vida

* Allí está lo que el mundo llama mundo

* Allí está, Venecia, la dueña opulenta

* Aparta de tus ojos la nube perfumada

* Aun niño, me contaron

* ¡Ay! Aparta, falaz pensamiento

* Ayer el alba amarilla

* Bajad del monte al escondido valle

* Bella es la luz de la rosada aurora

* ¡Bello es vivir; la vida es la armonía!

* Bendita mil veces la luz desmayada

* Broté como una yerba corrompida

* Cólrame, Juana, el cincelado vaso

* Con cien cautivos llevamos

* Con furia en el bosque luchaban los vientos

* ¿Conque ni puertas ni rejas

* Corriendo van por la vega

* ¡Cuán descansadamente

* Cuando a las puertas del nacer llamamos

* Cuando al escribir en ellas

* Cuando en la noche sombría

* Cuando su luz y su sombra

* Cuando tras vela afanosa

* ¡Cuán risueña es el alba de la vida

* Déjame oír tu misterioso canto

* De la luna a los reflejos

* Despierta, Blanca mía

* Dicen que todo al fin se desvanece

* Dos gigantes los siglos nos trajeron

* Dueña de la negra toca

* El prado está sin verdura

* El sol abre su oriente

* En las frondosas campiñas

* En manos del placer adormecido

* En medio de un aposento

- * Entre pardos nubarrones
- * En un confín recóndito del cielo
- * En un escondido valle
- * En un rincón de Castilla
- * En un salón adornado
- * Eran aún los agitados días
- * Era un día de orgía y de locura
- * Esa es su sombra.....; el alma, avergonzada
- * Es Clara una hermosa niña
- * Escucha, hermosa cristiana
- * Es el poeta en su misión de hierro
- * Ese vago clamor que rasga el viento
- * ¡Espléndida cabalgata!
- * Está la noche serena;
- * Está Zahara en una altura
- * Es una noche tranquila
- * Flor solitaria y silvestre
- * Gigante sombrío, baldón de Castilla
- * Hartas ¡oh patria! lágrimas corrieron
- * Hay pensamientos que en la mente viven
- * Hay una antigua capilla
- * Hay unas horas sin hora
- * Helos al pie de la cruz
- * Hizo al hombre, de Dios la propia mano
- * Juan Ruiz y Pedro Medina
- * La noche no tiene ruido
- * La noche, sobre el mundo desplomada
- * Lanzó al mundo en mitad de las tinieblas
- * Larga y pesada es la noche
- * Las lágrimas de los ojos
- * La sombra nos cobija
- * ¡Lejos de mí, placeres de la tierra
- * Limpia es la noche y callada
- * Mañana voy, nazarena
- * Más pura que la luz de blanca luna
- * Me dicen que medio mundo
- * Mi nombre fué don Enrique
- * Mi querido Juan Engenio
- * Muerta la lumbre solar
- * Nace la rosa, y su botón despliega
- * Negra, ruinosa, sola y olvidada
- * Niña que creces ufana
- * No sé si por el valle de la vida
- * ¡Oh! Que me place, Blanca
- * ¡Orgía, dadme flores!
- * Perdidas de Villalar
- * Pintor: el viento se estrella
- * Por entre moradas nubes
- * Prestadme el dulce canto
- * Pues en ti, fuente, se mira

- * Qué dulce es ver muellemente
- * Qué te harás sola en el sepulcro lóbrego
- * Qué tenéis, hermanos míos?
- * Río Arlanza, si las fuentes
- * ¡Salve, fértil campiña y prado ameno
- * Sentado en una peña de este monte
- * Serrana, ve si ha de ser
- * Sobre ignorada tumba solitaria
- * Son unas horas después
- * Sube pájaro audaz, sube sediento
- * Tienes ¡oh Wenceslao! cosas diabólicas
- * ¡Torpe, mezquina y miserable España
- * Tórtola que solitaria
- * Triste canta el prisionero
- * Triste y lóbrega es la noche
- * Una ciudad riquísima, opulenta
- * Velaba entonces el cielo
- * Y al fin de tanto temer
- * Ya viene el revuelto otoño
- * Yo he sentido bramar al ronco viento

Poesías

José Zorrilla

Prólogo

Era una tarde de Febrero. Un carro fúnebre caminaba por las calles de Madrid. Seguíanle, en silenciosa procesión, centenares de jóvenes con semblante melancólico, con ojos aterrados. Sobre aquel carro iba un ataúd, en el ataúd los restos de LARRA, sobre el ataúd una corona. Era la primera que en nuestros días se consagraba al talento; la primera vez acaso que se declaraba que el genio es en la sociedad una aristocracia, un poder. La envidia y el odio habían callado; los hombres de la moralidad dejaban para después la moral tarea de roer los huesos de un desgraciado, y nadie disputaba a nuestro amigo los honores de su fúnebre triunfo. Todos tristes, todos abismados en el dolor, conducíamos a nuestro poeta a su capitolio, al cementerio de la Puerta de Fuencarral, donde las manos de la amistad le habían preparado un nicho. Un numeroso concurso llenaba aquel patio pavimentado de huesos, incrustado de lápidas, entapizado de epitafios, y la descolorida luz del crepúsculo de la tarde daba palidez y aire de sombras a todos nuestros semblantes. Cumplido ya nuestro triste deber, un encanto inexplicable nos detenía en derredor de aquel túmulo; y no podíamos separarnos de los preciosos restos que para siempre encerraba, sin dirigirles aquellas solemnes palabras que tal vez oyen los muertos antes de adormecerse profundamente en su eterno letargo. Entonces el Sr. ROCA DE TOGORES, levantando penosamente de su alma el peso de dolor que la oprimía, y como revistiéndose de la sombra del ilustre difunto, alzó su voz: LARRA se despidió de nosotros por su boca, y nos refirió por la vez postrera la historia interesante de sus borrascosos, brillantes y malogrados días. En aquel momento nuestros corazones vibraban de un modo que no se puede hacer comprender a los que no le sientan, que los mismos que le hayan sentido, le habrán ya olvidado, porque de los vuelos del alma, de los arrebatos del entusiasmo, ni se forma idea, ni queda memoria; que en ellos el espíritu está en otra región, vive en otro mundo; los objetos hacen impresiones diversas de las que producen en el estado normal de la vida, el alma ve claros los misterios, o cree, porque lo siente, lo que tal vez no puede comprender. Se ve entonces a sí misma, se desprende y se remonta del suelo; conoce, ve, palpa que ella no es el barro de la tierra, que otro mundo la pertenece, y se eleva a él, y desde su altura, como el águila que ve el suelo y mira al sol, sondea la inmensidad del tiempo y del espacio, y se encuentra en la presencia de la divinidad que en medio del espacio y de la eternidad preside. Entonces no se puede usar del lenguaje del mundo, y el alma siente la necesidad de otra forma para comunicar lo que pasa en su seno. Tal era entonces nuestra situación. No era amistad lo que sentíamos; no era la contemplación profunda de aquella muerte desastrosa, de aquella vida cortada en flor, la vista de aquel cementerio, la inauguración de aquella tumba, la serenidad del cielo que nos cubría, la voz elocuente del amigo que

hablaba; no era nada de esto, o más que todo esto, o todo esto reunido para elevarnos a aquel estado de inexplicable magnetismo en que en una situación vivamente sentida por muchos, parece que se ayudan todos a sostenerse en las nubes. ¡Ah! Pero nuestro entusiasmo era de dolor, y llorábamos (sábelo el cielo y aquellas tumbas), y al querer dirigir la voz a la sombra de nuestro amigo, pedíamos al cielo el lenguaje de la triste inspiración que nos dominaba, y buscábamos en derredor de nosotros un intérprete de nuestra aflicción, un acento que reprodujera toda nuestra tristeza, una voz donde en común concierto sonasen acordes las notas de todos nuestros suspiros. Entonces, de en medio de nosotros, y como si saliera de bajo aquel sepulcro, vimos brotar y aparecer un joven, casi un niño, para todos desconocido. Alzó su pálido semblante, clavó en aquella tumba y en el cielo una mirada sublime, y dejando oír una voz que por primera vez sonaba en nuestros oídos, leyó en cortados y trémulos acentos los versos que van insertos en la página primera de esta colección, y que el Sr. ROCA tuvo que arrancar de su mano, porque, desfallecido a la fuerza de su emoción, el mismo autor no pudo concluirlos. Nuestro asombro fue igual a nuestro entusiasmo; y así que supimos el nombre del dichoso mortal que tan nuevas y celestiales armonías nos había hecho escuchar, saludamos al nuevo bardo con la admiración religiosa de que aun estábamos, poseídos, bendijimos a la Providencia que tan ostensiblemente hacía aparecer un genio sobre la tumba de otro, y los mismos que en fúnebre pompa habíamos conducido al ilustre LARRA a la mansión de los muertos, salimos de aquel recinto llevando en triunfo a otro poeta al mundo de los vivos y proclamando con entusiasmo el nombre de ZORRILLA.

No he recordado aquí esta tarde por el placer de describir una escena grande y poética. Más poética y más grande fue, seguramente, que mi descolorida descripción, aunque en el torrente de las escenas que a nuestros ojos pasan, ya se haya hundido, y ya casi todos la hayan olvidado. El autor de estas líneas no podrá borrarla de su memoria. Entonces empezó a sentir hacia el ilustre poeta a quien las consagra, el afecto que con él le une, y que es demasiado tierno para que no forme época en su vida: entonces empezó el público a conocer las producciones de este ingenio; y la, impresión que de ellas ha recibido es demasiado profunda para que no se marque muy distintamente en los anales de la literatura contemporánea. Pero no ha sido ésta precisamente la razón de recordar aquella escena. Yo he tomado nota de ella, y la he consignado al frente de estas páginas, porque aquella original aparición me ha sugerido las reflexiones que voy a hacer sobre la índole y carácter de estas poesías.

Cuando oímos los versos de que acabo de hacer mención, todos los que tuvimos la fortuna de escucharlos, sentimos la inspiración que los había dictado, y comprendimos el idealismo en que estaban concebidos, porque también nosotros estábamos inspirados, y también nuestra existencia vagaba por las regiones de lo ideal y de lo eterno. Nos hallábamos al nivel del autor, a la altura de su mismo genio, y en estado de sentir lo que él tal vez no hizo más que expresar; porque entonces, como los primitivos poetas, como los bardos en sus banquetes, como PÍNDARO en los juegos olímpicos, tomaba entusiasmo de nuestro entusiasmo, llanto de nuestro llanto: era el foco del espejo, y reflejábanse en él concentrados los rayos que tal vez de nosotros mismos partían. Así que a nadie pudo ocurrírsele que aquella producción no fuese natural, espontánea, como su mirar, como su acento, como el color de su semblante y el llanto de sus ojos. Nadie pudo ver en ella la imitación de tal autor, o los principios de tal escuela: nadie discutió si era clásica o romántica, oriental o filosófica. Era una composición de allí, de aquel poeta, de aquel momento, de aquella escena, para nosotros, en, nuestra lengua, en nuestra poesía, en poesía que nos arrebató, que nos electrizó, que comprendimos, y sobre cuyo mérito, género y formas no se suscitaron discusiones ni críticas. Y, sin

embargo, el autor la había escrito algunos momentos antes de aquella reunión, a solas en su gabinete, sin auditorio que le escuchara, y bajo la inspiración de su dolor y de su genio. Si a solas también la hubiera leído a cada uno de sus oyentes, ¿hubiera producido el mismo efecto? ¿La hubieran hallado tan ideal, tan bella, tan original y tan espontánea? No, seguramente. Para uno hubiera sido incomprensible una frase: otro hubiera encontrado exageración o falta de verdad en un pensamiento: un oído fino hubiera sentido flojo, duro o arrastrado, algún verso: un entendimiento metódico observaría la falta de orden, de conexión y enlace entre sus ideas: cuál la tendría por vaga, y haría notar que su lectura no dejaba en el alma ninguna idea fija; y ¿qué más? La mayor parte tal vez no hubiera visto en ella más que una imitación de Víctor Hugo o de Lamartine. Pues lo que hubiera sucedido a aquella composición así leída, sucede todos los días, no precisamente con respecto al público, sino con respecto a los inteligentes y críticos, con otras que se han dado a luz. Todos ellos suscitan las mismas vanas y ociosas cuestiones; y sólo los corazones sensibles y no gastados, que se entregan de buena fe al ímpetu del sentimiento, y que, unísonos desde luego al tono del poeta, vibran con todas las modulaciones de su laúd, y obedecen a todos los caprichos de su inspiración, se encuentran, con respecto a las demás poesías de este autor, en el caso en que todos nos hallamos cuando su aparición en el cementerio. Entonces su inspiración había volado sola adonde nuestro entusiasmo voló después: después su inspiración siguió siempre la misma, tal vez mas poderosa, más alta, más fuerte, más profunda; pero no siéndonos siempre posible ponernos en la esfera de su atracción, vemos a veces sus cuadros desde un punto en que no tienen perspectiva, o no oímos de su lira más que el ruido de los trastes. De ahí la mayor parte de esas disputas y críticas: de ahí esas frases incomprensibles para los que quisieran hallar en los versos ecuaciones y silogismos: de ahí ese gongorismo para los que piensan que la poesía es sólo un modo de hablar, y no un modo de sentir, una manera de ser: de ahí, en fin, la pretensión de que estos versos son imitaciones de un autor, o doctrinas de una escuela, por parte de los que todavía están aferrados en creer que la poesía es ¡un arte de imitación! y que puede ser un método de hacer exposiciones de teorías políticas o sistemas filosóficos. Empero los que tienen corazón y alma, y los que saben que con el corazón y con el alma, y no con los dedos y con las palabras, se hacen los versos, saben también lo que significan estas impugnaciones y lo que hay en ellas de verdadero o inexacto. El autor de este prólogo está muy distante de creer que sean obras perfectas de primeros preludios poéticos del amigo a quien le consagra, y el entusiasmo que le arrebató no le ciega; ha querido, sin embargo, demostrar cómo muchos de los defectos que se atribuyen a una obra, pueden consistir en el modo de juzgarla, y sobre todo ha querido protestar contra ese tema de que es imitación y amaneramiento de escuela lo que es tan espontáneo y tan natural como las flores del campo y como las rocas de los montes. Siglos hay, sí, que inspiran un mismo tono a todo aquel que los canta, principios, ideas y sentimientos generales, dominantes, humanitarios, que, presidiendo a una época y a una generación, se reproducen en todas sus obras y bajo todas sus formas. Pero entonces la analogía no es el plagio, la semejanza no es la imitación, ni la consonancia el eco: entonces, por el contrario, la conformidad es el sello de la inspiración y de la originalidad: entonces dos obras se parecen, y distan entre sí un mundo entero: entonces dos autores se imitan sin conocerse: entonces se notan armonías y correspondencias entre la Biblia y HOMERO: entonces se copian SHAKESPEARE y CALDERÓN. Es un sol refulgente que reverbera en todos los cuerpos que ilumina: es una luna melancólica que reproduce todos los objetos que baña con sus pálidos rayos. Sí. El siglo de BYRON, de HUGO y de CHATEAUBRIAND, debe inspirar también a los Yates españoles; pero su inspiración no dejará de ser de ellos, y de ser española, como del siglo, y de los objetos

que canten. Póngase cada uno a mirar sus cuadros a la luz que alumbraba: verá tal vez en su fondo el reflejo del cielo que los cubre, pero no colores prestados de ajena paleta. Fórmese para cada composición un teatro como el del cementerio, y verán todos en ella la inspiración original, la naturalidad, la unción, la verdad, la belleza ideal y la celestial armonía que creyeron ver en la primera; percibirán clara y luminosamente lo que algunos no comprendieron, se sentirán en la presencia real de lo que tal vez les pareció visión y quimera, les sorprenderá la exactitud de lo que creyeron exagerado, y hallarán, por último, que lo que afectan llamar romanticismo, no es más que la poesía, la naturaleza, la verdad.

A otra serie de reflexiones ha dado además lugar en mi alma la escena de aquella tarde, reflexiones que algunos no comprenderán tampoco, y que otros muchos comprenderán solamente para fulminar contra ellas el anatema del ridículo, y para acogerlas con la sardónica ironía que entre nosotros se afecta hacia todo lo que no es materialmente positivo y humanamente lógico, hacia todo lo que propende a hacer intervenir al cielo en lo que pasa en la tierra. Yo, empero, que creo en un orden de cosas superior al orden de los fenómenos que a nuestra razón y a nuestros sentidos es dado percibir y explicar; yo, que estoy persuadido de que no se hallan entre nosotros todas las causas de lo que a nuestros ojos sucede, acostumbrado a ver la mano de la Providencia en los sucesos al parecer más insignificantes de la vida, no es mucho que la conozca en aquellas ocasiones en que más ostensiblemente y con más solemnidad quiere como revelarse a nuestra vista. Sí; un poeta puede confesarlo, puede decir que cree en las causas finales, que cree en la predestinación, y que creo que si la humanidad toda concurre, a la obra que la inteligencia suprema le ha trazado, cada hombre, y sobre todo cada especialidad, concurre a un objeto fijo y determinado. Sin esta creencia, el libro del mundo es un enigma incomprensible, y el de la historia un tejido de absurdos. Fiel a esta creencia, y juzgando que LARRA era algo en la tierra, que en esta nación, en esta agregación de nulidades donde su existencia descollaba con tanto brillo, no en vano sus producciones habían fijado tan vivamente la atención pública, y que su pérdida dejaba un vacío no sólo en la literatura, sino en la sociedad; cuando a orillas del sepulcro del malogrado escritor que nos dejaba, vi brotar el poeta que nacía, el hecho era de demasiado bulto, la aparición demasiado fatídica para no reconocer en el nuevo genio una misión tan especial como la del primero. Los presentimientos que hasta ahora he tenido, fundados en esta opinión, no han sido nunca vanos: el que aquella tarde tuve, no lo ha sido tampoco. Los acentos del nuevo bardo sorprendieron desde luego y arrebataron. Agitado de la calentura del genio y de la maravillosa fecundidad de que le ha dotado el cielo, en pocos meses ha lanzado al público una multitud de composiciones que no pasaron efímeras, como la mayor parte de las fugitivas producciones de nuestros días, o conocidas sólo de los inteligentes, como las de épocas anteriores. Recibidas ora con admiración, ora con extrañeza, ora con entusiasmo, ora con desagrado, según las ideas y carácter de cada uno, no lo han sido nunca con indiferencia. Leídas y releídas, decoradas y oídas y recitadas por todos, el ansia con que se buscan los periódicos donde se publican algunas, ha obligado a recogerlas en la presente colección. Y no sólo en elogios y alabanza ha consistido su popularidad. También son ellas las que más críticas o invectivas han suscitado; también han sido parodiadas, y puestas en ridículos, o imitadas por malos poetas, que es la más infeliz parodia; también han sido tachadas de inmorales, de incomprensibles, y hasta equiparadas en algún artículo de periódico a los discursos de varios célebres oradores de nuestras actuales Cortes. Pues bien: esta novedad y admiración, esas sátiras o invectivas, esas imitaciones de la medianía y esas hostilidades de la envidia, son el grande éxito, la corona del talento, el sello de la especialidad. Parece que nuestra época se afanaba en producir un poeta que estuviese a

su nivel y en armonía con ella, que fuese como el representante literario de la nueva generación, de sus ideas, de sus sentimientos y creencias: varios jóvenes, al parecer con esta esperanza y con éxito más o menos feliz, se habían presentado hasta ahora en la escena; y el público no dejó de vislumbrar en ellos ráfagas de nueva luz, y sentir aliento de nueva vida; pero a la aparición de ZORRILLA ha visto ya el oriente de un astro muy luminoso. Tibios todavía sus primeros rayos, han despertado en su derredor todo un hemisferio de poesía, y si aun no ha nacido el sol, estrellas muy resplandecientes se eclipsaron ya ante su brillante crepúsculo. Si sus preludios marcan una aurora, sus cantos sellarán una época; si su aparición ha sido fatídica, su poesía será providencial; si el eco de su voz ha sobrecogido y su primera inspiración fascinado, muy trascendental y poderosa será la influencia que debe ejercer, y más anchurosa de lo que se cree la esfera de acción en que debe obrar su impulso.

¿Cuál será, empero, esta acción? ¿Cuál será el desarrollo de este germen? ¿Cuál será este fin? Yo he podido adivinarlo, pero no me atreveré a predecirlo, porque los arcanos del destino no se explican, ni los vuelos del genio se calculan. Permítasele, sin embargo, a un alma también poética formar esperanzas; y para formularlas y para dar una idea de las conjeturas que sobre lo futuro se presentan a su fantasía, permítasele entrar en explicaciones del aspecto bajo que las cosas presentes se ofrecen a sus ojos. La imaginación, la amistad, el entusiasmo, podrán ejercer grande influencia en este análisis; pero el corazón, el sentimiento, la fantasía, son el único método analítico aplicable a las obras de un poeta.

En el estado actual de nuestra indefinible civilización, la poesía, como todas las ciencias y artes, como todas las instituciones, como la pintura, la arquitectura y la música, como la filosofía y la religión, ha perdido su tendencia unitaria y simpática, y sus relaciones con la humanidad en general, porque no existiendo sentimientos ni creencias sociales, carece de base en que se apoye, y de lazo que a la humanidad la ligue. Sin poder proclamar un principio que la sociedad ignora, sin poder encaminarse hacia un fin que la sociedad no conoce, ni dirigirse hacia un cielo en que la sociedad no cree, la poesía, dejando una región en la que no hallaba atmósfera para respirar, se ha refugiado, como a su último asilo, a lo más íntimo de la individualidad y del seno del hombre, donde, aun a despecho de la filosofía y del egoísmo, un corazón palpita y un espíritu inmortal vive. Pero el hombre en su aislamiento es el más miserable y desgraciado de los seres. La Providencia ha hecho necesaria para fin dicha y su perfectibilidad la asociación; asociación que no es el agregado de muchos individuos de la especie humana, sino el conjunto de las facultades que en común poseen, la comunión de sus ideas y de sus sentimientos, de la inteligencia y de la simpatía. Mas hay épocas tristes para la humanidad, en que estos lazos se rompen, en que las ideas se dividen, y las simpatías se absorben; en que el mundo de la inteligencia es el caos, el del sentimiento el vacío; en que el hombre no ejercita su pensamiento sino en el análisis y en la duda, y no conserva su corazón sino para sentir la soledad que le rodea y el abismo de hielo en que yace. Entonces el genio puede volar aún, pero vuela, como el Satanás de MILTON, solitario y por el caos: el sol le causa pena, la belleza del mundo, envidia. Su poesía es solitaria como él, y como él triste y desesperada. Canta o más bien llora sus infortunios, su cielo perdido, el fuego concentrado en su corazón, las luchas de su inteligencia, y las contrariedades de su enigmático destino. Sus relaciones con la naturaleza no pueden ser expansivas, ni sus relaciones con los hombres simpáticas. Replegado en su individualismo, sus relaciones con Dios podrán aún ser muy vivas; pero solo en su presencia, si la reconoce, y solo en el universo, si tal vez ha renegado de la Providencia, los himnos que debían consagrarse a una religión de amor, serán solamente gritos de desesperación y de impío despecho, o extravíos de un abstracto y estéril misticismo. Tal

es a mis ojos el carácter de la época presente; tal es también su poesía; la poesía dominante, la poesía elegiaca actual, poesía de vértigo, de vacilación y de duda, poesía de delirio o de duelo, poesía sin unidad, sin sistema, sin fin moral, ni objeto humanitario, y poesía, sin embargo, que se hace escuchar y que encuentra simpatías, porque los acentos de un alma desgraciada hallan dondequiera su cuerda unísona, y van a herir profunda y dolorosamente a todas las almas sensibles en el seno de su soledad y desconsuelo. ZORRILLA ha empezado, y no podía menos de empezar, por este género. Hijo del siglo, le ha pagado también su tributo de lágrimas; ha pasado por bajo el yugo de su tiranía; ha llorado también a solas y ha dado al viento sus sollozos; ha golpeado su frente de poeta contra el calabozo que le aprisionaba; ha forcejeado por quebrantar cadenas que no son lazos; ha invocado el auxilio de un Dios, y ha renegado del cielo; ha cantado el éxtasis de los bienaventurados y saludado a la Reina de los ángeles, y ha lanzado gemidos de desesperación infernal, y llamado en su socorro la muerte y la, nada.

Y cuando la fuerza expansiva de la inspiración, arrancándolo de su individualismo, le lanzó a más ancha esfera y le hizo recorrer a pesar suyo la sociedad que se agitaba a su alrededor, no se deslumbraron sus ojos con el brillo que despedía el oropel de la civilización, sino que, intuitivamente penetrantes, bien conocieron sobre el lecho de oro y púrpura a la enferma que agonizaba abandonada y sola, y bien acertaron a ver más allá, bajo la suntuosa lápida del sepulcro. cincelado, la brillante mortaja de seda y pedrería pronta a cubrir la fetidez de un cuerpo presa ya de la gangrena y de la muerte. El instinto perspicaz de su inspiración le ha presentado al mundo moral en su espantosa anarquía y desnivel, en su desorganización y fealdad. Y arrebatado a tal vista de un vértigo de tristeza y amargura, asomó a sus labios aquella risa horriblemente sardónica con que el hombre en el último extremo de desesperación y miseria, escarneciendo a los demás y a sí mismo, pregunta al cielo, como burlándose, qué es lo que tal desorden significa, duda si se debe tomar en serio la suerte de la humanidad, mezcla reflexiones profundas y terribles con sátiras amargas y ridículos contrastes, y entre el llanto de un funeral hace oír las carcajadas de una orgía. Entonces, evocando la sombra de Cervantes, tiene con ella el singular diálogo en que nuestro poeta se mofa de sus tiempos tan a su sabor (si bien con otra hiel y tristeza) como aquel genio inmortal parodiaba a los suyos. Entonces, personificando en Venecia a todas las naciones degradadas y a todos los pueblos corrompidos, después de haber descrito en versos dignos de CALDERÓN y de BYRON la grandeza de su antiguo poderío y el polvo y cieno en que desde su elevación se hundieron, repentinamente levanta una carcajada para apagar sus gemidos, y termina su fúnebre canto entro la báquica algazara de un festín, como se suele ver en tiempos de peste y mortandad entregarse los hombres a desórdenes y excesos, para apurar los goces de su existencia amenazada entre la embriaguez de los placeres. Y por último, en otro momento de inspiración más poderosa y más profunda, abarcando en un solo golpe de vista eminentemente sintético el cuadro de todos los vicios y de todas las monstruosas desigualdades de la sociedad, la pinta de una sola pincelada en cuatro versos dignos de la pluma de LAMENNAIS y que equivalen a todo un volumen de filosofía, en que, dirigiendo sobre el banquete de la vida una mirada más terrible que la de DANIEL sobre el convite de BALTASAR, dice que

Unos cayeron beodos,

Otros de hambre cayeron,

Y todos se maldijeron,

Que eran infelices todos.

Empero lo que más caracteriza al genio, es no ser exclusivamente órgano de la época en que vive y presentir lo que nace en medio de las inspiraciones de lo que existe. Así HOMERO adivinó los tiempos de LICURGO y de SOLÓN, así VIRGILIO casi pertenece al Cristianismo y a la Edad Media, así el DANTE apenas se concibe cómo haya escrito en el siglo XIII, así CERVANTES en una edad caballeresca todavía predecía y aceleraba el prosaísmo del siglo XVIII; y por eso el instinto de todos los pueblos ha reconocido siempre en la inspiración poética el don de la profecía. El genio actual conserva aun reconcentrado todo lo que en la humanidad debía haber y todo lo que habrá sin duda, porque todavía sus gérmenes existen, no en la sociedad, pero sí en sus individuos; para él aun puede haber creencias y virtudes, o ilusiones y amor y abnegación, y heroísmo o interés que no sean de la tierra, y un pensamiento de Dios, una memoria del cielo, una esperanza de inmortalidad. Por eso nuestro poeta no tardó en conocer que la poesía a que le arrastraba su siglo era estéril y transitoria, como debe serlo esta época de desorganización y de duda, como debe serlo el egoísmo que nos disuelve, y el escepticismo que nos hiela; y parándose en su carrera y apartándose de la boca del tártaro adonde caminaba, y subiéndose a un puesto más avanzado y más digno de su misión, ha visto la naturaleza bella, risueña, iluminada, viva y animada como Dios la creó, para servir de teatro a la virtud y a la inteligencia del hombre; y tiñendo su pluma de los colores del iris, y de los celajes del Oriente ha dirigido a la humanidad palabras de amor y consuelo, himnos de bendición y alabanza al Creador.

¡Bello es el mundo! ¡Si! ¡La vi la es bella!

Dios en sus obras el placer derrama.

Entonces, en medio del negro horizonte que le circundaba, una brisa de esperanza agitó su alma, y un rayo del sol del porvenir iluminó su frente; empero su masa, antes de lanzarle en las profundidades de lo futuro, quiso anudar en su espíritu la cadena de las tradiciones, sin las que no hay sociedad ni poesía, y llevarle a recorrer primero los venerables restos de lo pasado. Su imaginación debía encontrar todavía en ellos una sociedad homogénea y compacta de religión y de virtud, de grandeza y de gloria, de riqueza y sentimiento, y su pluma no pudo menos de hacer contrastar con lo que hay de mezquino, glacial y ridículo en la época actual, con lo que tienen de magnífico, solemne y sublime los recuerdos de los tiempos caballerescos y religiosos. Y el primero entre nuestros poetas que ha sentido la necesidad de buscar en estas creencias y tradiciones los gérmenes de grandeza y sociabilidad que abrigaban, y que es preciso desenterrar de los abismos de lo pasado los tesoros del porvenir, ha sido también el primero a dar vida poética a nuestros olvidados monumentos religiosos, y a poner en escena las sagradas y grandiosas solemnidades que hacían las delicias de nuestros padres. Bajo su pluma vemos levantarse de entre el polvo y el cieno que la cubren como un sepulcro olvidado,

la severa capital del imperio godo, revestida del armiño de sus reyes y de la púrpura de sus prelados, guerrera como sus héroes y sus armas, religiosa y política como sus concilios: trocada después por el árabe voluptuoso en una mansión de placeres, asistimos a sus fiestas y a sus torneos y caballerescas justas, perfumados de los aromas de Oriente, adornados de galas, plumas, seda y pedrería, y respirando el aliento de las huríes de Mahoma; pero en seguida vemos alzarse gigantesca, y descollar por sobre todas estas memorias, la catedral primada, símbolo arquitectural del Cristianismo, con los estandartes de piedra de sus torres, con las lenguas de bronce de sus campanas, y presenciamos los sagrados ritos de la religión más bella que ha existido sobre la tierra, oímos el órgano cantando sus solemnes misterios por la céntuple garganta de los tubos de metal, y escuchamos a la par el canto de los sacerdotes, el crujir de sus tísúes y brocados, y nos deslumbra el brillo de mil lámparas reflejado en el oro de los altares y en los diamantes del tabernáculo; y prosternados con el pueblo que asiste a tan grandioso espectáculo, nos embriagamos de luz y de armonía, de aroma de incienso y de música del cielo, y se apodera de nosotros el éxtasis que remeda en la tierra el arrobamiento santo de los bienaventurados. En aquel momento los gemidos de dolor cesan; los sollozos de amargura, los ayes de impotencia y despecho se convierten en lágrimas de santa ternura y en himnos de esperanza; el desprecio de la vida y el odio a los hombres da lugar a la idea de la inmortalidad, premio de una existencia de virtudes y amor. La sociedad que veíamos dispersa sobre la superficie de la tierra, reunida bajo las bóvedas del templo nos parece no tener más que un sentimiento, una voz, una oración que elevar al cielo con el humo de sus ofrendas: allí están todas las artes; allí está la música, la pintura, la escultura, la arquitectura, todas concurriendo a un fin común, todas formando un concierto de los talentos del hombre: el templo abarca toda la vida: la religión completa el cuadro de la poesía como es la clave de la sociedad; y al volver de nuestro arrobamiento, al sentirnos en la realidad de nuestra existencia, no podemos menos de consagrar un suspiro de pesar por esos bellos tiempos que se han perdido, un ¡ay! por esos placeres de nuestros padres, por esa fe que alimentaba su vida, una lágrima por esa religión abandonada. un movimiento de sagrado respeto hacia las venerandas reliquias que de ellas nos quedan. Tal es el efecto de las variadas y profundas sensaciones que este poeta sabe excitar con su maravilloso canto; tal es el cuadro que presentan a mis ojos las páginas de un libro donde algunos no verán tal vez más que figuras dislocadas, versos inconexos, ideas contradictorias; tal es el pensamiento unitario, trascendental y profundamente filosófico que resulta de estas inspiraciones; la idea moral que preside a su redacción, y el hilo de unión que liga con una trama invisible, pero fuerte, los varios trozos de este mosaico precioso. Pero este pensamiento y esta moralidad la buscarán en vano los que crean hallarla en máximas y en tiradas de sentencias. Para lectores de esta clase no ha escrito ZORRILLA, ni, a la verdad, yo tampoco. La filosofía de que yo hablo es una filosofía viva, animada, que transpira y brota en las cosas y no en las palabras, como un jardín delicioso inspira ideas de placer, como, la armonía de un concierto infunde sentimientos de amor o de melancolía, como la vista del cielo y las maravillas de la naturaleza proclaman la existencia de Dios.

Sin embargo, se me dirá: ¿Ha sido el pensamiento que yo descubro el pensamiento del autor? ¿Tuvo presente el objeto que yo le asigno, al obedecerá las inspiraciones que lo han dictado sus cuadros fantásticos y sus armoniosos himnos? ¿Ha pensado, por ventura, en el fin social de sus versos, y ha pretendido enlazarlos en un conjunto regular y en un sistema poético, el joven genio que no ha hecho acaso más que ceder al ímpetu de su imaginación en una hora de arrebató, y en fijar con la pluma las instantáneas imágenes, las fugaces sensaciones que pasaban por su existencia, tal vez para no recordársele jamás? ¿Ha descendido a estas consideraciones filosóficas, a este análisis

moral y religioso de sus obras, a este cálculo previo del plan de sus trabajos? No, sin duda; y si hubiera sido capaz de concebirlo, no lo hubiera sido de realizarlo; el genio no raciocina, y los poetas, como todas las especialidades del mundo, no tienen la conciencia de lo que son, cumplen su destino sin saberlo, o ignoran la teoría de la obra misma que son llamados a edificar, y el poder de los principios mismos que vienen a proclamar y difundir. Por eso, los que viven a su inmediación, suelen juzgarlos con la mayor inexactitud cuando creen ufanos que sólo ellos están en el secreto del genio; y porque ellos ven de cerca una tela tiznada de borrones y manchada con informes figuras, piensan que son ilusiones y fantásticas quimeras los primores que otros ven de lejos en un cuadro lleno de verdad y de vida. Ellos no ven más que al individuo donde debían ver al poeta, no ven más que al autor cuando debían examinar la obra, Y miden al Escorial por la estatura de HERRERA. Oyen los lamentos de un hombre en cuyo rostro suele brillar la alegría, y no saben que son los gemidos de una generación entera los que se exhalan de su pecho, y el llanto de todo un siglo el que humedece las cuerdas de su lira. Ven al mortal afortunado acaso quejarse de una sociedad en que es amado, en que vive tal vez en el seno de los placeres, y no saben que a un alma eminentemente simpática no le bastan los placeres de una existencia sola, y que la esponja de su corazón embebe y derrama la amargura de diez millones de infelices. Ven al hombre del mando, tal vez indiferente e incrédulo, predicando la religión y los misterios, y no conocen la terrible personificación del siglo ateo, obligado a arrastrarse al pie de los altares, buscando un resto de fuego que reanime su helada existencia, e implorando por gracia al cielo una creencia, un rayo de verdad que alumbrase a la humanidad y la enseñe la senda de su destino en la espantosa noche del escepticismo que la circunda. No. Ellos no ven ni al hombre moral siquiera, al individuo en sus interioridades, en sus ilusiones, en sus flaquezas, en sus contrastes y en sus misterios; no ven más que al hombre uniformemente vestido del café y del paseo, del teatro y de la orgía, al hombre que se modela por los demás, y que se hace más superficial, más pequeño, más material y positivo de lo que es en el fondo de su corazón, y luego exclaman: -¡He aquí el hombre! ¡He aquí el filósofo! ¡He aquí el poeta! -Pero la sociedad sólo ve el genio, sólo contempla y admira la creación de la inteligencia y de la inspiración. Él se la lanza como la Pitonisa el oráculo, como la estatua de MEMNÓN su armonía: ella la recibe, ella la descifra, ella la comprende.

Sí, poeta: la sociedad te comprenderá mejor que los sabios y que los eruditos. Tus mágicos preludios no serán perdidos ni infecundos. Sigue a tu grandiosa carrera avanza de tu aurora a tu porvenir de gloria y esplendor. Tú has cantado los dolores del corazón, los misterios del alma, las maravillas de la naturaleza y el poder de la inspiración. Tú, manchado de polvo y de fango el cuadro chillante y desentonado de una civilización anárquica y desnivelada; tú has matizado con los tintes de la luz de Oriente las sombras de la edad pasada, y nos has mostrado una luz todavía encendida en el fondo de los antiguos sepulcros. Sigue. El destino tal vez te reserva otra carrera y te prepara otra corona: tu poesía se lanzará hacia un nuevo período más brillante y más filosófico: tú conoces que lo presente no es digno de ti, pero debes saber también que lo pasado es estéril, que lo que ha muerto una vez no resucita jamás, y que es ley de la Providencia que la humanidad no retroceda nunca. El porvenir te aguarda, ese porvenir misterioso que se cierne sobre la Europa, y con cuyos encantos soñamos como se sueña, en la adolescencia con las gracias de una querida que se forja el corazón. Esa edad porque la juventud suspira, esa edad invocada por los votos de nuestros corazones, esa edad tierra de promisión en este desierto para nuestras fervientes y religiosas esperanzas, tuya es, y antes que nosotros debe llegar a ella esa fantasía que a velas desplegadas boga por el mar de los tiempos. A tu musa está reservado pintar esas maravillas desconocidas y

rasgar a nuestros ojos el velo a cuyo través ahora ni vagamente se trasluce. Tú solo serás capaz de realizar, en tus proféticas creaciones, ese apocalipsis de la inteligencia, esa época de reorganización y de armonía en que la grandeza de los antiguos tiempos se multiplique por la belleza y progresos de la civilización moderna, despojada ésta de su egoísmo, como aquéllos de su barbarie, en que una ley universal de justicia, sabiduría y libertad, reúna en una común familia las naciones ahora aisladas, y en que una religión de amor y paz realice sobre la tierra el glorioso destino a que la humanidad es llamada. Sí, poeta. Tal vez tus versos nos pinten lo que los políticos no se atreven a calcular; tal vez a tu canto se revele lo que a la filosofía no le es dado prever. La Providencia no te ha hecho aparecer en vano; y pues que te evocó de una tumba, tú debes saber cosas que los mortales ignoramos. Cumple, pues, tu misión sobre la tierra. No importa que los que a sí mismos se desprecian, los que no se creen nacidos con fin alguno, los que piensan que existen arrojados por el acaso como piedras en el pozo de la vida, los que niegan la previsión de la inteligencia suprema, la divinidad del espíritu humano, su imperio sobre el mundo, y los que, a trueque de no reconocer los privilegios del genio, nieguen también su existencia, hayan ridiculizado esa frase tuya, y tomen un pensamiento de piedad por un pensamiento de soberbia. Tú, empero, que crees en ella porque oyes dentro de ti la voz divina que te la dicta, sigue sereno, a pesar de las tempestades que en el horizonte asomen, la inspiración sublime que te lleva a otro mundo. Yo te he visto partir, mi querido amigo; yo también había querido lanzarme en ese océano; pero delante de ti he recogido mis velas, y me he quedado en la ribera, siguiéndote con mi vista y con mis votos. Sí; yo, en mis ilusiones, había, creído también que tenía una misión que cumplir. Has venido tú, y me queda una bien dulce, bien deliciosa: la de admirarte y de ser tu amigo.

NICOMEDES PASTOR DÍAZ.

Madrid, 14 de Octubre de 1837.

A la memoria desgraciada del joven literato Don Mariano José de Larra

Ese vago clamor que rasga el viento

Es la voz funeral de una campana:

Vano remedo del postrer lamento

De un cadáver sombrío y macilento

Que en sucio polvo dormirá mañana.

Acabó su misión sobre la tierra,

Y dejó su existencia carcomida,

Como una virgen al placer perdida

Cuelga el profano velo en el altar.

Miró en el tiempo el porvenir vacío,

Vacío ya de ensueños y de gloria,
¡Y se entregó a ese sueño sin memoria,
Que nos lleva a otro mundo a despertar!

Era una flor que marchitó el estío,
Era una fuente que agotó el verano;
Ya no se siente su murmullo vano,
Ya está quemado el tallo de la flor.

Todavía su aroma se percibe,
Y ese verde color de la llanura,
Ese manto de yerba y de frescura,
Hijos son del arroyo creador.

Que el poeta en su misión,
Sobre la tierra que habita
Es una planta maldita
Con frutos de bendición.

Duerme en paz en la tumba solitaria
Donde no llegue a tu cegado oído
Más que la triste y funeral plegaria
Que otro poeta cantará por ti.
Ésta será una ofrenda de cariño
Más grata, sí, que la oración de un hombre,
Para como la lágrima de un niño,
¡Memoria del poeta que perdí!

Si existe un remoto cielo
De los poetas mansión,
Y sólo le queda al suelo
Ese retrato de hielo,
Fetidez y corrupción,

¡Digno presente, por cierto,
Se deja a la amarga vida!
¡Abandonar un desierto
Y darlo a la despedida
La fea prenda de un muerto!

Poeta, si en el no ser
Hay un recuerdo de ayer,
Una vida como aquí
Detrás de ese firmamento...
Conságrame un pensamiento
Como el que tengo de ti.

Introducción

Broté como una yerba corrompida
Al borde de la tumba de un malvado,
Y mi primer cantar fue a un suicida:
¡Agüero fue, por Dios, bien desdichado!

Al eco de este cántico precito
Dijo el mundo escuchándome: «Veamos»,

Y sentóse a mirarme de hito en hito:

Y el mundo y yo, por mi primer delito,

Desde entonces mirádonos estamos.

Dejemos a los muertos en reposo

Y que duerman en paz, si es su destino;

Harto haremos en mar tan proceloso

Como es la vida, en encontrar camino.

Yo el mío me busqué por las turbadas

Ondas de aqueste mar, y mi barquilla,

Por medio de otras muchas que extraviadas

Bogar sin rumbo vi desesperadas,

Procuró conducir hacia la orilla.

Velé, gemí, con angustiado lloro

Volvíme al cielo y acudí a las ciencias:

¿A la ribera tocaré? Lo ignoro;

Sólo sé que la tengo en mi presencia.

Al verla, aunque de lejos, lancé un grito,

Y a impulso de recóndito misterio

Dióle la soledad eco infinito,

Y fue, tornado en cántico maldito,

A expirar en mitad de un cementerio.

Yo sentí que la tumba me aplaudía,

Y ansío de gloria al corazón hallando,
Dije dentro de mí: «La tierra es mía.»
Y con mayor afán seguí cantando.

Creí de Dios mi soberano aliento,
De arcángel mi poder; mi alma altanera
Me arrebató hacia el alto firmamento,
Y la región azul del vago viento
Embelesé con mi canción primera..

Atrás dejó las águilas que miran
Con ojo audaz al sol, atrás quedaron
Las nubes que relámpagos respiran,
Los soles mil que por espacios giran
Donde mortales ojos no llegaron.

Creí el mundo a mis pies; alcé la frente
Para cantar mi orgullo, y mis oídos
Del medio de una nube refulgente
El acento de Dios omnipotente
Oyeron, de pavor estremecidos.

«Canta, dijo una voy, tal es tu suerte,
Pero canta en el polvo que naciste,
Allí donde jamás han de creerte:
Canta la vida, mientras va la muerte
A sí llamando tu existencia triste.»

Dijo, y me echó a la tierra y a la vida,
Y al impulso de su hálito divino,
Con cántiga risueña o dolorida
La soledad alivio del camino:
Y cumplo así la ley de mi destino.

Inunda paz sabrosa
Mi corazón tranquilo,
Y dichas y deleites
Encuentro por doquier:
Mi ser halló en mi alma
Inalterable asilo,
Mi espíritu respira
El ámbar del placer.

Y nada me atormenta,
Ni envidia ni deseo:
Mi espíritu al abrigo
De la tormenta está:
Pasar a las edades
Indiferente veo;
Mecido en dulces sueños
Mi pensamiento va.

Y a veces me arrebató
Mi loca fantasía

En alas de su joven
Fecunda inspiración;
Y a un mundo me transporta
De encanto y de armonía,
Do gozan mis potencias
Espléndida ilusión.

Mi espíritu se libra
Del cuerpo que le encierra,
Y grande y poderoso
Como su Dios se cree,
Y alcanza desde el cenit
A la lejana tierra,
Cual punto en el espacio
Que apenas no se ve.

Y el orbe ante mis ojos
Despliega los misterios
Que impulsan la infinita
Y excelsa creación;
Y hollando los escombros
De tronos y de imperios,
Revienta en armonía
Mi libre corazón.

Cuanto es en los espacios
Su ser me patentiza:

Un templo ante mis ojos
El universo es,
Y todo en su recinto
Se ensalza y diviniza,
Y la creación entera
Tendida está a mis pies.

No hay canto, ni suspiro,
Lamento ni murmullo,
Cuyo eco misterioso
Fingir no sepa yo,
Que mi niñez mecieron
Los bosques con su arrullo,
Y su creencia santa
La soledad me dió.

La música comprendo
Que en las volubles hojas
Resuena a la presencia
Del céfiro fugaz;
Y entiendo en el otoño
El ¡ay! de sus congojas
Con que piedad imploran
Del ábrego tenaz.

Yo sé cómo susurran

Con diferentes voces,
Marchitas en Setiembre,
Jugosas en Abril;
Ya rueden con el polvo
En círculos veloces,
Ya con su teldo verde
Coronen el pensil.

Yo entiendo de las aves
Los cánticos distintos,
El saludar al alba
o huir la tempestad;
Buscando de las selvas
Los cóncavos recintos,
En donde alegres gozan
Salvaje libertad.

Entiendo el agorero
Graznar de la corneja,
La ronca voz de buitre
Que huele su festín;
Del solitario búho
La temerosa queja,
Y el amoroso trino
Del ágil colorín.

Y el ruido con que vuela

La errante mariposa,
Los pasos de la oruga
Sobre la fresca flor,
El desigual zumbido
Con que anda codiciosa
La abeja, de su cáliz
Volando en derredor.

El sol con que su nido
Columpia la oropéndola,
Del álamo frondoso
Suspenso en la altitud,
Y los murmullos que alzan
Las ráfagas, meciéndola,
Haciendo, revoltosas,
Eterna su inquietud.

Los mágicos rumores
Que elevan diferentes
Las diferentes aguas
Del bosque o del jardín,
Cuando los montes surcan
Sus rápidos torrentes,
Cuando en los valles buscan
Sus arroyuelos fin.

Y el temeroso acento

De las voraces fieras,

De la tormenta ronca

El iracundo son.

En mis oídos posan

Las notas lisonjeras

Que ensalzan y armonizan

La inmensa creación.

Conozco de los astros

La incógnita carrera,

Del ángel que los guía

La luminosa faz,

Y la del ROSTRO SANTO

Que en ellos reverbera,

Torrentes derramando

De vida y claridad.

Las nubes le saludan

Con majestuoso trueno,

La atmósfera lo enciende

Relámpago veloz,

La tierra le abre humilde

Su perfumado seno,

Y el mar canta su gloria

Con incesante voz.

Si airado pestañea,
Los mandos se estremecen;
Si torna el rostro, yacen
En muerta oscuridad,
Si su hálito les niega,
Caducan y envejecen:
El solo es la existencia,
La luz y la verdad.

Para Él tiene tan sólo
La eternidad guarismo,
Y el número los astros,
Y las edades fin,
Y límite el espacio,
Y término el abismo;
Y nada se le esconde
Por lóbrego ni ruin.

Su dedo es la balanza
Que en equilibrio tiene
La máquina gigante
De su alta creación,
Y cuanto en ella existe,
Su dedo lo mantiene,
Y ese es el Dios que canta
Mi lengua y mi razón.

Y voz no hay ni suspiro,
Lamento ni murmullo,
Cuyo yo misterioso
Por Él no entienda yo;
Que mi niñez meciera
Los bosques con su arrullo,
Y su creencia santa
La soledad me dió.
A Calderón

«La venerable Congregación de sacerdotes naturales de esta villa, puso aquí esta inscripción, con permiso de D. Diego Ladrón de Guevara, caballero de la Orden de Calatrava y patrón de esta capilla.»

(Capilla de San Salvador, sepulcro de D. Pedro Calderón de la Barca.)

Hay una antigua capilla
Pobre por su antigüedad,
Negra por su oscuridad,
Revocada por la villa,
Donde se lee en un rincón,
Más que con ojos con manos:
«AQUÍ LOS RESTOS HUMANOS
DE DON PEDRO CALDERÓN.»
I
Ave osada, cuyas plumas
Vistieron de cien colores

Con sus matices las flores,
Con su nieve las espumas.
A cuyos ojos el sol
Prestó luz y atrevimiento,
Y a cuyas alas dio viento
Tu noble aliento español.
A quien la tierra dió sombra,
Y la fortuna dió calma,
A quien un rayo dió el alma,
Y el universo una alfombra.
Águila para volar,
Reina del viento naciste,
Fénix al mundo saliste
Para vivir y cantar.
Aguila fue tu osadía,
Que con su atrevido vuelo
Subió arrebatada al cielo
A beber la luz del día.
Fénix fueron tus cantares,
Pues al nacer y al morir
Sólo se hicieron oír
Al calor de sus hogares.
Aguila tus ojos son,
Y fénix es tu garganta,
Es fénix la voz que canta,

Y águila la inspiración.
Si el águila ojos te da,
Te da el fénix melodía,
Para tu luz y armonía,
Ni ojos ni oídos habrá.
Mas, por desgracia o fortuna,
Ya tu garganta está seca,
Y allá en tu pupila hueca
No queda mirada alguna.
Duerme en paz en tu rincón,
Donde levantó tu gloria
Una cruz a la memoria
De DON PEDRO CALDERÓN.
Que si un mármol reclamó
Tu grandeza y te le dieron,
Según lo que le escondieron,
Parece que les pesó.
Yaces en un templo, sí,
Pero en tan bajo lugar,
Que parece aguardar
Hora en que huirte de allí.
Mucho te guardan del sol:
¡Temerán que te ennegrezca!.....
O tal vez no lo merezca
Tu ingenio y nombre español.

En vez de tan vil lugar,
Si fueras un potentado,
Sepulcro te hubieran dado
Delante del mismo altar.
Porque al magnate altanero
Le dan virtud y oraciones
El oro de sus blasones,
Y su fortuna primero.
Mas duerme tranquilo ahí;
En ese rincón inmundo,
Para sarcasmo del mundo,
Te basta tu nombre a ti.
Que imbécil o descuidada
La malignidad del hombre,
Dejó olvidado tu nombre
Sobre el sello de tu nada.

II

Sombra ultrajada, perdona
Si tu sueño interrumpí,
Que mi atrevimiento abona
Lo poco que soy en mí,
Lo mucho que es tu corona.
Mis ojos te quieren ver,
Pero cuando más te miran,
Más imposible ha de ser.

¡Su lumbre van a perder
Ojos que por ti deliran!
Mis ojos ven tu laurel,
Y ver quisieran tu alma;
Que es martirio bien cruel
Desesperado al pie dél
Suspirar por una palma.
Mas si nada he de poder,
Digno Calderón, de ti,
Si el que a llorar venga aquí
Grande como tú ha de ser,,
A tu vez llora por mí,
Que menos no he de volver.
Pues tu osada inspiración
Eterna quedó en la historia,
Duerme en paz en tu rincón,
Donde levantó tu gloria
Una cruz....., triste memoria
De DON PEDRO CALDERÓN.

Toledo

Negra, ruinoso, sola y olvidada,
Hundidos ya los pies entre la arena,
Allí yace Toledo abandonada,
Azotada del viento y del turbión.

Mal envuelta en el manto de sus reyes,
Aun asoma su frente carcomida;
Esclava, sin soldados y sin leyes,
Duerme indolente al pie de su blasón.

Hoy sólo tiene el gigantesco nombre,
Parodia con que cubre su vergüenza,
Parodia vil en que adivina el hombre
Lo que Toledo la opulenta fue.

Tiene un templo sumido en una hondura,
Dos puentes, y entro ruinas y blasones
Un alcázar sentado en una altura,
Y un pueblo triste que vegeta al pie.

El soplo abrasador del cierzo impío
Ciñó bramando sus tostados muros,
Y entre las hondas pálidas de un río
Una ciudad de escombros levantó.

Está Toledo allí: yace tendida
En el polvo, sin armas y sin gloria,
Monumento elevado a la memoria
De otra ciudad inmensa que se hundió.

Alguna vez sobre la noche umbría,
De este montón de cieno y de memorias
Se levanta dulcísima armonía....,

Cruza las sombras cenicienta luz:
Se oye la voz del órgano que rueda
Sobre la voz del viento y de las preces;
Una hora después apenas queda
Un altar, un sepulcro y una cruz.

Apenas halla la tardía luna,
Al través de los vidrios de colores
El brillo de una lámpara moruna
Colgada al apagarse en un altar;
Apenas entreabierta una ventana
Anuncia un ser que sufre, llora o vela;
Que el pueblo sin ayer y sin mañana
Yace inerme dormido ante el hogar.

Acaso al gemir del viento,

Ese pueblo, en la alta noche,

Alza el rostro macilento

Despertando con pavor;

Fingiéndose en la sombra oscura

La mal abierta pupila,

La transparente figura

De un fantasma aterrador.

Entonces en su memoria

Se levantan confundidas

Una bruja y una historia

De la santa religión,

Mientras, en el polvo la frente,

A la bruja, o a María

Dirige indistintamente

Su sacrílega oración.

Y en su ignorancia grosera

Mezcla acaso en un ensueño

El nombre de una hechicera

Con el nombre de Jehová.

Con el vaticinio inmundo

De un saludador infamo,

El del Redentor del mundo

En torpe amalgama va.

La luna en tanto pasea

Cruzando el azul tranquilo,

Y los despojos blanquea

De tanta generación;

Esas páginas sin nombre,

Cifras de un siglo ignorado,

Que alzó la mano del hombre

Del hombre para baldón.

Esas santas catedrales,

Cuyos pardos capiteles,

Cuyos pintados cristales,

Cuya bóveda ojival,

Cuyo color ceniciento,

Cuyo silencio solemne,

Cobijan por pavimento

Una losa sepulcral.

Sobre ella los vivos cantan,

A par de ruidosa orquesta,

Cantares que se levantan

Hasta los pies del Señor:

Sobre ella flota el perfume

Que la atmósfera embalsama,

Y en oblación se consume

Oro y mirra al Criador.

Sobre ella en noche lluviosa,

Al bramar del viento bravo,

Armonía misteriosa

En el templo se hace oír.

Es un cántico tremendo,

Ronco, vago, agonizante,

Una voz que está pidiendo

Por los que van a morir.

Es la voz del himno santo,

Del terrible Miserere,

Cuyo monótono canto

Miedo infunde al corazón:

Y en la bóveda rodando,

Saliendo al aire flotante,

Al mundo va predicando

Una santa religión.

Y bajo la piedra helada,

De los hombres que murieron

Se oye la voz apagada

El triste salmo decir:

Y la campana sonora

Remedándola en el aire,

Con la voz de alguna hora

La hace en el aire morir.

Duerme ¡oh Toledo! en la espumante orilla

De ese torrente que a tus pies murmura,

Que con agua pesada y amarilla

Roe y devora tu muralla oscura,
Que llora avergonzado tu mancilla,
Tu perdida riqueza y tu hermosura,
Y calla por piedad a las naciones
Que yacen en su fondo tus blasones.
Duerme, sí, con tus fábulas sagradas,
Los ángeles y brujas de tus cuentos,
Las danzas de los santos con las fadas,
Los misterios ocultos en los vientos;
Duerme, sí, con tus farsas parodiadas,
Prenda de tus señores opulentos:
Sepulta en barro tu diadema de oro
Y canta en derredor de tu tesoro.

Hubo unos días de gloria

Vanos recuerdos de ayer:

Apenas hoy de esa historia

Nos queda un Zocodover,

U otro nombre, en la memoria.

Ceñida entonces la plaza

De ancho tapiz toledano,

En la arena húmeda emplaza

Un moro de noble raza

A algún capitán cristiano.

Vestidos están de flores,

Que avergüenzan un jardín,

Balcones y miradores;

Cristales son de colores

Los del Miramamolín.

Sólo abierto hay un balcón,

Y es el balcón del Sultán,

Y armados de alto lanzón

Jinetes debajo están

Por respeto a la función.

Y las musulmanas bellas

Detrás de las celosías

Muestran ocultas estrellas

Sus ojos, que en tales días

No hubiera luces sin ellas.

¡Bellas son las orientales!

Delicados como espumas

Sus prendidos y sus chales,

Que mece en ondas iguales

Un abanico de plumas.

Por eso, celoso el moro,

Tendió en sus ojos un velo,

Que es más rico su tesoro

Que el color azul del cielo

Teñido en franjas de oro.

Derraman desde la altura

Aguas de olor en la arena,

Que dan aroma y frescura,

Y agitan el aura pura

De aurora blanca y serena.

Y en redes de oro, colgadas

De las tres torres mayores,

De luz y de aire embriagadas,

Cantan y vuelan cerradas

Aves de gayos colores.

Gala del hombre de Oriente

Era la altiva Toledo:

Hoy conserva solamente

Cieno en la caduca frente,

Y dentro del alma miedo.

La árabe Zocodover,

Solitaria y carcomida,

Puede apenas sostener

La memoria de su vida,

Amenazando caer.

Hoy a las cañas de moros

A lo más ha reemplazado

Con una farsa de toros,

Y a los adufes sonoros

Con los gritos de un mercado.

Y porque consuelo alguno

Quedar a Toledo pueda,

Robóle el tiempo importuno

Hasta la alfombra de seda

Del alto alcázar moruno.

III

Hoy un templo de gótica estructura,

Y escombros sin historias y sin nombre,

En su deforme y colosal figura

Su sentencia mortal muestran al hombre.

Y es fama que se encienden todavía

En el templo las lámparas sagradas,

Y que vibrar se escuchan noche y día

Del órgano las notas aceradas.

Aun existe una página de roca

En que leer deletreando apenas

La era en que una tribu noble o loca

Cesó de darnos timbres o cadenas.

Aun hay mirra, hay pebetes y hay alfombras

En que a través de seda y pedrería
Alcanza el pensamiento entre las sombras
Lo que Toledo la árabe sería.
Esos son los suntuosos funerales
De tanta gala, pompa y hermosura;
Quedan, en vez de cantos orientales,
Himnos al Dios que mora en el altura.

Ya no hay cañas, ni torneos

Ni moriscas cantilenas,

Ni entre las negras almenas

Moros ocultos están;

Hoy se ven sin celosías

Miradores y ventanas,

No hay danzas ya de sultanas

En el jardín del Sultán.

Ya no hay dorados salones

En alcázares Reales,

Gabinetes orientales

Consagrados al placer;

Ya no hay mujeres morenas

En lechos de terciopelo,

Prometidas en un cielo

Que los moros no han de ver.

Ya no hay pájaros de Oriente

Presos en redes de oro,

Cuyo cántico sonoro,

Cuyo pintado color,

Presten al aire armonía

Mientras en baño de olores

Dormita, soñando amores,

El opulento señor.

No hay una edad de placeres

Como fue la edad moruna;

Igual a aquella ninguna,

Porque no puede haber dos;

Pero hay en gótica torre

De parda iglesia cristiana

Una gigante campana

Con el acento de un Dios.

Hay un templo sostenido

En cien góticos pilares,

Y cruces en los altares,

Y una santa religión;

Y hay un pueblo prosternado

Que eleva a Dios su plegaria

A la llama solitaria

De la fe del corazón.

IV

Hay un Dios cuyo nombre guarda el viento

En los pliegues del ronco torbellino,

A cuya voz vacila el firmamento

Y el hondo porvenir rasga el destino.

La cifra de ese nombre vive escrita

En el impuro corazón del hombre,

Y él adora en un árabe mezquita

La misteriosa cifra de ese nombre.

El reloj

Cuando en la noche sombría

Con la luna cenicienta,

De un alto reloj se cuenta

La voz que dobla a compás;

Si al cruzar la extensa plaza

Se ve en sí! tarda carrera

Rodar la mano en la esfera,

Dejando un signo detrás,

Se fijan allí los ojos,

Y el corazón se estremece,

Que según el tiempo crece,

Más pequeño el tiempo es;

Que va rodando la mano,

Y la existencia va en ella,

Y es la existencia mas bella

Porque se pierde después.

¡Tremenda cosa es pasando

Oír, entre el ronco viento,

Cuál se despliega violento

Desde un negro capitel

El son triste y compasado

Del reloj, que da una hora

En la campana sonora
Que está colgada sobre él!
Aquel misterioso círculo,
De una eternidad emblema,
Que está como un anatema
Colgado en una pared,
Rostro de un ser invisible
En una torre asomado,
Del gótico cincelado
Envuelto en la densa red,
Parece un ángel que aguarda
La hora de romper el nudo
Que ata el orbe, y cuenta mudo
Las horas que ve pasar;
Y avisa al mundo dormido,
Con la punzante campana,
Las horas que habrá mañana
De menos al despertar.
Parece el ojo del tiempo,
Cuya viviente pupila
Medita y marca tranquila
El paso a la eternidad;
La envió a reír de los hombres
La Omnipotencia divina,
Creó el sol que la, ilumina,

Porque el sol es la verdad.
Así a la luz de esa hoguera
Que ha suspendido en la altura,
Crece la humana locura,
Mengua el tiempo en el reló;
El sol alumbra las horas
Y el reloj los soles cuenta,
Porque en su marcha violenta
No vuelva el sol que pasó.
Tremenda cosa es, por cierto,
Ver que un pueblo se levanta
Y se embriaga y ríe y canta
De una plaza en derredor;
Y ver en la negra torre
Inmóvil un reloj marcando
Las horas que va pasando
En su báquico furor.
Tal vez detrás de la esfera
Algún espíritu yace
Que rápidamente hace
Ambos punzones rodar
Quizá al declinar el día,
Para hundirse en Occidente
Asoma la calva frente,
El universo a mirar.

Quizá a la luz de la luna
Allá en la noche callada,
Sobre la torre elevada
A meditar se asentó:
Y por la abierta ventana,
Angustiado el moribundo,
Al despedirse del mundo
De horror transido le vio.
Quizá asomando a la esfera
La noche pasa y los días,
Marcando la hora postrera
De los que habrán de morir;
Quizá, la esfera arrancando,
Asume al oscuro hueco
El rostro nervioso y seco
Con sardónico reír.

¡Ay, que es muy duro el destino
De nuestra existencia ver
En un misterioso círculo
Trazado en una pared!
Ver en números escrito
De nuestro orgulloso ser
La miseria..., el polvo..., nada,
Lo que será nuestro fue.

Es triste oír de una péndola
El compasado caer
Como se oyera el rüido
De los descarnados pies
De la muerte, que viniera
Nuestra existencia a, romper;
Oír su golpe acerado
Repetido una, dos, tres,
Mil veces, igual, continuo
Como la primera vez.
Y en tanto por el Oriente
Sube el sol, vuelve a caer,
Tiende la noche su sombra,
Y vuelve el sol otra» vez,
Y viene la primavera,
Y el crudo invierno también,
Pasa el ardiente verano,
Pasa el otoño, y se ven
Tostadas hojas y flores
Desde las ramas caer.
Y el reloj dando las horas
Que no habrán más de volver;
Y murmurando a compás
Una sentencia cruel,
Susurra el péndulo: «¡Nunca,

Nunca, nunca vuelve a ser

Lo que allá en la eternidad

Una vez contado fue!»

La luna de Enero

El prado está sin verdura,

Y los jardines sin flores,

No cantan los ruiseñores

Amores en la espesura.

No se oye el dulce murmullo

Del viento, que ronco brama,

No brota en la seca rama

Tierno y pintado capullo.

No saltan serenas fuentes

Por entre sutiles bocas,

Que ruedan desde las rocas,

En vez de arroyos, torrentes.

La luz que los aires puebla

Pesada, amarilla y tarda,

Se pierde en la sombra parda

De la perezosa niebla.

Se viste el color del cielo

Color de los funerales,

Y son del alba cristales

Los carámbanos de hielo.

Brota a los rudos estragos

Con que el invierno la abruma,
La tierra nieblas y lagos,
El mar montañas de espuma.
Y hacinados de ancha hoguera
Los hombres en derredor,
Contemplan el resplandor
Que asalta la azul esfera.
Y baja amarillo el río,
Y entre sus ondas pesadas
Trae las ramas desgajadas
Al furor del cierzo impío.
Mas la noche silenciosa
Por el firmamento sube,
Sin que la manche una nube,
Engalanada y vistosa.
Que en vez de sombra importuna
Vienen siguiendo sus huellas
Mil ejércitos de estrellas,
Cortesananas de la luna.
Que la noche, en recompensa,
Callando los vendavales,
Enciende sus mil fanales
Sobre la atmósfera inmensa.
¡Qué bella es la luz de plata
Con que la noche se viste

Después del día más triste
De la estación más ingrata!
Se ven en la oscuridad,
Como soldados que velan,
Cuál con la lluvia riñan
Las torres de la ciudad.
Se sienten rodar inquietas,
Lanzando un grito violento
Al brusco empuje del viento,
Sobre el punzón las veletas.
Y en las mansiones vecinas
Los vidrios de las ventanas
Remedan las luces vanas
Colgadas en las esquinas.
No hay sombra en que no veamos
Alguna fantasma oculta,
Que porque más la temamos,
La noche la sombra abulta.
Pues por completa ilusión
La noche miente tan bien,
Que las cosas que se ven
No son las cosas que son.
El aire cristales miente,
Plata los pliegues del río,
Lluvia de ámbar el rocío,

Nácar y perlas la fuente.
Y alza a lo lejos el monte,
Como filas de soldados,
Mil peñascos apiñados
Que guardan el horizonte.
¡Bello es entonces cantar
Con enamorado acento,
Versos que cruzan el viento
Para nacer y expirar!
Bello es en la sombra oscura
Ver una ondulante falda,
Y adivinar una espalda
Sobre una esbelta cintura.
Pensar un velo sutil
Ocultar un blanco cuello,
Y buscar detrás de aquello
Un elegante perfil.
Y alcanzar por entre el velo
Dos ojos o dos centellas,
Que iluminan como estrellas
El espacio de aquel cielo.
Hasta la misma amargura
Es tal vez menos amarga,
Que cuanto la noche alarga
Adquiero más hermosura;

Que en una noche tranquila
Parece el cielo, en verdad,
Ojo de la eternidad,
Y la luna su pupila.

Reina de los astros, ¡Luna!,
Como tu luz no hay ninguna;
Si el alba tiene arrebol,
Si tiene rayos el sol,
Su luz de fuego importuna.
Cansa por cierto ese ardor
Con claridad tan extrema;
Bello es del alba el color,
Bello del sol el calor,
Pero tanta lumbre quema.
¡Oh, de la tuya templada
Es fantástico el imperio!
Tú con tu luz plateada
Das de la sombra a la nada
Los contornos del misterio.
¡Oh noches encantadoras,
Volved con tanta riqueza!
¡Hermosas son vuestras horas,
Que embellecen seductoras
Del ánimo la tristeza y

Como aquéllas ;no hay alguna;
Que en vez de sombra importuna
Traen por orgullo con ellas
Mil ejércitos de estrellas
Cortesanas de la luna.

A una mujer

Ayer el alba amarilla,
Al anunciar la mañana,
Pintaba de tu ventana
El transparente cristal;
Ayer la flotante brisa
Daba a la atmósfera olores,
Meciendo las gayas flores
Sobre el tallo desigual.

Ayer, al rumor tranquilo
De la corriente vecina,
En la orilla cristalina
Se bañaba el ruiñeñor;
Y pájaros, flores, fuentes,
Saludando al nuevo día,
Le prestaban armonía
En cambio de su color.

Ayer era el sol brillante,

El cielo azul y sereno,
El jardín fresco y ameno,
Y delicioso el vivir;
Eras tú niña y hermosa,
Sin rubor sobre la frente,
Tu velar era inocente,
Inocente tu dormir.

Tú reías y cantabas,
Niña o ángel en el suelo,
Y tus risas en el cielo
Eran guirnaldas tal vez:
Estrellas eran tus ojos,
Cántico vago tu acento,
Blando perfume tu aliento,
Luz de la aurora tu tez.

Entonces, niña, en tu mente
No resonaban las horas,
Ni apenaban seductoras
Fantasmas al corazón;
No te pintaba tu sueño
Entre la sombra callada
Un suspiro, una mirada
En voluptuosa ilusión.

Para ti no había tiempo,
Todo era paz, todo flores,
No había infierno de amores,
Ni fastidio del placer;
Un poeta te cantaba
Melancólicos cantares,
Y la voz de sus pesares
No comprendías ayer.

¡Pobre niña! ¿Qué se han hecho
Los delirios de tu infancia?
¿Qué has hecho de tu fragancia,
Marchita olvidada flor?
Tus hojas yacen quemadas,
Tu cáliz vacío y seco,
Tu tallo quebrado y hueco,
El sol no te da color.

Niña de los negros ojos,
¿A qué viniste a la tierra?
Rosa nacida entre abrojos,
¿Qué esperas del mundo, di?
Una brisa corrompida,
Fétida, hedionda, te mece,
Tu aroma se desvanece.....
¿Quién demandará por ti?

Ángel mío, vuelve al cielo
Antes que el mundo te vea,
Que los placeres del suelo
Placeres malditos son.
¡Oh! Por el gozo de un día
No compres, no, tu tormento;
El cielo es sólo, ¡alma mía!,
De los ángeles mansión.

¡Hoy es tarde!.... ¡Eres mujer!
Leo en tu frente humillada
El porvenir de la nada
Entre las huellas de ayer.
Veo en tu rostro bullir
Ese torcedor secreto.....
¡Tu velar es hoy inquieto,
Es inquieto tu dormir!
Lívida está tu mejilla,
En desorden tus cabellos.....
Mujer, mal prendida en ellos
Olvidada, una flor brilla.
Anoche, en vez de oración,
Desesperada en el lecho,
Exhalaste de tu pecho
Sacrílega maldición.

Que en el cristal transparente
Contemplastes aterrada
Del negro crimen grabada
La marca infame en la frente.
Que mal sujeta a tus flores
Entre tus gasas y lazos,
Rasgando van a pedazos
Tu hermosura los dolores.
¡Ay! Inútilmente lloras
El desvanecido encanto;
Entre las ondas del llanto
No vuelven, mujer, las horas.
Dióte el mundo oro y placeres
Cumpliendo al fin tus afanes,
Ídolo de los galanes,
Envidia de las mujeres;
Y a luz salistes ufana
Con tu hermosura ¡oh mujer!
Sin acordarte de ayer,
¡Y sin pensar en mañana!
¡Ay! En la tumba concluyen
El gozar y el padecer
Del mundo vano,
Y los vicios nos destruyen
Y nos matan ¡oh mujer!

Tarde o temprano.

Y tú, caída palmera.....

Porque vendiste tu amor

A precio infame,.

Has querido, vil ramera,

Que a tus puertas el dolor

Más presto llame.

.....
.....
.....
....

Tal vez lúbrico magnate

Te inundó por un placer

De oro y cariño,

Y mientras su rey combate,

Él te cobija, mujer,

Bajo su armiño.

Tal vez coronada frente

Descansó en tu impuro pecho,

Tu amor comprando,

Y hoy el mendigo indigente

Te negará el pobre lecho,

Tu frente hollando

Pasaron, niña, los días,

Con ellos las ilusiones

Infantiles,

Con ellos vienen impías
Las tormentas y aquilones
De tus abriles.

Con ellos llanto y dolores,
Remordimiento, amargura
Y desengaños:
Que en sus pliegues roedores,
Gala, placer y hermosura
Hunden los años.

¡Murió! La voz de la fatal campana
Apagó su memoria y en oración;
Nadie su nombre buscará mañana;
Yace su tumba en fétido rincón.
Aquel clamor fatídico y doliente
Se plegó entre las flores del jardín,
Vibró con los cristales de la fuente,
Rodó sobre los brindis del festín.
Y en oculto elegante gabinete,
Brusco y agudo penetró también,
Y se estrelló entre el humo del pebete
De alguna hermosa en la tocada sien.
Pero una sola lágrima, un gemido
Sobre sus restos a ofrecer no van,
Que es sudario de infames el olvido.....

¡Bien con su nombre en su sepulcro están!

Oriental

Dueña de la negra toca,

La del morado monjil,

Por un beso de tu boca

Diera a Granada Boabdil.

Diera la lanza mejor

Del Zenete más bizarro,

Y con su fresco verdor

Toda una orilla del Darro.

Diera las fiestas de toros,

Y si fueran en sus manos,

Con las zambras de los moros

El valor de los cristianos.

Diera alfombras orientales,

Y armaduras y pebetes,

Y diera.... -¡que tanto vales!-

Hasta cuarenta jinetes.

Porque tus ojos son bellos,

Porque la luz de la aurora

Sube al Oriente desde ellos,

Y el mundo su lumbre dora.

Tus labios son un rubí

Partido por gala en dos....
Le arrancaron para ti
De la corona de un Dios.
De tus labios, la sonrisa,
La paz, de tu lengua mana....
Leve, aérea como brisa
De purpurina mañana.
¡Oh, qué hermosa nazarena
Para un harén oriental,
Suelta la negra melena
Sobre el cuello de cristal,
En lecho de terciopelo,
Entro una nube de aroma,
Y envuelta en el blanco velo
De las hijas de Mahoma!
Ven a Córdoba, cristiana,
Sultana serás allí,
Y el Sultán será ¡oh Sultana!
Un esclavo para ti.
Te dará tanta riqueza,
Tanta gala tunecina,
Que has de juzgar tu belleza
Para pagarle, mezquina.
Dueña de la negra toca,
Por un beso de tu boca

Diera un reino Boabdil;
Y yo por ello, cristiana,
Te diera de buena gana
Mil cielos, si fueran mil.
A Venecia

Allí está, Venecia, la dueña opulenta
De antiguos, y nobles, y libres blasones,
Venecia la hermosa, la villa que cuenta
Que a sueldo tenía soberbias naciones,
Señora del mar.

Que cuenta que un día imperios y reyes
Su gala envidiaron, su nombre temieron,
Y el mar y la tierra besaron sus leyes,
-Y enviáronla buques, soldados la dieron;
Porque ella supiera batirse y triunfar.

Un día a sus ojos la tierra callaba,
Un día su nombre la tierra llenaba:
Pasaron los días, Venecia pasó.
Hoy es una viuda y hermosa Sultana,
Que tiene su corte ridícula y vana
Allá en un palacio que el Sultán la dió.

¡Venecia la encantadora,

La de los pardos pilares,

De las ciudades señora,

La señora de los mares,

La corona de jardines

Colgada sobre canales!

No son tu gala y festines

Los que valen lo que vales.

Hechizo de Italia, sí,

Mas del poeta la lira

No es por ti por quien suspira,

No, Venecia, no es por ti.

¿Qué valen tus gondoleros,

Y tus regatas vistosas,

Tus republicanos fueros,

Tus máscaras revoltosas,

Y tus timbres altaneros,

Sin los ojos hechiceros

De tus hermosas?

¡Ay, que tus días pasaron!....

Venecia, la maravilla,

A quien monarcas doblaron

Otro tiempo la rodilla,

Tus timbres ¡ay! se borraron,

Tus señores olvidaron

La hermosa villa.

Antigua reina del mar,

Mal encubres tu caída

Tus bodas al celebrar

Con la posesión perdida.

Llora, Venecia, sí, llora,

Haz duelo en amargo llanto,

Que tus esclavos, señora,

Escupen sobre tu manto.

Reina, tu Adriático brama

Lejos ya de tus confines,

Olvídale, noble dama,

Entre danzas y festines.

Tu patrono ha encanecido,

Tu raudo león no vuela,

Sobre sus garras dormido,

Por tu grandeza no vela;

Brioso alazán herido,

Su caballero ha perdido

Freno y espuela.

Un capricho que pasó,

Matrona opulenta, fuiste;

Tu Príncipe te olvidó;

Hermosa, ya envejeciste

Y tu tez se marchitó:

¡No pienses, Venecia, no,

En lo que fuiste!

II

¡Reír, cantar, beber, corta es la vida!

Reír, hasta que seca la garganta

Niega paso a la voz enronquecida;

Cantar, hasta que el alba se levanta,

Que yace en el Adriático dormida.

¡Opulenta Venecia, ríe y cantal

Ríe y canta, señora de los mares,

Que la risa y la voz cubren el llanto;

Y mientras roe el tiempo tus pilares,

Y deslustra la lluvia el áureo manto,

Risa, y juego, y festines, y cantares.....

Rueden las horas del dolor en tanto.

Porque la voz de una orgía

La voz de un enfermo apaga,,

Que un suspiro de agonía

No penetra en un festín.

Canta, Venecia la bella,

Para cubrir el crujido

De tu poder que se estrella,

Y va rodando a sa fin.

Levanta una carcajada

Para apagar un gemido,

Fatídica campanada

Preludio de un funeral;

Melancólica armonía

Que en la bóveda del templo

Vibra al expirar el día,

Y es un canto sepulcral.

Porque, pese a tus placeres.

A tu pompa y tu hermosura,

Hoy, Venecia, sólo eres

Una memoria de ayer,

Un sepulcro cincelado

Entro flores y perfumes,

Donde yace abandonado

Ta carcomido poder.

Un velo blanco de lino

De una virgen desgraciada,

Ofrenda al verbo divino

Suspendida en un altar;

Barro inmundo en que grabaron,

Con mano desesperada,

El nombre que te legaron

Tantos siglos al pasar.

Tu ley sea el placer, ciudad gigante:
¡Reír, cantar, beber, corta es la vida!
Que en un festín espléndido y brillante,
Duerme el pasado, el porvenir se olvida.
Un recuerdo y un suspiro

Volvió la vida a latir,
Volvió el alma a delirar,
Volvió el ardor de sentir,
y el infierno de vivir
Y el paraíso de amar.
D. NICOMEDES PASTOR DÍAZ.

I

Bella es la luz de la rosada aurora
Y una. mañana del quemado estío,
Cuando con tibia púrpura colora
Las transparentes gotas del rocío.

Cuando inundan el aire de armonía
Las aves en las hojas apiñadas,
Cuando la tierra, saludando al día,
Desata ríos, fuentes y cascadas.

Cuando se mecen las abiertas flores
Al blando arrullo de la brisa errante,
Y pasa el aura prodigando olores

Su inmenso velo al desplegar flotante.

Cuando en sus torres, la ciudad dormida

Vibra ronca la voz de la campana,

Señal primera de que vuelve a vida

Y bendice la luz de la mañana.

Bello es el sol allá en el horizonte

Cuando alza ufano la radiante esfera,

Gigante que, trepando por el monte,

Del mundo el sueño a sorprender viniera.

Bella es la tarde con su parda sombra

Que el ruido apaga y el espacio puebla,

Cuando del mundo en la gastada alfombra

Tiende su manto de azulada niebla.

Bella es la noche cuando en paz camina

Entre sublime oscuridad velada,

Al opaco fulgor con que ilumina

Esa luna de estrellas coronada.

¡Bello es el mundo, sí, la vida es bella!...

Dios en sus obras el placer derrama:

Sólo no encuentra su contento en ella

Un corazón que el imposible ama.

Él sólo melancólico suspira
Cuando el alba purpúrea se eleva:
Él sólo melancólico la mira
Cómo en sus pliegues su esperanza lleva.

Sólo él sabe que el sol en Occidente
Al sepultarse, le arrebató un día,
Y la noche, al caer sobre su frente
Con su misterio aumenta su agonía.

Sus ojos ven el alba, y ven las flores,
Ven la luz, y la sombra, y las estrellas,
Ven las horas rodar y sus dolores
¡Rodar también para volver con ellas!

¡Corazón que no has amado,

Tú no sabes el dolor

De un corazón acosado,

Carcomido y desgarrado

Por amarguras de amor!

No sabes cómo se llora

Con ese llanto que quema,

Con la noche y con la aurora,

Con ese sol que colora

En la frente un anatema.

Se llora con el placer,

Se llora con el pesar,

Con el recuerdo de ayer,

Y mañana hay que llorar

Si nos ama una mujer.

Tú, velado a la tormenta

De borrascosa pasión,

No sabes cómo se aumenta,

Cómo inflamada revienta

La pena en el corazón.

Cómo le devora eterno

Ese esperar indeciso,

Cómo abrasa el fuego interno

De tener hoy un infierno

Donde estuvo un paraíso.

¡Amar y no ser amado!

¡Sentir y no consentir!

¡Morir viviendo olvidado!

¡Ay! ¡Morir de enamorado

Y no poderlo decir!

¡Bullir en el pensamiento

El bello ser de otro ser.....

Y ese roedor tormento,

Que hemos bebido en el viento,

En la voz de una mujer!

Sí, mis oídos la oyeron,

Mis ojos la contemplaron;

Era hermosa y la creyeron.....

Mis oídos me mintieron

O sus ojos me engañaron.

Era un ángel tal vez; descendió al suelo

Para dejar sobre la tierra impía

Alguna oculta maldición del cielo,

Y un reguero de luz y de armonía.

La amé al pasar, y me dejó pasando,

Y por único alivio en mi honda pena,

«Canta», me dijo, y la visión flotando

Se deshizo en la atmósfera serena.

II

A D. N. PASTOR DÍAZ

Poeta, ven y cantemos

A una voz nuestros amores;

En un arpa los lloremos,

Que bien cobijarse vemos

A un árbol dos ruiseñores.

Yo tu dolor cantaré,

Tú cantarás mi dolor,

Que igual el de entrambos fue,

Y harto yo solo lloró

Una mujer, un amor.

Hagamos doliente y tierno

A nuestro canto improviso,

Del mundo un recuerdo eterno,

Y donde estuvo un infierno

Alcemos un paraíso.

A D. Jacinto de Salas y Quiroga

Es el poeta en su misión de hierro,

Sobre el sucio pantano de la vida,

Blanca flor que, del tallo desprendida,

Arrastra por el suelo el huracán

Un ángel que pecó en el firmamento,

Y el Señor en su cólera le envía

Para arrostrar sobre la tierra impía

Largas horas de lágrimas y afán.

Por eso su memoria tiene un cielo,

Y una sublime inspiración su alma;

Por eso el corazón, de triste duelo

Vestido está también.

Que por único alivio en su tormento
Sólo le queda una canción inútil,
Y una corona que la arranca el viento
De la abrasada sien.

Tú lo sabes mejor, que lo has llorado,
Poeta del dolor, bardo sombrío;
Tú que a remotos climas has llevado
Tu noble y melancólico cantar,
Como los pliegues de la parda niebla
Errante cruza un ave misteriosa,
Y de armonía con sus cantos puebla
La corrompida atmósfera, al pasar.

Que tú a la vida naciste

Como pacífico arrullo

De aislada tórtola triste;

Como fuente abandonada

Que levanta su murmullo

Sobre la peña olvidada.

Como el ósculo inocente

Con que el maternal cariño

Selló la tranquila frente

De su hijo más pequeño;

Como el suspiro de un niño

Al despertar de su sueño.

Cumple, sí, tu misión sobre la tierra,

Camina en paz, errante peregrino,

Hasta leer el porvenir que encierra

El libro del destino

Escrito para ti;

Hasta que expiren los revueltos días

Que señaló en su mente Jehová,

Y en tu destierro tu delito expías,

¡Ay! porque escrito está

Que has de salir de aquí.

De aquí, del hediondo suelo

Donde te mandó el Señor

Detener tu raudo vuelo,

Para cantar tu dolor

Sin que se oyera en el cielo.

Y bien posó tu amargura

Al traerte a esta mansión,

Dando al hombre en su locura
Una soñada ventura
Que no está en tu corazón.
Que él no comprende el tormento
Que tu espíritu combate,
Ese amargo sentimiento
Que tu noble orgullo abate,
Nacido en tu pensamiento.
-« Hay una flor que embalsama
»El ambiente de la vida,
»Y su fragancia perdida
»Tan sólo no se derrama
»En tu alma dolorida.»-
Es un privilegio impío
Mirar el placer ajeno
En su loco desvarío,
Y en el corazón vacío
Sentir acerbo veneno.
Y con ojo avaro, ardiente,
Ver tanta mujer hermosa,
Con esa tez transparente,
Con esa tinta de rosa
Sobre la tranquila frente.
Ver tanto feliz galán,
Tanta enamorada bella,

Que en plática amante van
Sin curarse él de tu afán,
Sin adivinarle ella
¡Y el poeta en su misión
Apurando su tormento!
Sin alivio el corazón,
¡Sin más que una maldición
Escrita en el pensamiento!
De su sentencia mortal
Con un día y otro día
Llenando el cupo fatal,,
Cual lámpara funeral
Iluminando una orgía.
A.....

Déjame oír tu misterioso canto,
Alegre voz de tus ensueños de oro;
Solo y perdido peregrino, en tanto
Mal en mi pecho mi dolor devoro.

Dióte el cielo contento y armonía
Y es justo que lo cantes y le adores;
Puro y tranquilo resbaló tu día,
Tu sien de niño coronó de flores.

Para ti son la risa y los festines,

La tierra para ti tiene placeres,
La tierra para ti tiene jardines,
Y para ti son bellas las mujeres.

Y tiene luz el cielo transparente,
Color azul y lánguidas estrellas,
Y ese fanal que alumbra tristemente,
Cual moribundo sol, en medio de ellas.

No para mí, cuya fatal mirada
Quema y devora cuanto en torno nace,
Arroyo que al caer de la cascada
En cristalinas trenzas se deshace;

Pero llega torrente a la llanura,
Y arranca frutos, árboles y flores,
Y al campo roba gala y hermosura
Arrastrando con él musgo y colores.

No para mí, que en noche borrascosa
Vine a surcar las ondas de la vida,
Con el alma penada y fatigosa,
Con la esperanza del placer perdida.

No para mí, que busco una corona
Y un nombre pido en agonía vana;
Mentida luz que de verdad blasona,

Pero que un nombre nos dará mañana.

No para mí, que nací

Hecha de fuego mi alma,

Sin un momento de calma

En las horas que viví.

.....

..

.....

.

¿Por qué en el lánguido aliento

De una mujer que suspira,

Sólo el poeta respira

Su amargura y su tormento?

¡Ay! ¿De qué lo sirve al triste

La fogosa inspiración,

Si es de tierra el corazón

Y su voluntad resiste?

En los góticos salones,

En las pintorescas ruinas,

Canta con notas divinas

Sus misteriosas canciones.

Y cree sus fábulas bellas,

Y en su entusiasmo violento,

Su espíritu va en el viento

Por cima de las estrellas.

En la tierra pasa el hombre

Y ve su miseria en calma:

¡Ay, no comprende su alma
Y no demanda su nombre!
Que es el poeta un bajel
Que, de riqueza cargado,
Surca el mar alborotado
Para naufragar en él.
Mas yo vi el tronco mortal
De avaro conquistador
Al amarillo fulgor
De lámpara funeral.
Era de mármol su lecho,
Era de mármol su frente,
Doblada lánguidamente
Sobre su desnudo pecho.
De mármol la mano fría,
Que el hierro no sujetaba,
Su espalda le sustentaba;
Si órase un hombre, dormía.
Vi un rey, que el trono perdió
Porque al vasallo la plugo,
Caminar junto al verdugo
Que el cadalso levantó.
Vi una hermosa que arrastraban
Sobre féretro asqueroso,
Y con cántico medroso

Sacerdotes la rezaban.
Vi ricos y potentados
En sus inmundos placeres,
Entre orgías y mujeres
De sus hijos olvidados.
«Vivamos hoy», se decían
En el lúbrico festín;
Y otros con ayes sin fin
El sustento les pedían.
Y unos cayeron beodos,
Y otros de hambre cayeron,
Y todos se maldijeron,
Que eran infelices todos.
Y en marmóreo pedestal
Vi la sombra del poeta,
A quien el tiempo respeta
Y el mundo llama inmortal.
Descansa sobre su lira,
Y alza al cielo su cabeza,
Fijos con noble fiereza
Sus ojos en quien le mira.
Y al universo da leyes
Orgullosos triunfador,
Intérprete del Señor
Sobre la ley de los reyes.

.....

.....

Oye, sublime cantor:

Si es fuerza que al fin sucumba,

Si al fin bajo a innoble tumba

A dormir con mi dolor;

Si al fin con el viento vago

Mis versos se perderán,

Cual fuentes que a morir van

Al cieno de hediondo lago;

Cuenta al mundo mi amargura,

Cuéntale mi suerte impía,,

Que sepa al menos que un día

Quise volar a la altura.

Y borra, borra mi nombre

Si le han grabado en mi losa,

Que no le insulte orgullosa

La imbécil planta de un hombre.

Sólo una flor amarilla

Que el cierzo marchitará,

Entre el césped brotará

De mi sepulcro en la orilla.

¡Pobre flor! ¿Por qué naciste

Sobra una tumba desierta?

¿No temes la noche yerta
Tan solitaria y tan triste?
¡Pobre flor! ¿A qué temprana
Diste al mundo tu sonrisa?
Hoy te mece fresca brisa,
Pero morirás mañana.
¡Ay! ¡Pobre flor amarilla!
¿A qué tan presto brotar,
Si el cierzo te ha de agostar
De mi sepulcro en la orilla?
Oriental

Corriendo van por la vega
A las puertas de Granada
Hasta cuarenta gomeles
Y el capitán que los manda.
Al entrar en la ciudad,
Parando su yegua blanca,
Lo dijo éste a una mujer
Que entre sus brazos lloraba:
-Enjuga el llanto, cristiana,
No me atormentes así,
Que tengo yo, mi sultana,
Un nuevo Edén para ti.
Tengo un palacio en Granada,

Tengo jardines y flores,
Tengo una fuente dorada
Con más de cien surtidores.
Y en la vega del Genil
Tengo parda fortaleza,
Que será reina entre mil
Cuando encierre tu belleza.
Y sobre toda una orilla
Extiendo mi señorío;
Ni en Córdoba ni en Sevilla
Hay un parque como el mío.
Allí la altiva palmera
Y el encendido granado,
Junto a la frondosa higuera
Cubren el valle y collado.
Allí el robusto nogal,
Allí el nópalo amarillo;
Allí el sombrío moral
Crecen al pie del castillo.
Y olmos tengo en mi alameda
Que hasta el cielo se levantan,
Y en redes de plata y seda
Tengo pájaros que cantan.
Y tú mi sultana eres;
Que desiertos mis salones,

Está mi harén sin mujeres,
Mis oídos sin canciones.
Yo te daré terciopelos
Y perfumes orientales,
De Grecia te traeré velos,
Y de Cachemira chales.
Y te daré blancas plumas
Para que adornes tu frente,
Más blancas que las espumas
De nuestros mares de Oriente;
Y perlas para el cabello,
Y baños para el calor,
Y collares para el cuello;
Para los labios.... ¡amor!-
-¿Qué me valen tus riquezas,
Respondióle la cristiana,
Si me quitas a mi padre,
Mis amigos y mis damas?
Vuélveme, vuélveme, moro,
A mi padre y a mi patria,
Que mis torres de León
Valen más que tu Granada.-
Escuchóla en paz el moro,
Y manoseando su barba,
Dijo, como quien medita,

En la mejilla una lágrima:

-Si tus castillos mejores

Que nuestros jardines son,

Y son más bellas tus flores,

Por ser tuyas, en León,

Y tú diste tus amores

alguno de tus guerreros,

Hurí del Edén, no llores,

Vete con tus caballeros.-

Y dándola su caballo

Y la mitad de su guardia,

El capitán de los moros

Volvió en silencio la espalda.

La meditación

Sobre ignorada tumba solitaria,

A la luz amarilla de la tarde,

Vengo a ofrecer al cielo mi plegaria

Por la mujer que amé.

Apoyada en el mármol la cabeza,

Sobre la húmeda hierba la rodilla,

La parda flor que esmalta la maleza

Humillo con mi pie.

Aquí, lejos del mundo y sus placeres,

Levanto mis delirios de la tierra,

Y leo en agrupados caracteres
Nombres que ya no son.
Y la dorada lámpara que brilla
Y al soplo oscila de la brisa errante,
Colgada ante el altar en la capilla
Alumbra mi oración.

Acaso un ave su volar detiene
Del fúnebre ciprés entre las ramas,
Que a lamentar con sus gorjeos viene
La ausencia de la luz:
Y se despide del albor del día
Desde una alta ventana de la torre,
O trepa de la cúpula sombría
A la gigante cruz.

Anegados en lágrimas los ojos
Yo la contemplo inmóvil desde el suelo
Hasta que el rechinar de los cerrojos
La hace aturdida huir.
La funeral sonrisa me saluda
Del solo ser que con los muertos vive,
Y me presta su mano áspera y ruda
Que un féretro va a abrir.

¡Perdón! ¡No escuches, Dios mío,

Mi terrenal pensamiento!

¡Deja que se pierda impío

Como el murmullo de un río

Entre los pliegues del viento!

¿Por qué una imagen mundana

Viene a manchar mi oración?

Es una sombra profana,

Que tal vez será mañana

Signo de mi maldición.

¿Por qué ha soñado mi mente

Ese fantasma tan bello,

Con esa tez transparente

Sobre la tranquila frente

Y sobre el desnudo cuello?

Que en vez de aumentar su encanto

Con pompa y mundano brillo,

Se muestra anegada en llanto

Al pie de altar sacrosanto,

O al pie de pardo castillo.

Como una ofrenda olvidada

En templo que se arruinó,

Y en la piedra cincelada

Que en su caída encontró,

La mece el viento colgada.

Con su retrato en la mente,
Con su nombre en el oído,
Vengo a prosternar mi frente
Ante el Dios omnipotente,
En la mansión del olvido.

¡Mi crimen acaso ven
Con turbios ojos inciertos,
Y me abominan los muertos,
Alzando la hedionda sien
De los sepulcros abiertos!

Cuando estas tumbas visito,
No es la nada en que nací,
No es un Dios lo que medito,
Es un nombre que está escrito
con fuego dentro de mí.

¡Perdón! ¡No escuches, Dios mío,
Mi terrenal pensamiento!
¡Deja que se pierda impío
Como el murmullo de un río
Entre los pliegues del viento!
A la estatua de Cervantes

Esa es su sombra.....; el alma, avergonzada

Para más no volver, huyóse al cielo:

Solitaria, sombría, abandonada,

Esa fantasma se encontró en el suelo.

Si es pedestal o túmulo, se ignora;

Mas sin duda temieron que, indignado,

De la piedra en que está salte a deshora,

Según se ve de hierros circundado.

No bajará, que es noble y caballero,

Y lidió por su patria el buen poeta;

Acaso no encontrara un compañero

Al pie del pedestal que le sujeta.

Tal vez no hallara un digno castellano

Libre y valiente a quien llamar amigo,

A quien tender la cercenada mano,

A quien llevar en pos al enemigo.

Por eso eleva la tostada frente

Al firmamento azal noble y tranquila,

Y no mira por eso transparente

Apagada a la luz la ancha pupila.

CERVANTES le llamaron otros días,

Yerta figura con ajeno nombre,

Como su original arrastra impías

-Horas de duelo en la mansión del hombro.

Ayer cruzaba libre e ignorado
La turba ociosa y soldadesca inquieta
Dentro de su armadura de soldado,
O envuelto en sus harapos de poeta.
Hoy en la inmoble colosal figura
Derramada la lluvia se destrenza,
Y está sombrío en pie sobre la altura,
Como sacan un reo a la vergüenza.
El pueblo ve a sus pies, negro milano
Que a la boca asomó de un hormiguero,
Y quiere el ojo comprender en vano
Cómo allí se cobija un pueblo entero.
Y siente la carroza del magnate
Rodar, y se estremece a su carrera,
Y soldados que marchan al combate
Que equipados de farsa los creyera.
Y abajo, entre los árboles perdidos,
Como sueños pasar contempla inquietas
Las sombras de políticos caídos,
Las parodias de sabios y poetas.
Y una lágrima acaso en su mejilla
Alumbra el sol bajando al Occidente,
Al contemplar su revocada villa
Sin porvenir, alegre o indolente.
Hubo un CERVANTES cuando aquél vivía,

Cuando en vez de esos hierros era un hombre;

Llamáronle poeta, y poseía

Una espada y un libro con su nombre.

Su espíritu brotó con la tormenta

Y le escondió en su seno el torbellino,

El sepulcro su mano abrió violenta,

Y hoy resuena su cántico divino.

¿Por qué no le dejaron con su sueño

En el sepulcro donde en paz dormía?

¿A qué traerle con tenaz empeño

A sufrir otra vez la luz del día?

¿A qué su sombra de la tumba-alzaron

Estúpidos los hombres o altaneros?

Para ahuyentar los siglos que pasaron,

Y escarnecer los siglos venideros.

Hombre de hierro que velas

El sueño del mundo impío,

Que ves con gesto sombrío

Crímenes que no revelas;

Cuya negra frente calva

Sufre en paz el sol que arde,

La roja luz de la tarde,

La amarilla luz del alba;

¿Qué piensas del mundo, di?

Tú que le dejaste ya,

Cuya voz no se alzar ,
Cuya sombra quedó aquí.
 Qu  piensas de ese magnate
Que ha perdido el sol de un día
Embriagado en una orgía
Mientras su nación combate?
 Qu  piensas t  de esos reyes
Que arrastra un frenado bruto
Entre vírgenes de luto
Huérfanas hoy por sus leyes?
 Qu  piensas, genio inmortal,
De ese pueblo soberano
Que abre paso a su tirano
Sin levantar un puñal?
Dime, coloso de hierro,
A quien condena la suerte
A sufrir desde la muerte
En tu patria tu destierro,
 No es cierto que all  en su afán
Espera tu desconsuelo
Que te arrastre por el suelo
Un revoltoso huracán?
II
Tu nombre tiene el pedestal escrito
 En extranjero idioma por fortuna!

Tal vez será tu nombre un sambenito
Que vierta infamia en tu española cuna.
¡Hora te traje a luz desventurada!
¿Español eres?... Lo tendrán a mengua,
Cuando a tu espalda yace arrinconada
Tu cifra en signos de tu propia lengua.
¡Serás acaso un busto aparecido
Entre las ruinas de la antigua Roma,
Recuerdo que los tiempos han roído,
Que algún rico libró de la carcoma!
Maldita es tu misión sobre la tierra;
Los que mueren, sus males acabaron,
Todos sus restos su sepulcro encierra.....
Los tuyos del sepulcro los robaron.

Helo allí que se levanta
Como fantasma furioso,
Que magulla con su planta
Los que a su morada santa
Van a turbar su reposo.
Porque su nombre y su gloria
Sólo al tiempo las vendió,
Para dejar su memoria
Grabada en oro en la historia,
Que escrita en el fango, no.
Que por eso en su amargura

Abortó un libro coloso,
Que a su renombre asegura
En las edades reposo.
Cuando los siglos le lean
Hará que los siglos vean
En su cubierta roída,
En caracteres gigantes
Dos genios con una vida,
Un Quijote y un Cervantes.
Y si entre la espesa bruma
De esta edad que bulle inquieta,
De hediondo mar alba espuma,
El genio de otro poeta
Despliega su blanca pluma;
Si algún bardo colosal
Levanta entro la tormenta
Su cántico celestial,
De una centuria sangrienta
Salmodiando el funeral;
Cuando el tiempo, hombre sombrío,
El orbe rompa a pedazos,
Que sostenido en tus brazos
Huya su cuchillo impío;
Y en el día de furor,
Cuando al eco atronador

De la funeral trompeta

Se junte el mando en un valle,

Mándale al mundo qué calle,

Y dile que era un POETA.

Elvira

Con furia en el bosque luchaban los vientos,

Del pino tronchado sonoro estallido

Se oía crujir;

Y el ave agorera sus tristes lamentos

Callaba, y del trueno lejano el bramido

Se hacía sentir.

Y lluvia copiosa los cielos enviaban,

Que en surcos deformes la tierra partía,

De angustia colmada;

Y al ver que en el monte mil rayos brillaban,

El hombre dijera que el mundo se ardía

Tornando a su nada.

Encina nudosa nacida entre peñas

Por donde derrumba su espuma un torrente,

Se mira a lo lejos;

Y apenas alumbra el rayo en las breñas

El arco ruinoso de gótico puente

Con tibios reflejos.

Suspenso en la cima del árbol añoso,
De ramas tejido descende un asiento:
En él aparece
Fantástica bruja de aspecto asqueroso
Sentada y serena. Con ímpetu el viento
Silbando la mece.

-Vi palacios magníficos un día
Cuando fortuna en torno me reía,
Vi donceles y dueñas,
Que humildes me acataban;
Los vientos no zumbaban
Entre las rudas peñas.

Y oía yo cantares regalados,
Y oía al par los ecos apagados
De una lira distante;
Porque es grato a las bellas
Escuchar las querellas
De su bizarro amante.

Gimió el clarín y se lanzó la guerra
Bramando de furor: mustia la tierra
Lloró por su venida,
Y vestido de acero
Fue al campo el caballero,
Y allí perdió la vida.

Y entraron victoriosos los contrarios
Respirando venganza. ¡Sanguinarios!
Mis tierras, ¿qué se hicieron?
Mis fieles servidores
En medio estos horrores
Luchando sucumbieron.

Y el último era un héroe, ¡y yo vagaba
Allá en su mente a tiempo que espiraba!
Muriendo ¡ay! me decía:
«Mi Elvira encantadora,
Llora tu esposo, llora
Sobre mi tumba fría.»

Lloré y venganza le juré a mi esposo,
Y se la dí, que incendio estrepitoso
Consumió los salones
Que vivió su asesino;
Sólo halló cuando vino
Denegridos torreones.

Contra su altiva frente el cielo mismo
Vibró su rayo, y el ruidoso abismo
Le tragó del torrente.
Yo le miré suspenso
Sobre el espacio inmenso

Maldecirme demente.

Y me gozaba, y aplaudía en tanto,
Y daba al viento el desacorde canto
De la venganza mía;
Y oí sonar cercana
La lúgubre campana
Al tiempo que moría.

Crece ahora, huracán: alza bramando
Tu saña contra mí, yo iré cantando
Mis himnos funerales;
Con mis manos heladas
Yo romperé selladas
Las puertas infernales.

Cantaba la vieja: con sordo mugido
Los vientos llevaron su triste canción:
Del rayo en un punto el árbol herido,
Con ella caía:
Su grito de muerte se oyó, y todavía
Vagó por sus labios postrer maldición.

Tarde de Otoño

Ya viene el revuelto otoño
Recogiendo frasco y flores;
Pasó el sol con sus calores,

Y alumbra al fin otro sol;
Pasaron las alboradas
Deliciosas de la aurora,
Que el horizonte colora
De purpurino arrebol.
Pasaron las noches claras
De la luna y los jardines;
Las noches de los festines
Tras el otoño vendrán.
Pasó el tiempo de las citas
A deshora entre las rejas,
Los cuidados de las viejas,
De las niñas el afán.
Pasaron las serenatas
Debajo de los balcones,
Las rondas y las canciones
Del mancebo emprendedor.
Todo es ya triste: la tierra
Pierde su brillante aliño,
Y el amor, que es pobre y niño,
Alivio busca al calor.
Mas si se envuelve la noche
Entre su sombra importuna,
Si pierde su blanca luna
Y sus horas de placer;

Si pierde la fresca aurora
Sus aromas y sus flores,
Sus nubes de cien colores,
S a aureola de rosicler;
Le que la en cambio a la tarde
Todo el encanto del día,
Y henchida de su armonía
Sale el sol a despedir.
Bella es la tarde que baja
Por el rosado Occidente,
Y se apaga lentamente
Para volver a lucir.

Es púrpura el horizonte,
Y el firmamento una hoguera,
Es oro la ancha pradera,
La ciudad, el río, el monte.
Rey de los astros, el sol,
Del regio trono al bajar,
Su pompa querrá ostentar
En su manto de arrebol.
Por eso suspenso está
De su reino a la salida,
Jurando a su despedida
Que mañana volverá.
Banda de nubes de grana,

Que con sus reflejos tiñe,
Flotando en torno le ciñe
Como turba cortesana.
Ráfagas mil que se cruzan,
Filigrana de la tarde,
El sol que a su espalda arde
En colores desmenuzan.
Y al hundirse en Occidente
Partida en muchas la llama,
Por el cielo se derrama
Fosfórica y transparente.
Es la postrera sonrisa
Del bello día que acaba,
Que de esa luz arrancaba
Su fresca ondulante brisa.
La fresca brisa que asoma
Por sobre la roca calva,
Remedio de la del alba
En frescura y en aroma.
A su venida, tardías
Cierran su cáliz las flores,
Y trinan los ruiseñores
Sus postreras armonías.
Se les va buscar la sombra
Entre las desnudas ramas,

Porque sus hojas de escamas
Sirven al suelo, o de alfombra.
Que ya el inconstante viento
Del otoño que aparece,
En los árboles se mece
Con brusco sacudimiento.
Flor, pronto inútil y sola,
En vez de la que él deshizo,
Orlará el campo pajiza
La purpurina amapola.

Brezos y arbustos impuros
De la montaña en la falda,
Vestirán su áspera espalda
Con sus matices oscuros.
Grupos de nubes perdidos
Como fantasmas deformes,
Traen en sus pliegues enormes
Vientos de invierno escondidos.
El árbol en largas hebras
Hiende sus cortezas vanas,
Y anuncian lluvias lejanas
Las rastras de las culebras.
Da el cuervo al aire su vuelo,
Graznidos a su garganta;

Rey del viento, se levanta
Entre la tierra y el cielo.
Se oye de algunas palomas
Perdido el último arrullo,
De alguna fuente el murmullo
Que entre los juncos asoma.
Queda el mundo en soledad;
Y en el aire alzan su imperio
Da las sombras el misterio,
Y el humo de la ciudad.
Indecisión

¡Bello es vivir; la vida es la armonía!
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
Un sol de fuego iluminando el día,
Aire de aromas, flores apiñadas:
Y en medio de la noche majestuosa
Esa luna de plata, esas estrellas,
Lámparas de la tierra perezosa,
Que se ha dormido en paz debajo de ellas.

¡Bello es vivir! Se ve en el horizonte
Asomar el crepúsculo que nace;
Y la neblina que corona el monte,
En el aire flotan, lo se deshace;
Y el inmenso tapiz del firmamento

Cambia su azul en franjas de colores;

Y susurran las hojas en el viento,

Y desatan su voz los ruiseñores.

.....

.....

Y la noche las orlas de su manto

Arrastra fugitiva en Occidente,

Y la tierra despierta al fuego santo

Que reverbera el sol en el Oriente.

¡Bello es vivir! Se siente en la memoria

El recuerdo bullir de lo pasado,

Camina cada ser con una historia

De encantos y placeres que ha gozado.

Si hay huracanes y aquilón que brama,

Si hay un invierno de humedad vestido,

Hay una hoguera a cuya roja llama

Se alza un festín con su disorde ruido.

Y una pintada y fresca primavera,

Con su manto de luz y orla de flores,

Que cubre de verdor la ancha pradera

Donde brotan arroyos saltadores.

Y hay en el bosque gigantesca sombra,

Y desierto sin fin en la llanura,

En cuya extensa y abrasada alfombra

Crece la palma como hierba oscura.

Allí cruzan fantásticos y errantes,
Como sombras sin luz y apariciones,
Pardos y corpulentos elefantes,
Amarillas panteras y leones.
Allí, entre el musgo de olvidada roca,
Duerme el tigre feroz harto y tranquilo;
Y de una cueva en la entreabierta boca,
Solitario se arrastra el cocodrilo.
¡Bello es vivir; la vida es la armonía!
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
Un sol de fuego iluminando el día,
Aire de aromas, flores apiñadas.....

Arranca, arranca, Dios mío,

De la mente del poeta

Este pensamiento impío

Que en un delirio creó;

Sin un instante de calma,

En su olvido y su amargura,

No puede soñar su alma

Placeres que no gozó.

¡Ay del poeta! Su llanto

Fue la inspiración sublime

Con que arrebató su canto

Hasta los cielos tal vez;

Solitaria flor que el viento

Con impuro soplo azota,

Él arrastra su tormento

Escrito sobre la tez.

Porque tú ¡oh Dios! le robaste

Cuanto los hombres adoran;

Tú en el mundo lo arrojaste

Para que muriera en él;

Tú le dijiste que el hombre

Era en la tierra su hermano;

Mas él no encuentra ese nombre

En sus recuerdos de hiel.

Tú le has dicho que eligiera

Para el viaje de la vida

Una hermosa compañera

Con quien partir su dolor;

Mas ¡ay! que la busca en vano,

Porque es para el ser que ama

Como un inmundo gusano

Sobre el tallo de una flor.

Canta la luz y las flores,

Y el amor en las mujeres,

Y el placer en los amores,

Y la calma en el placer;

Y sin esperanza adora

Una belleza escondida,

Y hoy en sus cantares llora

Lo que alegre cantó ayer.

Él, con los siglos rodando,

Canta su afán a los siglos,

Y los siglos van pasando

Sin curarse de su afán.

¡Maldito el nombre de gloria

Que en tu cólera le diste!

Sentados en su memoria

Recuerdos de hierro están.

El día alumbra su pena,

La noche alarga su duelo,

La aurora escribe en el cielo

Su sentencia de vivir;

Fábulas son los placeres,

No hay placeres en su alma,

No hay amor en las mujeres,

Tarda la hora de morir.

Hay sol que alumbra, mas quema,

Hay flores que se marchitan,

Hay recuerdos que se agitan,

Fantasmas de maldición.

Si tiene una voz que canta,

Al arrancarla del pecho

Deja fuego en la garganta,

Vacío en el corazón.

¡Bello es vivir! Sobre gigante roca

Se mira el mundo a nuestros pies tendido,

La frente altiva con las nubes toca.....

Todo creado para el hombre ha sido.

¡Bello es vivir! Que el hombre descuidado,

En los bordes se duerme de la vida,

Y de locura y sueños embriagado,

En un festín el porvenir olvida.

¡Bello es vivir! Vivamos y cantemos:

El tiempo entre sus pliegues roedores

Ha de llevar el bien que no gocemos

Y ha de apagar placeres y dolores.

Cantemos, de nosotros olvidados,

Hasta que el son de la fatal campana

Toque a morir. Cantemos descuidados,

Que el sol de ayer no alumbrará mañana.

Eran aún los agitados días

En que mi juventud abandonada

Adivinó tal vez horas impías

Entre el crespón de la insondable nada;

Cuando con ojo avaro y penetrante,

Aun no poeta, el porvenir medita

El niño, y ve pasarlo por delante

Árida nada que su sed irrita;

Cuando el nombre del niño no es un nombre,

Cuando la idea informe no es idea,

Y en el alma del niño nace el hombre

Que idea y nombre se conquista y crea;

Entonces, de la vida en el vacío,

Soñé un bello fantasma que rodaba:

Gota brillante y fresca de rocío

En flor que brota entre pajiza lava.

Blanco ese sueño resbaló en mi mente,

Puro y tranquilo como sol que nace,

Como se rompe el agua de la fuente

Y rodando en la hierba se deshace.

Era la forma transparente y vaga
De un arcángel que cruza el firmamento;
Era un pliegue del viento que una maga
Vibró al cantar con aromado aliento.

Era la voz del arpa que se pierde
Entre el leve vapor de ancha laguna,
En cuyo fondo, con las algas verdes,
Tibia se mece amarillenta luna.

Era, en la mente perdida
Entre suspiros de gloria,
La esperanza y la memoria
Del amor de una mujer;
Recuerdo en alma de niño,
Amor en alma de hombre,
Blanco fantasma sin nombre
Y sin hora en que nacer.

Permite, dulce embeleso,
Que mis labios en tus labios
Pongan un ardiente beso
Que se oiga en el corazón;
Que la mente del poeta,
En su entusiasmo violento,
Beba en tu mirada inquieta

La fogosa inspiración.
Que en la noche tempestuosa
Será bello, ¡amada mía!
De la lluvia áspera y fría
Al desigual susurrar,
Tener contigo un poeta
Sentado a la roja llama,
Con un corazón que ama
Y una voz para cantar.
Será bello, en puro día
De fragante primavera,
Su fantástica armonía
Escuchar en un jardín,
Y que en la ruidosa fiesta
Levante robusto canto,
Y que te vele tu siesta
Después de largo festín.
Te digan los caballeros
Que por tus favores lidian,
Y las damas que te envidian
El cantar del trovador;
Y en la tibia madrugada,
Tus labios sobre su frente,
Duermas tú tranquilamente
Soñando sueños de amor.

Y tu aliento con su aliento,
Y tu mano con su mano,
Con un mismo pensamiento
Que os halague al despertar,
Os encuentre la mañana,
Y resbale vuestra vida
Como parda luz lejana
De una tarde sobre el mar.
Oriental

Mañana voy, nazarena,
A Córdoba la sultana;
Mi amorosa cantilena
Ya no sentirás mañana
Al compás de mi cadena.

Cuando vuelvan los cristianos
De los moros vencedores,
Lee mis destinos tiranos,
La historia de mis amores,
En la sangre de sus manos.

Valiera más que, cautivo,
En esa torre acabara
La triste vida que vivo;
Que la vida que hoy recibo
Me la vendas ¡ay! bien cara.

¡Adiós! Tu esclavo mañana
Ya no ha de cansarte enojos;
Pero es esperanza vana:
Cautivo quedo, cristiana,
En la prisión de tus ojos.

¡Maldita, hermosa, mi estrella!
¿Qué ha de valerme la vida,
Si no he de hallarte con ella
Ni en Granada la florida
Ni en mi Córdoba la bella?

De hoy me será el claro sol
Una lámpara importuna;
Hija del suelo español:
Tú eres mi sol y mi luna.....
La aurora y el arbol.

Pues en ti pierdo el sol hoy,
Sin tu sol no he de vivir;
Sultana: a Córdoba voy,
Que en las tinieblas que estoy,
Presto, a fe, que he de morir.

Ha prometido Mahoma
Un paraíso, una hurí

Tú habrás de ser ángel, sí,

En esa región de aroma,

Y hemos de amarnos allí.

A un Torreón

Gigante sombrío, baldón de Castilla,

Castillo sin torres, ni almenas, ni puente,

Por cuyos salones, en vez de tu gente,

Reptiles arrastran su piel amarilla,

Dime: ¿qué se hicieron tus nobles señores,

Tus ricos tapices de sedas y flores;

Tu gente de guerra, tus cien trovadores

Que alzaron ufanos triunfante canción?

Tú estás en el valle cadáver podrido,

Guerrero humillado que el tiempo ha rendido,

Tu historia y tu nombra yaciendo en olvido;

El mundo no sabe que existe Muñón.

Tus pardas ruinas me son de tormento;

Con negros recuerdos corroen mi alma.....

¡Tú estás en mi mente, maldecida palma,

Quemada del rayo, batida del viento!

Yo, errante poeta proscrito en el mundo,

Tal vez en el polvo de féretro inmundo,

Sin nombre, sin gloria, para siempre hundo

Mi frente, abrasada de inútil sudor,

¡Por ti, resto infame, fantasma de duelo,
Morada maldita de un ángel del cielo
Que amé y me robaron!¡Maldito tu suelo,
Maldito tu nombre, maldito mi amor!

Quédate, sí, en esa altura

A la vergüenza del llano,

Castillo sin castellano,

Matrona sin hermosura.

De ti el tiempo se rió,

Tus torres se derribaron,

Tus vasallos te ultrajaron,

Tu señor te abandonó.

Quédate, negro esqueleto,

De fértil vega mancilla,

A esa ermita de Castilla

Sin sacerdote, sujeto.

Sin pendones que ondear,

Sin blasones a la entrada,

Tu bóveda agujereada

No has podido sustentar.

Sin un eco en los salones,

Sin un soldado en el muro,

Hoy crece el arbusto impuro

Al pie de tus torreones.

Señor muerto en tierra ajena,

Olvidado de tu gente,

A pedazos, de tu frente

Roba el viento tu melena.

Y pasa a tus pies el hombre

Sin buscarte en su memoria,

Porque no leyó tu historia

Ni se acuerda de tu nombre.

Tú tienes uno, que en aciago día

En tu gastada piedra escribí yo,

Y el nombre de otro y la vergüenza mía

Con la tuya quedó.

Cuando mi labio le nombró, mentía;

Cuando mi mano le grabó, mintió;

Hoy ya no existe; en su carrera impía

El tiempo le arrastró

Y ese nombre celestial

Que el tiempo devoró al fin,

Una mujer, por mi mal,

Le arrebató a un serafín;

El huracán de la vida

Sólo dejó ¡oh mi querida!

Para mi eterno tormento,

En prenda de maldición,

Tu nombre en mi pensamiento,

Tu amor en mi corazón.

La noche de invierno
A D. Jenaro Villaamil

Pintor: el viento se estrella

Bramando en esa ventana;

En pos de su airada huella
La lluvia y la noche van;
Prepara lienzo y pinceles,
Yo escribiré tu pintura,
Y conquistemos laureles
Al través del huracán.

Agua las nubes abortan;
Se ve la lumbre amarilla
De las centellas, que cortan
Nubes y lluvia al caer;
Se oyen girar las veletas
Sobre la gigante torre,
Y las pizarras sujetas,
Agua y viento repeler.

Se ven oscilar tus lienzos,
Del crudo viento impelidos,
Que por los vidrios hendidos
Penetra inquieto hasta aquí.
Esos retratos colgados,
Que unos con otros se chocan,
Son escudos conquistados
Y blasones para ti.

Y se oye el son temeroso
De campanas que, rompiendo

De los hombres el reposo,
Conjuran la tempestad;
Se oye en la calle azorado,
De alguno que huye la lluvia,
El paso precipitado
Cruzando en la oscuridad.

Encendamos una hoguera,
Cuya roja llama alumbre
Esos rostros en hilera
Colgados en la pared,
Que mecidos por el viento
Y animados por la llama,
Nos darán un pensamiento
Y una corona tal vez.

Tú tienes dentro la mente
Galerías, catedrales,
Y todo el lujo de Oriente
Y un mando para pintar;
Tú tienes en tus pinceles
Derruídos monasterios
Con aéreos botareles
Yafiligranado altar.

Tienes torres con campanas

Y transparentes labores,
Castillos con castellanas
Que aguardan a su señor,
Y bóvedas horadadas,
Y silenciosas capillas
Donde en marmóreas almohadas
Yace el muerto fundador.

Y antiquísimas ciudades
Que, por el tiempo roídas,
Cuentan al tiempo verdades
Que él se desdeña escuchar;
Tienes en el valle fuentes,
Peñascos en la montaña,
Y en los peñascos torrentes
Que se arrastran a la mar.

Tienes en los mares islas
Con ciudades y jardines,
Y en los jardines festines,
Y en los festines placer.....
Prepara lienzo y pinceles
Y deja que el viento bramo,
Y la lluvia se derrame,
Y estalle el rayo al caer.

A inspirarnos han venido

La noche con sus tinieblas,
El rayo con su estampido,
La lluvia con su rumor;
Tú pintarás lo que sientas,
Yo escribiré lo que siento
En el empuje violento
Del huracán bramador.

Yo escribiré cómo muge
El vendaval en tus torres,
Cómo entro las jarcias cruje
Del buque que va a anegar;
Cómo zumba en las almenas
Con que ciñes tus castillos,
Cómo silba en las cadenas
Que el puente han de sujetar.

Escribiré cómo imita
La humana voz en las rocas,
Y como el milano grita,
Y ruge como el león,
Silba como la serpiente,
Sorbe como la lechuza,
La voz de un incendio miente
Al cruzar un torreón.

Miente el graznido del cuervo,
Brama como el ronco toro,
Remeda el distante lloro
De una garganta infantil;
Y azotando los cristales,
Finge el fantástico vuelo
De espíritus infernales
Que pasan de mil en mil.

E imita el rumor confuso
De clarines y de aceros,
De carros y caballeros
Que van marchando detrás,
Y de un lejano combate
Los alarmantes clamores,
Y el ruido de los tambores
Que redoblan a compás.

Tú pintarás la montaña
Entre la niebla sombría,
Pintarás la lluvia fría
Derramada desde allí;
Los alcázares morunos,
Los pilares bizantinos,
Monumentos peregrinos
Embellecidos por ti.

Pintarás los gabinetes
Cincelados de la Alhambra,
Y el humo de los pebetes
Y las bellas del harén.
Tú pintarás las memorias
Que nos quedan por fortuna,
Yo escribiré las historias
Que vida a tus cuadros den.

Te diré el blando murmullo
De las aguas destrenzadas,
Y el melancólico arrullo
De la tórtola que amó;
Te diré cómo se mecen
Las flores sobre los tallos,
Cómo nacen, cómo crecen,
Cómo, el sol las agostó.

Tú nos pintarás al hombre
Con su choza o su palacio,
Y yo te diré su nombre,
Y lo que en el mundo fue:
Tú al mundo darás colores,
Yo le dará lengua y vida;
Tú pintarás los amores,
Y yo te los cantaré,

¡Pintor! Que la noche ruede
Con el ronco torbellino,
Que envuelta en tormentas quede
La desvelada ciudad;
Nosotros, lejos del mundo,
Otro mundo gozaremos,
De la hoguera que encendemos
A la roja claridad.

Calderón, Murillo, Ercilla,
Colgados por las paredes
Con su estoque y su golilla,
Forman nuestro mundo aquí.
Ahí están Lope, Cervantes,
Vinci, Rivera, el Ticiano.....,
Con tintas para tu mano,
E inspiración para mí.

Prepara lienzo y pinceles,
Despliega tu fantasía;
Cuando nos sorprenda el día,
Que alumbre una creación.
Pintor, ese torbellino
Ha venido a visitarnos,
En él nos trajo el destino

La violenta inspiración.

Recuerdos de Toledo

La Catedral

Introducción

Ese montón de piedras hacinadas,
Morenas con el sol que se desploma,
Monstruo negro de escamas erizadas
Que alienta luz y música y aroma;
A quien un pueblo inválido rodea
Con pies de religión, frente de miedo,
Que tan noble lugar mancha y afea,
Es catedral de lo que fue Toledo.
Pálida y triste, pobre y abatida,
Llora el favor de los hundidos años;
Reina sin corte, anciana y desvalida,
Por sus hijos robada y los extraños.
Por vestir el espectro de su nada,
Hoy convoca sus hijos a las fiestas,
Celebrando su mal, desesperada,
Con campanas, con órganos y orquestas.
Gigante que, muriendo en la llanura
A manos de contrario más valiente,
Con voz tremenda su venganza jura,
Y fuerza y vida en sus palabras miente.
Una tribu elegante y voluptuosa

De otro país de fuentes y de flores,
Los cimientos fundó donde reposa,
Para otro Dios de guerras y de amores.
Y un rey, o más piadoso o más prudente,
Cambióla en templo por sellar su gloria;
Y tal vez dijo al Dios omnipotente:
Tuyo es el nombre, mía la memoria.
Quedóse al fin en templo consagrado
Del sumo Dios bajo el excelso nombre,
Para ser a los tiempos revelado
Como página histórica de un hombre.
Mas apilando el tiempo los despojos
De los mismos valientes que la hicieron,
Vasto sepulcro levantó a sus ojos
Donde un palacio levantar creyeron.
Y hoy, al caer del templo la grandeza,
Muestra el coloso, al expirar su imperio,
Que ha cobijado su mortal corteza
Templo, historia, palacio y cementerio.

I

Con ceño sombrío mira

El Tajo, que a sus pies corre,

Y al despecho que la inspira,

Con las gargantas suspira

De sus campanas la torre.

Que tiene para consuelo

En su abatimiento y mengua,

La frente cerca del cielo,

Y para hablar con el suelo

Trece campanas por lengua.

Con tan gigante armonía

Todo su cuerpo estremece,

Y al oírla se creería

Que crece así su alegría

Cuanto su estrépito crece

A ese clamor tan violento,

Incapaz de tanto ruido,

Vibra fatigado el viento,

Dejando el confuso acento

Por la atmósfera perdido.

Que en su canto desigual

Hay música tan liviana,

Que en su murmullo infernal

Canta y llora y ríe insana

Con sus lenguas de metal.

Que ellas pregonando van

Lo que sus clamores son,

Que a veces tristes están

Pidiendo por los que van

A eterna condenación.

Y en su clamor muestran bien

Otras el alegre fin,

Pues revoltosas se ven

Cual si colgadas estén

Por heraldos de un festín.

Otras, en su inquieto afán,

Ruedan y vibran, según

Con los clamores que dan

Al mundo anunciando están

Placer o luto común.

Y en vez de agudo esquilón,

De la tarde anuncia el fin

El doblar de la oración,

Que apaga su ronco son

Del horizonte al confín

Y a su movimiento enorme

Rueda en el cóncavo hueco

De la bóveda el informe

Postrer quejido del eco

Con vibración uniforme.

A su paso estremecidas

Oscilan allá en las sombras

Las lámparas suspendidas,

Dibujando en las alfombras

Sombras y luz confundidas.

Cobra entonces movimiento

Todo el templo y se estremece,

Cual fantasma de un momento

Que alza el rostro macilento

Y al punto, se desvanece.

Van luego dejando ver

Los vacilantes reflejos,

Las sombras al repeler,

Los objetos a lo lejos

Sus formas desenvolver.

Se van mostrando despacio

Las verjas de oro amarillas,

Canceles de aquel palacio

Que dividen el espacio

De la nave y las capillas.

Se ven en turbios colores

Detrás de los altos hierros,

Entre marmóreas labores

Cumpliendo así sus destierros,

Dormidos los fundadores.

Se ven al rayar el día

En los pintados cristales,

Cómo luchan a porfía

La claridad que lucía,

Y los rayos matinales.

Entonces el sol brillante

Que a las ventanas asoma,

Su fogosa luz gigante

En la llama agonizante

De las lámparas desploma.

Dejan torre y capitel,

Y entran por los rosetones

Las sombras huyendo dél,

Plegándose en los rincones

En fantástico tropel.

La luz, del templo señora,

Por el templo derramada,

Saluda al Dios que ella adora

Por las losas prosternada

Ante el ara que colora.

Ciñe la bóveda, avara,

Y en los robustos pilares

Se quiebra picante y clara,

Y bulliciosa se ampara

Del oro de los altares.

Que joven y rica y bella,

En la riqueza se posa,

Y en los diamantes destella,

Y en la joya más vistosa

Para competir con ella.

Porque el astro rey la envía

A que sus galas ostente,

Y en la bóveda sombría

Vierta la lumbre del día

Revoltosa y transparente.

II

Se oyen después los pasos medidos

Del sacerdote, y la crujiente seda

Del manto, que, los lienzos desplegados,

Por el sonoro pavimento rueda,

Cual si al cruzar se oyera el vago aliento

Con que a cumplir con su misión le incitan,

Soplando bajo el mudo pavimento,

Las osamentas que a sus pies dormitan.

Se coronan de antorchas los altares,

Se sienten rechinar las verjas de oro,

Se escuchan los católicos cantares

Vibrar sublimes desde el hondo coro.

Se ve el pueblo llegar, y reverente

Postrarse humilde, y bendecir la vida,
Y alzar del suelo la humillada frente,
De la luz de los ángeles ceñida. .
Y se alza del altar la voz tremenda
Que las palabras del Señor repite,
Cantadas porque el pueblo las comprenda
Solemnes porque el pueblo las medite.
Y el órgano despliega rebramando
La voz robusta de las trompas de oro,
Como por la cascada caen rodando
Aguas y espumas en tropel sonoro.

Y en los aires a torrentes

Vierte la música santa

Por la céntuple garganta

De los tubos de metal;

Y en sus cánticos remeda,

Con el prolongado acento,

El ronco bramar del viento

O el crujir del vendaval.

O finge en son temeroso

La aguda lengüetería

La discorde gritería

Del infierno en rebelión;

o con lamento apagado

Canta al justo moribundo

Saliendo alegre del mundo

Sin ira en el corazón.

Canta el placer de la esposa

Que inquieta al esposo aguarda,

Canta al esposo que tarda

A sus puertas en llamar;

O entonando del profeta

La sacrosanta salmodia,

Sublimemente parodia

El fuego de su cantar.

Y llora con Jeremías,

Y entona en arpa de flores

Los voluptuosos amores

Del sabio rey Salomón;

Canta los cedros del Líbano,

La castidad de Susana,

Y Jezabel la profana,

Y el vigoroso Sansón.

O en tonos más desmayados

La postrera despedida

Que dio a la penosa vida

El Hacedor de la luz;

O más lánguido remeda

Las lágrimas de María

Cuando en el terrible día

Lloraba al pie de la cruz.

Mas, pasan las santas horas

Y cesa la voz que canta,

Y el pueblo, que se levanta,

Murmura a su vez también:

Se oye el rumor de sus pasos

Que por las naves se alejan,

Y las capillas que dejan,

Abandonadas se ven.

Apenas un sacerdote

Que sordas preces murmura

Cruza con planta insegura

Por delante de un altar,

Se oyen correr los cerrojos

Y las cortinas de seda,

Y hacinadas en manojos

Se oyen las llaves ahocar,

No queda en el santo templo

Más que el ambiente de aroma,

La luz del sol que se asoma

Por el pintado cristal;

Las tumbas de las capillas

Y los pálidos reflejos

De lámparas que a lo lejos

Penden de un arco ojival.

Pasa el sol, viene la tarde,

Y el día desaparece,

Y la negra sombra crece,

Y su imperio vuelve a ser.

Se estrella por fuera el viento

En la calada ventana,

Y lo que ayer fue mañana,

Mañana se dice: ayer.

El día sin sol

Dies irce dies illa,

Solvat secluin in favilla.

Introducción

Hizo al hombre, de Dios la propia mano,

Que tanto para hacerle fue preciso,
Hízole de la tierra soberano,
Y le dió por palacio el Paraíso.
Ágil de miembros, la cerviz erguida
Orlada de flotante cabellera,
Los claros ojos respirando vida,
Luenga la barba y con la voz severa.
Hechos para el deleite sus sentidos,
Vieron los ojos luz, gustó la boca,
Olió el olfato, oyeron los oídos,
Todo es placer cuanto pasando toca.
La hierba perfumada en la colina
Dióle un lecho do yace blandamente,
Y derramóse en torno cristalina,
Deshecha en perlas, la sonora fuente.
Y vertieron las aves en el viento
Regalada y dulcísima armonía
Desde el follaje vasto y opulento
Que fácil teje la alameda umbría.
Y al dormido murmullo de la brisa
Que vaga suave, inquieta y juguetona,
Dobló la frente, y con igual sonrisa
El sueño muellemente le corona.
Las fieras cuidadosas evitaron
Con su ruido turbar su manso sueño,

Y volando las aves arrullaron
El reposar de su tranquilo. dueño.
Dios, que su soledad miró enojosa,
De tornarla en placer buscó manera,
Y una mujer bellísima, amorosa,
Le ofreció liberal por compañera.
Era la hermosa de gentil talante,
Acabada de pechos y cintura,
De enhiesto cuello y lánguido semblante,
Rebosando de amor y de ternura.
Clara la frente, altiva y despejada,
Negras las cejas, blanca la mejilla,
Rasgada de ojos, blanda la mirada,
Do turbio el sol en competencia brilla.
Tendida por los hombros la melena,
La blanca espalda de la luz velando,
Hallóla Adán al despertar, serena
Sus varoniles formas contemplando.
Ciñóla, sorprendido en su embeleso,
Con brazo enamorado y reverente;
Mil veces la besó, y a cada beso
Trémula su cristal vibró la fuente.
El bosque susurró manso murmullo,
Los peces en las ovas asomaron,
Las tórtolas alzarón casto arrullo,

Y amorosos los céfiros soplaron.
«¡Alma mía, mi amor, paloma mía!....»,
El hombre sollozando murmuraba;
Ella, muerta de amor, le sonreía,
Y él, muriendo de amor, la enamoraba.
Posábale en su labio el labio amante
Aspirando con ámbares y aroma
El aire de su pecho vacilante,
La luz de sus pupilas de paloma.
Tú, rojo sol, entonces si los viste,
¿Por qué amantes y solos les dejaste,
Y la infernal serpiente no adormiste
Que envidiosa del bien cerca alumbraste?
¡Ay, cuánto ahorraras de miseria y llanto
Del hombre flaco a los mortales ojos,
Cuánto miedo a los ángeles, y cuánto
Al mismo Dios de cólera y enojos!
Era un árbol no más en los jardines
Vedado al paladar de los nacidos;
No anidaban en él los colorines,
Ni daba flor, ni sombra, ni sonidos.
Yacía Adán en brazos de su amada,
Y Eva miraba el prohibido fruto;
Al lado de la poma codiciada
Traidor velaba el enemigo astuto.

«¿No comerás, le dijo la serpiente,
»Criatura de origen soberano?
»Pudieras como Dios omnipotente
»Otro mundo crear de polvo vano.
»No comerás, y quedarás sujeta
»Al privilegio inútil de su hechura;
»Quedará el alma entre, su nada quieta,
»Y a ti te llamarán la criatura.»

Sintió el orgullo la mujer curiosa,
Que brotaba en carmín a la mejilla,
Y a la fruta tendió la mano ansiosa
Vertiendo de ella la mortal semilla.
Aplicóla a los labios, y callaron
Arboles, aves, céfiros y fuentes,
Y en su lugar fatídicos quedaron
Troncos, buitres, tormentas y torrentes.
Rugió el león crespando la melena,
Lanzó el tigre su ardiente resoplido,
Bufó en el bosque la traidora hiena,
El toro levantó ronco mugido.
Huyeron azotándose las alas
Las aves por el aura agonizante,
El fresco valle marchitó sus galas,
Tembló el mundo en los ejes de diamante.
Despertó el triste Adán absorto y mudo

Al desusado y bronco clamoreo,
Y avergonzado se miró desnudo,
La carne henchida de brutal deseo.
Tembló al mirar las fieras espantadas
Guarecerse en tropel en los peñascos,
Y buscar sus guaridas socavadas
De las montañas en los hondos cascos.
Hirióle el sol las débiles pupilas
Al recio impulso de fogosa lumbre,
Y halló en el cielo en aplomadas filas
De frías nubes torva. muchedumbre.
Y sintió que perdía de improviso
La gracia de su Dios con la inocencia,
Y trocóle en infierno el Paraíso
El nuevo torcedor de la conciencia.
Viéronse con rubor ambos nacidos,
Que con rubor entrambos no nacieron,
Y del crimen común arrepentidos,
Uno del otro con, vergüenza huyeron.
«¡Adán!» exclamó Dios llamando al hombre,
Y el eco en las montañas respondía;
«¡Adán!» repitió Dios, y el mismo nom
El eco mismo a repetir volvía.
¿Dó estaba Adán? Llorando prosternado,
Por vez primera de su Dios temblaba,

Y humillado en el polvo, «¡Yo he pecado!»,

Respondía a la voz que le llamaba.

«¡Adán! gritó el Señor, cuenta tus horas,

»Porque vendrá una hora en que te veas

»Dando cuentas al Dios ante quien lloras;

»Y hasta entonces, Adán, ¡maldito seas! »

I

«Naciste, Adán, en el polvo

»Y en el polvo morirás,

»Tú, y tus hijos, y tu raza,

»Y cuantos hombres serán.

»Sudaréis sobre la tierra

»Los hijos por sustentar,

»Mientras los hijos rebeldes

»Con sus padres lidiarán.

»La tierra brotará espinas,

»El tiempo ahogará la paz,

»Y sin número los hombres

»A su Dios olvidarán.

»Entonces hambres y pestes,
»Y de miserias un mar
»Acosará el impío mundo
»Sin descanso ni solaz.
»Y habrá ejércitos y buques
»Que agua y tierra infestarán,
»Y habrá esclavos y habrá reyes,
»Y pueblos y sociedad.
»Y habrá amor, y habrá amistades,
»Que en vez de consuelos dar
»Os darán con dulces nombres
»Amargas horas de afán.
»Y habrá el corazón pasiones
»A cuyo impulso fatal
»Hermano robará a hermano
»Cuanto bien pudo alcanzar.

»Será la mujer voluble,
»Será el hombre desleal,
»Y amor tornarás en celos,
»Y en envidia la amistad.-
»Y en raza de un mismo origen,
»Todos con derecho igual,
»El poder será la fuerza
»Y el miedo la autoridad.-
»Nacerán conquistadores
»Las tierras a deslindar,
»Y donde uno puso un trono,
»Otro un cadalso pondrá.
»Pero YO, que os hice en polvo
»Y en polvo os he de tornar,
»Haré un día de justicias
»Para todos por igual;
»Haré un infierno y un cielo

»Y una inmensa eternidad

»En que grandes y pequeños

»Confundidos entrarán. »

Dijo así Dios reduciendo

Los tiempos a cantidad,

Cuando dio al primer nacido

El triste apodo de Adán.-

II

Tuba mirum spargens sonum

Per sepulchra regionum,

Coget omnes ante thronum.

Ancho panteón de gente condenada,

Condenado a morir como su gente

Caerá el mundo en el pozo de la nada,

Rota en pedazos la caduca frente.

La impía raza en las tumbas cobijada

Otra vez se alzará mustia y doliente,

Roto el dogal que al polvo la sujeta,

Al vivo son de la final trompeta.

Ya para entonces el tremendo día

Del daño universal será cumplido;

El sol que del Oriente nos venía,
Apagada su luz habrá caído;
La luna, que flotando se mecía
En el azul del cielo adormecido,
Seguirá al fin sus moribundas huellas
Llevando en pos las lánguidas estrellas.
Y la tierra, sin sol que la fecunde,
Seca no brotará hierba ni flores,
Y harán que reventando el mar la inunde
Los temporales de la mar señores;
Y a las manos del tiempo que confunde.
Cuantos un día desplegó primores,
La tierra que de césped se matiza
Campo será de pálida ceniza.
En sus mohosas grietas, asomados
Estarán los desnudos esqueletos,
Al juicio de su Dios aparejados,
Silenciosos, estúpidos y quietos;
Y a trechos en montones apilados,
El plazo aguardarán juntos y prietos,
Con sus despojos reemplazando enjutos
Templos, palacios, árboles y frutos.
No dará luz el cielo blanquecino,
Ni hará murmullo el ondular del viento,
Ni en las rocas el eco campesino

Repetirá lejano algún acento;
Noche y alba sin horas ni camino
Ahogarán su crepúsculo opulento,
Y serán presa de arrecidas nieblas,
Sin aurora ni noche, las tinieblas.
No habrá en este pantano dentro y fuera
Ni habrá cosa con cotos, ni lugares,
Las tierras no hallarán mar ni ribera,
Ni hallarán playa los disueltos mares;
Barro será la agonizante esfera
Sin medidas, ni bordes, ni vallares,
Cual masa por los siglos preparada
A tornar al origen de su nada.
Las almas volverán mudas de asombro
Los cuerpos a buscar en que vivieron,
Cuando a través del cenagoso escombros
Vayan tras el lugar do los perdieron:
Sin ayuda de mano, brazo u hombro,
La carne vestirán con que nacieron,
Porque escuche la carne la sentencia
Que oyó el alma al pasar a otra existencia.
Y cuando nada en el silencio aliente,
Cuando nada mortal quede con vida,
A la voz del airado Omnipotente,
De los muertos la turba estremecida

Iremos ante Dios, baja la frente,
Amedrentada el alma en su guarida,
A obedecer sus leyes inmortales,
Y ante la santa ley, todos iguales.

III

Judex ergo cum sedebit
Quidquid latet aparebit,
Nihil inultum remanebit.
Y no habrá para ninguno
Privilegio ni exención,
Sin justicia no habrá alguno,
Porque iremos uno a uno
Por pena o por remisión.
Será con todos igual,
Justiciero para todos
El tremendo tribunal,
E irán de distintos modos
El justo y el criminal.
En la frente irán escritos
Los secretos de la vida,
Y las conciencias a gritos
Apartarán los malditos
De la prole bendecida.
Que ni entonces una vez
La virtud se manchará

Del vicio con la hediondez,
Ni la ramera soez
Junto a la virgen irá.
Allí irán los que altaneros
A los pueblos dieron leyes
A acusar sus desafueros,
Sin lanza los caballeros,
Y sin corona los reyes.
Allí irá la hipocresía
Con el disfraz en la mano,
Y sabremos aquel día
Qué pechero hubo hidalguía
Y qué hidalgo fue villano.
Irá el pálido mendigo
En pos del rico avariento
Acusador y testigo,
Demandando pan y abrigo
De su alcázar opulento.
Irá el amigo traidor
Tras el amigo engañado,
El semblante sin color,
Como esclavo maniatado
Que llevan a su señor.
Irán el pérfido galán
Tras las vendidas mujeres,

Que descontándole irán
Por las horas de su afán
Las horas de sus placeres.
Irá el señor sin piedad,
E irán los siervos tras él
Pidiendo a su vanidad
La perdida libertad
En iracundo tropel.
Irán los conquistadores,
Y asidos a sus cabellos
Los vencidos vencedores,
Serán allí sus señores
Como aquí lo fueron ellos.
Irá la falsa mujer
Que al esposo juró amor,
Y el juramento de ayer
Empeñó por un placer
Al disoluto amador.
Irá el audaz pendenciero
Con el muerto en desafío;
Acuchillado el primero,
Y el otro en el pecho impío
Escondido el rojo acero.
¡Que el día de la verdad
El fantasma del valor

Será necia ceguedad.,
Y no más que vanidad
El fantasma del honor!
Irá el corrompido juez
Tras la víctima inocente,
Y en torno suyo a la vez
Clamarán en voz doliente
La orfandad y la viudez.
Irán los monjes carnales
Tras las forzadas doncellas,
Desgarrados los sayales,
Los cordones por dogales
Atados al cuello de ellas.
Los labios que un tiempo dieron
Blando y sacrílego son
Con los besos que vertieron,
Que torpe hoguera encendieron
En el brutal corazón;
Allí arderán en tal lumbre,
En fuego tan infernal,
Cuanto a Dios fue pesadumbre
Bajar a la podredumbre
De su pecho criminal.
Y allí iremos los cantores
Falsas flores del Edén

Que en vez de santos loores
Cantamos himnos de amores
A las puertas de un harén.
Allí del liviano mundo
Habrá fin la imbecil farsa;
Todos en montón inmundo,
Sin primero ni segundo,
Iremos en la comparsa.-
¿Qué será ver hombre tanto
Nacido para morir,
Ciegos los ojos de llanto,
Ciega el ánima de espanto,
Al valle inmenso venir?
¿Qué será ver al tirano
Balbuciente al responder
De la sangre de su hermano,
En que irá tinta la mano
Sin que la pueda esconder?
¿Qué será ver tantos reyes
Que por saciar su ambición
Pusieron la religión
Por rúbrica de unas leyes
De equívoca explicación?
¿Tantas gentes y naciones,
De tan distintas regiones,

De distintos caracteres,
Y de distintos placeres,
Y distintas religiones?
¡Los de Judá temerosos,
Los de Esparta y Macedonia,
Los de Oriente voluptuosos,
Los fecundos en colosos
De Menfis y Babilonia!
¡Los de los anchos desiertos
Avezados al pillaje,
De tiempo y dioses inciertos,,
Los que devoran sus muertos
En algazara salvaje!
¡Los de América indolentes,
Los impuros de Sodoma,
Los de Tebas penitentes,
Los de Sagunto valientes,
Y los triunfantes de Roma!
¡Todos, muertos o inmortales
De hinojos ante su juez,
Que con leyes eternas
Nos hará a todos iguales
Ante la ley una vez!

E irán las tiernas almas

De los alegres niños
En túmulos de palmas
Y lechos con armiños
Al pie del trono espléndido
Del santo de Israel.
Sus ángeles hermanos
Haránles grata sombra
Con sus rosadas manos,
Y les harán alfombra
Con sus alas magníficas,
Y almohadas y dosel.
La paternal sonrisa
Del Dios omnipotente
Seráles blanda brisa,
Que arrulle mansamente
El contorno suavísimo
De su tranquila sien.
Y dormirán de espumas
Al dulce hervir sonoro,
Y de ondulantes plumas,
Y de incensarios de oro
A la acordada música
Del prometido Edén.
E irán las no tocadas
Castísimas mujeres

Que huyeron avisadas
El mundo y los placeres,
Y dieron al Altísimo
Intacto su pudor,
Ceñida la cintura
De blancas azucenas,
Radiantes de hermosura,
Y en dulces cantilenas
Loando en sol angélico
Al eternal amor.
Y todas tan hermosas
Como la tibia luna,
Y todas ruborosas
Como al dejar la cuna,
Todas ofrendas cándidas
De paz y de placer.
Purísimas palomas
Que el cielo halaga y cría,
Balsámicos aromas
Que en prendas de alegría
Entre dolor y lágrimas
Da al cielo la mujer.
Y ¿ qué será en tal hora
De duelos y de enojos
Su calma encantadora,

Y de sus bellos ojos
Contemplar el pacífico
Brillante tornasol?
Y ¿qué será en sus labios
Su sonreír de amores,
Cuando grandes y sabios,
Y reyes, y señores,
El día verán trémulos
Sin tinieblas ni sol?

IV

Y ¿qué será de nuestro dulce canto,
Qué será de nosotros los cantores,
Los que lloramos cántigas de llanto,
Los que reímos cántigas de flores?
¿Qué será de la hermosa a quien un día
Himnos de amor y de placer cantamos,
Que en nuestros labios el amor bebía,
Y en cuyos labios el amor gozamos?
¿Qué serán de sus ojos los espejos
Do nuestra imagen retratada vimos,
Do al lánguido rielar de sus reflejos
Su secreto de amor la sorprendimos?
¿Qué será del amigo cariñoso
Que amar nos hizo la falaz fortuna,
Del triste que veló nuestro reposo

Al resbalar de la furtiva luna?
Acaso el corazón lo desgarraba
El peligro fatal del que dormía,
Y su afán compasivo nos callaba,
Doblando su silencio su agonía.
¡Ay! ¿Qué será del padre y del hermano,
Qué será del esposo y de la esposa
Cuando aparte Jehová con justa mano
Del torpe vicio la virtud dichosa?
¿Cuándo se abran las puertas eternas
Al eterno gozar del Paraíso,
Y les sea a los tristes criminales
Al duelo eterno caminar preciso?
¡Ay de mí! ¡Con cuán hondo desconsuelo
Los ojos tornarán desesperados
La postrimera vez mirando un cielo
que también nacieron destinados!
¡Oh tristísima y larga despedida,
Eterna muerte, eterna bienandanza,
Donde, perdiendo de una vez la vida,
Se pierde de morir toda esperanza!

¡Qué dulce será vivir,
Vivir una eternidad,
Sin pensar más en morir,
Ni pensar en reducir

A guarismo nuestra edad!
¡Qué dulce será, vagando
Por la viviente mansión,
Ir al compás escuchando
De las arpas de Sión,
Eternamente gozando,
Aquella aura perfumada,
Y aquel manso susurrar
De la floresta encantada,
Y aquella luz reflejada
De soles en un millar,
Y aquel gotear de las fuentes,
Y aquel trinar de las aves,
Y aquel hervir los torrentes,
Y aquellos mares vivientes
Sin monstruos, vientos, ni naves!
Y si en la fresca ribera
Quien amó en vida encontrara
La amorosa compañera
Que antes que el mundo muriera
Muerta en el mundo quedara,
¡Qué dulce fuera vivir,
Vivir una eternidad,
Sin pensar más en morir,
Ni pensar en reducir

A guarismo nuestra edad!
¡Oh, ven, ven, arpa sonora,
En las penas de mi vida
Mi tierna consoladora,
Esperanza seductora
De mi esperanza perdida!
Tú que templas en el suelo
Nuestros dolores mundanos
Con ilusiones de cielo,
Consuela mi desconsuelo
Con tus compases livianos.
Y déjale que delire
Con el cielo al corazón,
Y déjale que suspire,
Que el ámbar feliz aspire
De su dulce religión.
Porque en tanto que suspira
Por la postrimera paz,
¡Viva Dios que no delira
Con la nada y la mentira
De la existencia falaz!
Inconsecuencia
A una tórtola

Porque al fin la vida es sueño.
CALDERÓN.

Tórtola que solitaria
En vez de cantar suspiras,
Es tu canto una plegaria,
O es la voz con que respiras
A tu voluntad contraria
Ese arrullo dolorido,
¿Se exhala en ti a tu despecho
Sonando alegre en tu oído,
o es en verdad un gemido
Que se te arranca del pecho?
Triste pájaro, ¡lo sé!...
Por eso en ocultas ramas
Tu nido ondear se ve;
Tú te escondes porque amas,
Mas tu voz vende a tu fe.
Naciste, ave desdichada,
Para llorar tu ternura,
Por eso en selva apartada
Vas a arrullar tu amargura,
Del campo ameno enojada.
Enojos te dan las flores,
Enojos la luz del día,
Enojos ¡ay! los amores
Que en dulcísima armonía
Murmuran los ruiseñores.

Te enoja el murmullo vano
De la bulliciosa frente,
Y el céfiro cortesano
Que susurra mansamente
A los jardines cercano.
Te enojan las otras aves
Con su inocente amistad
Y con sus gorjeos suaves;
Tú, que llorar sólo sabes,
Vives en la soledad.
Menos en el monte inculto,
Vivir te cansa o extraña;
Porque allí despeña oculto
El torrente que le baña,
Sus espumas en tumulto.
Porque allí el viento perdido
Que entre las malezas rueda
Con sordo y medroso ruido,
En lánguido son remeda
Tu monótono gemido.
Porque allí el césped salvaje
Que a pedazos ha brotado
Por el agreste paisaje,
Borda el terreno olvidado
Con pliegues de toscos encaje.

Y a fe, a los ojos del triste
No son gala los primores
Con que natura se viste,
Que otro placer no resiste
Que pensar en sus dolores.
Y los amorosos duelos
Son males antojadizos
Que se quejan a los cielos,
Y no admiten más consuelos
Que hallar en el duelo hechizos.
Porque es tan grato saber
Que nos podemos quejar,
Que cuando tan ruin placer
Pensamos que ha de faltar,
Le volvemos a querer.
Por eso, tórtola bella,
Dió el cielo a tu ronco canto
El compás de una querella,
Porque al cantar tu quebranto
Lloraras tu gozo en ella.
Y si es cierto que así en pos
De tu canción va tu queja,
¡Ay, tórtola, vive Dios
Que en el mal que nos aqueja
Nos parecemos los dos!

Pues si abriga tu garganta
En vez de vez un lamento,
Cuando mi voz se levanta,
En vez de darme contento
Mis amarguras me canta.
Si nada tu voz te vale
Porque en la selva escondida
Nadie a escuchártela sale,
Bien creo, ave dolorida,
Que tu mal al mío iguale.
Y si buscas en tu anhelo
De que alguno te responda
El miserable consuelo,
Yo pido en mi canto al cielo
Quien a mi voz no se esconda.
Pues ambos somos cantores,
Y ambos somos desdichados,
Conmigo es justo que llores:
Tú, tórtola, tus amores;
Yo, mis males olvidados,
¡Olvidados, ¡ay de mí!
Que cuando el arpa tomé.
Cantando ahogarlos creí;
Y tantas glorias soñé,
Cuantos desengaños vi!

Vi el mundo tan hechicero,
Que no le alcancé falaz;
Alcé mi canto primero,
Y el alma lanzó fugaz
Un suspiro lastimero.
Que es bien inútil consuelo
Nuestras desdichas cantar,
Si por tan cercano el suelo
Nuestra voz no ha de escuchar,
Y por tan remoto el cielo.

II

Dime, ¿ qué nos valen,
Pájaro infeliz,
A ti tus lamentos,
Mis cantos a mí?
Tú a selva escondida
Te vas a gemir,
Porque el canto alegre
Te es lúgubre a ti;
Porque el tuyo amarga

El canto feliz,

Y las otras aves

No te le han de oír;

Y yo, que angustiado

Llorando nací,

Si le canto al mundo

Su gloria pueril,

La espalda me torna,

Dice que mentí.

Si vuelvo mis duelos

De nuevo a plañir,

Me dice con mofa

Que es dulce vivir:

Si el lloro y el canto

Nos desoye así,

Dime, ¿que nos valen,

Pájaro infeliz,

A ti tus lamentos,

Mis cantos a mí?

El mundo, ceñido

Del aire sutil,

Vestido de flores

Con rico tapiz,

Tocado con ancho

Dosel de zafir,

Prendido con nubes

Que el alto cenit

Circundan de nieblas

De azul y carmín,

Sembrado de estrellas

Que el turbio confín

Tachonan brillantes

En montones mil

Con pálidas perlas

Y rojos rubís,

Nos miente sin duda

Vistoso jardín,

Convida a cantarle

Mirándole así.

Mas si esos hechizos

Y gayo matiz

Caminos son sólo

Que llevan al fin

De breves placeres,

y el fin es morir;

Si el que llora o canta

Concluyen allí,

Si el triste se mofa

Del rico y feliz,

E insulta el alegre

Del triste el sufrir,

Dime, ¿qué nos valen,

Pájaro infeliz,

A ti tus lamentos,

Mis cantos a mí?

Que es la tierra de lágrimas camino,

Valle de tumbas que pasando vemos;

Féretro y cuna nos abrió el destino

Para entrar y salir, en los extremos;

Fantástico al entrar y peregrino,

Y asqueroso al salir le comprendemos;

Que al vivir despertamos en la cuna,

Y al despertar nos ríe la fortuna.

Imperfectos traemos los sentidos

Porque a sentir no alcancen tanto duelo,

Sordos aún traemos los oídos

Porque no escuchen el clamor del suelo;

La lengua y pensamientos obstruídos

Porque al ánimo falte ese consuelo;

Sólo abrimos al sol nuestra pupila

Porque asombrada con el sol vacila.

Feliz quien, despertando cuando nace,

En ilusiones de esperanza crece,

Y un bello mundo de ilusiones hace
Donde loco soñando se adormece.
Que mientras duerme y delirando yace,
La árida realidad se desvanece,
Y mientras sueña su falaz ventura,
A su camino el término apresura.
Más vale delirar lindas quimeras
En ilusión de sueños seductores,
Que roer esperanzas pasajeras
En este valle de ponzoña y flores,
Donde, aguardando dichas venideras,
Lloramos sobre el pan de los dolores;
Donde, al buscar el necesario aliento,
Mortal cicuta nos regala el viento.
Porque en sueños los bienes y los males,
Dorados en la loca fantasía,
Al ánima dormida son iguales:
El desdichado canta su agonía,
Y lamenta el feliz bienes mortales,
Mas ninguno en perderlos se holgaría,
Que son dulces los bienes lamentados,
Y los males lo son desesperados.

Si tan bellos son los bienes
Soñados como los males,

Ya, tórtola, no me afligen
Tus melancólicos ayes;
Que a ti te dieron lamentos
En vez de alegres cantares,
Y tú cantando le cuentas
Tus amarguras al aire.
Las endechas y los himnos
Los mismos consuelos traen,
Que a la par nos adormecen
Las dichas y los pesares.
Tú te arrullas tristemente
Con tan lúgubres compases,
Porque tus duelos son gozos
Con el placer de contarles;
Yo al mundo canto mis cuitas
Porque cuando otros las saben,
El placer de que las sepan,
Dichas de mis penas hacen.
Y así, cuando entrambos, tórtola,
Con lamentaciones graves
En guisa de querellarnos
Atormentamos los aires,
Pues nuestra queja es contento
Por el placer de quejarse,
Con extravíos tamaños,

Con inconsecuencias tales,
No hacemos más que soñar
Y mentir calamidades,
Tú llorando bien de amores,
Y yo delirando males.
La torre de Fuensaldaña

I

Yo he sentido bramar al ronco viento
Del helado Diciembre en noche oscura,
Remedando de un hombre el triste acento
De roto murallón en la hendedura.
Ardía en el salón envejecido
Purpúrea llama de sonante leña,
Y el ámbito vibraba estremecido
Al reflejar en la empolvada peña.
De la pompa feudal resto desnudo
Sin tapices, sin armas, sin alfombra,
Hoy no cobija su recinto mudo
Más que silencio, soledad y sombra.
Tal vez groseros cuentos populares
Bajo el nombre sin crónica conserva,
Y en las bóvedas, torres y pilares
Brotan a pedazos la pajiza hierba.
Los pájaros habitan la techumbre
Y la tapiza la afanosa araña,

Y eso guarda la tosca pesadumbre
Del viejo torreón de Fuensaldaña.
Yo, que era entonces loco, triste y niño,
Pasaba alguna vez bajo sus muros
Por contemplar el desgarrado aliño
De sus huecos recónditos y oscuros.
Allí, en delirios de amistad perdida
Y en infantiles pláticas sabrosas,
Adormecí las cuitas de mi vida
Y las horas de noches pavorosas.
Allí, al calor de la humeante hoguera
De las cóncavas piedras al abrigo,
Oía el viento rebramando fuera,
Y a mi lado la voz de algún amigo.
Allí, sobre nosotros se elevaban
Robustas torres, góticas almenas,
Que la furia del viento rechazaban
Sobre el cimientto colosal serenas.
A veces nuestra alegre carcajada,
Repetida en los aires por el eco,
Moría en sus bramidos sofocada,
De la alta torre en el tendido hueco.
A veces nuestras báquicas canciones,
Como estertor de agonizante pecho,
Acompañaba en compasados sonos

Sordo zumbando en callejón estrecho.
Otras, en melancólica armonía,
Remedaba lamentos y suspiros,
Y otras, en repugnante gritería,
El vuelo y voz de brujas y vampiros.
De las rotas almenas erizadas
Al sacudir la destocada frente,
Remedaba el hervir de las cascadas
Y el áspero silbar de la serpiente.
O en revuelto y confuso torbellino
La ruinoso terraza estremeciendo,
De la tendida lona en son marino
Semejaba tal vez el largo estruendo.
Le oíamos a veces a lo lejos
Cruzando el valle con airado paso,
Y crujían los árboles añejos
Como chascara entre la llama un vaso.
Y en continuo rumor sonando a veces,
Le oíamos rozar el firme muro,
Como en hondo tonel hierven las heces
Que una bruja animó con un conjuro.
Le oíamos rodar embravecido
Las desiguales piedras azotando,
Y en los huecos colgar ronco mugido,
Y el seco musgo arrebatarse pasando.

Le oíamos entrar y revolverse
Con espantable son en las troneras,
Y estrellarse, y crecer hasta perderse,
Barriendo las tortuosas escaleras.
Las ramas de los árboles vecinos,
En las rejas meciéndose colgadas,
Dibujaban contornos repentinos
De espantosas visiones descarnadas.
Y al brusco y desigual sacudimiento
Desplomados los vidrios de colores,
En el mal alumbrado pavimento
Reverberaban falsos resplandores.
Y asaltando la boca que topaba
Rodando en torno de la mustia hoguera,
Entre la llama pálida soplaba,
Blanca ceniza hasta elevar ligera.
Silbando entonces lánguido y sonoro,
Al cruzar murmurando en las ventanas,
Nos revelaba en armonioso coro
Música de veletas y campanas.
Y mezclaba el susurro de las hojas
Que coronaban los silvestres pinos,
Con el gotear entre las juncias flojas
De los turbios arroyos campesinos.
De los atentos perros el ladrido,

Y el canto agudo del despierto gallo,
Con el inquieto y bélico alarido
Del trémulo relincho del caballo.
Bullían en el ánimo exaltada
Locos fantasmas de soñados cuentos,
Y sostenía, apenas fatigada,
El peso de los ojos soñolientos.
Entonces, a la sombra cobijados,
Los pies a par de la expirante lumbre,
Cedían nuestros párpados cansados,
Más que a la voluntad, a la costumbre.
Y a cada chispa del tizón postrero,
A cada empuje del turbión errante,
A cada voz del pájaro agorero
Que velaba en el nido vacilante,
Volvíamos el gesto, recelosos,
En derredor del descompuesto fuego,
Levantando los ojos perezosos,
Que al roto sueño se tornaban luego.
Y en aquella mirada adormecida
Se pintaba la sombra misteriosa,
De volubles contornos revestida,
De cuerpo inmenso, de color medrosa.
Gozábamos al fin insomnio inquieto,
Delirando festines y batallas,

Con tumultos sin época ni objeto,
Con broqueles, con yelmos y con mallas.
Y soñábamos duendes y conjuros
En una tierra mágica y lejana,
Deleitados en cóncavos oscuros
Con cantares de sílfide liviana.
Poco a poco deshechas las visiones,
Soñábamos con sombras infinitas,
Donde se oían apagados sonos
De invisibles orquestas exquisitas.
Y más tarde, las sombras vacilando
Entre pardo crepúsculo naciente,
Íbanse luz y sombras alejando
De la febril y temerosa mente.
Músicas, miedos, fábulas y sombras,
Sus contornos al fin desvanecían,
Y en un salón sin lámparas ni alfombras.
Sólo estaban dos locos, y dormían.

II

-Y era grato, al son del viento,

Abrir el párpado al día,

Y contemplar, soñoliento,

Su confuso resplandor

A través de las abiertas,

Hondas y estrechas ventanas,

Y de las hendidas puertas

De los quicios en redor.

Ver la atmósfera tocada

Con turbio cendal de niebla,

Sobre los campos posada,

Interceptando el mirar;

Y oír la ráfaga inquieta

Que al vendaval sustituye,

En la acerada veleta

Sordamente rechinar.

Ver las medrosas visiones

Que en la noche nos turbaron,

En bóvedas y rincones

De opaca lumbre al lucir;

En escombros convertidas

Musgo y tintas con que al tiempo

Las murallas carcomidas

Plugo manchar y vestir.

Ver en las toscas paredes,

En vez de ricos tapices,

Tender su baba y sus redes

Al insecto descortés,

Que entre los nombres tranquilos

Las labra de los viajeros,

Cubriéndolos hilo a hilo

Sin envidia ni interés.

Ver a la afanosa araña

En los blasones del muro

Hilar con paciente maña

Sus hebras para cazar;

Y en la recóndita grieta,

La presa que vuela en torno,

Vigilante, astuta y quieta,

A que se enrede esperar.

Y en el oculto madero

Hallar de rincón ruinoso,

El rastro de un hormiguero

Que en el verano pasó;

Que en el fondo nació acaso,

Mas no contento en el suelo,

Con irreverente paso

Hasta la almena trepó.

¿Quién dijera a los barones

De la torre de Saldaña

De sus techos y salones,

La mengua y la soledad?

¡Tiempo! ¡Tiempo! ¡Cuánto puedes,

Tú, que indiferente escribes

Sobre cráneos y paredes

La cifra de la verdad!

Yo he visitado esos muros,

Hoy trojes de rico hidalgo,

Y en sus salones oscuros

Ancha hoguera levanté.

Corrí llaves y cerrojos

Cual si de ellos dueño fuera,

Y sus tablas y despojos

Para alumbrarme quemé.

No respeté ni sus años,

Ni su nombre y dueño antiguos.....

Y para insultos tamaños,

¿Quién era en Saldaña yo?

Un niño, un triste o un loco,

Que divertido en sus penas,

Curaba entonces muy poco

De cuanto grande vivió.

Y a fe que, libre y contento,

A la lumbre de mi hoguera,

En tanto bramaba el viento,

Tranquilamente dormí;

Y al despertar con el día,

Contempló absorto y ufano

La gruesa mampostería

Que por alcoba elegí.

Luchaba el sol, afanado,

Con la turbia húmeda niebla,

Y el fulgor tornasolado

Cruzaba por el salón.

El aire, en fuerzas cediendo,

Brotó en ráfagas errantes,

Y aun se le oía gimiendo

Con menos airado son.

Miré desde las ventanas

El árido campo seco:

Algunas hierbas livianas

Encontró no más en él.

El aire las sacudía

Y la niebla las mojaba;

Escaso arbusto crecía

Del campo mudo al lindel.

Algunas nocturnas aves

Guarecidas, asomaron,

En los rotos arquitrabes

Su misterioso mohín:

Mirélas indiferente,

Y al rumor de mis pisadas

Hundieron la negra frente

Del nido cóncavo al fin.

Entonces, de la alta cumbre,

El sol, rasgando la niebla,

Derramóse en viva lumbre

De trémulo resplandor;

Y en los pardos murallones

Trazó cuadros luminosos,

Alumbrando los salones.

De cenagoso color.

Y entonces, a los reflejos

De la llama repentina,

De aquellos rincones viejos

En la antigua soledad,

Bulleron miles de insectos

Asomando por las grietas:

Monstruosos por lo imperfectos,

Raros por la variedad.

Y oíanse los cantares

Del tosco templo vecino,

En compases regulares

Desvanecerse y crecer;

Y el órgano y las campanas,

Al roto soplo del viento,

Ya perdidas, ya cercanas,

En él sus ecos mecer.

Pasó la noche sonora,

Pasó la mañana inquieta;

Mis años, hora por hora,

A contar, triste, volví.

Si hallé la vida cansada

Y lamenté su amargura,

Yo vivo con mi tristura,

Mas la torre quedó allí.

Muchos curiosos, acaso,

Por llegar a Fuensaldaña,

Aceleraron el paso,

De aquella noche después;

Mas ¡ay de hombro mezquino!

¡Quién encontrará mañana,

Entro el polvo del camino,

La huella de nuestros pies!

La duda

Cuando al escribir en ellas

Contemplo tan lindas hojas,

Entre si llore o si cante

Estoy dudando, señora.

Recuerdos tenéis en ellas
Que desgarran la memoria,
Por más que entre tantas flores
Estas espinas se escondan;
Que cuando un enamorado
En himno de amores llora,
Más que a cantar sus cantares,
Su llanto a llorar provoca.
Y los versos de ese muerto
Tanto en lágrimas rebosan,
Que removidas las mías,
A mis pupilas asoman.
Y pues donde tantos cantan
Hay uno que a llorar osa,
Entre si llore o si cante
Estoy dudando, señora.

Si intento escribiros versos,
Dentro la mente se agolpan
Cuantos primores y hechizos
La naturaleza aborta.
Que en este jardín de España
Las inspiraciones sobran,
Pues basta mirar la lumbre
Con que el sol le tornasola,

Los arroyos que le cruzan,
Los jazmines que le bordan
Y las bellas que le pisan,
Cuantas maravillas brota,
Para entonar tantos himnos,
Tantas letras amorosas,
Que antes que el canto se agote,
Gastada el arpa se rompa.
Pero al ver lo que ese triste
Grabó o lloró en estas hojas,
Entre si llore o si cante
Estoy dudando, señora.

Pluguiera que, en vez de versos,
Mi pluma brotara rosas,
Porque, al menos, con las flores
Se pueden tejer coronas.
Pero a par de los cipreses,
Si nacen flores se agostan;
Y donde los muertos hablan,
Callar a los vivos toca.
Que el recuerdo del que muere
Mucho respetar importa,
Que acaso para velarnos
Quedó en la tierra su sombra.
Y aunque indecisa mi pluma,

Tal vez dudando os enoja,
Y han de hacer mis desvaríos
Que de vergüenza me corra,
Perdonadme si os confieso
Que al contemplar estas hojas,
Entre si llore o si cante
Estoy dudando, señora.

Que vos merecéis los versos,
Nadie en la villa lo ignora;
Y es tan claro por sabido,
Que hasta dudar lo es lisonja.
Que él la memoria merece,
Tampoco hay a quien se esconda,
Pues por triste y por amante
Le recordamos ahora.
y así, entre ambos dividida
La imaginación dudosa,
Los versos son para vos
Si le prestáis la memoria;
Lo que en vos merece el sexo,
En él merece la sombra,
Y lo que en vos la hermosura,
En él la tumba lo abona.
Justo es, con los dos hablando,

Duden el muerto y la hermosa

Si es cantar o si es lamento

Lo que les cantan o lloran.

La Virgen al pie de la Cruz

Stabat Alater dolorosa

Juxta crucena lacrymosa

Dum pundebat Filius.

Velaba entonces el cielo

Su lumbre en opacas nieblas,

Y, crespón de tanto duelo,

Tendió la sombra en el suelo

Anchos pliegues de tinieblas.

Ni un pájaro por el viento,

Ni una fiera por la roca,

Ni entre el musgo amarillento

Asoma reptil hambriento

La desenterrada boca.

Ni el ronco mar a lo lejos

En sordo tumulto brama,

Vibrando en turbios espejos

Tornasolados reflejos

Que por la playa derrama.

Ni una brisa, ni un gemido

El aire pesado encierra,

Que, doliente y abatido,
Yace sin fuerzas tendido,
Las alas contra la tierra.
Grupos de nubes impuras,
En la alta región inmoles,
Ciñen en bandas oscuras
La lumbre de las alturas
Con sus cortinajes dobles.
Ráfaga de luz sangrienta,
El negro ambiente cruzando,
Amaga pronta tormenta,
Una natura alumbrando
Dormida o calenturienta.
La rosa que el aura riza
Se dobla en el tallo seca,
Y de la hierba pajiza
Sostiene la raíz hueca
Campo estéril de ceniza.
Y del desierto a la entrada,
En torpe paso el Jordán
Arrastra el agua pesada;
Una con otra amarrada,
Sin ruido las ondas van.
Y en los anchos arenales,
Por donde las ondas crecen,

Los penachos desiguales
Saludándolas no mecen
Palmas y cañaverales.
Todo entre sombras callaba;
El mundo, en reposo inerme,
Curioso se contemplaba,
Cual de despertar acaba
Un hombre, y duda si duerme.
Víanse al lejos enhiestas,
Cerrando los horizontes,
En dobles hileras puestas,
Las enmarañadas crestas
De los escarpados montes.
Entre los troncos desnudos
Alzando las blancas losas,
Los esqueletos agudos
Sacaron, de asombro mudos,
Las calaveras medrosas.
Ninguno osó preguntar
Lo que era triste saber;
Ninguno acertó a dudar
Lo que salió a contemplar
Y alcanzó temblando a ver.
Allí Adán el pecador
Asomó el gesto confuso

Mirando en su derredor;
De rodillas, de pavor,
Sobre la piedra se puso.
-¿Es esa mi raza?..., dijo
Hiriendo la calva frente,
Y llorando se maldijo,
A su Dios mirando fijo
En un palo entre su gente.
Secos, vacilantes, flojos,
Malditos en él también,
Los otros yertos despojos
Volvieron hacia Salén
Los sin luz cóncavos ojos.
Allá en la vasta llanura
Está la impía ciudad,
Como meretriz impura
Que falsa ostenta hermosura
Merced a la obscuridad.
Y el Gólgota misterioso
Levantado detrás de ella
Entre ufano y vergonzoso,
Con un suplicio horroroso
Rota la frente, descuella.
Estaba en honda agonía
Al pie de la cruz llorosa

La Madre Virgen María,
Y de la cruz afrentosa
El Hijo muerto pendía.
Desgarrado el santo pecho,
Herido y alanceado,
Y en el madero derecho
Desconocido y deshecho
El cuerpo descoyuntado.
Tan rasgadas las heridas
De ambos pies y de ambas manos,
Que cayeran divididas
A no estar tan sostenidas
En brazos tan soberanos.
Y porque culpa tan fea
Ofrenda tan santa borre,
La hirviente sangre gotea,
Y en el peñasco en que corre,
Avaro el viento la orea.
Allí, por tierra postrada,
Moribunda y desolada
La castísima María,
Con el suplicio abrazada
La ardiente sangre bebía.
Y parado el mundo entero
Asombrado la miraba,

Que sola en dolor tan fiero
A su Dios muerto lloraba
Al pie del santo madero.
-¡Ella llora, y yo pequé!.....
¡Madre amorosa, perdón,
Que yo le crucifiqué,
Yo su sangre derramé
Y manché la creación!
Yo le robé de tus brazos
Sin respeto a su deidad;
Le até con estrechos lazos
Para arrancarle, es verdad,
Las entrañas a pedazos.
Y tú, Madre, en tu dolor
Mesándote los cabellos,
Al verdugo matador
Tendiste los brazos bellos,
Demandándole favor.
Por templar su sed rabiosa,
Tú, Madre de Dios bendita,
Pálida la faz de rosa,
Te prosternaste llorosa
Ante la raza maldita.
-No humana, de tigres fue;
Que si te vieron acaso

Los hombres en quien pequé,
Cual brezo que estorba el paso,
Te apartaron con el pie.
¡Tú hollada, Virgen, así!.....
¡Tú, que pisas de rubí
Vistosa, viviente alfombra,
Y besa el ángel tu sombra
Si pasa cerca de ti!
¡Tú, de estrellas coronada,
Del ardiente sol vestida,
Y de la luna calzada,
Tan triste y tan dolorida
Por raza tan condenada!
¡Tú llorando, Madre mía,
Cuando una lágrima tuya
El mundo rescataría,
Cuando el tiempo le concluya
En el postrimero día!
¡Tus ojos llorosos tanto
Cuando al sol prestan su luz!
¡Oh Madre, por tal quebranto!
Que me salve a mí tu llanto
Al pie de la santa cruz!
Yo tengo un recuerdo
De edad más dichosa;

Tú, Madre amorosa,
Lo sabes tal vez.
Entonces alegre,
De afanes segura,
Soñaba ventura
Mi loca niñez.
Brindábame entonces
La vida placeres,
No vi en las mujeres
El mal del amor.
Reía y cantaba
Un día, otro día,
Y siempre el que huía
Tornaba mejor.
Que aun no me acosaban
Mis débiles años
Con duelos y engaños
De vana amistad;
Aun no de mis horas
De paz y esperanza
Rompió la balanza
La estéril verdad.
El aire era un velo
De ricos colores,
Brotaban las flores

A impulso del sol;
La noche tranquila
Que en paz me velaba,
Del cenit colgaba
Su turbio farol.
La vida era un sueño
Ligero y flotante;
Fingí delirante
Del mundo un jardín,
Creí que los días
Que pasan huyendo
Felices volviendo
Serían sin fin.
Entonces ¡oh Madre!
Recuerdo que un día
Tu santa agonía
Contar escuché:
Contábala un hombre
Con voz lastimera;
Tan niño como era,
Postréme y lloró.
El templo era oscuro
Vestidos pilares
Se vían, y altares,
De negro crespón;

Y en la alta ventana
Meciéndose el viento,
Mentía un lamento
De lúgubre son.
La voz piadosa
Tu historia contaba;
El pueblo escuchaba
Con santo pavor.
Oía yo atento,
Y el hombre decía:
«Y ¡quién pesaría
»Tamaño dolor!
»El Hijo pendiente
»De cruz afrentosa,
»La Madre amorosa
»Llorándole al pie...»
El llanto anudóme
Oído y garganta;
Con lástima tanta,
Postréme y lloré.
La voz conmovida
Seguía clamando,
El viento zumbando
Seguía a la par;
El pueblo lloraba

Postrado en el suelo,
Contaba tu duelo
La voz sin cesar.
Mi madre, a sus pechos
Mi pecho oprimiendo,
Posaba gimiendo
Sus labios en mí;
Y yo, Santa Virgen,
En son de querella,
No sé si por ella
Lloraba, o por ti.
Tu imagen estaba
Doliente a mis ojos,
Mi madre de hinojos
Oraba a tus pies:
Por quién lloró entonces
Mi pecho afligido,
Ya nunca he podido
Saberlo después.
¡Mi madre tan joven,
Tan bella y penada!
¡Mi madre adorada
Llorando también!
Perdón ¡oh María!
Soy hijo y la adoro,

Su aliento y su lloro
Quemaban mi sien.
Convulso, agitado,
En ámbito estrecho
Latir en su pecho
Sentí el corazón;
El niño creía
Y oró al Crucifijo.....
El niño era hijo
Y ahogó su oración.
Ha poco, en mis horas
De cuita y de duelo,
Amparo en el cielo
Con ansia busqué;
Tu nombre me trajo
Mi fe solitaria,
Y en honda plegaria
Tu nombre invoqué.
Que yo también lloro
Mundanos pesares,
También tengo altares,
Y fe y religión:
Que el gozo y la risa
Que ostento en la frente,
Del alma doliente

La máscara son.

¡Ay, triste! Olvidado,

No hallé en mi abandono

Más luz que tu trono,

Más paz que tu amor;

Y ciego y perdido,

Sin lumbre y sin guía,

A ti te pedía

Llorando, favor.

A ti que llorabas

El día tremendo

Que viste muriendo

Al Dios de la luz:

¡Oh Madre, que el día

De cuentas y espanto

Me salve tu llanto

Al pie de la cruz!

¡Madre mía! Si en tu cielo

Se oye el murmullo mundano,

Y mi cántico liviano

En su cóncavo sonó;

Si la estéril armonía

Llegó a ti del arpa loca,

Y los himnos que mi boca

Sacrílega murmuró;

Tiende los divinos ojos
¡Oh Madre! desde la altura,
Que es polvo la criatura;
Cieno y nada encontrarás;
Que en la senda de la vida
Cada paso que adelanta,
Más débil la torpe planta,
Se acerca a su nada más.
Acuérdate, Madre Virgen,
Que allá en la niñez tranquila
Por ti la clara pupila
Con mis lágrimas nublé;
Que hubo un día en que, escuchando
La historia de tus pesares,
Delante de tus altares
Acongojado lloré.
Olvídate, que insensato,
Sin curar de tus dolores,
Canté profanos amores
Del arpa lúbrica al son;
Acuérdate que, nacido
De flaca y terrena gente,
Tengo de tierra la mente,
Y de tierra el corazón.
Acuérdate, Madre mía,

Que nací niño y desnudo,
Y que hoy a tus pies acudo,
Mi nada al reconocer;
Que mi lengua irreverente
Cambia en himnos inmortales
Los cánticos criminales
Que alzó delirando ayer.
Pues mi postrera esperanza
En tu noble amparo fijo,
Ruega ¡oh Madre! por un hijo
Al Dios que engendró la luz.
Y en aquel tremendo día
De justicias y de espanto,
Que me salve a mí tu llanto
Al pie de la santa cruz.
Napoleón

«No hay más que yo; dobléguense las leyes
Ante la ronca voz de mis legiones;
Romperé el áureo cetro de los reyes
En su espantada frente a las naciones»

D. JUAN DONOSO CORTÉS.

I

Dos gigantes los siglos nos trajeron,
Los dos en el desierto se encontraron;

Cuando grandes los dos se concibieron,
De hito en hito los dos se contemplaron.

Sentóse el hombre al pie del monumento,
Y el monumento dijo: Éste es el hombre;
Y el hombre, al ver desde tan alto asiento,
Esta es, dijo, la cifra de mi nombre.

De sus cañones el discorde arrullo,
Su altivo ser le trajo a la memoria.
«Aquí debí nacer», dijo su orgullo;
«Aquí debo morir», dijo su gloria.

Con sus ojos midió la vasta mole,
Y murmuró pasándolos al cielo:
«Quien allí su bandera no enarbole,
»Una oruga no más será en el cielo.

»¡No valen cien coronas una estrella,
»Ni valemos un sol todos los reyes!
»Que el tiempo airado la cerviz nos huella,
»El sol alumbra, y quemán nuestras leyes.»

Unos grandes, allí su tumba abrieron,
E intentarlo era grande solamente;
Mas pensar, en su orgullo, no pudieron,
Que era sólo a sus pies tender la frente.

Allí depositaron sus despojos,
Por guardarlos así de ojos humanos,
Porque al mirar su tumba humanos ojos,
Se creyeran imbéciles o enanos.

«¡Aquí está Napoleón!», dijo pasando
De la inmensa pirámide las puertas;
Y las momias de Egipto, despertando,
Miraron por las urnas entreabiertas.

Las huecas calaveras, asombradas,
El gesto innoble a Napoleón tornaron:
«¡Aquí está Napoleón!», y atrailladas,
En derredor del vivo se juntaron.

Inclinaron las pardas osamentas
La seca frente y los desiertos ojos,
Para oírle, y cayeron macilentas,
A su tremenda voz, todas de hinojos.

Contó los esqueletos transparentes,
El vivo con los suyos triunfadores,
Y unió a los nombres de las calvas frentes,
Sus vasallos, monarcas o señores.

Y no encontrando a su grandeza leyes,
Gritó, hiriendo los huesos con la planta
«Yo soy emperador. ¡Fuera los reyes!»

Y su brillante voz la turba espanta.

Revolvió entonces la imperial mirada.....

Nada en el ancho cóncavo vivía.

Sólo su desdeñosa carcajada

Entre las tumbas resbalar se oía.

Grabó su nombre colosal en ellas,

Sello gigante de gigante gloria;

Porque, agobiado con sus hondas huellas,

Libro fuera el desierto de su historia.

Salió del corpulento cementerio,

Diciendo a los cadáveres hollados:.

«Napoleón vino a visitar su imperio.»

Y en el desierto entró con sus soldados.

Las sombrías pirámides le vieron

Cruzar el arenal con pie tranquilo;

Y allá a lo lejos saludarle oyeron,

Con asombrado adiós, al ronco Nilo.

II

El hombre no existe ahora,

Que el tiempo, al plegar las alas,

La lámpara de la vida,

El aire azotando apaga.

Las moles allí quedaron;

Y las osamentas calvas,.

En las urnas todavía,

La voz del ángel aguardan.

Ellas descansan tranquilas

En su portentosa estancia,

Que las cobija orgullosa

Como ataúd y montaña;

Y él duerme al pie de una roca,

Entre las ondas amargas,

Donde su nombre salpican

Las espumas y las algas;

Porque la isla compasiva

Le recogió en sus entrañas;

Donde con su peso abruma

La lápida hospitalaria

Al que quiso alzar el cielo

Sustentándolo en la espalda.

¿Quién es el gigante ahora?

¿Quién de los dos es la página,

Las moles de aquel desierto

o el nombre de las batallas?

Sobre ambos, los huracanes

Mugiendo y quemando pasan;

En ambos, el mismo cielo

Su noche y su luz derrama;

Ambos yacen solitarios,

Sin antorchas y sin guardas,

En palacios de reptiles,

Que en torno lentos se arrastran,

Sin respeto a su grandeza

Ni noticias de su fama.

«¡Aquí está Napoleón!», dice su nombre,
Sobre las moles del desierto escrito;
Y donde alguna vez firmó aquel hombre,
Todo nombre mortal quedó proscrito.

Delante de su nombre, anonadados,
Se olvidan hoy cuantos la tumba encierra,
Y su gloria y poder, desesperados,
Envidian los monarcas de la tierra.
Miró al nacer la miserable gente
A que el destino su destino amarra;
Y viéndose león, alzó la frente
Mostrando al mundo la robusta garra.

El mundo se humilló despavorido,
Y al rastro de su pie le ató altanero;
El mundo entero sorprendió atrevido,
Y un pueblo echó sobre él el mundo entero.

Numeró sus millones de soldados
Y trepó vencedor a la montaña;
Contó allí nuestros pueblos descuidados,
Y entre los suyos dividió la España.

Bajó osado y alegre a la llanura,
Como a la fiesta va galán mancebo,
Avaro de la sombra y la frescura

De su soñado territorio nuevo.

De este jardín que coronó de flores

Pródiga y perfumada primavera,

Do marcan el compás los ruiseñores

Del paso del arroyo en la pradera.

Donde brota entre juncos y espadañas,

Para dar sed, la fuente cristalina,

Y crece, al pie de las pajizas cañas,

Rica de olor, la rosa purpurina.

Donde el ardiente sol que nos da el día

Tiñe la tez, los ojos y el cabello

De la altiva morena que daría,

Antes que al yugo, a la cuchilla el cuello.

Pero en vez de las zambras bulliciosas

Y de lindas bellezas orientales,

Entre guirnaldas encontró de rosas

Hierros de lanzas y hojas de puñales.

Pirámide más dura que el desierto

Le mostró nuestro suelo en sus jardines,

Que supimos aquí doblar a muerto

Con copas de cristal en los festines.

No tiene, no, el león de ambas Castillas,

La doble garra por adorno vano;
Pirámides de lanzas y cuchillas
No admiten nombre, ni buril, ni mano.

III

¡Paz al coloso!! Formidable sombra,
Tal vez mi lengua te insultó importuna
No te ladra mordaz cuando te nombra:
Sólo quien te rindió fue la Fortuna.

Tú bien sabías que la inmensa mole
Que no llenan los hombres, es el cielo;
Quien allí su bandera no enarbole,
Una oruga y no más será en el suelo.

Él te enseñó que los colosos huella
El tiempo, al fin, con iracundas leyes;
Que cien tronos no valen una estrella,
Y no valéis un sol todos los reyes.

Dijiste: «Soy el grande de la tierra;
«No tengo en ella ya digno enemigo.),
Grande mi patria, te llamó a la guerra;

Porque eras grande tú, lidió contigo.
A los individuos artistas del Liceo
Noviembre de 1837

I

Allí está lo que el mundo llama mundo,

Arrastrándose imbécil por la tierra;
Ese reptil raquíptico e inmundo
Que en el sepulcro su ambición encierra.
Allí está con sus circos y jardines,
Vano de amor y espléndido de amores,
Mal envuelto entre farsas y festines,
Como esqueleto entre marchitas flores.
Vestido está de alcázares y escudos;
Mas, torpe esclavo de egoístas leyes,
Lleva sus pueblos a danzar desnudos
En derredor del lujo de sus reyes.
¡Vano placer! ¡Quimérica algazara!
¡Flor de una aurora sola y pasajera!....
De cerca, un cementerio nos mostrara
Al resplandor de moribunda hoguera.
Los hombres de ese mundo no son hombres,
Las mujeres de allí no son mujeres;
Ellos cubren su nada con sus nombres,
Y ellas no tienen más que sus placeres.
Cuando Dios, que les dio el ánima noble,
Las ánimas demande enfurecido,
Su ángel, de hinojos, con vergüenza doble,
Señor, contestará, ¡las han perdido!
Autómatas que viven porque viven,
Hoy al rumor de estrepitosa orquesta,

El ajeno renombre que reciben
Llevan como sus padres a una fiesta.
Contentos con sus vanos oropeles,
Atraillando al cuerpo el pensamiento,
De un heredero nombre hacen laureles,
Gloria y valor del alto nacimiento.
Cielo es para ellos el azul que miran,
Es la tierra un inmenso anfiteatro,
Y ellos, que en esa atmósfera respiran,
Los actores, tal vez, de ese teatro.
Y en tanto que en sus necias pantomimas
Se gozan, y en estúpidos placeres,
Canta el poeta en gigantescas rimas
El ser tremendo que abortó los seres.
Pinta el pintor el cielo y los colores,
Arrebata la luz al mediodía,
Y el músico, a los vientos bramadores,
A las aves y fuentes, la armonía.
Hijo de rey, conquista su corona;
Hijo de Dios, como su Dios concibe;
Que con sus obras su nobleza abona,
Y no infama su estirpe mientras vivo.
Noble es el grande, y grande es el valiente,
Quien, por ser como Dios, como Dios crea.
Ése es el noble que alzará la frente,

Trepando al sol hasta que sol se crea.
Ése a la tumba bajará ignorado,
Ése en la tierra vivirá mendigo,
A ése nada los hombres le hemos dado;
Su padre, que fue Dios, será su amigo.
Y cuando Él, que le dió el ánima noble.,
Las ánimas demande enfurecido,
Dirále el ángel con orgullo doble:
Hombre le hiciste; ángel le he traído.

Es grande quien nace esclavo

Y baja al sepulcro rey,

Cambiando, altivo, en diadema

Los hierros que atan sus pies.

Es grande el hombre de polvo,

Que meditando en su ser,

Del sol envidia los rayos

Por brillar tanto como él.

Quien en un cuerpo mezquino

Un alma gigante ve,

Y hacer lo que Dios pretende

Porque hijo de Dios se cree.

Quien sintiéndose con alas,

Se arroja el viento a romper,

Y va osado a las estrellas

A preguntarlas quién es.

Ése es el grande y el noble,

Ése es el hombre por quien

Hizo un Dios en siete días,

Del cielo un ancho dosel,

De toda la tierra un trono,

De una existencia un placer,

Del sol una eterna hoguera;

Y apenas el hombre fue,

Tendió el mar en la llanura

Por alfombra de sus pies.

No es noble ¡viven los cielos!

Quien muestra un viejo broquel

Por sus abuelos ganado,

Que derribando a cercén

La cabeza de algún moro,

Le hicieron suyo después,

Dividiéndole en cuarteles

Los heraldos para él.

No es noble quien pasa el día

Encerrado en un harén,

Entre eunucos y mujeres,

Como impúdica mujer;

Guardando del sol la frente

Y de la arena los pies,

Con un altar y un serrallo,

Y el alma estéril, sin fe.

No es noble quien cuenta ufano

En su alcázar, cinco, diez,

Veinte nombres en hilera

Colgados en la pared,

Al pie de veinte retratos

De veinte nobles con él.

No son la virtud y el genio

Cetro y corona de rey,

Ni se heredan como escudos,

Que el oro compra también.

Los escudos enmohecen,

Los tronos pueden caer,

Pero la virtud y el genio

Se levantan de una vez,

Eternos como su estirpe,

Que sólo Dios les da el ser.

II

Nobles, al cielo subiréis vosotros,

Con esa gloria que buscáis inquietos,

Y aquí en la tierra dejarán los otros

Sus armas, y detrás sus esqueletos.
Que empieza en el sepulcro vuestra gloria,
Que hoy el mezquino mundo menoscaba,
Porque el placer del mundo y su memoria
Llega a la tumba, y en la tumba acaba
Ellos la suya comprarán con oro,
Porque su mármol su nobleza abona;
La vuestra, en vez de mundanal decoro,
Sólo un nombre tendrá y una corona.
En ella colgarán vuestros laureles,
Porque duerma tranquila la cabeza,
Y al pie pondrán el arpa y los pinceles,
Que al mundo contarán vuestra nobleza.
Vuestra nobleza, mágicos pintores,
Que de la creación rasgando el velo,
Formáis como Jehová luz y colores
Para vestir la lobreguez del suelo.
Él ocultó la voz de la armonía
En el torrente y en la selva en vano;
Allí, músicos, fue vuestra osadía
A sorprenderla con robusta mano.
Alzáronse al Señor templos y altares,
Y allí fueron poetas y pintores;
Vosotros la ensalzasteis con cantares
Porque os dieron su voz los ruiñesores

Los ángeles le cantan en el cielo,
Y le cantáis vosotros en la tierra,
Mientras de hinojos en el sacro suelo,
Escucha humilde el hombre, ora y se ate
Un solo libro nuestra Iglesia tiene,
Que poetas cantaron y escribieron.....
O al alma Dios de los poetas viene,
O ellos un Dios en su cantar mintieron.
No importa que hoy ignorados
Crucéis el desierto mundo,
Sin corona y sin blasones
Que doren el nombre obscuro;
Que ley es morir mañana
Que, a todos Dios nos impuso,
Y después de vuestra muerte
Cercarán vuestro sepulcro
Los que aborrecen en vida
Y al grande envidian difunto.
Perros que ladran cobardes
En torno un toro robusto,
Que yace rendido en tierra
Acogotado entre muchos.
Los que aman oro en la tierra
Y de sus honras el humo,
Ladran a los pies del genio,

Sin que sus gritos agudos,
Al tocar en sus oídos,
Turben la paz de su orgullo.
Y si a envidiar van sus rayos
En derredor de su túmulo,
No temáis, no, para entonces,
Porque sus ojos confusos,
Si osan mirar vuestra lumbre,
Han de cegar a su impulso.
Pues aunque a despecho brille
Del alma imbécil de muchos,
Ocultarla podrán todos,
Pero apagarla ninguno.
El Amor y el Agua

El Amor.

-Pues en ti, fuente, se mira
Porque su beldad retrates,
Y los rayos de sus ojos
Reverberan tus cristales,
Deja, fuente, que los míos
Agua en tus aguas derramen,
Que las aguas con las aguas
Se borran o se deshacen:
Porque si sueltos dejara

Entrambos a dos raudales,
Pusieran fuego a la tierra
Según al verterlas arden.
Y al menos, como en tus ondas
No han de quedar sus señales,
El consuelo de no verlas
Hará que menos amarguen.
Como a ella, pues, la duplicas
Sus contornos celestiales,
Haz, reflejando mi duelo,
Que yo mismo me acompañe.
Engáñame con mi sombra
Porque yo mismo me engañe
Pensando que lloran dos,
Uno en mí, y otro en mi imagen.
Porque tú no sabes, fuente,
Cuánto endulzan los pesares
Las lágrimas de otro triste
Que llora duelos iguales.
Pero ya que no me guardas,
Por traición o por desaire,
Sobre tus aguas sus formas
Porque yo aquí no las halle,
Deja que, llorando en ellas,
Que salga al jardín aguarde,

Por verla pasar de lejos
Aunque indiferente pase,
Pues he de ser tan humilde
Y tan respetuoso amante,
Que porque no la dé enojos
El disgusto de encontrarme,
He de volverme de espaldas
Mirando hacia tus cristales.
Pero prométeme, fuente,
Que si por fortuna sale,
Cuando yo mire tus ondas,
Tus ondas me la retraten.
Así a tu blando murmullo
Enajenadas las aves;
A compás del agua trinen
Enamorados compases;
Así juguetonas vengan
En tu corriente a bañarse,
Robando al alba matices
Que por tus espejos cambien.
Y tantas a verte acudan,
Que cuando el sol se levante
Piense que, en vez de rocío,
Las nubes lloraron aves.
Así te arrullen las hojas

Que tapizan esos árboles,
Porque no sientan las flores
Que si te adormeces, calles.
Así en ti las flores viertan
El bálsamo de sus cálices
Brotando de hoy a porfía
En tus bordes a millares.
Y así cayendo tus aguas
Desde la taza de jaspes,
A gotas las tornasole
El rojo sol de la tarde,
Y partiéndolas en hebras
Cuando como espejos salen
Las rico, columpie y trence
Suelto y revoltoso el aire.

El Agua

-Bien pensé, Amor, que eras loco,
Mas no que tan loco fueses
Que buscaras en mis ondas
Tus hermosuras rebeldes.
Si las hermosas se miran
En el cristal de las fuentes,
Es porque el perfil se borra
Cuando el lindo rostro vuelven.
Que si en el cristal quedaran

Sus imágenes perennes,
Por celos de aquella copia
No se asomaran a verse.
Vano consuelo es que quieras
Ver la tuya en mi corriente,
Para que viendo tu sombra,
Con tu sombra te consueles.
Porque si tal es el fuego
Que tus turbios ojos vierten,
Tal hará que hierva el agua,
Que tu sombra no refleje.
Mas si al jardín, como dices,
Por tu ventura saliere,
Que la has de volver la espalda
Si te lo persuades, mientes.
Que, o por postrarte a sus plantas
O porque mejor te viere
Iráste loco tras ella
Aunque de verte la pese:
Y si te pinto su imagen
En mis aguas transparentes,
Acaso en tu desvarío
Tanto por ella te ciegues,
Que para abrazarla osado,
Por mis ondas atropelles,

Confundiendo ambos retratos
Con barros, algas y peces.
No extrañes que tal te diga,
Amor, si oírme te ofende,
Que, según lo que deliras,
No es extraño que tal piense.
Y has de saber, pues en premio
De mi compasión me ofreces
Que sol, aves, hojas, flores,
Amorosas me requiebren,
Que aunque tú no lo mandarás,
En esto ellas te obedecen:
Pues si las aves me trinan,
Es porque mis aguas beben;
Si los árboles me arrullan,
Es porque yo les remede;
Si las llores me embalsaman,
Porque mis aguas las rieguen;
Y si el sol me tornasola,
Es porque yo le refleje;
Y el aire es tan galán mío
Que imposible me parece
Que ondular puedan mis hebras
Sin que blando me las bese,
Y revoltoso jugando,

Las rice, columpie y trence.

A la muerte de.....

¿Qué te harás sola en el sepulcro lóbrego,

Sin oír las palabras de un amigo?

¡Si al menos ¡ay! los días que me restan,

Bajo la húmeda losa

Pasara yo contigo!

Yo cubriría con mi cuerpo el tuyo

Cuando la lluvia fría penetrara'

La piedra que te oculta de mis ojos,

Y el cierzo de la noche

Tus sienes no tocara.

Y mis manos la hierba arrancarían

Que creciera en la tumba abandonada,

Y alejaría el fétido gusano

Que se arrastrara hambriento

Con su sorda pisada.

Mas tú, ¡alma mía!, por tus rubias trenzas

Bullir le sentirás y por tu frente

Sin poder rechazarle, mientras el hombre

Contemplará tu tumba

Con ojo indiferente.

¡Si al fin quedaran las almas

Velando el difunto cuerpo,
En pláticas amorosas
Con las almas de otros muertos;
Si al fin así descansaras
Bajo el pabellón del cielo,
Sin que el tumulto del mundo
Turbara nunca tu sueño;
Si el amor que se hubo en vida
Muriera en el cementerio,
Y no hubiera en otro mundo
Memoria del mundo nuestro!.....
Mas ¡ay! que vendrán los hombres,
Falsas plegarias mintiendo,
Todos los años un día
A visitar vuestro lecho.
Vendrán con sus oropeles,
Sus farsas y devaneos,
La vanidad en el alma,
La vida en el pensamiento.
No a mullir vuestras almohadas,
No a daros santos consuelos,
Derramando en vuestras tumbas
Las flores de los recuerdos;
No a reconocer su nada
En los despojos del tiempo,

No a ver lo que sois vosotros,
Para ver lo que son ellos;
Que aunque un espejo es la tumba,
Cubrir su cristal supieron
Con velos de mármol y oro,
Cuyo cortinaje espeso,
Robando al cristal las luces,
Impide que, a sus reflejos,
El vidrio fatal les pinte
El polvo donde nacieron.
No; que vendrán a deciros
Que han mentido en otro tiempo,
Cuando al daros un sepulcro,
«Dormid en paz», os dijeron.

Mas habrá un cielo, por dicha,
Detrás de ese cielo azul,
Donde irán, paloma mía,
Los que mueren como tú.
Allí viviréis tranquilos,
En alcázares de luz,
Con los ángeles que velen
Por vuestra santa quietud;
En pabellones de estrellas
Alfombrados de tisú,
Libres de ingratos recuerdos

De la desdicha común;
Porque al abrirse las puertas
Del misterioso ataúd,
Hallan paz, vida y contento
Los que mueren como tú.

Que fresca brisa serena
Halague tu casta sien,
Del bello jardín de Edén,
¡Oh purísima azucena!
Duerme pacífica, sí,
En un lecho de alelí
Que te formen para ti
Los ángeles del Señor;
Y en un porvenir risueño,
Duerme, duerme, dulce dueño,
Y que te vele tu sueño
Un espíritu de amor.

Y dé placer a tu oído,
Susurrando mansamente,
De alguna encubierta fuente
El misterioso rüido.
Y en tus ensueños de paz
Te preste grato solaz,
Con su armonía fugaz,

Algún lejano laúd;
Y por tu mente resbale
Aérea ilusión que iguale
De blanca luna que sale
A la transparente luz.

Mientra en brazos del destino
En las tinieblas que estoy,
A ciegas buscando voy
De tu morada camino.
Y pasan las horas mías
Como turbias ondas frías
Que sus revoltosos días
Sañudo invierno formó;
Como barquilla que mece
Ruda tormenta que crece,
Cual se agosta y desaparece
Flor que en la nieve brotó.
La orgía

La sombra nos cobija
Con su tapiz de duelo;
Cansado ya del cielo,
El sol se hundió en la mar.
El mundo duerme imbécil,
Vacilan las estrellas;

En torno a las botellas
Venid a delirar.
Venid, niñas sedientas
De libertad y amores,
Que fiestas y licores
Dan libertad y amor;
Húmedos de esperanza
Traed los ojos bellos,
Sin trenzas los cabellos,
La frente sin rubor.
La vida es una farsa
Hipócrita y demente,
Y el mundo, indiferente,
Se cansa del placer;
El mundo se ha dormido;
Romped vuestros papeles,
Dejad los oropeles
Que vano os prestó ayer.
Dejad de esa comedia
El torpe fingimiento;
Ahogad el preso aliento
Con larga libación;
La sombra, si ese cielo
Su luz tiende importuna,
Envolverá la luna

En tocas de crespón.
¡Oh! Lejos de los ojos
De la curiosa plebe,
La copa en que se bebe
Nos abre un ancho Edén;
El fondo cristalino
Las luces multiplica,
Y de vapores rica,
Perfuma nuestra sien.
Los labios desfrenados,
La lengua desatada,
En larga carcajada
Prorrumpen sin cesar;
La lumbre de los ojos,
Inquieta y silenciosa,
Los ojos de una hermosa
Se afana en reflejar
Venid a los festines
Avaras de placeres,
Que el cielo en las mujeres
Atesoró el placer;
Venid, niñas, sin cuitas,
Desnudo el albo seno,
Porque quiero el veneno
De vuestro amor beber.

Cuando la inquieta mente
Con el vapor vacile,
Y revoltosa apile
Fantasma de vapor,
Veréis cómo, insensata,
El ánima delira,
Y voluptuosa aspira
El ámbar del amor.
Entonces, en la sombra,
Las pardas muselinas
Visiones peregrinas
Flotando mostrarán,
Y en cada marco de oro,
Cerradas las pinturas,
Diabólicas figuras
Al vidrio asomarán.
Entonces, cada lámpara
Parodiará una hoguera,
Que miente y reverbera
Las lámparas del sol;
Y en el balcón la luna,
Parecerá una estrella,
Donde arde una centella
Del fúlgido farol.
Cada sonoro brindis

De la animada fiesta,
Nos fingirá una orquesta
De mágica ilusión;
Un eco misterioso,
Sin canto ni instrumento,
Que irá con el aliento
A dar al corazón.
De cada ardiente beso
El lúbrico estallido,
Rasgará el sostenido
Murmullo bacanal,
Como reloj deshecho,
Que sin marcar las horas,
Sacude las sonoras
Campanas de metal.
El mundo duerme, niñas;
Bebamos y cantemos,
Que más no sacaremos
Del mundo engañoso;
Húmedos de esperanza
Traed los ojos bellos,
Sin trenzas los cabellos,
La frente sin rubor.
Venid, y mal prendidos
Los velos y los chales,

Prodiguen, liberales,
La luz de vuestra tez;
Los ondulantes rizos
Flotando por la espalda,
La mal ceñida falda
Mintiendo desnudez.
Y las de negros ojos,
Que ostenten su mirada
Altiya, enamorada,
Con infernal pasión;
Y las rubias ostenten,
Sin máscaras de tules,
Las pupilas azules
Y rojo el corazón.
La noche se desliza,
Su llama el sol enciende,
El día nos sorprende,
Va el mundo a despertar.
¡Cantemos y bebamos,
Que cuando venga el día,
El sueño de la orgía
Le volverá a apagar!
El canto de los piratas
Traducción de Víctor Hugo.

«Alerte! alerte! Voici les pirates

D'Ochali qui traversent le détroit.»

LE CAPTIF D'OCHALI.

Con cien cautivos llevamos

Fletada nuestra galera,

Que en una y otra ribera

Para el harán reclutamos.

¡Al mar, al mar, marineros!

En Fez entramos mañana.

Somos ochenta romeros

Sobre nuestra capitana.

Cabe un convento botamos

Al agua el ancla tenaz;

Linda muchacha apresamos,

Dormida en traidora paz:

Mil fantasmas hechiceros

Soñaba, a la mar cercana.

Somos ochenta romeros

Sobre nuestra capitana.

-Forzoso es, niña, callar:

Ea, ganemos el viento;

Esto no es más que cambiar

Por un harén un convento.

Os haremos mahometana

Y el Sultán ha de quereros.

Somos ochenta romeros

Sobre nuestra capitana-

Huir desesperada quiso.

-¡Y osáis, hijos de Satán!...-

Lloró, suplicó. -Es preciso-

La contestó el capitán.

Sus clamores lastimeros,

Su resistencia, fue vana.

Somos ochenta romeros

Sobre nuestra capitana.

En su dolor, parecían

Sus ojos un talismán;

Mil cequies bien valían:

La hemos vendido al Sultán.

Lo debe a mis compañeros:

Ayer monja y hoy Sultana.

Somos ochenta romeros

Sobre nuestra capitana.

Oriental

De la luna a los reflejos,

A lo lejos,

Árabe torre se ve;

Y el agua del Darro, pura,
Bate obscura
Del muro el lóbrego pie.,
Susurra el olmo sombrío
Sobre el río,
Dando al oído solaz,
Y en los juncos y espadañas,
Y en las cañas,
Susurra el aura fugaz.
Se abre en la arena amarilla
De la orilla,
Vertiendo aroma, la flor;
Y las plumas de colores,
En las flores,
Estremece el ruiseñor.
Vierte en gotas cristalinas,
Peregrinas,
El rocío su cristal,
Y en cada perla de plata
Se retrata
El alcázar oriental.
Descorridas las sombrías
Celosías
Del calado torreón,
Está en la árabe ventana

La Sultana

Murmurando una canción.

Y en la atmósfera serena,

Libre suena

La melancólica voz;

Y abajo, en la hierba verde,

Al fin la pierde

Con la ráfaga veloz.

Y al compás de su garganta,

Raudo canta

Contestando el colorín,

Saltando entre los galanes

Tulipanes

Del espléndido jardín.

Y al rumor del dulce trino,

Peregrino,

De arpa, bella y ruiseñor,

Oído prestan atento

Agua, viento,

Olmo, alcázar, campo y flor.

Así la mora decía

Y respondía

En la rama el colorín,

Y esto el moro la escuchaba,

Que velaba

Receloso en el jardín:

«Danme el ánimo de un moro,

»Perlas y oro,

»Y coronas en la sien;

»¡Dime, flor, a mi ventura

»Y hermosura

»Lo que falta en el harén!

»Danme chales los califas,

»Y alcatifas,

»Y guirnaldas en la sien:

»¡Dime, huerto, a mi ventura

»Y hermosura

Lo que falta en el harén!

»Danme baños y festines,

»Y jardines

»Que me mienten el Edén:

»¡Dime, río, a mi ventura

»Y hermosura

»Lo que falta en el harén!

»Transparentes como espumas

»Danme plumas,

»Y atan velos a mi sien:

»¡Rui señor, di a mi ventura

»Y hermosura

»Lo que falta en el harén!

»Nada, al fin, que les dé enojos

»Ven mis ojos,

»Nada que arrugue mi sien;

»Dime, luna, a mi ventura

»Y hermosura

Lo que falta en el harén»

Llegaba aquí, y una sombra,

En la alfombra,

La lámpara dibujó;

A su lado, en la ventana,

La Sultana

Con el Sultán se topó.

«Tienes torres, dijo el moro,

»Perlas y oro,

»Y guirnaldas en la sien:

»Dime, hermosa, a tu ventura

»Y hermosura

»Lo que falta en el harén.

»¿Qué hay en el huerto sombrío,

»Y en el río,

»Y en el ave y en la flor,

»Que al rayar el claro día,

»¡Vida mía!,

»No te traiga tu señor?

»Di: ¿qué falta a tu belleza,

»A tu riqueza

»O a tu loca voluntad?»

«Señor, esos ruiseñores,

»En las flores,

»Tienen aire y libertad.»

La plegaria

Helos al pie de la cruz

En oración reverente;

La virtud brilla en su frente

Como la primera luz

Del sol que alumbra en Oriente.

Niños tal vez desvalidos

Que pasan desconocidos,

Con la inocencia en el alma,

Como en desiertos perdidos

Con sus racimos la palma.

Angeles acaso son

Que, el mundo sin conocer,

Llevan en el corazón

Una sublime oración

Y las virtudes de ayer.

Sus ojos ven solamente

A través del blanco velo

Que cerca el alma inocente,
Vida en la tierra inclemente,
Luz y armonía en el cielo.

Ven en el alba colores
Y en el llano hierba y flores,
Sombra, del valle en la hondura,
Y en el aire ruiseñores,
Y peñascos en la altura.

Para ellos, música el viento
Es, si las alas despliega,
Si en las secas hojas juega,
O entre las flores se pliega
Con lascivo movimiento.

Y son las flotantes ramas,
Del sol a las rojas llamas,
Del prado, verdes espumas,
De aérea serpiente, escamas,
De águila terrestre, plumas.

Y son los hombres hermanos,
Y oran por ellos contentos,
Hasta que los hombres vanos
Pongan, leones hambrientos,
En su inocencia las manos.

Sabe ella que es virgen bella,
Y él un ángel hechicero,
Porque no dudan él ni ella
Que ella es de virtud estrella,
Y él de inocencia lucero.

Mas ¡ay! que del pedestal
A la sombra cobijado,
Acaso un ojo carnal
Está en la virgen posado
Con una idea brutal.

Y sobre la tez de rosa
La lágrima de dolor
Que ella derrama piadosa,
El hombre la cree de amor,
Y llama al ángel ¡hermosa!

Que tal vez pintarse intenta
Aquella avara pupila,
De torpes formas sedienta,
Mil perfecciones que aumenta
En esa virgen tranquila.

Así incompletas y vanas
Las cosas del mundo son,

¡Que a turbar vienen livianas

Esa angélica oración

Con imágenes mundanas!

¿Por qué, pintor, ideaste

Una plegaria tan bella,

Si la cruz que levantaste,

Luego, pintor, la ultrajaste

Pintando al hombre tras ella?

¡No digas quién la creó!

culpa no arguya!

¡Que en ambos

Tú fuiste quien la pintó,

Mas la malicia no es tuya,

Que quien la escribe soy yo.

La Juventud

Tengo ojos y no ven,

Tengo oídos y no escuchan,

Tengo manos y no tocan,

Tengo labios y no gustan;

y en fin, sin entendimiento,

Ni albedrío que me acuda,

Tengo aliento que no alienta,

Y corazón que no pulsa.

CALDERÓN, La vida es sueño.

Cuando a las puertas del nacer llamamos,
Senda de flores a los pies tenemos;
Doquier que el rostro en derredor volvamos,
Padres y amigos cariñosos vemos;
Doquier los brazos débiles tendamos,
Un ósculo inocente merecemos,
Y así contentos a vivir salimos
Sólo porque ignoramos que vivimos.
Cuando el mundo se ve desde la cuna,
Flores se hallan en él, pero no espinas;
Se ven en él sus mares y su luna,
Sus prados y cascadas cristalinas;
Sin noche el sol, sin rueda la fortuna,
Poblado de fantasmas peregrinas,
Tocado, en fin, con el flotante velo
Del estrellado pabellón del cielo.
La paz de la niñez nos va llevando
Por senda usada, fácil y tranquila,
Donde rebelde nuestra edad brotando,
En lechos de oro víctimas apila;
Donde asombrada se dilata entrando,
De luz avara, la infantil pupila,
Do a manos llenas el placer derrama
Lo que vida de amor el hombre llama.

Cercada de fantasmas halagüeños,
Allí la ardiente juventud habita,
Que dando lindas formas a sus sueños,
El imperio del mundo solicita:
Como para acabar tantos empeños
Todo lo hermoso y fuerte necesita,
Presenta a nuestra mente deslumbrada
Todo el vano esplendor de su morada.
En tazas de cristales quebradizos
Nos muestra seductora en sus planteles
Las flores sin olor de sus hechizos,
El temprano verdor de sus laureles,
Y en campos de placer resbaladizos,
Sus palacios nos muestra de oropeles,
Donde yacen en blandos almohadones,
Impúdicas ramera, las pasiones.
Allí están los fantásticos espejos
Que mienten la ilusión de los amores,
Pintando voluptuosos a lo lejos
Sombras de amor entre pintadas flores;
Y de engañoso sol a los reflejos,
Dando al turbio cristal ricos colores,
Nos muestra el mundo fuente de placeres
Y manantial del mundo las mujeres.
El ánimo, inocente todavía,

Virtud creyendo el cenagal del vicio,
Se lanza en pos de tan brillante día
De la vida en el hondo precipicio,
Y a par que corre por la errada vía,
Comprende de la edad el artificio,
Que aquel jardín de flores peregrinas
Era el reloj no más de las espinas.
¡Juventud! ¡Fácil balanza!
¡Qué presto arrastras vencida
El peso de la esperanza
Con el pesar de la vida!
¡Qué presto se desvanecen
Los fantasmas halagüeños
Que nuestra infancia adormecen
Con raquíticos ensueños!
¡Qué rápida te deslizas
Entre las horas que hechizas,
Dejándonos tus cenizas
Donde vamos oro a ver!
¡Juventud! ¡Edad de flores!
¡Sombras son ¡ay! tus colores,
Artificio tus primores,
Amarguras tu placer!
Ojos nos das, y no vemos;
Pensamiento, y no pensamos,

Que es falso cuanto creemos,
Y falso cuanto ideamos.
Es mentida tu hermosura,
Es tu fortuna liviana,
Tus esperanzas locura,
Tu paz y tu gloria, vana.
Espejo de cien cristales,
Que mientes lo que no vales,
Cuyas luces desiguales
Multiplican la ilusión,
¡Tú doras tus arreboles
Con lumbre de mil faroles,
Y llamas osada soles
A lo que pavesas son!
Soñando a vivir venimos,
Pero en tu región vacía,
Cuantos más días vivimos,
Soñamos más cada día.
Te sueña la pasión loca
Y ambiciona tus laureles;
Cuando la razón te toca,
Maldice tus oropeles.
La pasión juzga en su anhelo
Que ese cristal es un cielo;
La razón te rasga el velo

Hasta ver tu vanidad,
Y en vez de tus clavellinas
Y tus rosas purpurinas,
Nos muestra al fin tus espinas
El farol de la verdad.

Espinas son fama y gloria,
Cuanto bien el hombre alcanza,
Espinas de la memoria,
Carcomas de la esperanza.
Espinas son amistades,
Espinas ¡ay! son favores.....
Que espinas son las verdades,
Y son espinas sin flores.
Si espinas son solamente
Amistad, gloria y favor,
¿Dónde está, suerte inclemente,
De tanta espina la flor?
Si espinas tan sólo dan
Lisonjas de juventud,
Acaso espinas serán
La nobleza y la virtud.
Y espinas estudio y ciencia,
Pues dejan sus vanidades,
Demencia nuestra demencia,

Y verdades las verdades.

La fe del ánima espinas,

Y espina el amor del hombre,

Mentiras son más divinas

Con más hechicero nombre.

Y si espinas solamente

Son virtud, ciencia y amor,

¿Dónde está, suerte inclemente,

De tanta espina la flor?

Edad de sombras pueriles

Que la verdad desvanece,

¡Ni olvidada en tus pensiles

Una flor tan sólo crece!

Pues espinas son tus flores

Y espinas son tus placeres,

Entre tan falsos colores

Una mientes y otra eres.

Si espinas de desconsuelos

Son horas tan peregrinas,

¿Dónde guardaron los cielos

Flores de tantas espinas?

La amapola

Flor solitaria y silvestre

Que a la luz sacas del sol

Cuatro pendones de púrpura
Que guarda tosco botón;
Pues en el campo te quedas
Y yo del campo me voy,
Tú con tus hojas de fuego
Y con mis lágrimas yo,
Dile al alma de mi alma
Que voy muriendo de amor;
Que entre tus hojas la dejo
Un ósculo y un adiós.
Porque tú, que habitas triste
En las soledades, flor,
Los espinos por abrigo,
El césped en derredor,
Por armonías, del aire
La ruda y salvaje voz,
Sin tallo que te sostenga
Cuando, a la lumbre del sol,
Brotando en agua las nubes
Se revientan en turbión;
Tú, flor, que ostentas tan sola
Tan encendido color,
Que me pareces tostada
Al calor de un corazón,
Bien puedes ser mensajera

De un enamorado adiós:
Que tan sola, pobre y débil,
Tan sin follaje ni olor,
De pasar en amargura
Tu existencia de aflicción,
Más razón no se me alcanza
Que tu solitario amor.

Porque expuesta al rudo viento
Y a la intemperie olvidada,
Recuerda tu nacimiento
La soledad y el tormento
Del ánima enamorada.
Porque insensible a otra idea
Que al delirio de tu amor,
El zarzal que te rodea
Y el vendaval que te orea,
Dan encanto a tu dolor.
Ni sientes del cierzo el ala
Que te sacude y arruga,
Ni cómo el tronco te escala,
Hollando la torpe oruga
Tu tosca y silvestre gala.
Ni cómo el áspero espino
Te rasga el manto de grana

Cuando sacude sin tino
Sobre tu pompa liviana
Su ropaje campesino.
Y pues sé, triste amapola,
Que ese encendido color
Que el rojo sol tornasola
No es más que un barniz de amor,
Y por amor vives sola;
Pues yo parto por amores
¡Oh flor! muy lejos de aquí,
Y en ti no he encontrado olores
Como encontré en otras flores
Que por los jardines vi,
En tu cáliz dejo preso
Un ósculo y un adiós;
Si te agobia tanto peso,
Guárdale a mi amor el beso,
Que para ella son los dos
La noche y la inspiración
A mi amigo el artista D. Julián Romea.

I

La noche, sobre el mundo desplomada,
Tendió en él de su sombra el ancho velo,
Porque su sueño no turbase osada
La lumbre de las lámparas del cielo.

Pero temiendo acaso que le ahogara
Con tan espesa red sombra importuna,
Antes que con pavor se desvelara
Trepó al cenit la transparente luna.
A la amarilla luz con que ilumina,
Cobójase la sombra en los rincones;
Y reflejan su llama peregrina
Ríos, fuentes, pizarras y balcones.
Como en delirio de amoroso ensueño
De la virgen sonrío el labio amante,
La tierra desplegó su adusto ceño
Al fugitivo resplandor errante.
Duerme allá en su palacio el poderoso,
Duerme el pastor cansado en su cabaña,
Éste tranquilo, el otro receloso
Soñando avaro la fortuna extraña
Duerme al pie de sus armas el soldado,
Duerme el mendigo tras de larga vela,
Mientras por éste vela su cuidado
Y por aquél el tardo centinela.
Duerme el ave en las ramas guarecida,
Duerme la fiera en su morada impura,
Aquélla por las ráfagas mecida,
Ésta al rumor del agua que murmura.
Deslízase la brisa temerosa,

Guardan las nubes la tormenta inerme.
Todo entre sombras a la par reposa,
El viento calla, la tormenta duerme.
Tú, dulce amigo, que en la noche umbría
Al grato son del arpa melodiosa
Ensayabas cantares algún día
Bajo el balcón de tu adorada hermosa,
Déjame que hoy en soledad delire,
Y a delirar contigo me aventure,
Que en tus brazos un hora en paz respire
Y del dormido mundo en paz murmure.
Yo soy el que cantó fiestas y amores
En insensatos himnos juveniles,
Y el arpa tosca coroné de flores
Al ensayar mis cánticos pueriles.
Yo soy el que soñó gloria y laureles,
Y con la vida en mi ilusión luchando
Orlé el mundo de falsos oropeles
Allá en mi loca juventud soñando.
Ya desperté: mis fábulas soñadas,
Mis delirios de amor, perdí en el viento,
Y el viento, como ramas desgajadas,
Las apartó del tronco macilento.
Hoy no conservo de la edad primera
Más que la voz un poco enronquecida,

Y el velo de la negra cabellera
Sobre la frente sin color tendida.
Quédame de mí mismo la esperanza
Y el afán de cantar mientras aliente,
Mientras gravite en la vital balanza
La vanidad del corazón demente.
Quédame aún altivo y vigoroso
De noble inspiración el fuego santo,
Quédasme tú, poeta generoso,
Para escuchar mi desmayado canto.
Tú, que vas a las tumbas de los hombres
A buscar un disfraz y una careta
Para escudar con los difuntos nombres
Tas amargas creencias de poeta.
Tú, que al abrigo de ignoradas leyes,
Con la antifaz de un muerto, en gesto bravo
Parodias los esclavos y los reyes
Riéndote del rey y del esclavo.
Tú, que en la farsa del ocioso mundo
Preparando otra farsa al mando mismo,
Lo das a devorar su cieno inmundo
En formas de virtud y de heroísmo.
Quédasme tú, y la noche silenciosa
Con su turbio fanal, tocas azules;
La soledad del bosque religiosa

Con su manto de pinos y abedules.
Quédame el templo con su acorde coro,
Sus capillas, sus lámparas o altares,
Su santa cruz, sus incensarios de oro
Y sus gigantes góticos pilares.
Quédame el mundo sin la imbécil farsa
Que en su tablado inmenso se coloca,
Todo el teatro, en fin, sin la comparsa
Que bulle en él desenfrenada y loca.
No más la cantaré sus devaneos;
Ya se acabó mi cántico mundano,
Que me cansan sus falsos galanteos
Y el necio aplauso de su torpe mano.
Ronca la voz y seca la garganta,
Expiró mi cantar, rompí mi lira,
Sólo mi lengua mis caprichos canta,
Sólo esa farsa compasión me inspira.
Puesto que un mundo me fingí tan bello
Cuanto le encuentro descompuesto y loco,
Hoy por la turba impávido atropello
Porque le creo a mis delirios poco.
Y hoy, a la lumbre de la blanca luna
Escúchame la inspiración sublime,
Que me bulle en el ánima importuna
Y el perezoso corazón me oprime.

Porque ese cielo azul y esa ancha sombra
Que mitiga la luz que el sol enciende,
Con que la noche su palacio alfombra,
Y esa brisa fugaz que el aura hiende,
Y ese mudo y silencio pavoroso
Que regala el cansancio del oído,
Y en pabellón convierte de reposo
El mundo que a sus pies yace dormido,
Son una inspiración dulce, tranquila,
Vaga, armoniosa, en que se aduerme el alma,
En que el dudoso corazón vacila....
La que habló Calderón y agitó a Talma.
Ésa no la conocen los profanos
Ni revelarla osó ningún profeta:
¡Oh! Ven; que mientras duermen los mundanos
Yo siento en mí la inspiración inquieta.
Óyela tú, que brota solitaria
Para ti, en tu pacífico retiro,
Como amorosa y lánguida plegaria,
Como amistoso y postrimer suspiro.

II

Pende del cenit la luna,
Reverberan las estrellas,
La vida se vierte de ellas
Porque pensar es vivir.

Vacila inquieta la mente,
El pensamiento medita,
Ociosa el alma se agita
Y deliramos sentir.
Cual mana en oculta peña
Cristalina y mansa fuente,
Crea imágenes la mente
Que se ofuscan al brotar.
Nos presta honda, solitaria,
Una idea el pensamiento,
Y sin gozo y sin tormento
La sentimos resbalar.
Una idea libre, vaga,
Turbulenta, revoltosa,
Un fantasma de una cosa
Que no hemos visto jamás;
Una fosfórica llama
Que nos sigue y la seguimos,
Adelante si la huimos,
Si la buscamos, detrás.
Idea que brota informe
En la languidez del alma,
Que nace y muere en la calma
Del placer o del pesar;
Una idea que no estorba

Para ver lo que se mira,
Que nada en el alma inspira
Y en nada deja pensar
No es mujer, demonio, ni ángel,
No es esperanza ni gloria,
Pero existe en la memoria
Sin fuerza y sin voluntad;
Si el alma padece es triste,
Y si goza es lisonjera,
Y si el alma desespera,
La idea es la eternidad.
Esa idea nos agobia,
Se revuelve y se acrecienta
De la noche amarillenta
Al silencioso rumor;
Y el susurro de una brisa,
El murmullo de una fuente,
La mantienen en la mente
Sin hacérsela mejor.
Entonces es cuando el hombre
Piensa sin saber qué piensa,
Y aborta una idea inmensa
Sin concebirla tal vez;
Entonces es cuando mira
En la tierra un hondo foso,

Y un pabellón de reposo
Del cielo en la brillantez.
La soledad y el silencio
Exhalan vaga armonía
Que en el oído no oiría,
Y atenta el alma escuchó.
Una música con formas
Que al resbalar en la mente
Nos deja lánguidamente
La idea de que pasó.
Entonces nuestros sentidos
En blandos sueños deliran,
Y en torno al ánima giran
Ilusiones mil a mil.
El oído oye murmullo,
El olfato aspira olores,
Los ojos crean colores
En delirio tan pueril.
Vemos entonces paisajes
Con ruinas, templos y fiestas,
Y oímos coros y orquestas
Y suspirar y reír;
Sentimos ríos que corren,
Vistasas aves que vuelan,
Manantiales que rielan

Por entre juncos salir.
Vemos en vasta llanura
Sotos y villas lejanas,
Y oímos de sus campanas
El apagado doblar;
Vemos formas misteriosas
Que sonríen pasajeras,
Y lumbre de mil hogueras
Que reflejan en la mar.
Vemos árboles, cascadas,
Insectos, monstruos y flores
Que nos dan ricos colores,
Y movimiento que ver;
Vemos un mundo cerrado
En transparentes encajes,
Entre flotantes celajes
Cercano a desaparecer.
Y oímos dentro del pecho
El uniforme latido
Del corazón abatido
Que dentro volando está,
Como un reloj cuya péndola,
Sorda, monótona y lenta,
Los pasos del tiempo cuenta
Que a hundirse en la nada va.

En este estado sin nombre
Ni dormimos, ni velamos,
Vemos lo que no miramos,
Sentimos lo que no es.
Y a un movimiento, a un suspiro
Que olvidados exhalemos,
Todos nuestros sueños vemos
Pavesas a nuestros pies.
No es dormir y se despierta,
No es muerte y se vuelve a vida,
Y allá en la mente escondida
Se levanta una creación.
Entonces el pintor pinta,
El músico escucha y toca,
Y el poeta halla en su boca
Palabras de inspiración.
Entonces siente arrobado
De fuego su pensamiento,
De fuego el osado aliento,
De fuego el habla mortal;
Hay un volcán en su lengua,
Y un volcán en su mirada,
Y cruza el mar de la nada
Con su mirada inmortal.
Entonces escribe Byron,

Entonces pinta Murillo,
Y el sol vierte escaso brillo
Para su aborto alumbrar;
Entonces Hoffman delira,
Y en torno de su ponchera
Como en torno de una hoguera
Ve sus fantasmas flotar.
Entonces Calderón llama,
Y a su vigoroso acento,
Cielo, infierno, en un momento
Parecen delante de él.
Y paseando allí sus ojos,
Seres buscando inmortales,
Sus Autos sacramentales
Arroja al mundo en tropel.
Entonces el cuerpo duerme,
Este alcázar de ceniza
Que el ánima diviniza
Por ser cárcel de los dos,
Mientras ella, libre, ufana,
Hija de celeste prole,
De su estirpe soberana
Demanda cuenta a su Dios.
El mundo ansiosa registra
Sin respetos ni barreras,

En pos de lindas quimeras
Con que hacer mando mejor;
Y ni templos, ni palacios,
Ni presentes, ni futuros,
En la nada están seguros
De su ímpetu creador.
A su voz dejan los muertos
Sus encierros funerarios,
Envolviendo en los sudarios
Lo que queda de su ser;
Santos, criminales, niños,
Esclavos, soldados, reyes,
Sus caprichos como leyes
Se aprestan a obedecer.
Entonces la tierra es fango
Ante su origen divino,
El universo mezquino
A su noble inmensidad;
Dios es el fin de su raza,
Es la atmósfera su aliento,
Su alcázar el firmamento,
Su tiempo la eternidad.
Entonces brota en sonidos
El fuego febril del alma;
Lope, Schiller, Máiquez, Talma,

Atan el mundo a sus pies.
Y entonces ¡oh actor poeta!
En tu espíritu altanero,
Ni el poeta está primero,
Ni el actor está después.
Es el teatro tu imperio,
Es el pueblo esclavo tuyo,
Tus derechos el misterio
De tu osada inspiración;
Y nosotros, los profanos,
Asombrados te rendimos
Sonoro aplauso en las manos,
Respeto en el corazón.
Y en la altivez de tu orgullo
Llegan a ti nuestras voces
Como el imbécil murmullo
Que alza un insecto al volar;
Y a tu vista somos sólo
Nosotros, un pueblo entero,
Un revoltoso hormiguero
Que va tu planta a cegar.
Entonces, magnates, reyes,
Caudillos, conquistadores,
Privados, emperadores,
Son allí menos que tú;

Y ante tus falsos disfraces
Es tierra, harapos y talco
Cuanto ostenta altivo palco
De oro, perlas y tisú.
Un recuerdo de Arlanza

Río Arlanza, si las fuentes
Que en Burgos te dan el ser
No cegaron sus corrientes,
Y aun en ti van a verter
Sus cristales transparentes;

Si tus ondas revoltosas
Entre arenas amarillas
Se deslizan bulliciosas,
Bañando las mismas rosas
Sobre las mismas orillas;

En verdad que en una altura
Hay un pardo torreón
Que pinta en el agua pura
Su descarnada figura
Como extraña aparición.

Acaso tú, río Arlanza,
No te acuerdes de su nombre,
Porque a ti no se te alcanza

Con cuánto afán compra el hombre

El placer de la esperanza.

Tú cruzas el campo ameno

Entre flores susurrando,

Y pasas libre y sereno

Del triste que queda ajeno

En la ribera llorando.

Tú río, que nunca amaste,

No guardas en la memoria

Los lugares que dejaste,

Que no te importa la historia

De los que una vez pasaste.

No sabes, sonoro río,

Lo que pesa un pensamiento,

No sabes cómo en el mío

Me atosiga y da tormento

Ese peñasco sombrío.

Pero ¿qué extraño que ignores

Su nombre y el de su gente,

Si sus escombros traidores

Desplomó sobre la frente

De sus caídos señores?

Si al tender por ese llano
Los perfiles de tus olas
Hallas un cerro cercano
Envuelto en tapiz liviano
De silvestres amapolas;

Donde tu corriente clara
Entre los juncos se pliega
Y en un remanso se para
Que de los restos se ampara
De Celada y de Pampliega;

Allí Arlanza, has de encontrar
Una torre en una altura;
Mírala ¡oh río! al pasar,
No te avergüence el andar
Arrastrando por la hondura.

Que sin foso y sin rastrillo
Verás sólo un torreón,
Solitario y amarillo,
Que ayer se llamó castillo
Y hoy el alto de Muñón.

Ya son presa del olvido
Sus blasones y baluartes;
Mírale, Arlanza, atrevido;

Sus gentes, cuando han huido,
Perdieron sus estandartes.

Mira ¡oh río! en caridad,
Si de ese fantasma al pie
Una afligida beldad
Llorando tal vez se ve
Su amor y su soledad.

Y si en tu margen desnuda
Las resbaladizas ondas
Contempla llorosa y muda,
Antes, río, la saluda
Que por la vega te escondas.

Y no la dejes ¡oh río!
Por respeto o por temor
De su doliente desvío;
El llanto que vierte es mío,
Que está llorando de amor.

¡Ay de la blanca azucena
Que sin lluvia bienhechora
Se agosta en la seca arena!
¡Ay de la niña que llora
Sobre las aguas su pena!

¡Ay de la angustiada hermosa

Por cuyos ojos deliro,
Por cuyos labios de rosa,
Por cuya risa amorosa
Enamorado suspiro!

¡Ay de la que piensa en mí
En la margen del Arlanza!...
¿Qué aguardas, hermosa, di,
Sin consuelo ni esperanza,
Tan acongojada aquí?

¿Por qué tas alegres horas
Vertiendo lágrimas pierdes
Sobre las ondas sonoras
Que cruzan murmuradoras
Por esas campiñas verdes?

Esas aguas, que hallan flores
En la ribera al pasar,
Por más que sobre ellas llores
Nunca tus cuitas de amores
Sabrán, niña, consolar.

Ni por más que tu amargura
En son de queja las cuentas
A la falda de esa altura,
Movidas de tu hermosura

Han de parar sus corrientes.

Porque ajenas de tu afán,

Por el valle resbalando

Indiferentes irán;

y nunca más volverán

Aunque tú quedes llorando.

Ni pienses que has de venir

A contarme el desconsuelo

En que te vieron gemir,

Que a darnos no alcanza el suelo

Más placer que el de morir.

El cielo nos dió pasiones,

Nos dió luz, vida y calor,

Pobló el alma de ilusiones,

Mas negó a los corazones

El consuelo en el dolor.

Tanta luz, tantos colores,

Tantas galas y primores,

Son mentira y oropel,

Que el mundo alfombra con flores

Los pantanos que hay en él.

Las flores se desvanecen

Y corrompidas no aroman,
Los ríos furiosos crecen,
Y torrentes se desploman
Sobre el prado que florecen.

Lo que ayer palacio fue,
Hoy vemos informe ruina
Por más que el grosero pie
Mirando su sombra esté
Sobre el agua cristalina.

De ese adusto monumento
Que levanta en el espacio
Su esqueleto ceniciento,
Demándale, niña, al viento
Si fue cárcel o palacio.

Demándale al claro río
Que baña el valle que habitas,
Qué hizo ayer el tiempo impío
Del feudo y del poderío
De esa peña en que meditas.

Pregúntale qué se hicieron
Los nobles de esa Castilla,
Los castillos que vivieron,
Los planteles que tuvieron

En su ribera amarilla.

Pregúntale qué misterio

Encubre esa cruz que riega,

Cual árbol de un cementerio,

Donde tuvo un monasterio

Para sus reyes Pampliega.

Pregunta si entre las rejas

De su bizantino muro

Oyó las amargas quejas

Del rey que en su templo obscuro

Lloró virtudes añejas.

Pregunta si oyó decir

Al monarca en su abandono

Que un puñal lo hizo subir

Los escalones del trono,

Y un vaso se le hizo huir.

Para escoger le llamaron

Entre morir o reinar;

Los que ayer le coronaron,

Su venia no demandaron

El tósigo a preparar.

¡Triste Wamba! Por mancilla

La púrpura te vistieron

Esos grandes de Castilla
Que tu sepulcro tendieron
A las puertas de esa villa.

¡Río Arlanza! ¡Río Arlanza,
Que el florido campo pules
Derramándote en holganza,
Tan frágil es mi esperanza
Como tus ondas azules!

¡Quién pudiera, río manso,
Resbalando indiferente
Hallar como tú descanso
Cuando apilas tu corriente
En escondido remanso!

Pues pasas murmurador
Bordando el campo de flores,
Arrulla, ¡Arlanza!, el dolor
De esa niña sin amores
Que está llorando de amor.

Dila, Arlanza, que ha mentido
Quien encontró a mis cantares
El placer que no he sentido,
Que en ello gozo he fingido
Por adormir mis pesares.

Dila que siuelto al viento
Al compás del arpa loca
Alegre y báquico acento,
Es que cierro a mi tormento
Los caminos de mi boca.

¡Río Arlanza! ¡Río Arlanza,
Que el florido campo pules
Derramándote en holganza,
Dila que está mi esperanza
Cabe tus ondas azules!

A Roma

Aun niño, me contaron
Un no sé qué de césares y reyes,
De alcázares que alzaron,
De imperios que asolaron
Para escribir con sus escombros leyes.

Y yo me imaginaba,
Allá en mi débil pensamiento loco,
Cuando en Roma pensaba,
Que cuanto grande hallaba
Para fingirlo en Roma, era bien poco.

Palacios imperiales,

Circos y templos, acueductos, fuentes,

Trofeos colosales,

Obeliscos triunfales,

Termas, jardines, pórticos y puentes;

Perfumes, y oro, y ruido,

Y sabios, y vestales, y guerreros,

Soñé desvanecido;

Y todo confundido,

Como los días de mi edad primeros.

¡Pobre niño ambicioso!

No contó con las sordas tempestades

Del tiempo proceloso,

Que arrebató impetuoso

Reyes, palacios, gentes y ciudades.

Y ciego y exhalado,

A impulso de mi joven fantasía,

Voló desatentado

A ver lo atesorado,

Lo que pensaba yo que no moría.

Tras ese haz de despojos

Que al ancho Tíber las espaldas doma,

Me prosterné de hinojos,

Para tornar los ojos

A sorprender la eternidad de Roma.

Y ahí encontró tendida

Esa Roma, terror de las naciones,

Desplomada y hundida;

Ramera embrutecida,

Hija de lobos, madre de Nerones.

Leona agonizante,

Que rabiosos los tigres dividieron,

Y a su raza triunfante,

La presa palpitante

De sus cachorros en venganza dieron.

Púrpura del tirano

Que dio su vida en prenda de mil muertes,

Y el esclavo villano,

Con insolente mano,

Echó sobre ella y sobre el trono suertes.

¿Qué se hicieron, señora,

Tus severos y nobles senadores?

Tu gente vencedora,

¿En dónde oculta ahora

El sitio de tus libres dictadores?

¿Dónde están los ciudadanos

Que nacían señores de la tierra,
Vasallos soberanos,
Cuyas potentes manos
Daban al universo paz o guerra?

¿Dó están esas legiones
Que a su placer la púrpura ofrecían,
Y por altas razones,
A las otras naciones
Enviaban nuevo rey cuando querían?

¿Dó están esos valientes
A quien seguían miles de soldados
A avasallar las gentes,
Arrastrando insolentes
Los vintos reyes a su triunfo atados?

¿Dó está, Roma caída,
Aquella multitud que iba serena
A tus circos, servida
Con ver cómo la vida
Jugaban sus esclavos en la arena?

¡Tú sola te perdiste!
¡Tú sola ¡oh Roma! tu grandeza hollaste,
Pues la prez que te diste
Velarte no supiste,

Y tu seno con crímenes manchaste!

Porque diste humillada

A un César un puñal y una corona,

Su raza entronizada

En tu cerviz hollada,

Por eso cantos de furor entona.

Por eso en sus salones

Tus matronas tomó por concubinas;

Por eso a sus legiones,

Con tan torpes lecciones,

Hizo a Roma poblar de Mesalinas.

Y en su embriaguez y hartura,

Contando como perros sus vasallos,

Quisiera en su locura

Esa progenie impura,

Palacios levantar a sus caballos.

Y por eso, de flores

Coronada la sien, iban beodos

Esos emperadores,

Los crímenes mayores

A presenciar, para saberlos todos.

Por eso ardías, Roma,

Mientras Nerón al resplandor cantaba;

Y al par que se desploma
Tu grandeza, el aroma
Del humo ardiente tu señor gozaba.

Por eso en tus hogueras
Morían inocentes los cristianos,
Y tus legiones fieras,
En dobladas hileras,
Apoyaron la ley de tus tiranos.

Por eso del Oriente,
Tras el pendón del Redentor divino,
Bravo tropel de gente
Vino, y clavó en tu frente
El Lábaro triunfal de Constantino.

Y por eso más tarde,
Tu hora fatal atentos esperaban
¡Y ansiando que no tarde!
Los que en vejez cobarde
Del desierto al lindel te contemplaban

El desierto dejaron
Los que tu fértil, opulento y rico
Imperio devastaron;
Y en sangre se bañaron
Las formidables hordas de Alarico.

Del desierto vinieron
Los hijos de esa raza que aniquila
Cuanta pompa en ti vieron;
Y tus muros se hundieron
Bajo el caballo del sangriento Atila.

«¡Sangre! ¡Exterminio! ¡Fuego!
»¡Cebaos ahí en carne de villanos!»,
Gritaba, de ira ciego.

«¡Que no se encuentre luego
»Uno con libertad de esos romanos!

»Sangre a beber vinimos.
»¡Hartaos de sangre, mis sedientos perros!
»¡Doquiera que estuvimos,
»Que muestre que vencimos
»La marca funeral de nuestros hierros!

»¡Sangre! ¡Exterminio! ¡Fuego!
»¡Sangre, lebreles! Si sus dioses hallo
»Y hasta su templo llego,
»Venid a verlos luego
»Atados por los pies a mi caballo.»

Y así Atila clamando,
Giró en carrera rápida y violenta,

Sus tigres azuzando,
La ancha espada mostrando
Hasta el torcido gavilán sangrienta.

¡Fiesta horrible, espantosa;
Festín de sangre en tu recinto dieron!

¡Oh Roma poderosa!
La sangre generosa
De tus hijos, los bárbaros bebieron.

La compasiva luna
Requirió los cendales enlutados
De la sombra oportuna,
Por no ver tu fortuna
Hecha presa y botín de sus soldados.

¿Qué te quedó aquel día
¡Oh Roma! de tu espléndida grandeza?
¿Quién lloró tu agonía?
¿Quién, como tú, gemía,
Sosteniendo en sus brazos tu cabeza?

¡Otra amorosa gente,
Víctima del furor de tus tiranos,
Enjugó diligente
El sudor, de tu frente
Con maternales y dolientes manos!

Otra raza más pura,
En vez de tus Penates y tus Lares,
Te prestó en tu amargura
Otro Dios de ventura,
Otro templo mejor y otros altares.

Mas tú, infame ramera,
Por el antiguo vicio ya estragada,
A tu maldad primera
Volvistes altanera,
Tal vez sin fuerzas, pero no cansada.

Y tornaron más fieros,
Con leyes de piedad, otros Nerones,
Que lobos carniceros,
Con pieles de corderos.
Volvieron a dar sangre a las naciones.

Y tornaron, profanas,
-A levantarse torpes cuncubinas
Tus bellezas livianas,
Tornaron las romanas
A aprender el papel de Mesalinas.

Y tornaron ladinos,
En lugar de tus monstruos imperiales,
Otros reyes dañinos

En faz de peregrinos,
Ornados de capelos y sayales.

¡Tuya es la culpa ¡oh Roma!
Tuya es la culpa y de tu suelo ardiente
Si te hundi6 tu carcoma,
Del rojo sol que asoma
Por ese azul y voluptuoso Oriente!

Culpa es de esos jardines
Que brotan fuentes, y 6rboles, y flores,
Y toldos de jazmines,
Que inspiran los festines
Y el v6rtigo carnal de los amores.

Ciudad de las ciudades,
Aguila vieja, cuya frente hollaron
Las negras tempestades
En que tus mil edades
Sobre tu cana frente reventaron.

¡Adi6s, con tus se6ores!
Y ¡guay! que mientras t6 duermes tranquila,
No tornen vencedores
Los tigres vengadores
De las legiones del sangriento Atila.

¡Guay, no vuelva azuzando
Sus tigres de su cólera violenta,
Sin compasión clamando,
La ancha espada mostrando
Hasta el torcido gavilán sangrienta!

«¡Sangre! ¡Exterminio! ¡Fuego!
»¡Sangre, lebreles! Si sus dioses hallo
»Y hasta en templo llego,
»Venid a verlos luego
»Atados por los pies a mi caballo.»

La noche inquieta

Fantasía
La última luz.

I

Hay unas horas sin hora
En que nuestras horas cesan,
lloras que en el alma pesan
Como inmensa eternidad.
Unas horas sin oriente,
Sin occidente y sin nombre,
En que atosigan al hombre
La mentira y la verdad.

Horas sin voz, en que quiere
Escuchar algo el oído,

Y el aire no tiene ruido
Que poderle dar a oír;
En que quiera hablar la lengua
Y se detiene medrosa,
Porque teme alguna cosa
Que la pueda interrumpir.

En que con ojos avaros
Miramos lo que no vemos,
En que delirar creemos
Y deliramos creer:
Horas en que duerme entero
Este mundo que habitamos,
Y nosotros despertamos
Su descanso a sorprender.

En los pliegues de la sombra,
Como antípodas del día,
Estas horas de agonía
Caminando amargas van:
El tiempo abortó esas horas
Para el alma que medita,
Que el cuerpo no necesita
Horas de tan noble afán.

Pasan sobre el grato sueño
Del Labrador fatigado,

Sobre el sueño descuidado
Del indolente señor;
Sobre el del tranquilo esposo,
Y el del necio indiferente,
Y el de la hermosa inocente
Que sueña el primer amor.

Pasan sobre la sonrisa
De la madre cariñosa,
Que amante, madre y esposa,
En un amor goza tres:
Pasan respetando el sueño
Del olvidado mendigo,
Que al dar a la sien abrigo
Deja desnudos los pies.

Y buscan el sueño inquieto
De algún pensador profundo,
Que aguarda más ancho mundo
De este otro mundo detrás;
Buscan al hombre que piensa,
Y que al pensar que es eterno,
Cambiara por un infierno
El posible de ser más.

Al asentarse en su lecho

A sus párpados llamando,

El ánimo, despertando,

Por el párpado miró.

Presentósele la sombra

Como imagen de la nada,

A la roja llamarada

Que la lámpara brotó.

Escucha, y oye silencio,

Mira, y los ojos ven sombra,

Habla, y el eco le asombra

Sin responder a su voz:

Sólo aprende que es de noche,

Que su mente inquieta vaga,

Que su lámpara se apaga

Y que el sueño huyó precoz.

Entonces lucha afanado

El cuerpo con la costumbre,

El ojo busca la lumbre,

Busca el oído rumor;

Y el alma, sin luz ni ruido

Que su pensamiento estorbe,

Vuela libre por el orbe

En pos de mundo mejor.

Pero estando condenada

A la cárcel de la tierra,
Vuelve al cuerpo que la encierra
Para meditar en él.
Entonces, sujeta al cuerpo,
Mar que en las rocas se estrella,
Para sentir como aquélla
Sentidos le presta aquél.

Débil como el cuerpo entonces,
Por ojos de carne mira,
Y ve lo que ver delira
Por aquel turbio cristal.
Ve que la lámpara seca
La luz postrera derrama,
Y ve en la convulsa llama
Un no sé qué de infernal.

Aquellas ráfagas tibias,
Llamaradas de un momento
Que alumbran el aposento
Para ofuscarle otra vez;
Que confundiendo las formas,
Dando espacio a los objetos,
Pintan manchas y esqueletos
Que cruzan por la pared.

Aquella lumbre oscilante
Que en torno al pábilo flota
Aérea, vibrante, rota,
De indefinible color,
Dibuja en los pardos vidrios
Y en las blancas muselinas
Creaciones peregrinas
Que nos llenan de terror.

Asoma rostros, deformes
De diabólicos contornos,
Que en colgaduras y adornos
Nos parece ver girar;
Ya son gigantes monstruosos
Que desaparecen livianos,
Ya ridículos enanos
Que se juntan a danzar.

Ya son pájaros flotantes,
Ya son repugnantes viejas,
Ya son fantasmas distantes,
Negras visiones sin luz;
Ya son vivientes que pasan,
Ya son antorchas que cruzan,
Cuyo fulgor desmenuzan
Líneas hendidas en cruz.

Ya charolado vacío
De estrellas rojas orlado,
u hondo hueco iluminado
Por agonizante hachón;
Ya pardos grupos de sombra,
Ya misteriosos paisajes,
Ya pabellones de encajes
O tapices de crespón.

La llama trémula, en tanto,
De un momento a otro momento
Su resplandor ceniciento
Amaga inquieta matar:
Flota en el aire exhalada
Del pábilo desprendida,
Y torna, al pábilo asida,
Segunda vez a brotar.

O lame blanda los bordes
Del vaso que la contiene,
Y a reconcentrarse viene
En el pábilo otra vez:
Y moribunda vacila,
Como vibra y pestañea
Mal herido en la pupila
Un ojo con rapidez.

Acaso un insecto imbécil,
De nuestro pavor objeto,
Viene a revolar inquieto
De la llama en derredor;
Y en su fantástico vuelo
Cruzando la luz, parece
Que aumenta en formas y crece
Como ensueño aterrador.

Se desvanece un momento,
Luego flotando aparece,
Y con la llama se mece
Cual si la hiciera vivir;
Mil veces la hiende y cruza,
Cual si un espíritu fuera
Que danzara en una hoguera
Donde alguno ha de morir.

Se le ve sobre la llama
Volar errante zumbando,
O bien, las alas plagando,
La opaca lumbre beber;
Se le ve en el vidrio hueco,
Sobre sus pies transparentes,
Sus pasos indiferentes

De uno a otro lado mover.

Y si, del fuego aturdido,

La claridad evitando,

y su vuelo acelerando,

Se le ve cerca pasar,

El rostro se hunde en las ropas;

Y mientras el miedo pasa,

La luz, que ilumina escasa,

Se acaba al fin de apagar.

El silencio y la oscuridad.

II

Cuando tras vela afanosa

Fatigados nos dormimos,

Soñamos con lo que vimos

O lo que creímos ver.

Así en tropel misterioso

Se agitan confusamente

Los delirios que la mente

Despreció velando ayer.

Por huir de ella tan sólo,

En ella se cobijaron,

Y dentro de ella aguardaron

De revelarse ocasión;

Que esos fantásticos sueños
Que turban nuestro reposo,
Del ánimo religioso
Secretos abortos son.

Porque el que cree y el que duda,
Por descuidado que viva,
En algo el creer estriba
Y en algo estriba el dudar;
Y alguna vez engañado
Por las que creyó evidencias,
En sus dadas y creencias
Ha por fin de vacilar.

El ruido y el movimiento,
La voz y la compañía
Que nos da la luz del día,
Impiden pensar tal vez;
Y entonces creencias, dudas,
Dentro del ánimo callan,
Y en él guarecidas hallan
Asilo en su timidez.

Por eso en órgia insensata
El disoluto mancebo
Dice: «En el licor que bebo,
Ahogo cuanto creí.»

Por eso, en placer sumido,
Dice el embriagado amante:
«Yo no creo en este instante,
¡Vida mía!, más que en ti.»

Por eso ante sus monedas
El jugador avariento
Dice con audaz acento:
«Creo en el oro y no más.»
Y por eso el pendenciero
Que el triunfo lidiando alcanza,
Dice osado a su venganza:
«Honra, satisfecha estás.»

Pero si en la noche umbría
Tras sueño inquieto despierta,
Cada sentido una puerta
A sus creencias le da;
Y duda, y tome, y vacila,
Y azorado el hondo pecho,
En derredor de su lecho
Fantasmas fingiendo está.

Su lámpara ya apagada,
Al matar la última lumbre
Dejó sombra en la techumbre,

Dejó sombra en la pared;
Cerrado dentro la alcoba,
El aire falto de ruido,
Escucha en vano el oído
La voz de la lobreguez.

En vano miran los ojos
La sombra descolorida;
Con una ilusión mentida
Vienen a topar al fin;
Doquier que avaros se tornan,
Ven una masa uniforme,
Una sombra espesa, enorme,
Que no se ciñe a confín.

La mente duda medrosa,
Los sentidos se adormecen,
Y embriagados se estremecen
Con cada nueva ilusión:
Todo en la mente se agita,
Todo en la mente se embota,
Todo en torno nuestra flota
En callada confusión.

Y a tanto mirar los ojos,
A tanto oír los oídos,
Fatigados, aturdidos,

Rumor oyen, sombras ven;
El ánimo se amedrenta,
Y brotan los pensamientos
Medrosos y antiguos cuentos
Que la atosigan también.

Entonces es cuando el eco
De un cabello que tropieza
Nos retumba en la cabeza
Con chasquido colosal;
Entonces semeja el roce
De la ropa mal plegada
La voz seca y prolongada
De rápido vendaval.

Entonces es cuando el ruido
De nuestro azorado aliento
Nos parece el sordo acento,
La lejana confusión
De las invisibles alas
De aves mil desconocidas,
Que van cruzando perdidas
Los aires en rebelión.

Y escuchamos a lo lejos
Huellas de pies recelosos

Y vagidos vaporosos
Que se apagan al nacer;
Y crujen en las vidrieras
Confusos sacudimientos,
Y aullidos, gritos y acentos,
De rabia, espanto y placer.

Entonces fingen los ojos
A compás de estos rumores
Mil fantásticos colores,
Sombras y delirios mil;
Bultos que ruedan informes,
Círculos de luces bellas,
Vagas y raudas centellas,
Del miedo aborto febril.

Y fantasmas que en tumulto
Pasan, corren, flotan, vuelan,
Y se apagan y rielan
Sin tener luz ni color;
Y parece que, cruzando
Por las tinieblas oscuras,
Arrastran sus vestiduras
Con repugnante rumor.

Caprichos, menos que nada,
De esencia desconocida,

Delirios sin voz, sin vida;

Nada pueden, nada son:

Mas sin cuerpos ni colores,

Tienen cuerpos y semblantes

Que los ojos delirantes

Les prestan en su ilusión.

Les presta voz el oído,

Y movimientos la mente,

Y vienen confusamente

Mente y oído a acosar;

Y mente, y ojos, y oídos,

Con tan fantástico empeño

Alejan el blando sueño

Y empiezan a delirar.

Llenan entonces el aire

Peregrinas ilusiones

Y frágiles creaciones

De la duda y de la fe,

Donde entre iguales contornos,

Una en otra confundida,

La miseria de la vida

y la religión se ve.

Allí, entre un miedo mundano

Y entre una creencia errada,
Va una idea de la nada
o una olvidada verdad;
Y en tan cumplidas tinieblas,
En silencio tan completo,
Se transparenta un objeto
Inmenso...: la eternidad.

¿Quién no cree y quién no duda
Cuando a solas en su lecho,
En el reloj de su pecho
Sus horas contando está?
¿Quién no cree y no duda entonces
En el silencio y la sombra?
¿Quién pensando no se asombra
o que existe más allá?

Porque esos seres aéreos
Que en redor nuestro sentimos,
El rumor que percibimos
En torno nuestro bullir;
Aquel extraño delirio,
En que creemos dudando
Que hay quien nos está mirando
Sin podérselo impedir;
Ese rumor misterioso

Con-que la sombra murmura,
Esa luz leve, insegura,
Que radia la oscuridad;
Ese temor sin objeto
Que la sombra nos infunde
Y en la mente nos confunde
La mentira y la verdad;

Ese insectillo nocturno
Que nos asalta y aterra,
Que con nosotros se cierra
Importuno a combatir;
Que en monótona algazara,
En ronco y sonoro ruido,
Acosa nuestro descuido
Sin dejar de ir y venir;

Ese insecto, a quien juzgamos
En nuestra aflicción medrosa
Un ser, un soplo, una cosa,
Que nos dice no sé qué,
Un no sé qué misterioso
Que nos traspasa de miedo,
Que de un labio revoltoso
Se derrama y no se ve;

Y aquel afanoso empeño
Con que dormir procuramos,
Y con quien tanto porfiamos,
Que hace inútil nuestro afán,
Son voces de nuestra nada
Que soñando comprendemos,
Y que a gritos -si creemos-
Preguntándonos están.

Por eso, si en órgia inmunda
El disoluto mancebo
Dice: «En el licor que bebo,
Ahogo cuanto creí»;
Por eso, si en sus placeres
Dice el insensato amante:
«Yo no creo en este instante,
¡Vida mía!, más que en ti»;

Por eso, si ante su oro
El jugador avariento
Dice con seguro acento:
«Creo en el oro y no más»;
Por eso, si el pendenciero
Que el triunfo lidiando alcanza
Dice altivo a su venganza:
«Honra, satisfecha estás»,

En la sombra de la noche,
Con su corazón a solas,
Luchan con las turbias olas
De la duda y el temor:
El uno por sus festines,
El otro por su dinero;
Por su honor el pendenciero,
Y el amante por su amor.

Porque ese fugaz murmullo,
Ese crepúsculo vago,
Son el reflejo, el amago
Del final de nuestro ser:
Y dudar en el silencio,
Temer en la sombra oscura,
No es ni dada ni pavura,
Es conocerse y creer.

Que la sombra y el silencio
Reflejan la eternidad
Como la luz de los cielos
Reverbera en un cristal;
Y recordando su polvo
A la flaca humanidad,
Son clamor de nuestra nada
Que diciéndonos está:

«Creed, o velad.»

Que el no atreverse a creer
Es decidirse a dudar,
Y dudar es tener miedo
De creer una verdad;
Dudar es estar en vela,
Creer es tranquilo estar,
Y es fuerza por duda o miedo,
Puesto que tan juntos van,
Creer o velar.

Pues no es más el corazón
Que un indestructible altar
De donde nuestras creencias
No se separan jamás;
Y el jugador y el valiente,
Y el disoluto galán,
Tienen allá en la alta noche
Un momento sin solaz
En que sus vagos temores
Y su inquietud y su afán
Les están diciendo a voces
En la muda oscuridad:
«Creed, o velad.»

Que ese rumor del silencio,
Y esa ráfaga fugaz
Que deliramos que alumbra
La callada oscuridad,
Y ese temor sin objeto,
Y ese insecto pertinaz
Que zumba, y silba, y se agita,
Sube y baja, y viene y va,
y ese empeño, esa porfía
Con que en nuestro torpe afán
Procuramos el descanso,
¡Vive Dios! que no son más
Que el miedo a nosotros mismos,
Que nos impone tenaz
Creer o velar.

Es la sombra incomprensible
De ese oculto más allá
Tras de cuyo pensamiento
No alcanzamos a ver más
Que lo que envuelve la noche:
Silencio y oscuridad.
El amanecer.

III

Y al fin de tanto temer,
Tanto soñar sin dormir,

Y tanto afán,
El alba esperando ver,
Cerrándose ¡sin sentir
Los ojos van.

Al menor ruido que oímos,
Vuelven a abrirse otra vez
Lentamente,
Mas apenas los abrimos,
Tornan a su lobreguez
Muellemente.

Y todavía creemos
Que sentimos y miramos
Desvelados,
Y lo que oímos y vemos
Es sólo lo que soñamos
Fatigados.

Todavía en la cabeza
Se agitan los pensamientos
Confundidos,
Y con lánguida pereza
Dejamos sus movimientos
Vagar perdidos.

Y las nocturnas visiones

Quo nuestro capricho loco

Nos fingía,

Sus medrosas ilusiones

Desvanecen poco a poco

Con el día.

Una luz tibia, insegura,

EL quicio de alguna reja

Iluminando,

Sobre la pared oscura

La luz que fuera refleja

Va pintando.

Y en el rayo fugitivo

Que se pierde en el flotante

Polvo leve,

Aquel insectillo esquivo,

Cruzando a su torno errante,

La luz le bebe.

Y pasa, y se mece, y gira,

Sube y baja, y huye, y viene

Sin recelo,

Y se pierde y se retira,

Y sobre la luz se tiene

En ronco vuelo.

De alguna torre cercana
El esquilón nos despierta
Un momento,
Y en una ilusión liviana
Concibe la luz incierta
El pensamiento.

Y el rayo del sol naciente
Y el insecto pertinaz
Que bulle en torno,
Pasan un punto en la mente
Como una sombra fugaz
Sin contorno.

Y en la duda vacilando
Si velamos o dormimos,
Nos parece
Que el sueño a que nos rendimos
Nos va la luz apagando
Que amanece.

Y pasando del dudar
Al descanso del dormir,
Olvidamos
Lo que nos vino a turbar
Y lo que pudo existir

O soñamos.

Y al despertar otro día

Ya no guardamos memoria

Ni recelo

De la inquietud y agonía,

De la fantástica historia

De aquel desvelo.

Porque así pasan sombrías

Las horas de nuestros días

Revoltosos,

Las noches de dudas llenas,

Los días llenos de penas

Y azarosos.

Las noches creyendo ver

Lo que habemos de creer

Y dudamos,

Y los días sin pensar

En lo que hemos de soñar

Cuando durmamos.

¡Oh! Verted blando beleño,

Tardas noches, en mi sueño

Al resbalar,

Y tras sueño inquieto y largo

No tenga un recuerdo amargo

Al despertar.

Soledad del campo

¡Salve, fértil campiña y prado ameno,

Crespo collado, y valle, y soto umbrío,

Donde de cuitas e inquietud ajeno,

Libre vagaba el pensamiento mío!

¡Salve, y las leves auras te murmuren,

Y el sol te dé riquísimos colores,

Y abundosas las lluvias, te aseguren

Tu cosecha de espigas y de flores!

¿Quién me diera ¡ay de mí! tu sombra oscura,

Donde tornara al que perdí reposo?

¿Quién me tornara ¡oh soto! a la frescura

De tu arbolado suelo tan frondoso?

¿Quién me diera el pacífico murmullo

De tus olmos mecidos mansamente,

De tus palomas el sentido arrullo,

Y el grato son de tu escondida fuente?

Cuando en tu blanda hierba recostado,

Lejos de los impúdicos festines,

En apacible trino regalado

Me adormían los sueltos colorines.

Y yo les vía en las latientes plumas

Sostenerse, y picar la espesa grama,
Y turbar del remanso las espumas,
Y en el árbol saltar de rama en rama.
¡Ay, cuánto habrán los afanosos días
Hollado tanta gala y donosura!
¡Cuántas tormentas, al pasar bravías,
Habrán roto tan frágil hermosura!
¡Cuán mal sonara ya mi voz mundana
Bajo ese techo de hojas campesino,
Sobre esa alfombra espléndida y liviana
Que reverdece arroyo cristalino!
¡Ah! ¡Lejos ya de mí tan torpe empeño!
Apagaré el compás del arpa loca,
Y de tus aves el sabroso sueño
No turbarán los himnos de mi boca.
¡Contento quedaré con saludarte,
Con ver de lejos tu silvestre pompa!.....
Tal vez ¡oh fresco soto! al contemplarte,
En lágrimas de amor cansado rompa.
¡Que nada son los fáciles laureles
Con que el mundo nos brinda lisonjero,
Si al prestarnos su manto de oropeles
Rasga y desnuda el corazón primero!
Cuando seguí, desatentado y loco,
Del mundano placer las torpes huellas,

Aprendí que el placer vale bien poco.....
Siempre al pisarlas resbalaba en ellas.
Y siempre, cuando en órgia estrepitosa
La perfumada copa levantaba,
Al apartarla de la faz jugosa,
En el vaso tina lágrima encontraba.
Y siempre el son de la caliente fiesta,
Las canciones, la báquica armonía,
Me hacía apetecer la blanda siesta
Y el rumor de los olmos me traía.
Y siempre en su cantar la cortesana,
Y siempre en su tañer la danza impura,
Me acordaba la música villana
Con que la amena soledad murmura.
Que allí la hermosa con mentidas flores
La sien tocaba y el desnudo cuello,
Sin pedir a sus cálices olores
Con que aromar las hebras del caballo.
Que allí los ruiseñores, suspendidos
Entre grillos y cárceles de oro,
Con el ronco tumulto ensordecidos
No soltaban el cántico sonoro.
Y el aire que aspirábamos pesado,
Nos abrasaba al aspirarle el pecho,
Y el inmenso salón entapizado

Érale al corazón pobre y estrecho.
Y allí también cansado, suspiraba
¡Oh deleitable soledad campestre!
Por el sosiego y paz que en ti gozaba
Bajo tu tosco pabellón silvestre.
¡Oh, que me place, soledad sabrosa,
Del fresco soto y del sombrío ameno,
La tibia luz y el aura bulliciosa
Que alumbra y riza tu enramado seno!
Allí miraba mi infantil pupila
En el fondo de lóbrega laguna,
Cuál resbalaba en ilusión tranquila,
La turbia imagen de la blanca luna.
Allí crecían las sonantes cañas,
La verde juncia y la amistosa hiedra,
Do tejen campesinas las arañas
Su estrecha red entre horadada piedra.
Allí venía el silbador mosquito,
Y en tanto que en los hilos se enredaba
Acechábale oculta, de hito en hito,
La cazadora ruin que lo esperaba.
Allí vía, constante en su fatiga,
Ir y venir por la vereda usada
A lentos pasos la afanosa hormiga
Con la futura provisión cargada.

Y allí en la rama que la noche fría
Con niebla moja y con el aura enjuga,
Yo al sol del alba columpiarse vía
En baba frágil la vellosa oruga.
Y allí también, sin fueros de jardines,
Vía huertos con parras entoldados,
Do había pabellones de jazmines
De las paredes ásperas colgados.
Y allí brotaban escondidas violas,
Lirios azules, rosas purpurinas,
Jacintos y sangrientas amapolas,
Madreselva y fragantes clavellinas.
Y sus líquidas trenzas derramando,
Cruzábale un arroyo, y amarillas,
El césped de la margen salpicando,
Mil vistosas le orlaban florecillas.
Y allí andaba la suelta mariposa,
Libre de flor en flor volando ufana,
Su librea ostentando revoltosa,
De oro y de azul, de púrpura y de grana,
Ya posaba en los altos mirabeles,
Ya esquivaba al pasar las otras flores,
Avergonzando lirios y claveles
Sus puros y magníficos colores.
Y arrastrando su alcázar en la espalda,

El perezoso caracol salía
Del fresco surco a la pintada falda
A bañarse en el sol de mediodía.
Y sobre alguna fácil eminencia
Extendiendo su cuerpo transparente,
Tornaba a bendecir la omnipotencia,
Los elásticos ojos al Oriente.
Y allí zumbando la oficiosa abeja
Entre los frutos del jardín opimos,
La blanca miel que en sus panales deja
Chupaba en los espléndidos racimos.
¡Oh silencio! ¡Oh pacífica ventura!
¡Oh soledad del campo deleitosa!
En ti, de la inquietud de su locura,
El fatigado corazón reposa.
¿Quién me tornará a la enramada umbría
Donde ecos tuvo mi cantar primero?
¡Acaso alegre el arpa sonaría
Al blando son del céfiro ligero!
Mas ¡ay! que acaso en apartados climas,
Por la importuna suerte arrebatado,
He de cantar en lamentosas rimas
La patria soledad que habré dejado.
¡Adiós, entonces, venturoso suelo
Donde libre nací, pero desnudo;

Cúbrate en paz el compasivo cielo,
En tanto que de lejos te saludo!
¡Salve, fértil colina y prado ameno,
Crespo collado, y valle, y soto umbrío,
Donde de cuitas e inquietud ajeno,
Libre vagaba el pensamiento mío!
¡Salve, y las leves auras te murmuren,
Y el sol te dé riquísimos colores,
Y abundosas las lluvias, te aseguren
Tu cosecha de espigas y de flores!

Soneto

Con el hirviente resoplido moja
El ronco toro la tostada arena,
La vista en el jinete alta y serena,
Ancho espacio buscando, al asta roja.

Su arranque audaz a recibir se arroja,
Pálida de valor la faz morena,
E hincha en la frente la robusta vena,
El picador, a quien el tiempo enoja.

Dada la fiera, el español la llama,
Sacude el toro la enastada frente,
La tierra escarba, sopla y desparrama;

Lo obliga el hombre, parte de repente,

Y herido en la cerviz, húyete y brama,

Y en grito universal rompe la gente.

A Blanca

¡Oh! Que me place, Blanca,

Cerca de mí tenerte,

Cuando la noche turban

Nuestros brindis alegres.

Cuando la luz se quiebra

Trémula y transparente,

De las colmadas copas

En los cristales tenues.

Cuando los ojos húmedos,

De luz avaros hierven,

Y en cada luz, sin tino,

Vacilan y se hieren.

¡Si vieras cómo brillan

Debajo de tu frente

Tus ojos de azabache,

Y hogueras me parecen!

¡Oh! Que me place, Blanca:

Bebe, alma mía, bebe,

Y el mundo que murmure,

Que el mundo es un imbécil.

Caiga el cabello en rizos
Por los hombros de nieve,
Cual pabellón que guarda
Del rocío las sienas.

El cuello sin cendales
El aura mansa oree,
Y el calor de tu seno
Vagando en torno temple.

Y los torneados dedos
Entre las copas jueguen,
como niños sin juicio,
Ni dueña que les vele.

Los entreabiertos labios
La roja lengua muestren,
Formando las palabras
Con el vino a traspieses.

Y la impetuosa risa,
Brotando de repente,
La blanca dentadura
Y la honda voz enseñe.

Y en desigual latido,

Veré cómo, turgente,
El agitado pecho
Convulso se estremece.

¡Qué hermosa estás, mi Blanca!

Bebe, alma mía, bebe,
Y el mundo que murmure,
Que el mundo es un imbécil.

Dicen que hay una tierra
Do habitan unas gentes
Con lanzas en las manos
Y cascos en la frente.

Que sin solaz ni tregua
Se acechan y acometen,
Volando atentos unos
Mientras los otros duermen.

Que guardan las ciudades
Con torres y con puentes,
Y que cuando unos mandan
Los otros obedecen.

¡Locuras, Blanca mía,
Estar lidiando siempre
Porque los unos salgan
O que los otros entren!

Sin duda que han perdido
Su vino y sus mujeres,
Cuando en tales manías
Han dado aquellas gentes.

Bebamos, Blanca hermosa,
Brindemos... Mas ¿qué tienes?
¿Por qué el cendal descienes
De la cintura leve?

¿Por qué sobre la mano
Doblas así la frente?
Acaso los licores.....
¡Ay, Blanca, tú te duermes.!

Besaréla en los labios;
Tal vez cuando despierte,
Mi blando beso en ellos
Acaricie y estreche.,

Adiós, hermosa Blanca,
Tranquila y quieta duerme,
Y si despiertas pronto,
A los licores vuelve.

Así se goza, Blanca:
Bebe, alma mía, bebe,

Y el mundo que murmure,
Que el mundo es un imbécil.

Oda

Prestadme el dulce canto,
Aves del valle y de la selva umbría,
Y levantad en tanto,
Para arrullar mi llanto,
Frescas hojas, monótona armonía.

Y tú, sonoro viento,
Tas alas de vapor lánguido mece,
Y en blando movimiento,
Con perfumado aliento
Las hojas y las aguas estremece.

Porque estos mis cantares
De vosotros no más serán oídos,
Que el duelo y los pesares
Sólo en nuestros hogares
Ser deben, o en los bosques, repetidos.

Que el mundo maldiciente
Murmura del que llora y del que pena,
Del que placer no siente;
Y el triste eternamente

Ha de arrastrar cantando su cadena.

Que es el mundo un tirano

Que sólo da suplicios y agonías,

Y exige soberano

Que llame el triste humano

Imperio paternal su tiranía.

Mas ¿qué vale que errante

Y sólo de los ecos atendido

Mis amarguras cante,

Y el aire se levante

Devorando mi cántico perdido?

Aquí en la selva umbrosa,

¿No cantan a la par los ruiseñores?

¿No susurra armoniosa

El agua bulliciosa,

Y les escuchan las atentas flores?

Y el céfiro ligero,

Cuando el rocío de su bosque orea,

¿No suena lisonjero,

Y en murmullo hechicero

Las hierbas y los árboles menean?

¡Maldita mi locura!

¿No valdrá más cantar cual ellos cantan,

Que acrecer mi amargura
Mientras en la espesura
Tan alegres rumores se levantan?

¡Oh! Ven, arpa sonora,
Y rompe loca en himnos bulliciosos,
Cantando seductora
Al son que bulle ahora
De arroyos y de vientos sonoros.

Pues que es breve la vida
Y es el mando no más pompa liviana,
Y al fin la tierra hendida
Su farsa concluida,
Sepulcro universal será mañana;

Cantará descuidado
Lo inútil de esta mísera existencia,
Ya el cielo esté nublado,
Ya en calma y sosegado,
Ya el huracán reviente con violencia.

Porque, en verdad, ¿qué importa
El mundanal orgullo y la ventura
De esta vida tan corta,
Si en igual fin aborta,
Tocando en fin igual nuestra locura?

¿De qué sirvió al valiente
Alejandro ser rey en Macedonia,
Y avasallar la gente,
Y pretender demente
Ser adorado un dios en Babilonia,

Si por extraño modo,
Sin poder apurar el hondo vaso,
Dio el aliento beodo,
Y dio por fin de todo
Desde su fiesta a su sepulcro un paso?

¿De qué sirvió la gloria
Cantar de Grecia al inmortal Homero,
Y a su nombre en la historia
Dejar alta memoria,
Si Grecia ingrata le olvidó primero?

¿De qué sirvió a Rodrigo
La hermosa Cava, el cetro de los godos,
Si huyendo al enemigo
Dichas y amor consigo
Perdió el monarca y se perdieron todos?

¿De qué sirve a Cervantes
Que esas estatuas hoy le levantemos,

De los años triunfantes,
Si sus libros gigantes
sola su miseria le debemos?

¿Qué sirven esos mudos
Bustos dorados de los muertos reyes,
Sus palacios y escudos,
Si sus pueblos desnudos
Ignoran por inútiles sus leyes?

¿Qué sirve a las naciones
Que sus pueblos se inmolen y combatan
Al pie de sus pendones,
Si sus nobles legiones
Han de morir al fin si no se matan?

¿Qué salvó la altanera,
La grande Roma, de su pompa y brío
Y su beldad primera.....
Esa vieja ramera
Cuyo esqueleto duerme sobre un río?

Y ¿qué han salvado apenas
De tal desorden y tamaño estrago
Las de riqueza llenas
Tiro, Palmira, Atenas,
Tebas, Corinto, Menfis y Cartago?

¡Escombros y memorias!.....

Humo de aromas, tumba de tiranos

Que manchan las historias,

Dando en cifras mortuorias

Polvo a la tierra y casa a los gusanos.

Y si esto sólo resta,

Y esto por fin de nuestro afán nos toca,

Tonos, arpa, me apresta,

Que quiero en muelle siesta

Reír cantando vanidad tan loca.

Aquí a mis pies resbala

Claro, inquieto y sonoro un arroyuelo

Que la arenilla cala,

Y su margen iguala

Entre las flores con que borda el suelo.

Los sauces de su orilla

Le dan manso murmullo y grata sombra,

Y la caña amarilla

La alta cerviz le humilla,

Dándole al paso pabellón y alfombra.

Y le saltan trinando

Pardos mirlos y rojos colorines,

Y en su césped posando,

Las palomas pasando

Le beben, y le pican los jazmines.

Junto al agua sonora

De ese arroyuelo que en mis versos pinto,

Cantar me place ahora,

Y quédense en buen hora

Con sus historias Menfis y Corinto.

¿Qué importa que mi nombre

Legue a mi gente con baldón o fama

En la mansión del hombre,

Y al universo asombre,

Si a mí la muerte a concluir me llama?

Cantar tranquilo quiero

Mi voluptuosa y lánguida pereza,

Pues ni pierdo, ni espero;

Y otro cante altanero

La gloria de su patria y su grandeza.

Que asimismo cantaron

Tasso, Homero y Cervantes, y murieron

Y sus pueblos amaron,

Y los pueblos que honraron,

Conocerlos en vida no quisieron.

Que es la vida un camino
Sin medida ni fin, coto ni valla,
Do desnudo y sin tino,
Si encuentra el peregrino
Sombra alguna o placer, eso se halla.

No estatuas algún día
Cual dan a Homero y a Cervantes, quiero,
Si hoy en la patria mía
Fortuna tan impía
Como Cervantes lloraré y Homero.

Y si el plazo cumplido
En que esta vida y tierra se abandona,
Libre acaso de olvido,
Mi sepulcro escondido
Me conserva tal vez una corona,

Eso hallará mi gente
En mi sepulcro al encontrar mi nombre,
Mas no dirá insolente
Que me pesó en la frente
Ese lauro quimérico del hombre.

Cantar tranquilo quiero
Mi voluptuosa y lánguida pereza,
Pues ni pierdo, ni espero;

Y otro cante altanero

Las glorias de su patria y su grandeza.

Junto al agua sonora

De ese arroyuelo que en mis versos pinto,

Cantar me place ahora,

Y quédense en buen hora

Con sus historias Menfis y Corinto.

La margen del arroyo

¡Qué dulce es ver muellemente,

De un olmo a la fresca sombra

Descansando,

Un arroyo transparente

Que va por la verde alfombra

Murmurando!

Ver cómo la hierba blanda

En la margen se le inclina,

Y cómo crece

De violas morada banda

Que la linfa cristalina

Salpica y mece.

Los juncos de las riberas

En haz espeso apiñados

Se le encorvan,

Y las raíces someras
Evita por ambos lados
Si le estorban.

Insectos de mil colores
Con mil susurros campestres
Le dan ruido,
Y en vez de cuidadas flores
Rueda entre lirios silvestres
Escondido.

Y no han de envidiar sus olas
De cortesanos jardines
La hermosura,
Porque a cientos amapolas,
Jacintos brota y jazmines
Su frescura.

Ni han de envidiar a los ríos
Los alcázares y puentes
Que sustentan,
Porque esos monstruos sombríos,
Más que coronar sus frentes
Las afrentan.

Ni a las fuentes y cascadas
Sus tazas de jaspe y oro,

Ni sus rocas,
Aunque se vierten hinchadas
En estrépito sonoro
Por cien bocas.

Que ambas la cercan orillas,
Entre agudas espadañas
Cortadoras,
Esponjadas y amarillas,
Altas y sonantes cañas
Cimbradoras.

Ni ha de envidiar a los mares
De buques la excelsa pompa
Y gritería,
Ni sus altos alminares,
Ni de su bélica trompa
La voz impía.

Porque tiene en su remanso
Sauces y olmos corpulentos
Encopados,
Que le hacen murmullo manso
Al suspirar de los vientos
Perfumados.

Y en vez de roncós clarines

Columpia trinando amores

La ancha copa,

De mirlos y colorines

Y vistosos ruiseñores

Pintada tropa.

¡Oh, dulce es ver muellemente,

De un olmo a la fresca sombra

Descansando,

Un arroyo transparente

Que va por la verde alfombra

Murmurando!

¡Oh, que es dulce contemplar

El agua los pies venir

A lamer,

Y susurrando pasar,

Y al intentarla seguir,

La perder!

Y aquel bullir sin sosiego,

Y aquel seguir siempre igual

Su camino,

Y aquel transparente juego

Que hace el voluble cristal

Tan contino.

Y aquellas mil piedrezuelas
Que se arrastran y se empujan,
Y se acosan,
Y aquellas redes y telas
Que en las arenas dibujan
Do se posan.

Y aquellas cintas de plata
Que en el perfil de las ondas
Finge el sol,
Donde entro gotas redondas
Duplica, aviva y retrata
Su tornasol.

Y aquella colgada oruga
Que en hilos imperceptibles
Baja a vellas,
Y al tocarlas las arruga,
Y al sentirlas tan movibles
Huye de ellas.

Y aquel insecto que nada,
Medio mosca y medio pez,
Sobre alguna,
Siempre en la misma jornada,
Y el paso más cada vez

Se importuna.

Siempre en el mismo lugar,
En su afán sin, concluir,
Noche y día,
La oruga siempre en hilar,
Siempre el insecto en seguir
Su porfía.

Y aquel entorpecimiento,
En que gozan los sentidos
Viendo tal,
Que duda el entendimiento
Si duermen al son mecidos
Del cristal.

¡Oh, dulce es ver muellemente,
De un olmo a la fresca sombra
Descansando,
Un arrollo transparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!

¡Arroyo, es muy triste
Pensar junto a ti
Que así van las vidas
Rodando a su fin!

Hoy tiende en tu margen
Sus flores Abril,
Tus ondas perfuman
El lirio y jazmín,
Su sombra te prestan
Tus árboles mil,
Te canta armonioso
Su amor desde allí,
Bebiendo tus aguas,
Libre el colorín,
Te arrulla sonora
La caña gentil,
Tu orilla es un fresco
Y ameno jardín
Que el sol tornasola
Del alto cenit...
Pero ¡ay, que es muy triste
Pensar junto a ti
Que así van las vidas
Rodando a su fin!
¡Arroyo, así viven
Los que han de morir,
Gozando embriagados
El tiempo feliz!
Vendrá Julio ardiente

Tu pompa a extinguir,
Y a impulso de oculto
Veneno sutil
Secarán tus lirios
Su tallo y raíz,
Perderá tu hierba
Su verde turquí,
Las rojas violetas
Su aroma y matiz;
Iráse estrechando
Tu manso perfil;
Tus cañas y juncos
Vendrán a rendir
Encima tas aguas
La seca cerviz,
Y al fin tu corriente,
En hilo sutil,
Su curso en la arena
Vendrá a concluir.....
¡Ve, arroyo, que es triste
Pensar junto a ti
Que así van las vidas
Rodando a su fin!

Arroyo, sigue corriendo
Por esa silvestre calle

De verdura,
Que abajo te están abriendo
Los cenagales del valle
Sepultura.

Arroyo, sigue bañando
Mientras te preste sus flores
Primavera,
Que al valle irá resbalando
Con sus galas y primores
La primera.

Ella nunca será más
Que un mensaje del verano
Fugitivo;
Pero tú, arroyo en el llano,
Lago en el valle serás
Siempre vivo.

Allí no tendrás jazmines,
Ni juncos, ni esbeltas cañas,
Ni amapolas,
Ni vendrán los colorines
A tus márgenes extrañas,
Siempre solas;

Mas yendo y viniendo días,

Tú a merced de una fortuna

Siempre igual,

Tendrás suelo y ondas frías,

Bien sea arroyo o laguna

Tu cristal.

Pues agua siempre has de ser,

Sigue por la verde alfombra

Murmurando,

Que es dulce verla correr

De un olmo a la fresca sombra

Descansando.

Al último rey moro de Granada, Boadil el Chico

I

Una ciudad riquísima, opulenta,

El orgullo y la prez del Mediodía,

Con regia pompa y majestad se asienta

En medio la feraz Andalucía.

Y allí vierte su lumbre el sol de España

En hebras de purísimos colores,

Y brotan al calor con que la baña,

En vasta profusión frutos y flores.

Allí el aura sutil espira aromas,

Y la estremecen sobre cien jardines

Bandadas de dulcísimas palomas
Y pintado tropel de colorines.

El Darro y el Genil, con turbias olas,
En su verde llanura se derraman,
Y a su confín, en playas españolas,
Del revoltoso mar las ondas braman.

Mofa son sus alcázares del viento,
Fatiga de los fastos sus memorias,
Su grandeza y tesoros son sin cuento
Y no se encuentra fin a sus historias.

Allí es el cielo azul y transparente,
Fresca la brisa, amiga la fortuna,
Fértil la tierra, y brilla eternamente
Serenos el rojo sol, blanca la luna.

Y afrenta de las tierras más remotas,
Vense allí, como en otro Paraíso,
Los pomposos laureles del Eurotas
Y los húmedos tilos del Pamiso.

Crecen allí las palmas del desierto,
De Cartago los frescos arrayanes,
Las cañas del Jordán, en son incierto,
Arrullan de Stambul los tulipanes.

Y entre pajizas y preñadas mieses
Las vides de Falerno allí se olean,
Y los de Jericó mustios cipreses,
Con los cedros del Líbano cimbrean.

Y hay allí robustísimos nogales,
Lúgubres sauces, altos mirabeles,
Y olivos, y granados, y morales,
Ceñidos de jacintos y claves.

El zumo de sus vides deliciosas
Tal vez la alegre Italia envidiaría;
Y por sus anchas y fragantes rosas,
Sus rosas las trocara Alejandría.

El jaspe, el oro, el mármol, los cristales,
Se ostentan en su espléndido recinto,
Y ansiaran sus recuerdos orientales
Los escombros de Atenas y Corinto.

Y no la iguala en lujo y en riqueza
La voluptuosa pompa del Oriente,
Que entre flores y lánguida pereza
Vive tranquila su atezada gente.

Unos hombres de Oriente la robaron
Para asentar en ella su morada;

Los hombres a quien de ella despojaron,
Lloraron siete siglos su Granada.

Y era un tiempo de guerras y de amores,
En que el compás de berberisca zambra
Y el son de los clarines y atambores,
Estremecían a la par la Alhambra.

Y era un rey exquisito en sus placeres,
Y un pueblo en su molicie adormecido,
Que gozaba en su paz nuestras mujeres,
Esclavizando al padre y al marido.

Y era también el término llegado
Del brío y del poder de aquella gente,
Y al postrimero Rey había tocado
El sitio de las razas del Oriente.

La hora fatal a la morisca luna
Los sabios en su horóscopo leyeron,
Y tal vez mereció mejor fortuna
De la que sus horóscopos le dieron.

¡Ay, Boabdil! Levántate y despierta,
Apresta tu bridón y tu cuchilla,
Porque mañana llamará a tu puerta
Con la voz de un ejército, Castilla.

Mañana, de su mengua avergonzados,
Te cercarán los tigres españoles,
Y echarán sobre ti, desesperados,
De siete siglos los sangrientos soles.

II

«¿Qué quieren esos cristianos

A las puertas de la villa?

¿Qué buscan esos villanos,

Que traen a su Rey ufanos

Tras el pendón de Castilla?

»¿No son reyes en su tierra?

¿Por qué pasan esa sierra

Talando el solar ajeno?

¿No les basta su terreno

Para sus fiestas de guerra?

»¿Por qué en confusión extraña

Levantán en esos cerros

Tantas tiendas de campaña?

¿Por qué ladran esos perros

A los pies de esa montaña?

»Si sus padres espiraron,

Y a su muerte les dejaron

En desastres tan prolijos,

¿Por qué no se contentaron,

Como los padres, los hijos?

»Frente a sus tiendas Reales,

Que brillen altas y ufanas,

En las torres principales,

Las enseñas orientales

Y las lunas otomanas.

»¡Al arma! ¡Al campo! A cambiar

Las marlotas y alquiceles

Por arneses de lidiar;

Los jinetes a aprestar

Los caballos y broqueles.

»La sed de sangre me irrita;

Que, doblen los atambores,

Que cierren en la mezquita

Esa multitud que grita

En rejas y miradores,

»Los fuegos pronto estén,

Las calles libres también;

Los hombres, a la muralla;

Las mujeres, al harén.....

¡Paso y silencio, canalla!»

Tal Muza prorrumpe airado

Ante la puerta de Elvira,
Entre el tumulto apiñado
Del pueblo, que, consternado,
Al campo cristiano mira.

¡Ay! Él es solo el valiente
Con corazón en Granada;
El solo lleva, insolente,
A la recia lid su gente,
Que se torna destrozada.

Solo la esperanza alienta
De su humillada nación;
Solo lidia y se ensangrienta,
Abriéndose sin afrenta
Una tumba de varón.

Mas, con ojos avarientos,
En redor de su caballo,
Sus soldados macilentos
Le están demandando, hambrientos,
Hasta el pan de su serrallo.

Y con el llanto a los ojos,
En desmayado tropel,
Su pueblo, puesto de hinojos,
Llora los yertos despojos

De los que lidian por él.

Guerrero, ¡ay de los valientes!

¿Qué vale que en tu despecho

A tus soldados alientes

Y quieras dar a tus gentes

Todo el valor de tu pecho,

Si en tanto, a pasos gigantes

Van arrastrando a su fin

Sus muy poderosos antes

Alcázares elegantes,

La Alhambra y el Albaicín?

¿Si allí está el triste Boabdil,

Sin amparo que le acorra,

Llorando sobre el Genil,

Como una cobarde zorra

Entrampada en un redil?

¿Si allá en la empinada sierra,

Amancillando tu gloria,

Cantan en compás de guerra

Los castellanos victoria,

Ensordecido la tierra?

¡Ah! ¡Su corona usurpada

Tener en la sien no supo!...

Mal hiciste tu jornada,
¡Pobre Rey! y hora menguada
En tu horóscopo te cupo.

Los cristianos te ayudaron
Para vencerte mejor;
Y los tuyos que quedaron,
Al hundirse te llamaron
Hasta apóstata y traidor.

Las mujeres que te dieron
Sus hijos y sus preseas,
Al saber que se perdieron,
Expirando te dijeron:
-¡Cobarde, maldito seas!

Y de tu reino señores,
Los cristianos vencedores
Te pagaron tus ofrendas
Con agrio pan de dolores
Que amasaron en sus tiendas.

Porque al fin, ¿qué ha de esperar
Del vencedor el vencido,
Sino vergüenza y pesar?
¿Qué, sino burla, ha de dar
El que subió al que ha caído?

¡Oh! Esas torres orientales,
Que levantando insolentes
Sus agujas desiguales,
Mecen las auras corrientes
En trémulas espirales;

Y esas cifras misteriosas
Que, cual labor sin objeto
De esas cuadras ostentosas,
De crónicas amorosas
Guardan el dulce secreto;

Y esos anchos sicomoros,
Y esos arroyos sonoros
Que tienen marcas y nombres
Que no entendemos los hombres
Y que comprendéis los moros;

Las tortuosas galerías,
Que se derraman sombrías
Por ese fresco recinto,
En faz de intrincadas vías
De confuso laberinto;

Y esos mágicos retretes,
Y esos hondos gabinetes

Donde el ánima adormida

Pasó gozando la vida

Al vapor de los pebetes;

Con ojos desvanecidos

Los cristianos gozarán,

En conjeturas perdidos,

Sin pensar en los vencidos,

Que lo que ignoran sabrán.

Y los secretos de amor

De esos alcázares bellos,

No tendrán ¡ay! más valor

Ni más nombre para ellos,

Que el botín del vencedor.

Llora, Rey, llora sin duelo;

Desespérate, Boabdil,

Y ven, en tu desconsuelo,

A expirar bajo este cielo

Que flota sobre el Genil.

Que a elegir entre acabar

Y sufrir la ajena ley,

¡Vive Dios, que era acertar,

Como hombre a la lid bajar,

Para morir como Rey!

III

Así estaba escrito,

Monarca infeliz,

Que fuese tu raza

Contigo a su fin.

Así estaba escrito,

Que libre el Genil,

Corriera entre flores

Muy lejos de ti.

Por eso fue un día

Forzoso salir,

En lúgubre pompa

Y en gesto servil,

Tu cetro y tu fama

Vencido a rendir.

Y allá se quedaron

Para otro adalid,

Tu espléndido alcázar,

Tu fresco jardín.

Y allá se quedaron

¡Ay triste Boabdil!

Tu muerto por siempre

Falaz porvenir,

De blanca esperanza

Tu sueño febril,

Que fue, como el humo,

Al viento a morir.

Y allá se quedaron

Tu Alhambra gentil,

Tus altas techumbres

De azul y turquí,

Tus ricas alfombras

De gualda y carmín,

Tus pájaros presos

En jaula sutil,

Tus fuentes sonoras,

Que en fresco bullir,

Con música blanda

Murmuran allí.

Y allá se quedaron,

Cual juego infantil,

Cual copas rompidas

Después del festín,

Tus lechos clavados

De cedro y marfil,

Tus baños que exhalan

Clavel y alelí,

Rosa y azucena,

Y azahar y jazmín.

Y allá se quedaron

¡Ay triste de ti!

Las cifras y motes

Que en tiempo feliz

Mandaste en los muros

Con oro escribir,

Pensando que el tiempo,

Que corre sin fin,

Querría en tu Alhambra

Dejarte vivir.

Y allá se quedaron,

Sin fruto ni fin;

Que rotas y mudas,

Son hoy sólo allí,

Cual fleco postizo

Que afea un tapiz,

Y nada nos pueden

Valer ni decir.

¡Oh! Si un solo instante

Volvieras tú aquí,

Si un punto tornaras,

Vencido Boabdil.....

¡Tú sí que leyeras

Con ansia, tú sí!

¡Tú sí que gozaras

Con calma pueril,

Aunque todo un pueblo

Volviera tras ti!

¡Mas ya sólo resta

Llorarlo y sufrir,

Que así estaba escrito,

Y cúmplase así!

Mas ya que nos tornas

La espalda, señor,

Camina despacio

Mientras dura el sol.

Recoge las riendas

Al suelto bridón;

Tras de esa colina

No hay luz ni color,

No hay cielo ni vida

Tras ese peñón.

¡Camina despacio,

Despacio, por Dios!

A verse aun alcanza

Granada, señor,

Tras esa colina,

Más lejos ¡Ya no!

¡Al fin la abandonas

A fuerza mayor!

¡Al fin te la arrancan

Con mengua y baldón

Tu perla más rica,

Tu joya mejor!

¡Oh! Vuelve por ella,

Que aun tarde no es hoy:

Azuza tu ardiente

Caballo veloz,

Fulmina el alfanje,

Apresta el lanzón,

Acosa a tu gente

Con brazo y con voz:

¡Ah! ¡Y muera tu escaso

Postrer escuadrón

Con rabia a lo menos,

Si no con valor!

¡Oh! Vuelve a Granada,

Tu cara mansión,

No llores huyendo

Cobarde o traidor.

Y si al fin no quieres

Lavar tu baldón,

¡Camina despacio,

Despacio, por Dios!

Que si aun la contemplas,

Más lejos... ¡ya no!

Granada se pierde,

Y al caer ese sol,

La vez postrimera

Verásla, señor.

¡Camina despacio,

Despacio, por Dios!

IV

Espera, señor, espera

Sólo un momento a llorarla,

Sólo un instante a mirarla

Desde el cerro del Padul.....

¡Oh, cuán hermosa se ostenta

A los últimos reflejos

Del sol que brilla a lo lejos

Entre la atmósfera azul!

Espera, señor, espera,

Y ante ella puestos de hinojos,

Volvamos los turbios ojos

Para decirla un ¡adiós!

Contempla que es nuestra patria,

Nuestro dulce paraíso.....

Aunque el Profeta no quiso

Conservárnosla con vos.

Allí está ¡Patria querida!

¡Cuán dolientes te dejamos!

Y antes, patria, que volvamos,

¡Cuántos años pasarán!

¡A ti, en la opuesta ribera

De ese mar que nos divida,

Al dejar la amarga vida

Los ojos se tornarán!

Cuando errantes y perdidos

Por el desierto vaguemos,

Nuestro afán adormiremos
Hablando, patria, de ti;
Y los hijos que nos nazcan
Guardarán en su memoria
La infausta y sangrienta historia
De los que fuimos aquí.

-Hijos míos, -les diremos,-
Allá, lejos de nosotros,
¡Harto lejos!, viven otros
En Granada, en un Edén.
¡Y allí tuvimos un tiempo
Reyes, pueblos y vasallos,
Arcabuces y caballos,
Mezquitas, cañas y harén!

Allí el placer es la vida,
Siempre luce en calma el cielo,
Siempre hay flores en el suelo
Y en el ambiente azahar.
¡Ah! Si por dicha algún día
Tenéis lanzas y corceles,
Aprestad vuestros bajeles
Y botadlos a la mar.

Si sois muchos y valientes
Y ganáis la opuesta orilla,

¡Oh, cerrad contra Castilla
Hasta arrastrar su pendón!
No dejéis en nuestra Alhambra
Uno de esos castellanos:
¡Arrancadles con las manos
Los ojos y el corazón!-

Tal diremos, cara patria,
Nosotros a nuestros hijos
Cuando duelos tan prolijos
Escuchándonos estén
En el desierto, a la sombra
Del fardo de los camellos,
Y tal se lo dirán ellos
A nuestros nietos también.

Nosotros ya, pobres viejos,
En el umbral de la vida,
Tan sólo una despedida
Podremos darte, no más.

¡Las manos te tenderemos
A bendecirte llorando,
Como quien va caminando
Volviendo el rostro hacia atrás!

¡Y si huyendo de Noviembre

Las arrecidas neblinas
Vemos a las golondrinas
De nuestra patria volver,
Al dintel de nuestras tiendas
A saludarlas saldremos,
Y de gozo lloraremos
Mientras se alcancen a ver!.....

Señor, besad esa tierra,
Orad un punto y partamos,
¡O tornemos y muramos
De una vez junto al Genil!.....
¡Tenéis razón! Partid presto,
Antes que ondee en Granada
La cristiana cruz clavada
Sobre el trono de Boabdil.

Mas ¡ay! ya es tarde, que truena
La cóncava artillería,
Y el humo obscurece el día
Y roba a la tierra el sol.
¡Huid, sin tornar los ojos,
No os detenga la fatiga,
Que os es la tierra enemiga
En vuestro suelo español!

Que no oigan vuestros oídos

Ese triunfal campaneó,
Ese estruendo y clamoreo
Que a vuestra espalda dejáis.
¡Huid, sin contar los pasos
Que vais prófugos haciendo,
¡Ay! y aunque lloréis huyendo,
Desdichados, no volváis!

¡Huid presto, huid proscritos
De vuestra patria perdida!
Y al darla la despedida
Desde el alto del Padul,
Que se pierdan a lo lejos
Los contornos vacilantes
De vuestros blancos turbantes
Entre la atmósfera azul.

Huye, Boabdil, aunque llores
El rigor de tu fortuna;
Basta la luz de la luna
Para quejarse y huir;
Traspón la tierra y los mares,
No tu desdicha te asombre,
Que nunca le falta al hombre
Madre tierra en que morir.

Huye; y si al pasar huyendo,

Tu camino te embaraza

En torvo tropel tu raza

Cercándote con afán,

Cuando ansiosos te pregunten

Por los bravos que lidiaron,

¡Ay! díles: -¡Allá quedaron!

¡No esperéis, que no vendrán!-

V

Huye, Rey infeliz, y huyendo borra

De tu camino la cansada huella;

Huye do el agua del Genil no corra,

Ni tu blanca ciudad refleje en ella;

Donde fortuna más leal te acorra,

Donde no alumbre tan fatal tu estrella,

Donde fieras las huestes castellanas

No derriben las lanas otomanas.

Huye el brillante sol de Andalucía,

El voluptuoso aroma de sus flores,

La sonora y dulcísima armonía

De sus libres y amantes ruiseñores;

Los amenos jardines do algún día

Gozaste en soledad blandos amores,

De sus frescos arroyos al murmullo,

De sus palomas al sentido arrullo.

Tal vez haya otra tierra más serena
Do al fin te presten cariñoso asilo,
Donde aunque errante y a merced ajena,
Treguas te dó tu corazón tranquilo;
Donde en ignota soledad amena
Crezca de tu existencia el frágil hilo,
Y el blando son de la campestre zambra
No te recuerde tu perdida Alhambra

Mas ¡ay! que a cada punto más tenaces
Los duelos sobre ti se atropellaron,
Y fue en vano esperar, que en vano audaces,
En Granada tus árabes lidiaron;
Que tus cansadas y sangrientas haces
En la vega sin honra se quedaron,
Y allá yacen sin tumba ni laureles
Zegríes, Bencerrajes y Gomeles.

Y ancho sepulcro a tu cadáver dieron
Del Guatis ved las turbulentas olas,
Y esas aguas, Boabdil, que te sorbieron,
No azotan nunca playas españolas;
Y ni aun sin rumbo por su faz hendieron
Nuestras rojas y sueltas banderolas,
No esperes a su margen olvidada

Nuevas oír de tu gentil Granada.

Duerme, Rey sin vasallos ni corona,
Fantástica irrisión de la fortuna,
A quien ni amigo ni enemigo abona,
Ni cruz triunfante ni vencida luna;
Ya que así el cielo contra ti se encona,
Esa estrella fatal sufre importuna,
Pues quisiste, mal Rey, vasallo bueno,
Perder lo tuyo y defender lo ajeno.

Duerme si aun gozas apenas
Un sepulcro en que dormir,
Si esas húmedas arenas
Te prestan almohadas buenas
Para el sueño del morir.

Duerme en paz, y si velando
Estás por tu estrella aún,
Consuelate, Rey, pensando
Que nos es vivir llorando
Una maldición común.

Duerme, y dente descuidados
Grato murmullo, si velas,
Los pasos atropellados
De los pies acelerados

De las errantes gacelas.

Y en vez de las funerarias

Roncas preces de los muertos,

Arrullente solitarias

Con sus salvajes plegarias

Las aves de los desiertos.

Y si a ti tienden cercanas

Sus sombras árboles bellos,

Bajo sus hojas livianas

Respiren las caravanas

Y descansen sus camellos.

Mas que en tu huesa tu nombre

No lean los de tu ley,

No les humille y asombre

Que si supiste ser hombre

No alcanzastes a ser Rey.

El velo

Traducción de Víctor Hugo.

¿Has hecho esta tarde oración, Desdémona?

SHAKESPEARE.

LA HERMANA

Qué tenéis, hermanos míos?

¡Los ojos traéis sombríos

Como cirios funerales!.....

¡De la faja a los dobleces

Han asomado tres veces

Las hojas de los puñales!

EL HERMANO MAYOR

¿Has alzado tus velos virginales?

LA HERMANA

Acaso... era al mediodía...

Tal vez... del baño volvía

En mi palanquín cubierto;

El calor me sofocaba,

Y la brisa que pasaba

Tal vez me habrá descubierto.

EL SEGUNDO

Pasaba un hombre con caften, ¿es cierto?

LA HERMANA

¡Oh! Tal vez un solo instante.

Yo cubrí al punto el semblante.....

¿Que decís?... ¿Qué pude hacer?

¡Habláis en secreto hermanos!

¡Oh! ¡Pondríaís vuestras manos

En una débil mujer!

EL TERCERO

¡Sangriento estaba el sol hoy al caer!

LA HERMANA

¡Perdón! ¡Perdón! ¡Oh! ¿Qué he hecho?

¡Ah! Me desgarráis el pecho.

¿En qué, hermanos, hice mal?.....

¡Sostenedme hermanos míos!

Siento ya en los ojos fríos.....

¡Siento... un velo funeral!

EL CUARTO

¡Al menos no alzarás ese cendal!

Vanidad de la vida

Fantasía

Era un día de orgía y de locura,
De esos días de vértigo infernal
En que embriagados de falaz ventura,
Tras el placer volamos mundanal..

Uno de aquellos vergonzosos días
En que, henchidos de vida y juventud,
Buscamos entre locas teorías
La vanidad y el polvo en la virtud.

Uno, de aquellos días en que ansiosos
Despertamos de crápula y de amor,
Y manchamos los días más hermosos
De nuestra vida y nuestra edad mejor.

El sol estaba espléndido y sereno,
El aura mansa, diáfana y azul,
La luz doraba nuestro huerto ameno
Con tornasoles de flotante tul,

Posábanse las sueltas mariposas
De flor en flor con revoltoso afán,
Ya en la más ancha de las frescas rosas,

Ya en el más esponjado tulipán.

La brisa murmuraba en las acacias,
Tornábase al Oriente el girasol,
Y las violetas se doblaban lacias
Cual vergonzosas ante el rojo sol.

Alguna nube blanca y transparente
Por la serena atmósfera al cruzar,
Tiñendo los objetos suavemente,
Veníase en la hierba a dibujar.

Y en pos las aves de frescura y sombra,
Salpicaban en varia confusión
Del blando césped la mullida alfombra,
Del olmo verde el ancho pabellón.

Víanse allí las amarillas pomas
Las enramadas débiles vencer,
Y a su sombra bajaban las palomas
En el arroyo límpido a beber.

Y allí extendiendo las pomposas plumas,
Le cubrían en cándido tropel,
Como si fueran trémulas espumas
Que hubiesen lecho y nacimiento en él.

Nosotros, apurando los placeres

Guarecidos de oculto cenador,
Buscábamos la vida en las mujeres,
La gloria y la fortuna en el amor.

Oíanse en tumulto desde fuera
Los brindis de la libre bacanal,
Y el rumor de una báquica quimera,
Y el crujido del beso criminal.

Yo bebía el amor, hasta apurarlo,
De unos impuros labios de carmín
Que me enseñaron ¡ay! a desearle,
Y me la hicieron detestar al fin.

Dentro mi mente sin cesar bullían
Fantasmas que, al pasar con rapidez,
Ya lloraban, danzaban o reían,
Como ilusión febril de la embriaguez.

Mis amigos reían y cantaban
En lúbrico desorden junto a mí,
Y sin tregua los brindis resonaban...
Todo sin tiempo y sin razón allí.

Y entre el murmullo de la fiesta impura,
Los licores, los gritos y el vapor,
Alzábamos a impúdica hermosura
Himnos ardientes de encendido amor.

Entre insolentes, ebrias carcajadas,
Blasfemamos tal vez de Jehová:
«¡Virtud!, dijimos. ¡Fábulas soñadas!.....
Ahora el Dios que aterra ¿adónde está?

«¿Adónde está la sombra de su dedo
Que escribe una sentencia en la pared?
¡Creaciones fantásticas del miedo!.....
¡Bebed, amigos, sin pesar bebed!»

Vino la noche, y al salir cansados,
Hartos ya de beber y de gozar,
Una campana en golpes compasados
Cerca sentimos con pavor doblar.

Era un templo alumbrado en su reposo
De diez blandones a la roja luz,
Que velaban en círculo medroso
El secreto fatal de un ataúd.

Quedaba en nuestra mente todavía
El rastro de la infame bacanal,
Y mal entre sus nieblas comprendía
La silenciosa paz de un funeral.

Las lúgubres salmodias empezaron,
El pueblo reverente se postró;

Cuando con paz al muerto conjuraron,
El nombre del que fue nos aterró.

En vano los sentidos se empeñaban
En mentirnos un sueño baladí;
Los blandones el círculo cerraban,
Y una hermosura descansaba allí.

¡Y era hechicera, y lánguida, y liviana;
La envidia de un salón érase ayer,
Y a pesar de su pompa cortesana,
Hoy hediondo cadáver pudo ser!

Faltónos ¡ay! la voz con el aliento;
Temblónos el cobarde corazón;
Ciertos los ojos y el oído atento,
Nos dijimos al fin: «¡No es ilusión!»

¡Allí estaba la sombra de ese dedo
Que escribe una sentencia en la pared....
¡Y era fiesta también!... Llegad sin miedo,
Cantad, amigos, sin pesar bebed.

Tenacidad

«Serrana, ve si ha de ser,
Porque yo te he de esperar

En la fuente sin ceder;
Y o no tienes de beber,
O te tengo de encontrar.

»Y que me canse no aguardes,
Que nada esperar me importa
Noches, mañanas y tardes;
Toda una vida que tardes
Será esperándote corta.

»Y a más, serrana, hay aquí
Sitio tan fresco y tan blando,
Que tengo yo para mí,
Que anhelo tardanza en ti
Por sólo estarte aguardando.

»Aquí las aguas sonoras
Rodando en la hierba van,
Y aquí las aves canoras,
Del bosque alegres cantoras,
Música dulce me dan.

»Aquí las flores campestres
Me dan los blandos perfumes
De sus cálices silvestres,
Y gozo en que no te muestres
Mucho más que tú presumes.

»Pues si al fin has de salir
Altiya asaz y enojada,
Tarda, serrana, en venir,
Que el alma te ha de fingir
Más fácil y enamorada.

»Ve, pues, lo que has de ganar
Si más piensas en mi daño
Así esquivarme y tardar,
Porque más quiero esperar,
Que saber un desengaño.

»Y bástame a mí saber
Que a cada punto te veo
Cuando yo te quiero ver;
Que mucho vale tener
De centinela al deseo.

»Tras cada tronco arrugado
En que la vista repara,
Tras cada espino enredado,
Tras cada sitio enramado,
Estoy buscando tu cara.

»De cada hoja que se mece
A la vibración ligera,
El alma se me estremece,

Y todo el valle parece
Que tu rostro reverbera.

»Siempre estoy adivinando
Esos dos ojos crueles
Que a traición me están mirando,
Tras un haz de juncos blandos,
Tras un pie de mirabeles.

»Siempre a cada incierto ruido
Que hace el aura entre las ramas,
Vuelvo el gesto sorprendido,
Pensando que tú me llamas
De algún lugar escondido.

»A cada vago lamento
Que los olmos azotando
Alza repentino el viento,
Me finge mi pensamiento
Que tú pasabas cantando.

»Y si una tórtola bella
Suelta triste en la espesura
Su enamorada querella,
Digo: -Así llegara o ella
Mi amorosa desventura.

»Y todo es pensar en ti,
Todo buscarte y quererte
En tanto que aguardo aquí,
Aunque me pesa ¡ay de mí!
Desearte y no tenerte.

»Que si al fin de mi esperar,
De mi amoroso gemir,
Te dejaras ablandar,
Y saliendo del lugar
Acabaras por venir;

»Si cual las aguas hicieras
Que aquí murmurando están,
Y entra arenillas ligeras,
Bullendo en tropel parleras,
Al valle rodando van;

»Si hicieras como esas flores
Que cierran de noche al frío
Sus tocas de cien colores,
Y despliegan sus primores
Del alba al fresco rocío;

»Delicioso por demás
Fuera esperarte, serrana;
Mas si hoy al fin no vendrás

Será persuadirme más

De que tampoco mañana.

»Pero ;no has de holgarte, a fe!

Pues tan tenaz como soy,

Al fin de buscarte, sé,

Que si no te encuentro hoy,

Mañana te encontraré.

»Que he dejado mi ciudad,

Serrana, y venido así

Tan sólo por tu beldad,

Y ya, por tu terquedad,

No he de volverme sin ti.

»Y cuenta con lo que digo,

Que he de estarme eternamente

De estos olmos al abrigo;

Y no te finjas que intente

Partirme sino contigo.

»Haréme por el verano

Un toldo con espadaña,

Y haré en el invierno cano,

Por burlar al viento insano,

Mi hoguera en una cabaña.

»Conque así, ve si ha de ser,

Porque yo te he de esperar

En la fuente sin ceder;

Y o no tienes de beber,

o te tengo de encontrar.»

Soneto

Cólmame, Juana, el cincelado vaso

Hasta que por los bordes se derrame,

Y un vaso inmenso y corpulento dame

Que el supremo licor no encierre escaso.

Deja que afuera, por siniestro caso,

En son medroso la tormenta brame,

Y el peregrino a nuestra puerta llame,

Treguas cediendo al fatigado paso.

Deja que espere, o desespere, o pase;

Deja que el recio vendaval, sin tino,

Con rauda inundación tale o arrase;

Que si viaja con agua el peregrino,

A mí, con tu perdón, cambiando frase,

No me acomoda caminar sin vino.

Tempestad de verano

Toledo, 23 de Julio de 1834.

Fragmentos

I

Por entre moradas nubes
Derrama su lumbre el sol,
Y el valle, el monte y el llano,
Ascuas a su impulso son.

Busca el pájaro en las ramas
Abrigo consolador,
Y al pie del robusto tronco
Dormita el toro feroz.

La lengua, tinta de espuma,
Tiene de turbio color;
Secas las fauces, que tragan
Abrasada aspiración.

Tardos vagan los reptiles,
De sus grutas en redor,
Entro la tostada hierba,
Huyendo la luz del sol.

No arrulla tórtola triste
Con lastimero clamor,
Entre el follaje sombrío
Su enamorada aflicción;

Ni estremeciendo las plumas,

Al dar arranque a la voz,
En dulces trinos gorjea
Armonioso el ruiseñor;

Ni se oye de los insectos
El ronco y cansado son;
Ni los olmos se columpian
Con susurrante rumor;

Ni las espigas se doblan
En vistosa confusión;
Ni entona groseras letras
Allá en el valle el pastor;

Ni trepa la suelta cabra
Por el agudo peñón,
De una vana hierbecilla,
Libre y caprichosa, en pos;

Ni ladra el mastín atento;
Ni aúlla el lobo traidor;
Ni cruza por la vereda
De hormigas largo cordón;

Ni en la ciudad, ni en el llano,,
Ocioso ni reñidor,
Aguarda en peña o esquina,

Amigo, dueña o matón;

Ni asoman dos ojos negros,

Volando en un mirador,

La estrecha y oscura calle

Con diligente atención,

Todo calla inmoble y mustio

De Toledo en derredor,

Bajo la choza pajiza,

Bajo el calado artesón.

Que al lejos, como la sombra

Del brazo airado de Dios,

Avanza con dobles alas

Nublado amenazador;

Y con él nubes y nubes

En apiñado escuadrón,

Que encapotando los cielos

Van a atropellar al sol.

Allá, en su cóncavo seno;

Brama oculto el aquilón,

El trueno encerrado muge,

Hierve el rayo asolador.

Y todo, en informe masa,

En espantoso montón,
Sin fuerzas ni ley que basten
A detener su furor,

Rueda en la atmósfera a ciegas,
Como buque sin timón,
Como peñasco gigante
Que ancho volcán vomitó.

Doblan roncadas las campanas,
Y a su colosal clamor
Se estremece el aura densa
Con rápida vibración.

El firmamento desploma,
En hálito abrasador,
Cuanto fuego en sus entrañas
El Altísimo encerró.

Sólo el monje, fatigado,
Cruza tardo el callejón,
Hacia el silencioso templo
A alzar himnos al Señor.

Tal vez del lecho le arranca
El importuno reloj,
Y va acongojado y lento
Murmurando una oración

En imperceptibles voces
Y murmurante rumor,
Que entre el son de las campanas
Al elevarse se ahogó.

Al cabo desaparece,
Y apostado en el portón,
El mendigo le saluda
Con desfallecida voz.

¡He aquí el negro nublado,
Que, como hambriento dragón,
Toda la lumbre del día
De un solo empuje sorbió!

¿Quién sabe al flotante monstruo
La fuerza que ha dado Dios?
¿Quién sabe las maldiciones
Con que su vientre preñó?

¿Quién sabe, después que pase,
Lo que ha de dejar en pos?
¿Quién de los que ahora le vemos
Podrá decir que le vio?

Cuando rasgue sus tinieblas,
Cuando derrame su voz,

¿Qué luz brillará en el polvo?

¿Qué garganta hará rumor?

II

Quedaron en calma un punto,

Ambos a par, aire y tierra,

Del imponente nublado

Bajo las alas espesas,

Y a la luz de aquel crepúsculo,

Que más que ilumina ciega,

En la horrible incertidumbre

De la luz y las tinieblas.

El aire que se respira,

La avara garganta seca;

Y en el sudor de la frente

Húmedo el rostro, gotea.

Relincha el caballo inquieto

En la cuadra que le encierra;

El perro espantado aúlla,

Y receloso, olfatea.

El pájaro, de su jaula

Contra el alambre se estrecha,

Y al abrigo de sus plumas,

Escucha, mira y recela.

Sólo la afanosa araña,
Su red y su caza deja,
E inmoble y pegada al muro,
El trueno y la lluvia espera.

Ancha, redonda, abrasada,
Bajó una gota, que apenas
Mojando el sitio en que posa,
Desvaneciéndose humea.

Dobla el calor, y la calma
Y la fatiga se aumentan,
Y en trémula expectativa,
Todo calla y todo vela.

Y el mundo semeja un reo
Que mira desde una reja
Cómo en la plaza, su cómplice,
Al pie del cadalso llega.

Y duda, y vacila, y terne
Que se salva y que perezca,
Porque una palabra suya
O le salva o le condena.

III

¡Un relámpago! Al punto desatadas,

El arenal las ráfagas barrieron,
Y en espeso tumulto aglomeradas,
Las nubes el crepúsculo sorbieron.

En tinieblas cerróse el aire impuro;
El hombre, amedrentado y temeroso,
El recio temporal llamó a conjuro
De las campanas al doblar medroso.

Y rotas las barreras del nublado,
La lluvia y el granizo se desploman;
Y allá en su centro, en círculo abrasado,
Los fugaces relámpagos asoman.

Sin tregua entonces, ni piedad, ni freno.
Agua, granizo y viento se esparraman;
Y al hondo son del prolongado trueno,
Talan, devoran y en tumulto braman.

Hierve el turbión, cegáronse las fuentes;
Los arroyos, hinchados y bravíos,
Bajaron, convertidos en torrentes,
A desgarrar los diques de los ríos.

Sus altaneras ondas, vencedoras,
Los campos adelante se llevaron,
Y envueltos en las ondas bramadoras,

Mieses, cabañas y árboles bajaron.

Peñas, casas, ganados y pastores,
Todos siguieron el fatal destino;
Presa de sus esfuerzos vengadores,
No quedó senda, ruta ni camino.

.....

.....

Y oran allí a los pies de los altares,
En humilde tropel, las criaturas,
Al Dios que las tormentas y los mares
Humilla con su voz en las alturas.

Del ronco viento al vigoroso empuje,
Del templo gime el colosal cimiento;
Estremecida la techumbre cruje,
Y en sus esquinas se desgarran el viento.

Crece el turbión; las sombras del nublado,
Ancha guarida por el templo toman,
Y en el cristal del rosetón pintado,
Rápidos los relámpagos asoman.

A veces, como grupos encendidos
De espectros y diabólicas figuras,
Vacilan en los vidrios sacudidos,
Variando de contornos las pinturas.

El áspero granizo les azota,
Y al darles luz la exhalación por fuera,
Cada en los vidrios suspendida gota,
Un sol y una fantasma reverbera.

Es el aire un murmullo indefinible,
Donde sin leyes, ni prisión, ni valla,
Los espíritus dan en ronda horrible
Zambra impura y quimérica batalla.

Cada puerta ojival, cóncava y hueca,
Entre su red de góticas labores,
Una osamenta descarnada y seca
Dibuja entre fantásticos colores.

Cada verja, una hilera de esqueletos;
Cada capilla, un antro de vampiros
Que columpian y doblan los objetos,
Que lanzan ayes, cantos y suspiros.

Cada ventana, una abrasada boca,
Que abierta en espantosa carcajada,
Apenas el relámpago la toca,
Respira una sulfúrea llamarada.

Hoguera horrible, a cuya luz errante,
En rauda confusión saltan y flotan

Las figuras que el vidrio vacilante
Con cuerpos de color manchan y embotan.

Y a la par, en un punto, en todas partes,
En cada vidrio que la lumbre hiere,
Gestos, hachones, cruces, estandartes.....
Y el relámpago pasa y todo muere.

¡Tropa infernal de sombras vaporosas!
¡Abortos estrambóticos del miedo,
A quien da faz y formas religiosas
Crédula y fácil la oriental Toledo!

IV

Y entre nubes purpurinas,
Peregrinas,
De azulado tornasol,
Tendió el iris a lo lejos
Los reflejos
De los colores del sol.

Tendió en riquísimas bandas
Siete randas
Sobre el invisible tul,
Con que tan falaz nos miente
El manso ambiente
Ese firmamento azul.

¡Salve, ilusión de consuelo
Con que el cielo
Cierra el paso al vendaval,
Levantando en su alegría
Al claro día
Arco espléndido triunfal!

¡Salve, luz tornasolada,
Delicada,
Prenda mágica de paz,
En que el cielo jura al alma
Dulce calma
Tras la negra tempestad!

¡Salve, ¡oh iris pasajero!
Mensajero
Del supremo Creador,
En cuyos colores siete
Nos promete
Solaz, y treguas, y amor!

Por ti en el rojo Occidente,
Transparente,
Vuelve el sol a levantar
La faz pura, esplendorosa
Y luminosa,

Al acostarse en el mar.

Por ti, con cánticos suaves,

Van las aves

Surcando el aura otra vez,

Loando en dulces rumores

Los primores

De tu excelsa brillantez.

Por ti en delicadas tocas,

De las rocas

Se desprende virginal

La melancólica niebla

Cuando puebla

El ámbito celestial.

Por ti a través de su vuelo

Luz da al cielo

La luna en turbio crespón,

Como reina macilenta

Que se ostenta

En magnífica ilusión.

Por ti dejan las estrellas

Blancas huellas

De su opaca reina en pos,

Como lámparas dudosas,

Ostentosas,

En el alcázar de Dios.

¡Salve, ilusión de consuelo

que el cielo

Cierra el paso al vendaval,

Levantando en su alegría,

Al claro día,

Arco espléndido triunfal!

Recuerdo a N. P. D.

Bajad del monte al escondido valle,

Frescos arroyos, cristalinas fuentes,

Que en esas rocas anchurosa calle

Buscáis a vuestras rápidas corrientes,

Y en un remanso recogido acalle

Vuestra linfa sus ondas maldicientes,

Porque sorbiendo el valle su frescura

Cargue su espalda de eternal verdura.

Bajad, aguas, del monte susurrando

Sobre las calvas peñas destrenzadas

Los colores del sol reverberando

En gotas con el sol tornasoladas,

Que manantiales os irán prestando

Esas agudas cumbres escarchadas

Donde se está filtrando en hilos leves
La eterna plata de las limpias nieves.

Claros, sonoros, libres arroyuelos
Que vais de piedra en piedra juguetones
Césped brotando y derritiendo hielos
En curso inquieto y deleitables sonos,
Felices sois, pues que mundanos duelos
No adormís, ni raquílicas pasiones
Al compás con que os suelta y desparrama
Desde sus canas cumbres Guadarrama.

Pues naciendo en recónditos asilos,
Rodáis por esas mudas soledades,
En anchas ondas o en delgados hilos,
Por altas rocas u hondas cavidades,
Ya os arrullen los céfiros tranquilos,
Ya el soplo de revueltas tempestades:
¡Felices vuestras aguas transparentes,
Libres arroyos y perdidas fuentes!

Bajad del monte, y si en el valle umbroso
Bajo su tosco pabellón de pinos
La soledad os cansa y el reposo
De sus antros y sotos peregrinos,
Torced el suave paso rumoroso,
Trasponed puentes y cruzad caminos,

Ganando tierra y conquistando calle
Hasta los bordes del postrero valle.

Cual solitaria y lánguida palmera
Que el sol marchita y aquilón azota,
Veréis allí a Segovia la altanera
Ya por el tiempo consumida y rota,
Tal vez caduca, pero hidalga y fiera
Con su pujante antigüedad remota,
Que aun la ofrecen sus claros manantiales
Sobre torres sin tiempo arcos triunfales.

Bajad, arroyos, la veréis ufana
Raudos al deslizar vuestra corriente
Sobre esa enorme creación romana
Que al par la sirve de obelisco y puente;
Noble corona que sustenta vana
Sobre la apenas poderosa fuente;
Yugo gigante que la abruma el cuello,
De su antigua grandeza último sello.

Dejad, arroyos, la empinada cumbre,
El verde soto y soledad amena,
Y cruzaréis la inmensa pesadumbre
De la alta puente, de hendiduras llena:
De veinte siglos la continua lumbre

Su tez ha puesto pálida y morena,
Pero aun se tiene colosal y erguida
Vertiendo fuerza y ostentando vida.

Bajad, arroyos, y veréis cuán vanos
Junto a ese eterno y portentoso escombros
Parecen los escombros cortesanos,
De otra más flaca edad timbre y asombro;
Ellos al fin hundiéronse livianos,
Mas ese aun presta infatigable el hombro,
Mostrando audaz a la flaqueza humana
El vigor de su estirpe soberana.

¡Oh! Esos mezquinos restos solitarios
Que yacen por los llanos extendidos,
Negras torres, desiertos campanarios,
Solares sin señor, templos hundidos,
En eriales y cuevas y calvarios
Y en olvidado polvo convertidos,
No pudieron guardar en la memoria
Ni aun de sus dueños la vecina historia.

Ahí están esas góticas capillas
Orladas de magníficos relieves,
Cargadas de sutiles maravillas
En sus aéreos arabescos leves;
Ven, y en esas rüinas amarillas,

Escrutadora edad, lee si te atreves,
Por más que rompas al pensar los diques
Más que confusos Álvaro y Enríques.

Avanza un siglo más en tu camino
Y un poco más tu huella profundiza,
Y de Álvaro y Enríques el destino
Se hundirá con la tierra quebradiza,
Y mañana, pasando el peregrino,
Al topar de sus huesos la ceniza,
Dirá por conjeturas: ¡Aquí fueron!
Pero podrá jurar que aquí murieron.

Ahí queda en ese alcázar mutilado
Bajo los opulentos artesones,
De reyes un espléndido senado
Con sus cetros, coronas y blasones;
Y hoy en su puente roto y derribado
Y en sus pintarrajeados murallones,
Acaso en vano el pensador profundo
Las huellas buscará de Juan segundo.

Que aun tres siglos su faz surcan apenas,
Y tres veces tal vez le apuntalaron.
El uno vació en lanzas sus cadenas,
Y las lluvias del otro le minaron;

Cegó el otro de adobes sus almenas,
Y los tres al pasar le profanaron,
Cual copa así que en el festín rompieron
Y por juguete a los muchachos dieron.

Doquier se tiendan los avaros ojos,
Escombros hallan, débiles memorias
Que apenas en estériles despojos
Rastro dudoso dan de sus historias;
Dondequiera en fatídicos manojos
Huesos se hacinan y se esconden glorias,
Sin que sepan decir tantos osarios
Si eran romanos, godos o templarlos.

Mas id a demandar a ese coloso
El nombre de la patria y la alta cuna
De la raza del pueblo poderoso
Que ató a sus pies el tiempo y la fortuna;
Y en ese audaz esfuerzo prodigioso
Con que a la edad fatiga o importuna,
Con que de veinte siglos la carcoma
Se atreve a rechazar, veréis a Roma.

En vano airado le sacude el viento,
Y en vano el ronco temporal le moja,
Y en vano sobre el monstruo macilento
Tan larga edad su pesadumbre arroja;

Que siempre altivo y grande y opulento,
Ni el vendaval ni la vejez le enoja;
Y siempre rico, en su ciudad derrama
Los arroyos que bebe en Guadarrama.

Bajad del monte, frescos riachuelos,
Aguas puras de fuentes cristalinas
Que holláis el césped y chupáis los hielos
En esas cumbres a la luz vecinas;
Bajad del monte si abrigáis desvelos
En vuestras soledades peregrinas,
Cansados ya de la desierta sierra,
De ver más ancha y bulliciosa tierra.

De esa colina en la escondida falda,
Donde entre brezos de color pajizo
Tiende la hierba trenzas de esmeralda
Con que a sus solas sus alfombras hizo,
Donde con flores de carmín y gualda
Corona vuestro espejo movedizo,
Hay una puerta en el hendido casco
De los doblados lomos de un peñasco.

No hay a su paso impertinente estorbo
Ni crece a su dintel adelfa amarga,
Ni fiera alguna de talante torvo

La linfa turba en su carrera larga:
Torced por ella vuestro curso corvo
Sobre el peñasco que el camino alarga,
Hasta que vuestros rápidos cristales
Rueden sobre los arcos imperiales,

Surquen ¡oh fuentes! en tropel sonoro
Por la ancha espalda del excelso puente
Reverberando las madejas de oro
Vuestras gotas, del sol resplandeciente.
Bajad del monte en susurrante coro
Agitando la límpida corriente;
Veréis el sello con que el hombre doma
De veinte siglos la opulenta Roma

Y si pasando, desde el alto lecho
Do el puente os presta soledad y abrigo,
Veis por las grietas del canal estrecho
Tal vez llorando a mi amoroso amigo;
Si es que las llagas de su herido pecho
Consuelo admiten o a su mal testigo,
Decidle que hay quien su pesar agora
Del Manzanares a la margen llora.

Frescas, puras, corrientes cristalinas,
Fuentes sonoras, limpios arroyuelos,
Que de esas cumbres a la luz vecinas

Holláis el césped y bebéis los hielos,
Si halláis en tantas flores las espinas
De sus antiguos y cansados duelos,
Dadle de vuestra fugitiva randa
Con el claro compás, música blanda.

Y así reviente en matizadas flores
Y en madre selvas vuestra verde orilla,
Y os preste sombra, arroyos bullidores,
La caña cimbradora y amarilla,
Y así bajen los lindos ruiseñores,
La suelta garza y triste tortolilla,
A hundir en vuestras frágiles espumas
Los tiernos picos y esponjadas plumas.
La niña C. D. G.

Niña que creces ufana,
Flor temprana,
De la vida en el verjel,
Ostentando primorosa,
Flor pomposa,
Tus mil matices en él;

Ríe y canta mientras dura
La frescura
Y la pompa de tu abril,

Mientras luce claro el día,

¡Vida mía!,

De tu fortuna infantil.

Que de vida y de luz lleno,

Hoy sereno

Brilla espléndido tu sol,

Y con vivo lampo dora

De tu aurora

El purísimo arrebol,

Ríe y canta, que este yerto

Gran desierto

Que llamamos mundo aquí,

Aun guarda blandos olores,

Ricas flores,

Y regalo para ti.

Aun en él para tu infancia

Hay fragancia,

Calma, sombra, fresco y paz,

Sin que viento revoltoso,

Tempestuoso,

Interrumpa tu solaz.

Aun podrás colgar tu cuna

De la luna

Al tranquilo resplandor,
Mientras el aura estremece,
Y te adormece
Con su canto el ruiseñor.

Aun podrás con tu sonrisa,
Blanda brisa
Conjurar para dormir,
Sin que turbe tu contento
Un pensamiento
Del dudoso porvenir.

Aun podrás en deliciosos,
Vaporosos,
Blancos sueños delirar
Sin temer que el desengaño
Vele huracán
A tu lado al despertar.

Que los niños, mientras os dura
La ventura
De la cándida niñez,
Siempre halláis un seno amigo,
Que os da abrigo,
Calma y defensa a la vez.

Ramas de amorosa hiedra

Que a la piedra
Que os ampara os acogéis,
Pagándola en fortaleza
Y en belleza
El favor que la debéis.

¡Ah! Y podéis tornar los ojos,
Sin enojos
Ni zozobra criminal,
A buscar un tierno abrazo
En el regazo
Que os sustenta maternal.

Que sois ángeles los niños,
Como armiños
En pureza y en candor;
Dulces prendas de consuelo
Que en su duelo
Da a los hombres el Criador.

Ríe y canta, niña hermosa,
Flor pomposa
De la vida en el verjel;
Ríe y canta mientras dura
La ventura
Y la paz que hallas en él.

Ríe y canta tú, alegre primavera,
Mariposa de cándido color,
Que te meces inquieta y pasajera
De árbol en árbol, y de flor en flor.

Mientras puedes gozar, goza y delira;
Mientras en este yermo baladí
La ráfaga que abrasa al que la aspira,
Brisa te da consoladora a ti.

Goza, niña, tranquila y descuidada
Las dulces horas que de amor te dan,
Sin acordarte de la edad pasada,
Ni del dudoso venidero afán.

Goza, niña, en tan mágico embeleso
El puro halago del materno amor,
El labio atento al regalado beso,
La frente tinta de infantil rubor.

Esa es tu dicha, tu placer, tu vida,
Vivir amando, y para ti no hay más,
En el regazo maternal dormida,
Sin ver delante, y sin mirar atrás.

¡Oh! Ven, hermosa, a mis cansados brazos,
Yo quiero amarte y delirar también;

Quiero gozar tus débiles abrazos,
Besar tus labios y tu blanca sien.

¡Si tú alcanzaras a saber de un niño
Los mimos inocentes lo que son,
Y cuánto calma un infantil cariño
La amargura y pesar del corazón!.....

Ven: sentada en mis rodillas,
Tus mejillas
Amoroso besaré,
Beberé en tus ojos bellos
Cuanta vida encuentre en ellos,
Y en su luz me miraré.

Si en mis brazos arrullada,
Fatigada,
Te plugiera dormir,
Porque duermas muellemente
Alzaré confusamente
Algún lánguido cantar.

Y si alegre, entretenida
Estás, ¡mi vida!,
Escuchándome decir,
Te contaré lindos cuentos
De fadas y encantamientos

Que te halaguen al dormir.

Te diré historias tan bellas,

Que con ellas

Sueños, niña, sin cesar;

Te diré cosas tan suaves

Como el canto de las aves,

Y del aura el susurrar.

Ríe, niña, y canta ufana,

Flor temprana

De la vida en el verjel;

Ríe y canta mientras dura

El regalo y la ventura

Y la paz que hallas en él.

Antes que tu edad contenta

La tormenta

Desgarre de una pasión,

Ríe y canta mientras inerme

En la paz del tiempo duerme

Encerrado el aquilón.

Mientras lejos de ti braman,

Y esparraman

Las venturas del vivir

Los mundanos vendavales,

Tú las dichas terrenales

Apresúrate a reír.

Ríe y canta, niña hermosa,

Flor pomposa

De la vida en el verjel;

Ríe y canta mientras dura

El regalo y la ventura

Y la paz que hallas en él.

A una calavera

Fantasía

-«¿Conoces a ese hombre?

-No por cierto.

-Mírale bien, y tómale las señas.

-Imposible. Lleva una máscara tan

impenetrable como las tinieblas.,

F. COOPER.

¡Ahí estás tú, secreto de la vida,

Espantosa memoria de la muerte:

Cifra cuanto fatal desconocida,

¿Quién alcanzó jamás a comprenderte?

Honda verdad donde el vivir se encierra,

Jeroglífico audaz, testigo mudo,

Que incrustó en los dinteles de la tierra

Quien sostenerse a su dintel no pudo.

Ahí estás con tu irónica sonrisa,
Tus huecos ojos y tu calva frente,
Aguardando tal vez la última brisa
Que al puerto del morir lleve la gente.

¿Qué miran, di, tus cóncavos vacíos?
¿Qué escuchan tus oídos sin orejas?
¿Rien de los humanos desvaríos
Con gesto inmóvil tus encías viejas?

¿Quién eres, di, desnuda calavera,
Crédito del que fue, prenda de alguno,
Que por ser una prenda de cualquiera
No como suya te querrá ninguno?

¿Fuistes hermosa y joven y adorada,
Fuiste grande, feliz, rica y temida,
O cruzastes el mundo despreciada
Mendigando tu pan desconocida?

Si fuiste rey, ¿qué se hizo tu corona?
Si grande, ¿qué se hicieron tus blasones?
¿Quién tu nobleza y tu poder abona
Del callado sepulcro en las regiones?

¿Oyes alguna vez esa campana

Que dobla por los vivos que murieron?

Al eco de su voz triste y lejana,

¿Sabes tú si las almas acudieron?

¿Alguna vez, sombría calavera,

Acaso algunos monjes te llevaron

A un templo, donde en pompa lastimera

Sobre un negro ataúd te colocaron?

Si registraste su morada oscura,

¡Sin duda que gozaras cuando viera

Tantas cabezas que la tierra impura

Ha de tornar en tantas calaveras!

Si dejaste la luz triste y mendigo,

¿No te halagaba en la mortuoria fiesta

En recinto común tener contigo,

Un pueblo, un trono, un ara y una orquesta?

Cuando a la roja luz de los blandones

En el metal del ara te veías,

Al contemplar tus cóncavas facciones,

Tu espantoso mohín, ¿no te reías?

Al revolver tus viejos pensamientos,

Si acaso pensamientos te dejaron

Las lluvias, los gusanos y los vientos,

¿No te excitó a reír lo que pensaron?

Aquella niña hermosa que escondía
Los dedos de marfil torneados, puros,
Entre los rizos que en la sien mecía
En confusión, como la sombra obscuros,

Sus ojos de azabache, que espiaban
Los ojos del mancebo irreverente,
A cuyo fuego criminal brotaban
Las rosas del pudor sobre su frente,

Aquella niña bulliciosa, inquieta,
La sien ceñida de crespón y flores,
Que por ajeno parecer sujeta,
A los pies del altar soñaba amores:

Tú la veías seca y descarnada,
Sin cuanto bello en la hermosura hechiza,
Calva la frente, huera la mirada,
Los labios de coral vueltos ceniza.

¡Oh! ¡Gran cosa ha de ser sobre una tumba
Contemplar en el polvo reunida
La loca multitud que se derrumba
Por el gran precipicio de la vida!

¡Gran cosa ¡vive Dios! llamar a fiesta

Con la gigante voz de las campanas,
Y encender cirio y aprestar orquesta,
Y alzar altares y entoldar ventanas,

Y convidar a celebrar sin nada
A cuanta juventud, pompa y belleza
Vegeta en una tierra condenada
A acabar en la nada donde empieza!

¡Oh! ¡Gran cosa tener en una farsa
El principal papel, la voz primera,
Y ver alrededor pueblo y comparsa,
Siendo en un funeral la calavera!

¡Tener un rey y un pueblo prosternado,
Cabizbajo y sin voz, humilde y quedo,
Todo el poder del mundo arrodillado,
Lleno el cobarde corazón de miedo!

¡Oh! ¡Gran cosa tener reyes y hermosas
Descubierta y doblada la cabeza,
Sin poder en las manos poderosas,
Sin encantos ni gracia en la belleza!

¡Y en un sitial de muerte y podredumbre
Sentirle bajo el pie como un juguete,
Y reír de la esclava muchedumbre
A la sombra de sórdido bonete!

¡Gran corona imperial! ¡Grave tocado!

¡Entre un harapo inútil e irrisorio

Un esqueleto seco y cercenado

Presidiendo en un túmulo mortuorio!

¡Grave fiesta terrena! ¡Regia pompa!

¡Donde vamos los míseros mortales,

Al ronco son de la funesta trompa,

A cantar nuestros propios funerales!

¡Donde a la entrada del fatal recinto

Suenan los brindis, la algazara y grita

Que dentro del mundano laberinto

Al insensato populacho irrita!

¡Oh! Tú puedes decirle al mundo entero:

«Ríete y bebe, miserable, y danza,

Mientras en el lecho funeral te espero,

Porque yo soy tu fin y tu esperanza.»

Y ¿no ríes, sombría calavera?

¿No se te antoja descender al llano,

Y entrar en el festín como cualquiera,

Y a una hermosa ofrecer la seca mano

¿Agitar tu esqueleto en danza loca,

Con tus huesos ceñir una cintura,

Y preparar en la desierta boca
Un ósculo a la gracia y la hermosura?

Porque si fuiste bella en otros días,
Con ojos negros, labios de corales,
Alguna vez sin duda gustarías
La dulce miel de halagos criminales.

Porque si fuiste grande y poderoso
Sin duda que en ensayos seductores
Sondaras el secreto vergonzoso
De trastornar en duelos los amores

Porque si esclavo fuistes o mendigo,
Ansiarías de grandes y de dueños
Los que no dividieron ¡ay! contigo
Torpes placeres y nefandos sueños.

Porque si fuiste austero solitario
Allá en la soledad de tu retiro
Alguna vez lanzaras temerario
En pos de otro placer algún suspiro

¿No se te antoja descender al llano
Engalanada y fácil y ligera,
Y en la fiesta mostrar al mundo insano
De repente tu calva calavera?

¡Oh! ¿Qué te falta para bien tamaño?

¿Una piel transparente y delicada

Que cubra el espantoso desengaño

Del secreto fatal de nuestra nada?

Y ¿qué importa la piel? Manto gastado

Que nos presta al nacer la tierra ruda.

Serás una beldad que han convidado,

Y por, mostrarla más viene desnuda.

¡Oh! Ven a delirar donde deliren,

Y serás la verdad a quien adoren,

Y el espejo serás en que se miren

Cuando al tocar'su fin clamen y lloren.

Y ven a murmurar donde murmuren,

A cantar donde canten, las botellas

A apurar donde en órgia las apuren

En ebria confusión ellos con ellas.

Brinda altanera cuando brinden todos,

Y con todos también jura y blasfema,

Hasta que doblen la cerviz beodos

Para alzarla a la voz de tu anatema.

Harapo que deja el hombre

Porque su raza al pasar

El suelo en su viaje alfombre;

Firma fatal, cuyo nombre

No se alcanza a deletrear.

Y ¿es cierto, cráneo pajizo,

Que aunque pese al corazón

Eres tú para quien se hizo

Tanta gala y tanto hechizo,

Tanta y tanta creación?

¿Es cierto que en otros días,

Con otra faz y otra tez,

Como yo vivo, vivías,

Como yo río, reías,

Ajeno de tu hediondez?

¿Que en esos cóncavos hondos

Dos ojos aposentabas

Vivos, inquietos, redondos,

Y que esos dientes hediondos

En dos labios encerrabas?

¿Que en tu roída mejilla

Brillaron matices bellos

En tu tierna edad sencilla,

Y que en tu sien amarilla

Se arraigaron los cabellos?

¿Es cierto, di, que esa boca

Sin contornos ni calor,

Que hoy sólo la muerte evoca,

Manó en tu esperanza loca

Dulces palabras de amor?

¿Que acaso el labio amoroso

En suavísimo embeleso

A un amante cariñoso

Demandaba voluptuoso

Regaladísimo beso?

¿Que tal vez sabio profundo,

Pasabas tus largas horas

Sombrío y meditabundo

Buscando avaro en el mundo

Venturas engañosas?

¿Que tal vez el ojo atento

Sobre un libro amarillento

En tu amarga soledad,

Se agotó tu pensamiento

Pensando tu eternidad?

¿Que tal vez señor mundano

De alcázares y jardines,

Viviste torpe y liviano

Entre tropel cortesano

En impúdicos festines?

Y ese mundo baladí,

Sabio, amante, loco o rey,

Te trajo con mofa aquí

Diciéndote: «Esta es la ley;

Cadáver, descansa ahí.»

¡Oh! ¡Nada nos deja ver

De tus historias de ayer

Tras de tu faz deleznable

Tu máscara impenetrable,

Imposible de romper!

Todo lo envuelve esa muda,

Vaga, insondable verdad

Que tu inmóvil gesto escuda,

Esa verdad que desnuda

La invisible eternidad.

Y el pensamiento altanero

Viene a estrellarse ¡ay de mí!

En ese gesto severo,

Que es un centinela fiero

De lo que hay detrás de ti.

En vano dentro la mente

Se rebelan revoltosas

Las ideas locamente,

Creándose de repente

Teorías mentirosas;

Todas vienen a expirar

En tus cóncavos vacíos,

Cual las fuentes van a dar

Sus arroyos a los ríos,

Y los ríos a la mar.

En vano la vida entera

Contra tu verdad conspira,

Desdeñosa calavera,

Que todo en tu faz, severa

Se desvanece o expira;

En esa cerviz curada

Al soplo de la tormenta,

Por el tiempo descarnada,

Cuya vida inanimada

Ni el tiempo ni el sol calienta;

Y en tu mirada indecisa

Y en tu irónica sonrisa,

Y en esa hendidada y entera,

Seca y solitaria hilera

De tu dentadura lisa.

Y ahí te estás entre la arena

Como una cosa caída,

Como inútil prenda ajena

A quien nadie juzga buena

Sólo porque está perdida.

Y ¡por Dios! que si los hombros,

Que un día te sustentaran

Volvieran a estos escombros

A buscarte, ¡con qué asombros

De placer te acariciarán!

¡Oh! ¡Si alzándote una vez,

Aun te pluguiera ostentar

La perdida esplendidez,

Y quisieras tu hediondez

Con tu vida engalanar;

Y prendieras en tu frente

Unos cabellos postizos

Que en madeja reluciente

Cayeran confusamente

En mil perfumados rizos;

Y el esqueleto sonoro

Velaras altiva tú

Con minucioso decoro

Entre nácar, perlas y oro

Y entre crujiente tisú;

Cubrieras el seco cuello

Entre las flotantes plumas,

Los collares y el cabello,

Velos echando sobre ello

Tan sutiles como espumas;

Y el repugnante mohín

Da tu inmóvil rostro viejo,

Con esa risa sin fin

Asomaras a un festín,

Tomándole por espejo!

.....

Si, acaso rey destronado,

Se te antojara salir

Para ver dó está enterrado

El ejército arrojado

Que llevaste a combatir,

Y allá en el campo desierto

Do fue tu postrer batalla,

De aquel mausoleo abierto

Tu pueblo evocarás muerto

De entra el polvo en que se halla,

Y si a tu voz poderosa

Despertando con asombro,

Tu nación volviera ansiosa,

Trayendo el arnés al hombro

En faz de guerra espantosa.....

¡Oh! ¡Diabólico senado,

Medrosa, horrible ilusión,

Ver tanto esqueleto armado

En torno un rey convocado

-Al dintel del panteón!

Y si vagaran errantes

Ensordecido la tierra,

Combatiéndose pujantes,

Con clamores insultantes

Pregonando su impía guerra....

¡Ah! ¡Delirios son del alma,

que no te alcanza, Señor,

En los terribles secretos

De tu infinita creación!

En los tormentosos días

De mi mundanal dolor

Medité desesperado

Sobre los sepulcros yo.

Pasé de tumbas a tumbas

De mi porvenir en pos,

Y en todas encontré polvo,

En todas polvo, Señor.

En todas esa sentencia

Que cae sobre quien nació

Desde esos gestos inmóviles

Sin miradas y sin voz.

En todos esos despojos,

En cuya horrible atención,

En cuya eterna sonrisa

De complacencia feroz.

En cuyo todo espantoso

Deletrea el corazón

La triste palabra NADA

Confundido de pavor.

Y ¿es ése, Señor, el hombre

Que de tu mano salió,

Hecho a semejanza tuya,

Aborto digno de un Dios?

¿Es ésta, Señor, la vida,

Que como una maldición

Nos carcome cuanto bello

Tu bondad nos regaló?

Entonces ¡ay! ¿qué nos vale

Que alumbre tan puro el sol

Y en la noche se reflejo

La luna en su resplandor?

¿Qué sirve que allá en los bosques

En pintada confusión

Canten en bandos alegres

El mirlo y el ruiseñor?

¿Que los árboles murmuren

En melancólico son,

Y esponje a su blanda sombra

Su dulce cáliz la flor?

¿Qué sirve que en blanda arena

Tienda su curso veloz

El arroyuelo que viste

La pradera de verdor,

Y con sus líquidas perlas

Los jazmines jugueteón

Salpique, con que la pródiga

Primavera le alfombró?

¿Que el mar se encorve bramando

De las playas en redor,

Y le azote y le sacuda

Revoltoso el aquilón?

¿Qué, sirve ese cielo azul

En cuyo centro adunó

Mil nubes tornasoladas

En caprichoso montón,

Si todo no es más, al cabo,

Este universo, Señor,

Que de una inmensa familia

El inmenso panteón?

¿Qué sirve a esa calavera

Una existencia de honor,

Una vida de virtudes,

De crimen o de aflicción?

¿Qué le vale todo un siglo

De penitencia o de amor,

La corona o la cadena

Que en este mundo arrastró,

Si el hombre que la llevaba,

Al salir de esta mansión,

Como una máscara inútil

Despechado la arrojó?

En vano la he demandado

Por la infamia o el blasón

Del dueño que en ese osario

Entre el polvo la olvidó.

Su vago mirar me espanta,

Su sonrisa me hace horror,

Y su boca tiene ahogada

En su garganta la voz.

¿Qué espera? Tal vez lo ignora.

Ahí está al aire y al sol,

Eternamente riendo

De cuanto pasa y pasó,

Al borde de la vereda

Que conduce al panteón,

Diciendo a cada viajero

Con eterna risa:-¡Adiós!

Las hojas secas

A mi madre

Dicen que todo al fin se desvanece,

Todo pasa, se olvida, pierde y borra..

Yo no soy infeliz, mas vivo triste,

Y un torcedor arrastro en mi memoria.

Un templo, un bosque, un ave que pasando

Cruza en el viento descarriada y sola,

Presan mi corazón, y a mis pupilas

Solitaria una lágrima se asoma.

Pláceme ver un claro riachuelo

Lamer su orilla con azules ondas,

Y al resplandor del trémulo sepulcro

Sentir la fuente murmurar sonora.

Pláceme ver, tras el opuesto monte,

Hundir al sol su faz esplendorosa,

Y despedirle desde el hondo valle

Al compás de las aguas y las hojas.

Y pláceme en paseos solitarios,

En dulces sueños delirando sombras,

Perderme en la floresta sin camino

Ideando quiméricas historias.

La mía es triste, cansa y no interesa;

Sin aventuras intrincadas, corta;

Es una historia solamente mía,

Como otras muchas que a la vez se ignoran.

Es la historia de un sueño fatigoso,
En que nada sucede, nada importa;
No se comprende, pero no se olvida,
sus vagos recuerdos nos acosan.

Yo la recuerdo con vergüenza siempre,
Temo profundizarla, y sus memorias,
Como gotas de mágico veneno,
Caen en mi corazón una tras otra.

¿Qué os hicisteis, dulcísimos instantes
De mi infancia gentil? ¿Dó están ahora
Los labios de coral que me colmaron
De blandos besos que mis ojos lloran?

¿Dó está la mano amiga que trenzaba
Las hebras mil de mi melena blonda,
Tejiéndome coronas en la frente
De azucenas silvestres y amapolas?

Era ¡ay de mí! mi madre; alegre entonces,
Tranquila, amante, como el alba hermosa;
Jamás me ha parecido otra hermosura
Tan digna de vivir en mí memoria.

Apartaos, impúdicas quimeras;
Más os detesto cuanto más vosotras

Tenaces me seguís; ya no sois nada,
Cesó el festín, rompiéronse las copas.

Ella es mi madre; sus ardientes besos
Con vuestra vil presencia se inficionan;
Idos en paz, que el llanto de sus ojos,
Del alma impura vuestra imagen borra.,

¡Madre, te encuentro llorando!

¡Ah! ¡No atiendes a mis voces!

Mírame, ¿no me conoces?

¿Tan mudado, madre, estoy?

¿Tan pronto borrar pudieron

Mi rostro las desventuras?

¡Bebí tantas amarguras!.....

Pero al fin, madre, yo soy.

¡Cuán trémula está tu mano!

Tu corazón, ¡cuán opreso!

Madre, ¿no tienes un beso

Ni una queja para mí?

¡Lloras! Beberé tu llanto.....

Mas abrasan tus mejillas.....

Heme, madre, de rodillas

Avergonzado ante ti.

Apartas de mí los ojos;

Sufres viéndome, lo veo;
Mas estoy como está el reo,
Humillado ante su Dios.
Tornadme el rostro, señora,
Y aunque lo tornéis severo,
Aunque sea el favor postrero
Porque me ausente de vos.

Lo sé: receláis acaso
Que vendí vuestro cariño
Por el impúdico aliño
De otro amor más terrenal.
Este color de mi frente
Tal vez os parece impuro.....
¡Oh, Madre mía, os lo juro:
Me habéis comprendido mal!

Soñé, y me desvanecieron
Mis fatales ilusiones;
Sentí mis locas pasiones
Dentro de mi pecho arder.
La tempestad era horrible,
La noche lóbrega, densa,
La mar tormentosa, inmensa,
Mi barca débil ¿Qué hacer?

Lanzado al mar sin aviso,
Dejéme llevar del viento;
Sacóme el mar turbulento
A otra playa de ilusión;

Yo a lo lejos la miraba:
Y era una tierra tan bella,
Que el pasar, madre, por ella,
Fue terrible tentación.

Bebí el agua de sus fuentes,
Gocé el aura de sus flores;
Embriagado en sus amores,
En sus bosques me adormí;
Allí, el placer me esperaba;
Vos, en la opuesta ribera.....
Horrible tentación era,
Mas luché, madre, y vencí.

Tal vez en mi sien soñaba
Glorioso laurel naciente;
Yo lo arranqué de mi frente;
Pensaba en vos, y le hollé.
Allí quedó entre la arena,
Y, al lanzarle, dije: -Crece,
Que si mi sien te merece,
Más ansioso volverá.

En vano mis ilusiones

Me acosaron tumultuosas;

A las ondas procelosas

Me arrojó audaz, y volví.

Sin fuerza, sin esperanza,

Madre, en mi congoja fiera,

Ta imagen fue la postrera

Que guardó mientras viví.

¿Mas tú, inconsolable lloras

Sin atender a mis voces!

¡Mi vida! ¿No me conoces?

¿Tan mudado, madre, estoy?

¿Tan pronto borrar pudieron

Mi rostro las desventuras?

¡Bebí tantas amarguras!.....

Pero, al fin, madre, yo soy.

¡Mas no me escuchas! ¡Llorando,

La faz amorosa escondes!

Te llamo y no me respondes:

¡Tanto, madre, te ultrajé!

Te entiendo, por fin: yo solo

No basto ya a consolarte;

Me será fuerza dejarte,

Y a la mar me volveré.

Mas oye: Es el otoño; rebramando,
El ábrego los árboles sacude;
De rancos cuervos el siniestro bando,
A los peñascos cóncavos acude.

Brilla sin fuerza el sol en Occidente,
Y allá en la falda de espinoso risco,
Guía el pastor, con paso indiferente,
Las humildes ovejas al aprisco.

Seco el follaje de la selva umbría,
De sus verdes doseles se despoja;
Y al empuje de ráfaga bravía,
El bosque se desnuda hoja por hoja.

El ábrego las huella y arrebatá,
Las arrastra en revuelto torbellino,
Ciega en la fuente la serena plata,
Borra los lindes del igual camino.

Triste fantasma del verjel ameno
Y esqueleto fantástico, semeja
Cada desnudo tronco, un día llano
De la sombra magnífica que deja.

Flores, ¿en dónde estáis? Y ¿dó se escoden

Los céspedes que amenos os cercaban?

¿Cómo los ruiseñores no responden

Al son de las alondras que pasaban?

¿Qué es del arrullo de la mansa fuente

Donde a beber bajaban las palomas?

¿Qué es del aura que erraba suavemente

Cargada de suspiros y de aromas?

Las galas del Abril se marchitaron,

Los céfiros errantes se extinguieron,

En ayes los murmullos se tornaron,

Y anchos arroyos las corrientes fueron.

Todo pasó. En el valle pantanoso

Hay en vez de una fuente una laguna,

Y en las ramas del álamo pomposo,

Las hojas se desprenden una a una.

Así, madre, van mis días,

Con las hojas de consuno,

Desprendiéndose uno a uno

Al vaivén de la pasión.

Y así van las ilusiones

De mi esperanza importuna,

Desprendiéndose una a una

De mi seco corazón.

Como esas hojas marchitas

No volverán a su rama;

El cierzo las desparrama,

La lluvia las pudrirá.

Como el bosque queda triste,

Y silencioso y desnudo,

Seco y solitario y mudo

Mi corazón siento ya.

Esas hojas amarillas

Que ayer nos prestaron sombra,

Ni aun las querrá por alfombra

El tornasolado Abril;

Míralas, madre, cuál ruedan

Entre la arena perdidas,

Holladas y sacudidas

Por el aura más sutil.

Eso son nuestras creencias,

Nuestras míseras ficciones;

Eso son nuestras pasiones,

Nuestra vida terrenal:

Nacen, dan sombra un instante,

Suenan, se mecen, se cruzan,

Caen, ruedan, se desmenuzan,

Y las lleva el vendaval.

Si ellas al rápido soplo

Del cierzo desaparecen,

Otras en el árbol crecen

Y se apiñan otra vez;

Mas yo iré, cual hoja seca

Por el viento desprendida,

Arrastrando de mi vida

La juventud, la vejez.

Y el negro remordimiento

Irá por doquier conmigo,

Como verdugo y testigo

De mi perdurable afán.

Y cuando a su vieja llama

Encanezcan mis cabellos,

Madre, debajo de aquéllos

Jamás otros nacerán.

Porque estas hojas errantes

que por mi memoria vagan,

Estos recuerdos que amagan

No dejarme hasta morir,

Hojas secas de mí mismo,

Que arrancadas de mi centro,

A mí asidas las encuentro

Sin poderlas desasir,

No pasarán como pasan,

Esas hojas del otoño;

O tienen otro retoño,

Mas tampoco tendrán fin;

Sopla el viento y no las lleva,

Cae la lluvia y las perdona;

Igualmente las abona

El desierto y el jardín.

Dicen que todo al fin se desvanece,

Todo pasa, se olvida, pierde o borra.....

¿Soy infeliz? No sé. Mas vivo triste

Y un torcedor arrastro en mi memoria.

Madre, ¿creerás también que todo pasa

Como en alas del ábrego las hojas,

Como del vago céfiro los ayes,

Como del mar las fugitivas ondas?

¿Crees tú que pasarán para tu hijo,

Como del bosque la agostada pompa,

Tus recuerdos, tu amor, tu sacra imagen,

Que todo el corazón le ocupa sola?

¿Crees, madre, que al huir desesperado

A playas extranjeras y remotas,

Corre tras la molición y los placeres,

Busca una libertad cínica y loca?

¿Crees tú que anhela, en climas apartados,

Libre gozar su juventud fogosa?

¿Crees que, olvidado de su madre, viva?...

Quien lo dijo, mintió, madre y señora,

Doquier que arrastre su existencia inútil,

Suerte feliz o mísera le acorra,

Ya duerma en los harapos del mendigo

Ya en blanda pluma de opulenta alcoba,

Ya espero un porvenir sin esperanza,

Ya circunde su sien verde corona,

En la mazmorra, en el alcázar madre,

Dondequiera que aliente, allí te adora.

Que es mi pecho tu altar, y aquí tu imagen

Nunca pasa, se olvida, pierde o borra,
Como pasan al aire del otoño,
Del bosque umbrío las marchitas hojas.

A Blanca

Despierta, Blanca mía,
Que ya brillante y clara,
A largo andar se viene
Riendo la mañana.

Despierta, que ya alegres
Los ruiseñores cantan
Sus amorosas letras
Saltando entre las ramas.

Despierta, Blanca hermosa,
Y al bosque ameno baja,
A dar al campo enojos
Y avergonzar al alba.

Y baja sin recelo,
Que quien aquí te aguarda
No ha de cansarte, hermosa,
Contándote batallas.

No de su noble stirpe
Los títulos y hazañas

Te contará altanero,
Ni necias antiguallas.

Ni te dirá en prolijas
Razones estudiadas,
Costumbres y opulencias
De tierras más lejanas.

Ni en versos lastimeros,
Al ronco son del arpa,
Lamentará, fanático,
Desastres de su patria.

No; lejos de nosotros
Creencias tan livianas,
Estúpidos ensueños
Que son al cabo nada.

Despierta y ven al bosque,,
Donde te espero, Blanca,
Por verte más hermosa
Que el sol que se levanta.

Aquí hay sombríos lechos.
Con que la hierba blanda
Convida, al son acorde
De fuentecilla mansa.

Aquí las mariposas
Sobre la frente vagan,
Y las pintadas flores
Revientan en fragancia.

Y bullen los arroyos,
Y murmuran las ramas,
Al compasado impulso
De las sonantes auras.

El sol tiñe las cimas
De las rocas lejanas,
Cubiertas de rocío
Sus asperezas calvas.

Aquí todo es contento,
Seguridad y calma.
¡Oh! Ven, paloma mía,
A la floresta baja.

¡Oh! ¡Cuán hermosa viene!
¡Qué bella estás, mi Blanca!
Cantad, parleras aves,
Cantad y saludadla.

Te tengo entre mis brazos.
¿Qué espero? ¿Qué me falta?
La dicha de mirarte

Me enajena y embriaga.

Y... lejos de nosotros

Los mundanos fantasmas,

La gloria y el renombre,

La grandeza y la patria.

Locuras, Blanca mía,

Ridículas palabras;

La gloria y la grandeza

Son ilusiones vanas.

¿Te ríes, vida mía?

¿Recuerdas aún las lágrimas

Que un día por la gloria

Vertí sin esperanza?

¡Oh Blanca! Era otro tiempo:

Ya más segura el alma,

No soy más que un poeta

Que ocio y placeres canta.

¿Aun ríes? Cómo brillan

Tus pupilas Me abrasa

No sé qué fuego en ellas.....

¡Oh, dame un beso, Blanca!

La gloria es un ensueño,

Todo en la tierra pasa;
Dame un beso y, si quieres,
Rompe mi lira, Blanca.

Canción

Triste canta el prisionero
Encerrado en su prisión,
Y a sus lamentos responde
Su cadena en triste son.
Abrele ¡oh viento! camino a la voz.

Van mis horas, van mis días
Mi esperanza carcomiendo;
El valor va sucumbiendo,
Vase helando el corazón.
Cuanto espero, desespero,
Que en destierro tan tirano
Sólo escucha el viento vano
Mi cantar y mi aflicción.
Abreme ¡oh viento! camino a la voz.

Si a tu oído, vida mía,
Mi canción llegar pudiera,
Yo sé bien que no muriera
Al rigor de mi prisión.
Mas tú gozas descuidada,

De mis cuitas bien ajena,
Mientras ronca mi cadena
Me acompaña en triste son.
Abreme ¡oh viento! camino a la voz.

¡Cuántas veces, despertando
Por el cristal del deseo
Me imagino que te veo
En amorosa ilusión!
Yo te llamo y te acaricio,
Los brazos audaz te tiendo,
Mas tú me huyes, y yo entiendo
¡Ay de mí! que sueños son.
Abreme ¡oh viento! camino a la voz,

Ríe y canta, y goza y vive,
Mientras sueño, y canto, y lloro
Los hechizos que en ti adoro,
Vida y sol del corazón.
Aquí, en tanto, hermosa mía,
¡Norte y faro de mis ojos!
Al rigor de tus enojos,
Y al dolor de su pasión,

Triste canta el prisionero
Encerrado en su prisión,

Y a sus lamentos responde
Su cadena en ronco son.
Abrele, viento, camino a la voz.
El crepúsculo de la tarde

Sentado en una peña de este monte
Tapizado de enebros y maleza,
Estoy viendo en el cárdeno horizonte
Reverberar el sol en su grandeza.

Y allá esconde su luz tras la colina,
Y se cree que su sombra nos oculta
Otra región luciente y cristalina
Do airado el sol su púrpura sepulta.

Arde la cima; el horizonte extenso
Trémulo brilla con purpúrea lumbre;
Un mar de grana le circunda inmenso,
Y un piélago de sol flota en la cumbre.

El sol se va; su rastro luminoso
Ha quedado un instante en su camino:
¿Quién seguirá en su curso misterioso
La infinita inquietud de su destino?

El sol se va; la sombra se amontona;
Las nubes en opacos escuadrones

Avanzan al ocaso, y se abandona
La atmósfera a sus rápidas visiones.

Si es que despiden a la luz del día,
Si atropellan la luz porque se acaba,
Si son cifras de paz o de agonía,
Desde el Sumo Hacedor nadie lo sabe.

El sol se va; las nieblas se levantan;
Los fuegos del crepúsculo se alejan;
Murmura el árbol y las aves cantan;
Y ¿quién sabe si aplauden o se quejan?

Gime la fuente, y silban los reptiles
Que guarda entre sus algas la laguna,
Y las estrellas por Oriente a miles
Trepan en pos de la inocente luna.

El sol se va; ya en ilusión tranquila,
De aérea nube entre el celaje gayo
Que tras su lumbre con afán se apila,
Desmayado pintó su último rayo.

Adiós, fúlgido sol, gloria del día!
Duerme en tu rico pabellón de grana;
Ora nos dejas en la noche umbría,
Pero radiante volverás mañana.

Húndete en paz, ¡oh sol! que yo te espero;

Yo sé que volverás de esas regiones

Do allende el mar, como a inmortal viajero,

Te esperan otro mar y otras naciones.

Y te esperan allá porque allá saben

Que al hundirte en la playa más lejana

Les dejas en tinieblas porque alaben

La nueva luz que les darás mañana.

Yo sé que volverás, ¡luz de los cielos!

Y ese volcán con que tu ocaso llenas

Del alba al desgarrar los tenues velos,

Cinta será de blancas azucenas,

Ve en paz, y allá te encuentres bulliciosa

Otra feliz desconocida gente,

Que ora tal vez pacífica reposa

A la luz de la luna transparente.

Ve en paz, ¡oh rojo sol! si allí te esperan:

Que allí, tras otros mares y otros montes,

Derramados tus rayos reverberan

En otros infinitos horizontes.

Tú alumbras las recónditas riberas

Donde una gente indócil y atezada

Alza en medio de bosques de palmeras

Las tiendas en que duerme descuidada.

Tú alumbras las medrosas soledades
Donde no crecen árboles ni flores,
Donde ruedan las roncadas tempestades
Sobre un vasto arenal sin moradores.

Tú alumbras en sus márgenes cercanas
Un pueblo altivo que a tu luz vasallo
Te muestra sus bellísimas sultanas
En el secreto harán de su serrallo.

Tú ves el blanco y voluptuoso seno
De la europea en su niñez cautiva,
El rojo labio de suspiros lleno,
La frente avergonzada, pero altiva.

Tú ves la indiana de ébano orgullosa
Con su tostada y vívida hermosura,
Que entre dos labios de encendida rosa
Asoma de marfil su dentadura.

Tú alumbras esas danzas y festines
En que negras y blancas confundidas
Unas de otras se ven en los jardines
Cual sombra de sus cuerpos desprendidas.

Tú alumbras los recuerdos portentosos

De Atenas, de Palmira y Babilonia,
Y a par te esperan, de tu lumbre ansiosos,
Monstruos de Egipto y cisnes de Meonia.

Te esperan las cenizas de Corinto,
Las playas olvidadas de Cartago,
Y del chino el recóndito recinto,
Y el salvaje arenal del indio vago.

Te esperan de Salén los rotos muros,
Del muerto mar los ponzoñosos riscos,
Que de los pueblos de Gomorra impuros
Son a la par sepulcros y obeliscos.

Tú sabes dónde están las calvas peñas
En donde los primeros cenobitas,
De Cristo tremolaron las enseñas,
Alcázares tornando sus ermitas.

Tú sabes el origen de las fuentes,
Los mares que no surcan raudas velas,
En qué arenas se arrastran las serpientes,
Y en qué desierto vagan las gacelas.

Tú sabes dónde airado se desata
El ronco y polvoroso torbellino,
Dónde muge la excelsa catarata,

Por dónde el hondo mar se abre camino

Mas ya en tu ocaso tocas y te alejas;

Ante ese inmenso pabellón de grana,

Cuán ciego sin tu luz ¡oh sol! me dejas....

Mas vete en paz, que volverás mañana.

¡Mañana! ¡Y en tanto crecen

Esos fantasmas de niebla

Con que el ambiente se puebla

En fantástico tropel!

Y se agolpan esas nubes

Que acaso al sol atropellan,

Se confunden y se estrellan,

Despeñándose tras él.

¡Mañana! Y de aquesta sombra

Entre el denso opaco velo,

No veo. el azul del cielo,

Valles, ni montes, ni mar.

¡Mañana! Y ora encerrado

En esta atmósfera oscura,

Sé que existe la hermosura,

Sin poderla contemplar.

¡Mañana! Y en esta noche

Tan tenebrosa en que quedo,

Me acongojan y dan miedo

La noche y la soledad;

Doquier que vuelvo los ojos,

Doquier que tienda una mano,

Miro y toco el ser liviano

De la negra oscuridad.

Siento que a mi lado vagan

Fantasmas que no conozco;

Veo luces que se apagan

Al intentarlas seguir;

Percibo voces medrosas

Que entre la niebla se pierden,

Sin saber lo que recuerden

Ni lo que intenten decir.

Siento herirme la mejilla

Un soplo vago y errante,

Como un suspiro distante

De alguien que pasa por mí.

Tiemblo entonces, temo y dudo;

Mis años y mis momentos

Me tienen mis pensamientos

En estrecha cuenta allí.

¿Qué negro sueño es aquéste,

Qué delirio el que padezco?

Esta sombra que aborrezco,

¿Cuándo pasa? ¿Adónde va?

La siento sobre mi frente

Que en masa gigante rueda,

Y siempre sobre mí queda,

Siempre ante mi vista está.

En la sombra, me dijeron,

Se delira y se descansa,

El pesar duerme y se amansa,

La aflicción toca en placer:

En la sombra estamos solos,

No nos oyen ni nos miran,

Todos los ecos conspiran

Nuestro mal a adormecer.

Mas yo aquí conmigo mismo,

Oigo y veo, toco y siento

A mi propio pensamiento

Y a mi propio corazón:

No estoy solo, no descanso,

Me oyen, me ven, no deliro.....

Y estos fantasmas que miro,

¿Qué me quieren? ¿Quiénes son?

Oigo el agua que murmura,

Siento el aura que se mueve,

Miro y toco, y sombra leve

Hallo sólo en derredor;

Busco afanoso, y no encuentro;

Pregunto, y no me responden:

¡Ay! ¿Dó están, y dó se esconden

Los consuelos del dolor?

No sé; que el cielo encapotan

Esas nubes cenicientas

Que se arrastran turbulentas

Por la atmósfera sutil;

No sé....; mas siento que todos

Los recuerdos de mi vida,

En tropa descolorida

Me asaltan de mil en mil.

No sé; porque ¡no es reposo

Este nocturno tormento

Que el escuadrón macilento

De mis recuerdos me da!

¡Tantas imágenes bellas

Que giran en mi memoria!

¡Tantas creencias de gloria

Que son ilusiones ya!

Flores marchitas del tiempo,

De olor exquisito y sumo,

Que pasaron como el humo,

Que no volverán jamás.....

Sol, tú has hundido tu frente

Tras la espalda de ese monte;

Mañana en el horizonte

Otra vez te elevarás.

Sol, ¡mañana más radiante,

En los brazos de la aurora

Tornará tu encantadora

Soberana esplendidez!

Sol, tú ruedas por los cielos;

Mas por el cielo que pueblas,

Yo tropiezas con las nieblas

De esta vaga lóbreguez.

Sol, tú vuelves más sereno

De tu viaje cotidiano;

Sol, tú no esperas en vano

Que volverás desde allí.

Sí, tú volverás mañana;

Mas al, tocar en tu Oriente,

¿Sabes tú, sol refulgente,

Si mañana estaré aquí?

Mas vota en paz, ¡oh sol! baja tranquilo

Por ese rastro de esplendente grana:

Yo en esta roca buscará un asilo

Hasta que vuelvas otra vez mañana.

Me han dicho que en la noche silenciosa

Los espíritus vagan en el viento,

Que flotan en la niebla misteriosa

Sílfides blancas de aromado aliento,

Que las aéreas sombras bienhadadas

De los que eran aquí nuestros amigos,

Vienen sobre las brisas desatadas,

Del nocturno reposo a ser testigos.

Me han dicho que en los bosques apartados,

En las márgenes frescas de los ríos,

Por el agua y las hojas arrullados,

En torno de los árboles sombríos,

Danzan alegres, de su paz gozando,

Y a los que en vida, con afán querían,
Desde la turba de su alegre bando
Ilusiones dulcísimas envían.

Y dicen que esos son los halagüeños
Fantasmas que en la noche nos embriagan,
Esos los blancos y amorosos sueños
Que en nuestra mente adormecida vagan.

Tal vez será verdad; vendrán acaso
Nuestra vida a endulzar esas visiones,
Y de una estrella al resplandor escaso,
Entonarán sus mágicas canciones.

Sí; tal vez a sus madres amorosas
Colmarán de purísimos cariños
Las transparentes sombras vaporosas
De los risueños inocentes niños.

Tal vez venga el esposo enamorado
Al triste lecho de la esposa viuda
A darla en paz el beso regalado
Que en su labio agostó la muerte ruda.

Tal vez sean en voz esos suspiros
Con que la oscura soledad resuena,
Y en aliento esa brisa a cuyos giros
Mansa murmura la floresta amena

Tal vez será verdad; pero a mí ¡triste!

Que no me vela amante y cuidadosa

Esa sombra que a alguno en paz asiste,

Amigo, hermano, idolatrada esposa;

A mí, que no me cercan esos vagos

Benéficos fantasmas de la noche,

Que en las ondas se mecen de los lagos,

o de la flor en el cerrado broche;

A mí ¡triste de mí! no me acompañan

Esas sombras de amor, blancas y bellas,

Porque mi adusta soledad extrañan,

Porque yo velo mientras vagan ellas.

Yo no tengo una madre ni un amigo

Que deje los alcázares del cielo,

Y en nocturna visión venga conmigo

A prestarme en mi afán calma o consuelo

Yo, a quien los suyos ofendidos lloran,

A quien no deben más que su amargura,

Recelo de los mismos que ¡no adoran,

Temo el misterio de la sombra oscura.

No hallo en ella ni sílfides, ni magas,

Que en esas solitarias ilusiones

Sólo siento en redor torvas y vagas

Las memorias de hiel de mis pasiones.

No quiero sombra. ¡Oh noche, te aborrezco!

Odio la luz de tu tranquila luna,

Ante tus bellas sombras me estremezco,

Porque no tienes para mí ninguna.

Yo espero al sol; baja refulgente,

Revestido de pompa soberana;

Yo espero al sol, que por el, rojo Oriente

Vuelve a nacer espléndido mañana.

Yo amo la luz, y el cielo, y los colores,

Detesto las tinieblas, amo el día;

Todas en él las auras son olores,

Todos en él los ruidos armonía.

Entonces reverbera el manso río,

Abren su cáliz rosas y azucenas,

Y las lágrimas puras del rocío

Bordan sus hojas, de perfume llenas.

Yo espero al sol; entonces se levanta

L tierra a saludarle perezosa,

Y el ruiseñor entre los olmos canta,

Y llena blando son la selva umbrosa.

Yo espero al sol, porque su luz gigante
Me deslumbra y embriaga y enloquece,
Y al seguirle en su curso rutilante,
Mi pesar en el pecho se adormece.

Sol..., ¡inmortal y espléndido viajero!
Yo como tú me perderé sin tino,
Iré, desconocido pasajero,
Sin término vagando y sin camino.

Ya bramen los revueltos temporales,
Ya murmuren las brisas perfumadas,
Ya cruce por desiertos arenales,
Ya me pierda en florestas encantadas;

En los mullidos lechos de un serrallo,
En la triste mansión de una mazmorra,
Altivo triunfador, servil vasallo,
Negra fortuna o liberal me acorra,

Te buscaré a través de las cadenas,
Bajo los ostentosos pabellones,
Del río por las márgenes amenas
Y a través de los rotos murallones.

Yo buscaré tu lumbre soberana
Del mar tras los cristales movedizos,

Y soñando a los pies de una sultana,
En la espiral de sus flotantes rizos.

Y tal vez de un proscrito los cantares
Desde unas costas lúgubres y solas,
Lleguen, cruzando los inmensos mares,
A sus queridas playas españolas.

¡Feliz entonces si a la fin pasados
Mis locos, criminales extravíos,
De mis fúnebres cánticos tocados,
Les merezco una lágrima a los míos!

Conjuraré a los céfiros ligeros
De aquellas selvas a la mar vecinas,
Y a los rápidos bandos pasajeros
De las sueltas y pardas golondrinas.

Que ingrato a cuanto amé, solo y perdido,
Un verdugo alimento en mi memoria;
Y para hundirla entera en el olvido,
Loco deliro un porvenir de gloria.

Gloria o sepulcro ¡oh, sol! busco anhelante;
Gloria o tumba tendrá mi audacia insana.

Si buscas mi destino, ¡oh sol radiante!

Yo estaré aquí; levántate mañana.

A un águila

Oda

Sube pájaro audaz, sube sediento

A beber en el viento

Del rojo sol a esplendorosa lumbre;

Sube batiendo las sonantes alas,

De las etéreas salas

A sorprender la luminosa cumbre.

Bien hayas tú, que ves osadamente

Los cielos frente a frente,

Y de cerca a tu Dios, ave altanera;

Y que si el ronco torbellino crece,

Vigoroso te mece,

Siendo un impulso más a tu carrera.

¿Qué te importa que el sol ni el torbellino

Crucen por tu camino,

Si en vuelo altivo y temerario arrojo

La tormenta te riza mansamente,

Y el sol resplandeciente

Como precisa luz vibra en tu ojo?

¿Qué te importa de pájaros la ansiosa

Confusión tumultuosa,

Que se afana en subir cuando tú subes

Si a su impotente y torpe movimiento

Fuerza le falta y viento,

Cuan tu vuelo real hiende las nubes?

¡Salve, oh tú de la atmósfera señora,

Aguila voladora,

Que abandonando nuestra tierra oscura,

Emperatriz del viento te levantas,

Y solitaria cantas

De los lucientes astros la hermosura!

Tal vez escuches en tropel sonoro

Las cítaras de oro

De los santos y célicos festines;

Y tal vez mires en distancias sumas

Las espléndidas plumas

De los blancos y errantes serafines.

Tal vez oyes ¡oh reina soberana!

El infinito Hosanna,

Y en torno al cielo respetuosa giras,

Y en el cóncavo ambiente solitario

Del místico incensario

El ámbar celestial libre respiras.

Y tal vez los espíritus errantes

Que arrastran rutilantes

Esos soles que ruedan en la esfera,
En cariñosa voz y amago blando,
Te acarician pasando
Al encontrarte siempre en su carrera.

¡Bien hayas tú, del sol y el viento amiga,
Del esfuerzo y fatiga,
De arcángeles tal vez acariciada!
¡Bien hayas tú, que despreciando el suelo,
Pides osada al cielo,
Libre, tranquila y liberal morada!

¡Bien hayas tú, que lejos del inmundo
Pantano de este mundo,
No sientes el dolor de los que lloran,
Ni el vergonzoso son de las cadenas,
Ni las de angustia llenas
Quejas sin fin de los que ayuda imploran!

Ni oyes la ronca voz de la impía guerra
Que ensordece la tierra
Y escribe en lanzas sus sangrientas leyes,
Ni del vasallo el desvalido lloro
En derredor del oro
Que brilla en el alcázar de su reyes.

Bien haces en quedarte en esa altura,

Recinto de ventura,
Aguila emperatriz, hija del viento,
Y dejarnos aquí ya que no osamos,
Pues cobardes lloramos,
Gozar tu libertad por tu ardimiento.

Déjanos, sí, que esclavos de otros dueños,
En indignos empeños
Las ajenas hazañas aplaudamos,
Y al ajustar nuestras contiendas fieras,
Las ajenas banderas
Y el extranjero pabellón sigamos;

Mientras cruzando la región vacía,
Tú en infinito día
La farsa ríes de la humana gente,
Y al son de sus dementes alaridos
Registras los perdidos
Vaporosos espacios del Oriente.

Tú desde allí, en las ráfagas mecida,
Segura y atrevida
Contemplas la mezquina y baja tierra,
La miseria del hombre y su inmundicia,
Su orgullo y su injusticia,
Sus vanos triunfos y ominosa guerra.

Tú, ave de libertad y de victoria,
Del aire y del sol gloria,
Desde la calva inmensurable peña
Ves cómo se abre trabajosa calle
Por el angosto valle
La armada gente tras la rota enseña.

Césares, Alejandro, Napoleones,
Dieron a sus legiones
Tu vencedora imagen por bandera;
Y tú en el viento, sin temor ni vallas,
Al son de sus batallas
Te adormistes ufana y altanera.

Y en vano con tu sombra se escudaron,
Que a la fin tropezaron
En Roma, y Babilonia, y Santa Elena;
Y allí vencidos, la cerviz hundieron,
Mientras al morir te vieron
Rasgar el viento a ti libre y serena.

¡Salve, reina del viento generosa,
Aguila poderosa,
Ave del sol y de la luz querida!
¡Salve, y pluguiera que en tu raudo vuelo
Tregar pudiera al cielo
Una esperanza de mi amarga vida!

¡Oh, si alcanzara, cándida María,
Perdida gloria mía,
A enviarte con ese águila un suspiro!
¡Si alcanzara esa osada mensajera
A decirte siquiera
Que aun por tu solo amor canto y respiro!

¡Ay, fresca rosa que abrasó el estío,
Perdido encanto mío,
Tierna, amorosa y muerta ya María!
¿En qué aura vaga tu fragante aroma?
¿En qué escondida loma
Me velas hoy tu cáliz, vida mía?

Tórname, hermosa, el rostro soberano.
Y tiéndeme tu mano,
Y dime dónde estás, para mirarte,
Para que tengan luz los ojos míos,
Y se acallen bravíos
Los duelos de mi vida al adorarte.

Vuela, pájaro audaz, águila erguida,
Por la región perdida
Donde espléndido el sol alza su Oriente;
Y si aun es dado a tu gigante vuelo
Escudriñar del cielo

La ignorada mansión resplandeciente,

Busca a mi vida y dila que aun la adoro,
Y dila que aun la lloro
Al ronco son de la cansada lira;
Pregúntala si lejos de esta tierra,
En ese que la encierra
Alcázar celestial, por mí suspira.

Los Césares así y los Napoleones
Leguen a sus legiones
Tu vencedora imagen por bandera,
Y tú en el viento, sin temor ni vallas,
Al son de sus batallas
Duermas ufana, libre y altanera.

Sube, pájaro audaz, sube sediento
A beber en el viento
Del rojo sol la esplendorosa lumbre;
Sube batiendo las sonantes alas,
De las etéreas salas
A sorprender la luminosa cumbre.

No te importe que el sol y el torbellino
Crucen por tu camino;
Sigue tu vuelo en temerario arrojo,
Que el huracán te riza mansamente,

Y el sol resplandeciente
Como precisa luz vibra en tu ojo.

Y si por caso encuentras en el viento
Mi lastimero acento,
Sigue cruzando a las etéreas salas,
Que los roncos preludios de mi canto
Son los ayes del llanto
Que me arranca la envidia de tus alas.

Oriental

Larga y pesada es la noche
Si de un cerrado balcón
Al pie, se aguarda la lumbre
De un enamorado sol;

Si a oscuras en una calle
No se siente en derredor
Más que del aura perdida
El interrumpido son.

Larga y pesada es la noche
Para el despierto amator
Que acecha una blanca mano
Que tal vez le hace traición,

Mientras la diestra al estoque,

Ebria el ánimo de amor,

De rival desconocido

Recela la condición.

Larga y pesada es la noche

Para quien tanto aguardó,

Que el alba por el Oriente

Viene a ahuyentar su pasión.

Muy larga para el mancebo

Que en Córdoba penetró,

De los ojos de una mora

Enredado en la prisión.

Está el cristiano apoyado

En las rejas donde vio,

Mientras que lloró cautivo,

A la prenda de su amor.

Y en vano a su doble seña

Una respuesta aguardó;

Las celosías tuvieron

Siempre velado el balcón.

Mas viendo que a largos pasos

Veníase alzando el sol,

Entre amorosos suspiros

Así dijo a media voz:

«He llamado a tu ventana,

Mi sultana,

Siempre fiel a mi pasión,

Y enojado me despido,

Pues dormido

Encontré tu corazón

»Adiós, mi dulce señora,

Ingrata mora,

Que pues más no he de venir,

Bien harás, de mí olvidada,

Descuidada,

En largo sueño dormir.

»No esperes, no, que tu mano

Vuelva ufano

Enamorado a buscar,

Clavando del foso oscuro,

Sobre el muro,

Una escala en que bajar.

»No esperes que en larga vela,

Centinela

De tu cerrado balcón,

Aguarde ya entretenido,

Si dormido

He de hallar tu corazón.

»No esperes, no, que combata,

Mora ingrata,

De tu celosía al pie,

Mientras en otros amores

Tus favores

Gozando un rival esté.

»Que si a mi voz no respondes,

Porque escondes.

Otro amor para mi amor,

Guarda los lances y cuitas

De tus citas

Para quien ha tu favor.

»Quédate, aunque yo te amaba,

Por esclava

De un señor y de un harén,

Y muera con tu hermosura

La ventura

De tu existencia también.

»Adiós; duerme, mi sultana,

Y tu ventana,

Testigo de mi pasión,

Te diga si he conocido

Cuán dormido

Estaba ta corazón.»

Y así el mancebo diciendo,

De sus celos al furor,

De un tajo las celosías

Con la espada derribó.

Saltó del lecho la mora

A tan descompuesto son,

Y asomándose a la reja,

Quién era le preguntó.

Mas él, a larga distancia

Revolviendo un callejón,

Tornó la espalda diciendo:

«Dormid en paz, que soy yo.»

Canción

Música del Sr. D. S. Iradier.

CORO

¡Orgía, dadme flores!

¡Orgía, dadme amores!

La vida es un sueño,

Y el mundo un festín.

El tiempo nos roba

Las horas más bellas;

Romped las botellas

Y al baile venid,

Que al son que murmura

La danza insegura,

Sueño es de ventura

La vida feliz.

¡Orgía, dadme flores!

¡Orgía, dadme amores!

La vida es un sueño,

Y el mundo un festín.

Soñemos gozando

Fortuna tan vana,

y el sol de mañana

Que vea al salir,

Que al son de la orquesta

Danzando en la fiesta,

No es carga funesta

La vida feliz.

¡Orgía, dadme flores!

¡Orgía, dadme amores!

La vida es un sueño,

Y el mundo un festín.

Diránnos mañana

Que somos ceniza,

Que es dicha postiza

La de este vivir;

Mas hoy gozaremos,

Dichosos seremos,

En tanto olvidemos

Origen tan vil.

¡Orgía, dadme flores!

¡Orgía, dadme amores!

La vida es un sueño,

Y el mundo un festín.

Bailemos, bebamos,

La vida es muy corta,

Tal vez nos importa

Pasarla feliz;

Y si al fin perdida

Se llora la vida,

Gozando se olvida

Tan lúgubre fin.

¡Orgía, dadme flores!

¡Orgía, dadme amores!

La vida es un sueño,

Y el mundo un festín.

Venid a mí brillantes ilusiones
Que engalanáis la juventud ardiente;
Dadme, dadme fantásticas visiones
Con que embriagar la mente.

Suéñelas yo en mi necio desvarío,
Y en vistoso tropel pasen risueñas,
Como la espuma de sonante río
Resbala entre las peñas.

Dejadme, aunque ficción, ver a lo lejos
Esa radiante luz de la esperanza,
A cuyos ricos trémulos reflejos
Un porvenir se alcanza.

Y apartad de mi mente esos crespones
Que enlutan cuanto sueño y cuanto miro,
Que tornan al compás de mis canciones
En lúgubre suspiro.

Yo, que cruzo feliz, libre y contento,
De la existencia el áspero camino,
Que ayudado tal vez de noble aliento,
Cantar es mi destino,

¿Por qué al herir ufano el arpa de oro
En amoroso son, lanza perdido,
En vez de canto espléndido y sonoro,
Fatídico gemido?

Y es en vano buscar cuanto risueño
Natura por doquier pródiga brota;
De su ventura a mí tenaz empeño,

He querido cantar, radiante y puro,
Al esplendente sol, y apelmazado,
Sorbiendo el día nubarrón oscuro,
Su disco me ha robado.

Quise cantar las danzas inocentes,
Los cándidos placeres campesinos,
Y de muertas naciones insolentes
Lamentó los destinos.

Quise cantar del águila altanera
El imperial y soberano vuelo,
Y profano, llegué tras su carrera
A llamar en el cielo.

Quise cantar cascadas y jardines,
Los brindis y el placer, y ensangrentado,
Hice girar en torno a los festines
El féretro enlutado.

Quise cantar de púrpura y de llores
La senda del vivir entapizada,
Y caminé entre abrojos punzadores
Hasta el mar de la nada.

Mis cántigas de amor, lamentos fueron,
Y ningún amador se holgó con ellas;
Blasfemias, mis plegarias se volvieron,
Y mis himnos, querellas.

Embriagado cantó la amistad santa,
Soñé fraternidad, y huyó el amigo,
¡Que lleva al fin quien desventuras canta,
La soledad consigo!

¿Dónde tornar los desolados ojos?
¿Dónde tender las alas del deseo?
Truécanseme las flores en abrojos,
Y es niebla cuanto veo.

Me dijeron acaso que el bullicio
Del loco mundo las tristezas cura.....
Cada sonrisa me costó un suplicio,
Doblando mi amargura.

Tal vez la calma el corazón consuela
De la sombría noche misteriosa.....

Las noches he pasado en larga vela,
En lucha congojosa.

Flores: ¿en dónde estáis, que no os encuentro?

Vago por el jardín, y nunca os hallo;

Las raíces tal vez estarán dentro,

Mas no asoman el tallo.

¡Fúlgido sol, espléndidas estrellas,

Melancólica luna: yo os adoro!

Y al bendecir vuestras antorchas bellas,

Mudo os contemplo y lloro.

No importa que la tierra brote flores,

El mar corales y los ríos peces,

Yo bendigo sus senos creadores,

Los adoro mil veces.

Pero al volver al Dios que los ha hecho,

Jamás me pareció ni mar ni tierra,

Más que un sepulcro, cuyo borde estrecho

Nuestra miseria encierra.

A Mariana

Canción

Limpia es la noche y callada,

La luna en el cenit brilla,

Como lámpara colgada
En recóndita capilla.
La brisa errante y serena,
Mansa suena
Meciendo árbol, hierba y flor,
Y el mundo, en descuido inerme,
Goza o duerme
Sus pesares o su amor.
Yo, constante en mi porfía,
Paso la noche sombría
Suspirando a tu ventana,
¡Mariana mía!
Mas si han de expirar mis quejas
En tus rejas,
No me las abras, Mariana,
Noche ni día.

¡Porque me es tan delicioso
Saber cuándo al fin te roba
Al necio mundo curioso
La oscuridad de tu alcoba!.....
¡Tan grato espiar atento
El momento
En que tu luz expiró,
Por poder decir ufano:

Ora, ¿qué vano

Favorito es como yo?

Me es tan dulce en mi agonía

Saber que en la noche umbría

Suspiro yo a tu ventana,

¡Mariana mía!.....

Mas si han de expirar mis quejas

En tus rejas,

¡Oh, no me la abras, Mariana,

Noche ni día!

Yo bien pudiera mentirte

Palacios, buques, caballos;

En luengas tierras decirte

Que me respetan vasallos;

Porque de tierras ignotas

Y remotas,

Fuera muy fácil mentir;

Mas decirte, aunque quisiera,

No supiera

Si me lo hubieras de oír,

Sino que en tenaz porfía

Paso la noche sombría

Suspirando a tu ventana,

¡Mariana mía!

Mas si han de expirar mis quejas

En tus rejas,

No me las abras, Mariana,

Noche ni día.

Yo no soy más que un poeta

Sin otro bien que mi lira,

Un alma al amor sujeta

Y un corazón que suspira;

Y aunque es verdad que hay algunos

Importunos

Que me aplauden mi canción,

Yo nunca he de hacerles caso,

Porque acaso

Hablillas del vulgo son.

Yo paso cantando el día,

Pero la noche sombría

Paso al pie de tu ventana,

¡Mariana mía!

Mas si han de expirar mis quejas

En tus rejas,

No me las abras, Mariana,

Noche ni día,

Cuando en tus cándidos sueños

Oír tal te vez parece

De compases halagüeños

El son que se desvanece,
No son los tenues lamentos
De los vientos,
Que murmuran al pasar;
No es el ruido de la fuente
Transparente,,
Sino el son de mi cantar.
Porque siempre en mi porfía,
Paso la noche sombría
Suspirando a tu ventana,
¡Mariana mía!
Mas si han de expirar mis quejas
En tus rejas,
No me las abras, Mariana,
Noche ni día.

¿Oyes la lluvia que cae,
Y el aura en sus hilos roto,
Que una voz triste te trae
Mientras tus vidrios azota?
No es la voz de la tormenta
Turbulenta
Que muge con el turbión;
Es el arpa que yo toco
Cuando evoco

Tu sueño con mi canción,
Porque siempre en mi porfía,
Yo velo en la noche umbría
Suspirando a tu ventana
¡Mariana mía!
Mas si han de expirar mis quejas
En tus rejas,
No me las abras, Mariana,
Noche ni día.

Y si al fin de duelo tanto,
De tan amorosas cuitas,
Te cansa el son de mi canto
Y te cansan mis visitas;
Si tu sueño o tus placeres
Ya no quieres
Que turbe importuno más,
Manda que rompa la lira
Que suspira
Tan amoroso compás;
Mas si has de salir impía
A maldecir mi porfía
Cuando lloro a tu ventana,
¡Mariana mía!
Deja que estelle mis quejas

En tus rejas,
Y no las abras, Mariana,
Noche ni día.
Oriental

No pude selle mudable
A aquella cuyo nascí.
Rom. gral.

I
Escucha, hermosa cristiana,
Mis amores,
No se estrellen mis dolores
En los vidrios de colores
De tu gótica ventana.

Años ha, bella señora,
Que tu vista encantadora,
Apetecida
De Córdoba en los jardines
Matóme por darme vida.
Y en tanto que te acataban
Y tus favores gozaban
Mil paladines,
Azarque, en inútil queja,
Tus esquiveces plañía
Llorando al pie de tu reja.

Escucha, hermosa cristiana,

Mis amores,

No se estrellen mis dolores

En los vidrios de colores

De tu gótica ventana.

¡Ah! ¡Qué importa que al Profeta

En adoración secreta

Yo bendiga,

Y adores tú al Nazareno,

Si en blanda coyunda amiga

Un solo amor nos uniera!

Cristiana más hechicera

Que el ameno

Paraíso, no te cura,

De las palabras del Conde,

Que han de ser mi desventura.

Escucha, hermosa cristiana,

Mis amores,

Yo se estrellen mis dolores

En los vidrios de colores

De tu gótica ventana.

II

Así de la luna al brillo

En tono blando y sencillo
Cantaba voz varonil,
Y del moro las querellas
Vertiendo lágrimas bellas
Oía dama gentil.

Abrió a medias su ventana,
Que con flores engalana,
La dama, y así cantó:
Triste su cántico, apenas
Perdido entre las almenas
Un solo instante vagó.

«Cristiana ¡oh moro! nací,
Y me matan con rigor
¡Ay de mí!
Mi religión y mi amor,
Y huyo a mi pesar de ti.
Huye de aquí.»

La voz se heló en su garganta,
Cayó y rompióse la lira,
Al moro extática mira,
Mas ya ni le ve ni canta.

No canta, que en llanto amargo,
Sobre el pecho la cabeza,

Ahoga tanta terneza

Un amoroso letargo.

«Por qué (dice desde el foso

El moro), bella cristiana,

Por qué me velas tirana

Ese rostro candoroso?»

La cristiana amada, en tanto,

Miraba y no le veía,

Sólo en el muro se oía

Triste y angustiado llanto.

Y viendo que no responde,

El moro, desesperado,

A llamar iba ya osado

En el castillo del Conde.

III

Sobre alazán de Córdoba brioso,

Ceñido el cuerpo de la doble malla,

El Conde de Tendilla llega en tanto

A su opulento alcázar.

Por la penosa orilla del torrente

Se oye cuál crujen a compás sus armas,

A par que estrepitosas se derrumban

Entre espumas las aguas.

Llegó al castillo, y al tocar al puente,

Miró en el muro pálida a su hermana,

Y volviéndose al moro, amenazóle

Con la robusta lanza.

«¡Infiel al fin! Ya yo me lo sabía»,

Dijo el Conde entre sí, lleno de rabia;

Y alzó la voz después: «Mahometano,

¿Son éstas tus palabras?

Si ya no eres cristiano, tu rodela

Y ese corcel apresta que descansa.

Tú lo juraste, moro, que conmigo

Serías en batalla.»

«¿Por qué el Conde cristiano me acomete,

Si amor quitó la libertad al alma?

«Tú lo juraste, moro, que conmigo

Serías en batalla.»

«Yo cristiano no soy, repuso el moro,

Yo no soy sino amor para tu hermana;

Mas ¿qué importa mi fe, ni la fe suya,

Si como yo me ama?»

«No blasfemes, infiel; si en tu creencia

Tornaras a mirar estas murallas.....

Tú lo juraste, moro, que conmigo

Serías en batalla.»

IV

Marchó el Conde de Tend
Y del torrente en la orilla
Aguardó.
¿Qué hace el moro, que injuriado
En la muralla apoyado
Se quedó?
¿Por qué el Conde le provoca
Con voz que al honor le toca
Y con furor,
Y el moro sombrío, en tanto,
Mostrando está con su llanto
Su dolor?
Errante su mirar vaga,
Y almete, rodela y daga
Lejos de él
Con ira arrojó demente,
Y así habló con voz doliente
El infiel:
«Adiós, hurí seductora,
Rosa de pensil cristiano;
Pues que por suerte traidora
Te pierdo agora,
Muere con tu Dios cristiano,
Yo moriré en mi fe mora.»
Y hacia el Conde, que le espera,

Rápida y firme carrera

Dirigió,

Y allá en el agua espumosa

La caída estrepitosa

Resonó.

V

Mientras la bella cristiana

En su gótica ventana

Exhala un ¡ay! de pavor,

Del agua allá en lo profundo

Lanza el moro en este mundo

El postrer ¡ay! de su amor.

A María

Plegaria

Aparta de tus ojos la nube perfumada

Que el resplandor nos vela que tu semblante da,

Y tiéndenos, María, tu maternal mirada,

Donde la paz, la vida y el Paraíso está.

Tú, bálsamo de mirra; tú, cáliz de pureza:

Tú, flor del Paraíso y de los astros luz,

Escudo sé y amparo de la mortal flaqueza

Por la divina sangre del que murió en la Cruz.

Tú eres ¡oh María! un faro de esperanza

Que brilla de la vida junto al revuelto mar,

Y hacia tu luz bendita desfallecido avanza
El náufrago que anhela en el Edén tocar.

Impela ¡oh Madre augusta! tu soplo soberano
La destrozada vela de mi infeliz batel;
Enséñale su rumbo con compasiva mano,
No dejes que se pierda mi corazón en él.
Poco me importa
Canción

Me dicen que medio mundo
Riñe con el otro medio,
Y aunque en verdad me confundo
Viéndolo así, ¿qué remedio?
Caprichos con que se nace;
Cada cual como más quiere
Vive y muere,
Y aunque algo extraño se me hace
Viendo la vida tan corta,
Poco me importa.

Yo sé un elixir magnífico
Contra duelos tan extraños,
Y son con tal específico
Horas de placer mis años.
Para mí no hay amarguras,

Ni pesares ni disgustos
Me dan sustos,
Y aunque diz que surco a obscuras
El mar de esta vida corta,
Poco me importa.

Sin opulencias me paso,
Ni ambiciono honras ni oro,
Ni del poder hago caso;
Si no soy feliz, no lloro.
Conmigo mismo me basto,
Y con lo poco que tengo
Bien me avengo;
Y aunque cuanto tengo gasto,
Siendo la vida tan corta,
Poco me importa.

Si leyes a nadie doy,
Nadie a mí leyes me da;
Donde no gozo no voy,
Donde estoy mi patria está.
No me acosa odio ni envidia,
Y aunque en todos los lugares
Hay pesares,
Si algún pesar me fastidia
Y amarga esta vida corta,

Poco me importa.

Un puro y una botella
Durante mi esplín consumo,
Y cuando acabo con ella,
Cigarro y pesar son huma.
Los vapores de los dos
El cerebro me revuelven,
Y me vuelven
Tan feliz, que ¡vive Dios!
Esta vida, larga o corta,
Poco me importa.

Celestes apariciones
Gozan entonces mis ojos,
Y dichosas ilusiones
Satisfacen mis antojos.
En las vagas espirales
Fermentan del humo vano
De mi habano
Visiones tan celestiales,
Que una vida larga o corta
Poco me importa.

Y ¿en qué entonces me aventaja
Ningún sultán con su opio?

Si a su alma el Edén se baja,

A mí me pasa lo propio.

A él le exalta la cabeza

Su ámbar, su pipa y su vaso;

No hace caso

De sí mismo en su pereza,

Y una vida larga o corta

Poco le importa.

Y a mí el licor jerezano,

Del puro entre el humo azul,

Me hace igual al soberano

De la soberbia Stambul.

Y en el insomnio dichoso

De la embriaguez le tuteo,

Y me creo

Otro sultán poderoso,

Y como a él, la vida corta

Poco me importa.

¿Qué diablos va de él a mí?

Llévanle al harén eunucos

A que la desuelle allí

Velado por mamelucos,

Y a mí me arrastra a mi lecho

Una mujer cariñosa,

Que afanosa
Se desvela en mi provecho,
Con quien la vida, por corta,
Poco me importa.

Él enamora a una esclava
Que hacia él sólo miedo abriga,
Y a mí de aplomarme acaba
Dulce beso de mi amiga;
A él las caricias le roba
Su esclava durante el sueño,
Y mi dueño
Me vela en mi misma alcoba,
Porque mi vida, aunque corta,
Mucho le importa.

A él le hace el opio tal vez
Soñar con alguna hurí,
Y ver me hace una el Jerez
En cada mujer a mí;
Él reina en Constantinopla,
Y yo, mísero coplero,
Cuando quiero
De él me río en una copla,
Y de su rabia, si aborta,
Poco me importa.

Y a él, opio excesivo acaso,
Le hace ponzoña mortal
De su café, y le abre paso
A su sepulcro imperial,
Mientras yo, libre de afán,
Despierto al placer mañana
Con más gana,
Y aunque reviente el sultán
Y deje a la Europa absorta,
Poco me importa.

Himno

a S. M. la Reina Doña Isabel II, en sus días.
(Música del Maestro Iradier)

CORO

El sol abre su oriente
Detrás de tu dosel,
Y ve la hispana gente
Su sol en ti, Isabel.

ESTROFA 1.^a

En pos de largos años de belicoso duelo
Tu cándida sonrisa nos vienes a mostrar
Cual muestra sus colores el iris en el cielo,
Cual sus rosadas luces el alba sobre el mar.

CORO.-El sol, etc.

ESTROFA 2.^a

Tú, estrella de esperanza en nuestras sombras eres,

Tú, de mejores días apetezido sol,

Tú, el ángel que nos brinda la paz y los placeres,

Tú, escudo a cuyo amparo se acoge el español.

CORO.-El sol, etc.

ESTROFA 3.^a

Por ti nos olvidamos de la feroz pelea

De las sangrientas horas del tiempo que pasé,

Por ti tranquilo y solo nuestro pendón ondea,

Que ayer en dos jirones contrarios tremoló.

CORO.-El sol etc.

ESTROFA 4.^a

Por él, de hoy más, osados con fe pelearemos,

De hoy más, al campo unidos iremos detrás de él;

Bajo él, como españoles, con honra moriremos,

Los nombres invocando de España y de Isabel.

CORO

El sol abre su oriente

Detrás de tu dosel,

Y ve la hispana gente

Su sol en ti, Isabel.

A D. Wenceslao Ayguales de Izco

Epístola

(En verso prosaico)

Tienes ¡oh Wenceslao! cosas diabólicas,
Ocurrencias fatales, como tuyas;
Y desdichas ¡ay Dios! tan hipérbolicas
Traen para mí, que aunque de oírlas huyas
Te las voy a encajar, porque a mi antigua
Y cerril libertad me restituyas.
¿Dónde habrá ¡oh caro Izco! más ambigua
Situación que esta ruin en que me pones,
A los trabajos de Hércules contigua?
¿Escribir en La Risa me propones
Y hacer reír? ¡A mí, que siempre he sido
El cantor de la sangre y las visiones!
¡A mí que en todas partes me han tenido
Por el búho más negro y melancólico
Que del furor romántico ha nacido!
¡A mí, cuyo estro bárbaro y diabólico
Espanta al sano público en la escena
Con obras que espeluznan a un católico!
¿Yo hacer reír? ¡Pues la aprensión es buena!
Con que te firme yo tu semanario
No queda al punto un suscriptor, y truena.
Mira lo que haces, Izco temerario,
Mira que te lo ruego por los cielos;
Ve tu empresa con ojos de empresario.
Porque si yo, cumpliendo tus anhelos,

Tiendo por tu papel mi negra pluma,
Te has de tirar muy pronto de los pelos.
Alíviame este peso que me abruma
Renunciando a mis versos montaraces,
Que es lo que a entrambos nos conviene en suma.
Mas... áspero mohín veo que me haces
Esto leyendo... ¿En tu opinión te cierras?
No me resisto más, tengamos paces.
Escribiré en La Risa, pues te aferras
En ello, Ayguals; mas sobre ti los daños,
Que mis jovialidades desentierras.
Horrendas cosas escribí en cinco años;
Más nueva luz en mí desde hoy sintiendo,
De mano voy a dar a mis engaños.
Voy a reírme yo, reír haciendo
Al que no haga llorar, ridiculeces
Del mundo en que vivimos descubriendo.
Voy a hacerte reír, pero tus preces
Dirige al cielo, Ayguals, porque te juro
Que te voy a mostrar las desnudeces
De la verdad, en castellano puro;
No correcto tal vez, pero tan claro,
Que ha de entenderlo el montañés más duro.
Y aqueste empeño para hacer más raro,
Por mí voy a empezar, ante tus ojos

Mostrándome cual soy bien sin reparo.
Perdona si tal vez te causa enojos
Mi ruin y flaca aparición barbuda;
Resultado es no más de tus antojos.
Contempla, pues, mi humanidad desnuda,
Y piensa que cual yo te me presento
Voy a poner a los demás sin duda.
Yo soy un hombrecillo macilento,
De talla escasa, y tan estrecho y magro,
Que corto andando, como naipe, el viento.
Y protegido suyo me consagro,
Pues son de delgadez y sutileza
Ambas a dos, mis piernas un milagro.
Sobre ellas van mi cuerpo y mi cabeza,
Como el diamante, al aire; y abundosa,
Pelos me prodigó Naturaleza,
De tal modo, que en siesta calurosa
Mis melenas y barbas extendidas
A mi persona dan sombra anchurosa.
Mi cara es como muchas que perdidas
Entre la turba de las otras caras,
Se pasean sin ser apercibidas.
Mofadora expresión si la reparas
Muestra a veces, las más, indiferencia,
Y otras melancolía, aunque muy raras.

Cual soy me tienes, pues, en tu presencia
Visto por fuera, Wenceslao amigo;
Pero visto por dentro hay diferencia.
Que aunque soy en verdad, como te digo,
De hombre en el exterior menudo cacho,
Alma más rara bajo de él abrigo.
Serio a veces, a veces vivaracho,
Tengo a veces arranques tan exóticos,
Que rayan en tontunas de muchacho.
Y otras veces los tengo tan despóticos,
Que atropello razones y exigencias
Por cumplir mis caprichos estrámbóticos.
Poco alcanzo en las artes y en las ciencias,
Y eso que allá los padres Jesuitas
Me avivaron un tanto las potencias.
Mas yo, dificultades infinitas
En las ciencias hallando, echéme en brazos
De las Musas. Mujeres y bonitas
Ellas, muchacho yo, caí en sus lazos;
Y a fe que sus cariños me valieron
Inútiles, mas sendos sermonazos.
Tantos fueron, que al fin me condujeron
A oírlos con glacial indiferencia,
Y en mí esta indiferencia produjeron
Con que miro las cosas (y en conciencia,

Aunque cual gran calamidad la lloro,
No la puedo oponer gran resistencia).
Alabo el bien y a la verdad imploro;
Mas despierto con otra ventolera,
Y el mal ensalzo y la mentira adoro.
De esto viene el llamarme calavera;
Mas si un día en razón meterme debo,
¿Quién duda que lo haré como cualquiera?
Obscura vida, por mi gusto, llevo;
Mas si llevarla del revés importa,
Lo hallo tan fácil cual comerme un huevo.

La existencia no me es larga ni corta,
En paz la paso sin placer ni pena;
Como no tengo plan, nunca me aborta.
Si una buena alma investigar serena
Quiere lo que yo soy, por mil caminos
Irá, y tal vez de la verdad ajena;
Que (abreviando discursos peregrinos)
No sirve cuanto digo y cuanto hago
Para atar dos ochavos de cominos.
Porque soy todo yo tan raro y vago,
Que ni nadie me entiende ni me entiendo.
Lo que hice ayer, mañana lo deshago;
Dejo hoy tal vez lo que mañana emprendo,

Y así salen mis obras a mi antojó,
Aunque digas ¡oh Ayguals! «No lo comprendo.»
Tal soy, como te he dicho, y algo flojo
Tal vez anduve: mi retrato es éste.
Si a firmar tu periódico me arrojó,
Voy a ser más dañino que la peste;
Y he de sacarla pluma de mal año
Aunque tu misma enemistad me cueste.
Y pues donde cortar no falta paño
En esta injerta sociedad de ahora,
Do el ridículo sólo no es extraño,
Si me quieres así, sea en buen hora:
Reír me place, mas a costa ajena,
Que es más dulce reír cuando otro llora.
Tú dirás que esta epístola no es buena,
Y que si ha de ser tal cuanto te escriba,
Renuncias mis artículos sin pena.
Más aunque bien dirás, en esto estriba
La excelencia mayor de estos renglones,
Pues de justicia es ley distributiva
Que si critico de otros las acciones,
Me esponga yo a su crítica primero,
Y les dé la razón de mis razones.
Con esto, Ayguals, contestación espero
Recibir de tu puño, en versos fríos

Y ásperos como clavos; lo que infiero
No de uno de mis muchos desvaríos,
Sino porque contestes dignamente
A versos tales como son los míos.
Contesta, pues, y ríase la gente:
Que nos llamo La Risa sus apóstoles,
Y aunque nos diga el vulgo irreverente
Que esto es tocar el órgano de Móstoles.
A mi amigo Wenceslao Ayguals
Director de La risa.

¿Conque ni puertas ni rejas
De ti me pueden librar?
¡Maldito Ayguals, no me dejas
Un momento reposar!
Ya encanece mis guedejas
Lo que me haces cavilar,
Zumbándome las orejas
Con los ayes y las quejas
Que me envías sin cesar.

Irrita, pues, escorpión,
Mi lengua de basilisco
Con uno y otro arañón,
Con uno y otro mordisco.
Duréceme el corazón

Hasta dejarle hecho un risco

Para el duelo y compasión;

Mas ¡ay, si rompe el turbión!

¡Ay, si te coge el pedrisco!

Y ¿quién habrá que lo impida?

¿Quién ¡vive el cielo! me estorba

Darte una buena batida

Con esta péñola corva,

En tu propia hiel teñida!

Nadie... El coraje me encorva;

Y... óyeme, Ayguals, por tu vida,

Que con tu misma medida

Voy a templar mi tiorba.

Y pues, luchador atlántico,

En composición esdrújula

Retas a mi estro romántico,

Ayguals, yo rompo mi brújula,

Y así te vuelvo tu cántico.

Ya que persigues frenético,

Wenceslao, mi numen lírico,

Que rabia por lo patético,

Y para hacerme satírico

Me amenazas con lo de ético,

Seguiré tu plan diabólico:
Desde hoy agrio, amargo y ácido,
Mi zumbido melancólico
Será son alegre y plácido
Aunque me cueste un buen cólico.
¿Temes que mis fuerzas bélicas
Cedan y me quede exánime?
Dudas tienes bien angélicas;
Verdades oye evangélicas,
Que contigo voy unánime.
Quien no sea hoy un estólido,
Gran dosis de metafísico
Ha de llevar en su físico,
Que no es de moda lo sólido
Ya: lo elegante es lo tísico.
Veme a mí: influencia mágica
Ejerzo en todo espectáculo;
Y el vulgo, al verme con báculo
Caminar, y con faz trágica,
Me tiene por un oráculo.
Mas ¿a Bretón? ¡Santa Brígida!
Al ver su panza de ecónomo,
Lo darán horchata frígida,
Le pondrán a dieta rívida
Como al más fiero gastrónomo.

La magrura es un vehículo
Para hacer doctor en fárragos
Al ético más ridículo;
Para sabios es de artículo
Ser tan secos como espárragos.
Tal es nuestro siglo: encárate
Con cualquier autor dramático;
No hablemos de Gil y Zárate,
Con Príncipe y yo compárate.....
¡Bah! Tú eres un buey Asiático!
¿Qué hermosa mira con ánimo
Vuestros contornos exóticos,
Si los destinos despóticos
Dan siempre a vientre magnánimo
Los gustos más estrambóticos?
Y si a cuestión pantomímica
Lo reduces, ¿cuál más árida
De la de un gordo? La Química
A voces una cantárida
Recetará a vuestra mímica.
Si a una mujer (¡Santa Mónica!)
En sitio público (¡cáscaras!)
Diriges seña lacónica,
Se quedará como en máscaras,
Tendrá por risa sardónica,

Por amenaza satánica,
La seña amante y volcánica,
Y te tendrá por un tábano,
Que con torpeza mecánica
No quiere soltar el rábano.
¡Bah! Sé en lo gordo metódico,
y te jura tu vulpécua,
Que aun a precio menos módico,
Más de moda tu periódico
Ha de ser, per omnia sécula.

El amén tú lo dirás,
Que de derecho te toca,
Pues fuera me le coloca
Tu metro de Barrabás.
Y pues te devuelvo exactos
Tus esdrújulos malditos,
Ya ves, me cuesta tres pitos
El cumplir con nuestros pactos.
Mas si en encomiar los gordos
Tú te me cierras fanático,
Pese a mi interés apático,
Nos habrán de oír los sordos.
Porque, Ayguals, ni aquí ni en Flandes
Ha habido un gordo grande hombre,
Que a los gordos, no te asombre,

Les llama el vulgo hombres grandes.

Tal es el siglo en que estamos,

Siglo montado al vapor:

Cuanto más peso, peor;

Conque los flacos ganamos.

Y da gracias a que hoy

No me siento para el paso,

Que si no, os diera un repaso

Que hiciera ¡por San Eloy!

Vuestra derrota patente;

Mas porque no echés a broma

Lo que voy diciendo, toma,

Con lo que sigue entretente.

Sois un puro inconveniente

Vosotros los mofletudos;

Y haceros en la piel nudos

Fuera, a mi ver, muy prudente.

Prescindamos del apodo

Preciso de un barrigón,

Aquello de San Antón,

Pero con el cerdo y todo;

Prescindamos de que Utrilla

No sabe cómo ajustaros

Un chaleco sin ahogaros

O un pantalón con trabilla;

De que él se desacredita,
Y con fatal desengaño
Ve que no lo queda paño
De vuestro frac o levita;
Prescindamos de lo caros
Que sois y poco económicos,
Vamos a los lances cómicos
En que tenéis que encontraros.
Pues señor: que eres feliz
Y que tu cara hermosura
Te recibe en noche oscura
Y os veis nariz con nariz:
¿Dónde os esconde una trampa
Del tutor atrabiliario?
En baúl, balcón o armario
Ni a pechugones se os zampa.
No hay asilo que se os dé,
No hay hueco en que estáis holgados;
Si os cierran, morís ahogados,
Y si no os cierran, se os ve.
¿Y si vais de formación?
El fusil y fornituras
Os prensan las asaduras
Y sudáis el corazón.
¿Si vais a un duelo? ¡Qué azar!

Aunque el contrario sea manco,
Como oponéis tanto blanco,
Por fuerza os ha de tocar.
Pues digo ¿si es a pistola
Y os toca el tiro segundo?
¡Bah! Despedíos del mundo
Y que carguen su arma sola.
¿De qué os valdrá la fatiga
Que empleéis en perfilaros?
La bala al fin ha de entraros
Por mitad de la barriga.
Pues ¿si viajáis en carruaje?
Basta solamente veros
Para que los compañeros
Pronostiquen un mal viaje.
Cualquier asiento es escaso
A vuestras asentaderas,
Y los puentes y escaleras
Rechinan a vuestro paso.
Si os caéis, ¿quién os levanta?
Pues casados y dormidos
Os supongo: ¡qué ronquidos!
La pobre mujer se espanta.
Y si coge al fin el sueño,
Sueña con un terremoto,

Y es que mugen como un choto

Las narices de su dueño.

Pues ¿si hacéis el alma tierna?

¡Qué cariños tan brutales!

¡Como que son diez quintales

Cada brazo o cada pierna!

Y paro aquí por lo grave

Del asunto, que si no,

Hasta dónde fuera yo

Dios solamente lo sabe.

Por cuyas dos mil razones

Os llevamos gran ventaja

Los hombres como una paja

A los hombres barrigones.

Vigilia

«Misterios del alma son.»

Moreto.

Pasad, fantasmas de la noche umbría,

De negros sueños multitud liviana,

Que columpiados en la niebla fría,

Fugitivos llamáis a mi ventana.

Pasad y no llaméis. Dejadme al menos

Que en la nocturna soledad dormido,

Los lentos días de amargura llenos
Calme, y repose en momentáneo olvido.

Pasad y no llaméis. La sombra oscura
Vuestro contorno sin color me vela;
Ni sé quién sois, ni vuestra faz impura
El más leve recuerdo me revela.

Mil veces al oír vuestros gemidos
Mis ventanas abrí por consolaros,
Os busqué en las tinieblas, ¡y erais idos!...
¿A qué llamar si nunca he de encontraros?

Id a turbar el sueño indiferente
Del que entre plumas sin afán reposa,
Del que la vida en su risueña mente
Ve placentera y celestial y hermosa.

Y si venís con rostros halagüeños,
Mensajeros de rápidos placeres,
Avaras hallaréis de vuestros sueños
Por doquiera bellísimas mujeres.

Llamad donde a la lumbre vacilante
De alguna tibia y oportuna estrella
Puedan al fin gozaros un instante,
Y ver un punto vuestra blanca huella.

No a mí, que en vano por la sombra tiendo
Los turbios ojos, me invoquéis perdidos;
No a mí, que acudo, vuestra voz oyendo
Y al registrar la sombra, ya sois idos.

No a mí, que presa de secretos males,
Tal vez la triste soledad me inspira
Tiernas endechas y amorosos vales
Que ensayo a solas en mi pobre lira.

No a mí, que al son de vuestras vagas voces
Siento otra voz que me repito insana
Dentro del corazón esos veloces,
Ecos que murmuráis a mi ventana.

¡Ah! Yo os respondo y suspiráis pasando
Sin que baste a entender vuestro suspiro;
Os llamo a mí, y os alejáis volando,
Gemís si duermo, y os veláis si os miro.

Si a vuestras tristes misteriosas quejas
Mis rejas abro y vuestro bien deseo,
Sólo a través de mis macizas rejas
Cruzar las nubes en silencio veo.

¡Oh de la noche incomprensibles ruidos!
Ayes que hervís en la tiniebla oscura....

¿Quién sois? ¿Dó vais? ¿De dónde sois venidos?

¿Qué voz ajena en vuestra voz murmura?

¿Sois el rumor del agitado viento,

Los ayes de las almas sin reposo,

o la voz del tenaz remordimiento,

Del descanso enemigo y envidioso?

Quienquiera que seáis, almas o nieblas,

Pasad, y en vuestra confusión liviana

Seguid vuestro camino en las tinieblas

Y no llaméis jamás a mi ventana.

Porque es triste ¡muy triste! un aposento

Donde a la luz de lámpara que expira

Se oye el crujir del tumultuoso viento

Que fuera en torno de las torres gira.

Es triste, sí, muy triste y muy medroso,

Velar sobre un volumen carcomido,

La frente ardiendo, el alentar penoso,

Las llamaradas aumentando el ruido;

Viendo las letras en las turbias hojas

A su dudosa vibración mezclarse,

Negras, azules, amarillas, rojas,

A la afanosa comprensión negarse.

Y leer en vez de religiosas voces
de amorosa y métrica armonía,
Cifras que borran, cifras más veloces,
De sentido infernal, de raza impía.

Pasad, fantasmas de la noche oscura,
Quienquiera que seáis, almas o nieblas;
Pasad, y en mis vigiliás de amargura
No llaméis a mi reja en las tinieblas.

No llaméis, que enemigo de la sombra,
Odia el cantor vuestra armonía vana;
Dejad al trovador a quien asombra
El oír llamar a su ventana.

¡Pasad, sombras sin cuerpos, aires vanos,
Pobres de luz, de voz desconocida,
Esquivos a los ojos y las manos,
Extraños a la fe de nuestra vida!

Pasad, y no turbéis de mi sosiego
La dulce calma o la nocturna vela:
No creo en vuestro ser; pasad os ruego,
Seguid al aire que os arrastra y vuela.

¿Pensáis que a esos aúllos y suspiros
Con que llenáis la oscuridad tranquila,
Como a silbos de brujas o vampiros

Mi amedrentado corazón vacila?

¿Pensáis ¡oh! que por miedo de escucharos,

Con voz pujante entonaré canciones,

Y al arpa acudiré para ahuyentaros

Con dulces trovas de amorosos sonos?

¡Mentís, abortos de la sombra vana!

Yo sé bien que si fuerais más que viento,

Holgarais en montón en mi ventana

Al blando son de mi amoroso acento.

Mentís, hijos del aire y de las nieblas,

Mentís: yo tengo sin cesar conmigo

Un talismán que alumbra las tinieblas

Del desdichado protector y amigo.

Mirad cuál radia en mi tugurio estrecho

La limpia luz de la esperanza mía;

Mirad cuál vela en mi desierto lecho

Con su cariño maternal MARÍA.

Todas las noches mi dolor la implora,

Y amiga de mi llanto solitario,

Todas las noches mis engaños llora

Con el raudal que reventó el Calvario.

Pasad, remordimientos tentadores:

Ya sé quién gime mi falaz desvío,
Ya sé quién riega las marchitas flores
Con tierno llanto, del recuerdo mío.

¡Ya sé quién «hijo» en soledad me llama,
E «hijo» a su voz la soledad responde!.....
¡Ah! Cuanto más tras la ovejuela clama,
Más a sus quejas y a su afán se esconde.

Tierna, amorosa, celestial MARÍA,
Rosa inmortal del Gólgota sangriento,
Faro infalible que mi rumbo guía
Entre la furia de la mar y el viento;

Líbrame de esos ecos misteriosos
Que me atormentan en la sombra vana,
Aleja esos fantasmas vaporosos
Que vienen a llamar a mi ventana.

¡Y tú, perdida y bella,
Fugaz y última estrella
Que viertes a deshora
Delante de la aurora
Con perezosa huella
Dudoso resplandor!

¡Oh! ¡Tráeme la hermosura,
La calma y la frescura

Del alba transparente,
Que este tropel ahuyente
Con que la sombra oscura
Me cerca en derredor!

Ven, estrella matutina,
Y a tu blanca y argentina
Silenciosa aparición,
Huirá de mi ventana
Esa confusión liviana
Que despierta mi aflicción

¡Lámpara de consuelo
A cuya lumbre velo,
Que escuchas solitaria
Mi tímida plegaria,
Si acaso llega al cielo
Mi súplica mortal!
Tráeme la luz del día
Que calme la agonía
De esos remordimientos
Que bogan turbulentos
Sobre la niebla umbría
En ilusión fatal.

Ven, estrella matutina,

Y tu blanca y argentina
Silenciosa aparición,
Ahuyente de mi ventana
Esa infernal caravana
Que huella mi corazón.

Recuerdos son dañinos
Que cruzan peregrinos
El arenal desierto
Del corazón incierto,
Buscándole caminos
Que acaso no hay en él.
Que nunca ven tranquilo
Recóndito un asilo,
Y que jamás se amansan,
Y que jamás descansan,
Corrientes que hilo a hilo
Desbordan su nivel.

Ven, estrella matutina,
Y a tu blanca y argentina
Luminosa aparición,
Huyan las sombras livianas
Que llaman a las ventanas
De mi triste corazón.

Dejadme, negros sueños,

De aterradores ceños,
De fuerza irresistible,
Ya sé que es imposible
Vencer vuestros empeños.....

Ya vuestro nombre sé.
Dejadme que respire,
Que viva y que delire;
Pues mis errores lloro,
Dejadme, yo os imploro
¡Dejad que en paz suspire
Lo que insensato holló!

Ven, estrella matutina,
Y a tu blanca y argentina
Silenciosa aparición,
Huyan las sombras livianas
Que llaman a las ventanas
De mi triste corazón.
Gloria y orgullo

¡Lejos de mí, placeres de la tierra,
Fábulas sin color, sombra, ni nombre,
A quien un nicho miserable encierra
Cuando el aura vital falta en el hombre!

¿Qué es el placer, la vida y la fortuna,

Sin un sueño de gloria y de esperanza?

Una carrera larga e importuna,

Más fatigosa cuanto más se avanza.

Regalo de indolentes sibaritas,

Que velas el harén de las mujeres,

Opio letal que el sueño facilitas

Al ebrio de raquíuticos placeres.

Lejos de mí. No basta a mi reposo

El rumor de una fuente que Murmura,

La sombra de un moral verde y pomposo,

Ni de un castillo la quietud segura.

No basta a mi placer la inmensa copa

Del báquico festín, libre y sonoro,

De esclavos viles la menguada tropa,

Sin las llaves de espléndido tesoro.

De un Dios hechura, como Dios concibo;

Tengo aliento de estirpe soberana:

Por llegar a gigante, enano vivo:

No sé ser hoy y perecer mañana.

Yo no acierto a decir «la vida es bella»,

Y descender estúpido al olvido;

Amo la vida porque sé por ella

Al alcázar trepar donde he nacido.

De esa inmensa pasión que llaman gloria

Brota en mi corazón ardiente llama,

Luz de mi ser me abrasa la memoria,

Voz de mi ser inextinguible clama.

Gloria, ilusión magnífica y suprema,

Ambición de los grandes en quien quiso

Velar Dios esa mística diadema

Que nos dará derecho al Paraíso,

Nada es sin ti la despreciable vida,

Nada hay sin ti ni dulce ni halagüeño;

Sólo en aquesta soledad perdida

La sombra del laurel concilia el sueño.

Sólo al murmullo de la excelsa palma

Que el noble orgullo con su aliento agita,

En blando insomnio se adormece el alma,

Y en su mismo dormir crea y medita.

Zeusis, Apeles, Píndaro y Homero,

Bajo ese verde pabellón soñaron;

César, Napoleón y Atila fiero,

Bajo ese pabellón se despertaron.

Por ti el delirio del honor se adora,

Por ti el hinchado mar hiende el marino,
Por ti en su gruta el penitente llora,
Y empuña su bordón el peregrino.

Por ti el soldado se vendió a sus reyes,
Y lidia agora con porfía insana,
No por esas que ignora pobres leyes,
Por comprar una lágrima mañana.

Por ti le canta el orgulloso amante
Dulces trovas de amor a una querida
Porque tal vez un venturoso instante
Tenga en su canto prolongada vida,

Por ti del negro túmulo en la piedra
Ambicioso el mortal graba su nombre,
Porque tal vez entre la tosca hiedra
Otro día al pasar le lea un hombre.

Por ti acaso el cansado centinela
Que incendió una ciudad en la batalla,
Su cifra indiferente o mientras vela,
Pinta con un tizón en la muralla.

El polvo en que hubo sus cabañas Roma,
Por ti con templos y palacios pisa;
Por ti su gesto satisfecho asoma
Tras su inmenso sarcófago Artemisa.

Por ti vencida se incendió a Corinto,
Por ti la sangre en Maratón se orea,
Por ti una noche con aliento extinto,
Tumba Leonidas demandó a Platea.

Por ti trofeos el cincel aborta,
Y álzanse torres con tenaz porfía;
Porque es la vida deleznable y corta,
Y todos quieren prolongarla un día.

Por eso velo con la noche oscura
Sobre un volumen carcomido y roto,
Y un mañana me sueño de ventura,
Y otra existencia en porvenir remoto.

Por eso en mis estériles canciones
El blando son del agua me adormece,
Y entre pardos y errantes nubarrones,
De la noche el fanal se desvanece.

Oigo en mi canto el lánguido murmullo
Del aura que los árboles menea,
De la tórtola triste el ronco arrullo,
Y la sonora lluvia que gotea.

Veo las sacrosantas catedrales,
Los antiguos y góticos castillos,

Y el granizo se estrella en sus cristales,

O azota sus escombros amarillos.

¡Oh! Si sentís esa ilusión tranquila,

Si creéis que en mis cánticos murmura

Ya el aura que en los árboles vacila,

Ya el mar que ruge en la tormenta oscura;

Si al son gozáis de mi canción, que miente

Ya el bronco empuje del errante trueno,

Ya el blando ruido de la mansa fuente

Lamiendo el césped que la cerca ameno;

Si cuando llamo a las cerradas rejas

De una hermosura, a cuyos pies suspiro,

Sentís tal vez mis amorosas quejas,

Y os sonreís cuando de amor deliro;

Si cuando en negra aparición nocturna

La raza evoco que en las tumbas mora,

Os estremece en la entreabierta urna

Respondiendo el espíritu a deshora;

Si lloráis cuando en cántico doliente,

Hijo extraviado, ante mi madre lloro,

O al cruzar por el templo reverente,

La voz escucho del solemne coro;

Si alcanzáis en mi pálida mejilla,
Cuando os entono lastimosa endecha,
Una perdida lágrima que brilla
Al brotar en mis parpados deshecha;

Todo es una ilusión, todo mentira,
Todo en mi mente delirante pasa,
No es esa la verdad que honda me inspira;
Que esa lágrima ardiente que me abrasa,

No me la arranca ni el temor ni el duelo,
No los recuerdos de olvidada historia:
¡Es un raudal que inunda de consuelo
Este sediento corazón de gloria!

¡Gloria! Madre feliz de la esperanza,
Mágica alcázar de dorados sueños,
Lago que ondula en eternal bonanza
Cercado de paisajes halagüeños,

¡Dame ilusiones! Dame una armonía
Que arrulle el corazón con el oído,
Para que viva la memoria mía
Cuando yo duerma en eternal olvido.

¡Lejos de mí, deleites de la tierra,
Fábulas sin color, forma, ni nombre,
A quién un nicho miserable encierra

Cuando el aura vital falta en el hombre!

¡Gloria, esperanza, sin cesar conmigo
Templo en mi corazón alzaros quiero,
Que no importa vivir como el mendigo
Por morir como Píndaro y Homero!

Pereza

¡Cuán descansadamente,
Lejos del vano mundo, se reposa
A la orilla de límpida corriente
O de un moral bajo la sombra hojosa!

En el césped mullido,
Sin luz los ojos, sin vigor los brazos,
De la tranquila soledad el ruido
Se pierde por la atmósfera a pedazos.

El ánimo descansa
De la ciega pasión y su braveza,
Y el cuerpo, presa de indolencia mansa,
Se goza en su pacífica pereza.

Entonces, no el tesoro
Ni la sed del placer el alma aviva;
El más rico licor, en copa de oro,

Entonces se desprecia y no se liba.

La mente no se inquieta

Por pensamientos de dolor cercada:

Que a su honda languidez yace sujeta,

Y a su propia impotencia encadenada.

Sin luz el ojo vago,

Sin un sonido sobre el labio abierto,

Pasa la vida cual por hondo lago

De incierta luz el resplandor incierto.

Así vuelan las horas,

Y así pasan pacíficas y bellas,

Cual las aves del viento voladoras,

Cual la cobarde luz de las estrellas?.

Así el pesar se aduerme,

Y al grato son de una aura que murmura,

Tal vez se goza del reposo inerme

Que confunde el pesar con la ventura.

Así mis horas quiero

Que pasen sin valor y sin fortuna,

Ya al manso son del céfiro ligero,

Ya al resplandor de la amarilla luna.

Ven, amorosa Elvira,

Ven a mis brazos, que de amor sediento,
El perezoso corazón suspira
Por ver tus ojos, por beber tu aliento.

Ven, adorado dueño,
Sepa que estás, en mi descanso inerte,
Cercado mí para velar mi sueño;
Cerca, hermosa, de mí cuando despierte.

Yo, en la hierba tendido,
En la sombra de un álamo frondoso,
Entreveré, con ojo adormecido,
Cuál velas mi descanso silencioso.

El sol, a lento paso,
Hundió en el mar su faz esplendorosa,
Marcando su camino en el ocaso
Vivo arrebol de púrpura y de rosa,

El agua, mansamente,
Con monótono arrullo le despide;
Y arrastrando sus ondas lentamente,
El ancho espacio de sus ondas mide.

Sólo queda en la tierra
El vapor del crepúsculo dudoso,
Y el vago aroma que la flor encierra,
Se esparce por el aire vagaroso.

Y las fuentes corriendo,
Y las brisas volando, se estremecen,
Y su soplo en los árboles creciendo,
A su soplo los árboles se mecen.

Trémulas van las olas
Bajo sus alas mansas y ligeras,
Reflejando las sueltas banderolas
De las naves que el mar surcan veleras.

Y la luna argentina,
La bóveda al cruzar del firmamento,
La inmensidad del Bósforo ilumina,
Color prestando al invisible viento.

Y al son del mar vecino,
Y al murmullo del viento caluroso,
Y al reflejo del éter cristalino,
Se aduerme el cuerpo en lánguido reposo

En la quietud amiga
De la callada noche macilenta,
Hasta la misma languidez fatiga,
Y el ánimo se rinde soñolienta.

¡Oh! Bien haya el estío
Con su tranquila y bochornosa calma,

Que roba al corazón su ardiente brío
Y en blanda inercia nos aduerme el alma

Ya de ese insomnio presa,
Me faltan voluntad y pensamiento,
Y hasta mi cuerpo sin valor me pesa,
Y el son me cansa de mi propio aliento.

Dadme deleites, dadme;
Henchidme de placeres los sentidos;
Venid, eunucos, y al harén llevadme
En vuestros brazos, al placer vendidos.

Abridme esas ventanas,
Dadme a beber el aura de la noche
Y a saborear las ráfagas livianas
Que a la flor rasgan su aromado broche.

Quiero al son de las olas
Secar un corazón en solo un beso;
Traedme mis esclavas españolas,
Que el mío tienen en sus ojos preso.

Venid, venid, hermosas,
Divertidme con danzas y canciones;
Venid en lechos de fragantes rosas,
Venid, blancas y espléndidas visiones,

Quemad en mis pebetes
Cuanto aroma encontréis en mi palacio,
Y respiren sus anchos gabinetes
Ámbar opreso en reducido espacio.

Ven, voluptuosa Elvira,
Tréñzame con tu mano mis cabellos;
Y tú, Inés, por quien Málaga suspira,
Nardo derrama y azahar en ellos.

Traedme a esos esclavos
Que aportan mis bajeles viento en popa;
Presa que hicieron mis piratas bravos
En un rincón de la dormida Europa.

Vengan a mi presencia,
Y al son de sus extraños instrumentos
Sirvan a mi poder y a mi opulencia,
Si no con su canción, con sus lamentos.

Dadme deleites, dadme;
Cúbreme, Elvira, con tu chal de espumas,
Y las tostadas sienes refrescadme
Con abanicos de rizadas plumas.

Suene en mi torpe oído
Su suave son como murmullo blando

De arroyo que a la mar baja perdido,
De peña en peña juguetón rodando;
Cual tórtola que llama,
Con lento arrullo que en el viento pierde,
La descarriada tórtola a quien ama,
De árbol sombrío en el columpio verde.

Danzad mientras reposo,
Cantad en derredor mientras descanso,
Y no sienta en mi sueño voluptuoso
Más que murmullo lisonjero y manso.

Cadena

I

Nace la rosa, y su botón despliega
Orlada en torno de punzante espina,
Y sobre el agua que los pies la riega,
Fresca se inclina.

Más altanera cuanto más hermosa,
Su imagen mira en el tranquilo espejo,
Y el sol, del agua sobre el haz dudosa,
Pinta el reflejo.

El aura errante que al pasar murmura,
El dulce aroma de su cáliz bebe;
La sorda abeja que su esencia apura,

Néctar la debe.

Reina del huerto y de la selva gala,
Del césped brilla sobre el verde manto;
Libre a su sombra, el colorín exhala
Rústico canto.

No hay flor más bella.... Mas ¿a qué su orgullo,
Si el cierzo helado su botón despoja,
Y el agua arrastra su infeliz capullo
Hoja tras hoja?

II

Huye la fuente al manantial ingrata,
El verde musgo en derredor lamiendo,
Y el agua limpia en su cristal retrata
Cuanto va viendo.

El césped mece y las arenas moja,
Do mil caprichos al pasar dibuja,
Y ola tras ola murmurando arroja,
Riza y empuja.

Lecho mullido la presenta el valle,
Fresco abanico el abedul pomposo,
Cañas y juncos retirada calle,
Sombra y reposo.

Brota en la altura la fecunda fuente:

Y ¿a qué su empeño, si al bajar la cuesta

Halla del río en el raudal rugiente

Tumba funesta?

III

Lánzase el río en el desierto mudo,

La orilla orlando de revuelta espuma,

Y al eco evoca, cuyo acento rudo

Hierve en su bruma.

Su imagen ciñe pabellón espeso

De áspera zarza y poderoso pino,

Y entre las rocas divididas preso,

Busca camino.

Lecho sombrío, el rústico ramaje

Que riega en torno, misterioso ofrece;

Y el pardo lobo y el chacal salvaje,

Dél se guarece..

La tribu errante, el viajador perdido,

La sed apaga en su raudal corriente,

Y el arco cierra que sobre él partido

Cuelga del puente.

Mas ¿qué la sombra, el ruido y el perfume

Valen del cauce que recorre extenso,

Si el mar le cava, cuando en él se sume,

Túmulo inmenso?

IV

¡El mar, el mar! Remedo tenebroso
De la insondable eternidad, espera
De la trompa final el son medroso
Para romper hambriento su barrera.

Abismo cuyos senos insaciables
Jamás encuentra su avaricia llenos;
De misterios conserva inmensurables
Siempre preñados sus gigantes senos.

¡Eso es el mar! Gemelo de la nada,
Cinto que el globo por doquier rodea,
Centinela fatal, que encadenada,
La tierra guarda que sorber desea..

¡El mar! Como él, hondísimo y obscuro
El misterioso porvenir se extiende,
Y tras su negro impenetrable muro,
Nada, mezquina, la razón comprende.

El cerco de un sepulcro es su portada;
Tras él, se baja un escalón de tierra;
Pasado el escalón, la puerta hollada
Se abre, sorbe la víctima y se cierra.

Y allá van sin cesar, conforme nacen,
A morir uno y otro pensamiento;
Brotan unos donde otros se deshacen,
Bullen, caen y se hunden al momento.

V

Rosas la fa ente en la montaña brota,
Sécanse, caen y bajan con la fuente
Al río, que se va gota tras gota
Al hondo mar, que sorbe su corriente.

En un álbum

No sé si por el valle de la vida
Cruzaré, fatigado peregrino,
Acabando cual flor que consumida,
Se seca entre los brezos de un camino.

No sé si en pos de inspiración ardiente,
Rico y sediento el corazón de gloria,
Lo cruzaré cual rápido torrente,
Rastro dejando de inmortal memoria.

Mas ya rueda cual hoja que arrebata
Sonante y revoltoso torbellino,
Ya baje como excelsa catarata,
Ufano con mi espléndido destino,

Cuando al borde de tumba solitaria

Desparrame mis pobres pensamientos,
De mustias flores muchedumbre varia,
Secas entre mis últimos alientos,

Fiad, señora, que en tan triste lecho,
Siempre leal y generoso amigo,
Al ocupar mi cabezal estrecho,
Vuestra memoria dormirá conmigo.

Misterio

A mi amigo D. Antonio García Gutiérrez.

¡Ay! Aparta, falaz pensamiento,
Que eterno en el alma bulléndome estás,
Falsa luz que al impulso del viento,
En vez de guiarme perdiéndome vas.

Tras de ti por las sombras camino,
Ni noche ni día descanso tras ti;
Es seguirte tal vez mi destino,
Y acaso es el tuyo guardarte de mí.

Misteriosa visión de mi vida,
Más vaga que el caos en forma y color,
Te comprendo en mí mismo perdida,
Cual sueño penoso, cual sombra de amor.

Ya tu blanda amorosa sonrisa

Me presta esperanza, me aviva la fe;

Cual flor eres que aroma la brisa

Y en seco desierto olvidada se ve

Ya tu imagen sombría y medrosa

Me ciega y me arrastra en su curso veloz,

Como nube que rueda espantosa

En brazos del viento al compás de su voz.

Ya cual ángel de paz te contemplo,

Y ya cual fantasma sangrienta y tenaz;

En el valle, en la roca, en el templo,

Te alcanzo a lo lejos hermosa y fugaz.

Por doquiera te encuentran mis ojos;

No miro ni tengo más rumbo doquier,

Ya te muestres preñada de enojos,

Fantasma enemiga o risueña mujer.

Yo no sé de tu esencia el misterio,

Tu nombre y tu vago destino no sé,

Ni cuál es tu ignorado hemisferio,

Ni adónde perdido siguiéndote irá.

Mas no encuentro otro fin a mi vida,

Más paz, ni reposo, ni gloria que tú,

Que en el cóncavo espacio perdida,

Tu alcázar es su ancho dosel de tisú.

Por su rica región las estrellas
A veces brillante camino te dan,
Y otras veces tus místicas huellas
Por mares de sombras perdiéndose van.

Una brisa en las ramas sonando,
Que dice tu nombre imagino tal vez,
Y un relámpago raudo pasando,
Tu forma me muestra en fatal rapidez.

Yo, postrado al mirarte de hinojos,
Doquier que apareces levanto un altar,
Y arrasados en llanto los ojos,
Tal vez insensato te voy a adorar.

Mas al ir a empezar mi conjuro,
Mi torpe blasfemia o mi casta oración,
El Oriente en su cóncavo impuro.
Me sorbe irritado mi blanca visión.

Y tu imagen me queda en la mente
Informe, insensible, cual bulto sin luz
Que se crea el temor de un demente,
De lóbrega noche entre el negro capuz.

Sueño, estrella o espectro, ¿quién eres?

¿Qué buscas, fantasma, qué quieres de mí?

¿No hay sin ti ni dolor ni placeres?

¿No hay lecho, ni tumba, ni mundo sin ti?

¿No hay un hueco do esconda mi frente?

¿No hay venda que pueda mis ojos cegar?

¿No hay beleño que aduerma mi mente,

Que hierve encerrada de sombra en un mar?....

¡Oh! Si gozas de voz y de vida,

Si tienes un cuerpo palpable y real,

Deja al menos, fantasma querida,

Que goce un instante tu vista inmortal.

Dame al menos un sí de esperanza,

Alguna sonrisa, fugaz serafín,

Con que espere algún día bonanza

El golfo del alma que bulle sin fin.

Mas si es sólo ilusión peregrina

Que el ánima ardiente soñando creó,

¡Ay! deshaz esa sombra divina

Que viene conmigo doquier que voy yo.

Sí, deshazla, que en vano la miro

En torno a mis ojos errante vagar,

Si cual débil y triste suspiro

Se pierde en los vientos al irla a abrazar.

Sí, deshazla, que torpe mi mano,
Su mano en la sombra jamás encontró,
Ni el más flébil lamento liviano,
Avaro en mi oído su labio posó.

Muere al fin, ¡oh visión de mi vida!
Más vaga que el caos en forma o color,
A quien siento en mí mismo perdida,
Cual sueño penoso, cual sombra de amor.

Mas ¿qué fuera del triste peregrino
Que cruzando sediento el arenal
No encontrara jamás en su camino
Mansa sombra ni fresco manantial?

De esta vida en la noche tormentosa,
¿Qué rumbo ni qué término seguir?
Sin tu vaga presencia misteriosa,
Sin tu blanca ilusión, ¿cómo vivir?

Abriéranse mis ojos a mirarte,
Mis oídos tus pasos a escuchar,
Y al fin, desesperados de encontrarte,
Tornáranse en tinieblas a cerrar.

Despertara en la noche solitaria
De tus palabras al fingido son,

Y sólo respondiera a mi plegaria

El latido del triste corazón.

¡Sombra querida, sin cesar conmigo

Mis lentas horas hechizando ven,

Y el desierto arenal será contigo,

Huerto frondoso y perfumado Edén!

No expires, misterioso pensamiento

Que dentro oculto de mi mente vas,

Aunque no alcance el corazón sediento

Tu tanta esencia a comprender jamás.

No sepa nunca tu verdad dudosa;

Vélame, si lo quieres, tu razón;

Disípate a lo lejos vagarosa,

Mas sé siempre mi cándida ilusión.

Al fin sabré que junto a ti respiro,

Que estás velando junto a mí sabré,

Y que aun brilla oscilando en lento giro

La consumida antorcha de mi fe.

¿Qué me importa tu esencia ni tu nombre,

Genio hermoso, o quimérica ilusión,

Si en esta soledad, cárcel del hombre,

Dentro de ti te guarda el corazón?

¿Qué me importa jamás saber quién eres,
Astro de cuya luz gozando voy,
Término de mi afán y mis placeres,
Dios que sin fin idolatrando estoy?

Quienquier que seas, vano pensamiento,
Mujer hermosa que soñando vi,
O recuerdo o tenaz remordimiento,
Ni un solo instante viviré sin ti.

Si eres recuerdo endulzarás mi vida,
Si eres remordimiento te ahogaré,
Si eres visión te seguiré perdida,
Si eres una mujer yo te amaré.

Composición

Leída por los actores en el teatro del Príncipe en los días 6 de Septiembre y 11 de Octubre de 1839.

Hermanos como españoles.

Hartas ¡oh patria! lágrimas corrieron,
De sangre fraternal hartos arroyos,
De hartos valientes el sepulcro fueron
Charcas extensas y profundos hoyos.

Hoy, que calmada la sangrienta lucha
Tremolan a la par ambas banderas,
Blando, suspiro en derredor se escucha,

Corren de paz las lágrimas primeras.

Con ellas, sí, los párpados preñados,

Ha largo tiempo reventar querían,

Mas en la lid los ojos ocupados,

A vista de la sangre no podían.

Himnos de triunfo y de placer alcemos,

Y ya amigos y libres ciudadanos,

La sangre de esas lizas olvidemos

Que quema el corazón, mancha las manos.

Libres como españoles.

Libres también como nosotros eran;

No más su mengua tolerar pudieron,

Y helos aquí que con orgullo esperan

Bajo la enseña a que contrarios fueron.

Tended los brazos, de matar dolidos,

Libres tended las callecidas manos,

Que no hallaréis traidores escondidos

Tras el disfraz de libres y de hermanos.

Aquí está el trono que amparar debemos,

Aquí la Patria y Religión y Leyes;

Que aquí igualmente repartir sabemos

Libertad a los pueblos y a los reyes.

Generosos como españoles.

No hay más que un pabellón y una bandera;

Un sol alumbra, un ídolo se adora;

La frente ante él humillan altanera

Ambas huestes, vencida y vencedora.

De ambas la sangre en la montaña humea,

Tumba a entrambas común dio la montaña,

De ambas la sangre con honor se orea,

Que a ambas dio sangre la orgullosa España.

Ambas al fin de libertad reciben

Sin mengua ni mancilla el blando yugo,

Ambas con leyes fraternales viven,

Y donde no hay traición sobra el verdugo.

Venid, hermanos; a la par nacimos,

Al par dejamos la contienda fiera:

¿Queréis más? Olvidamos que vencimos;

No hay más que un pabellón y una bandera.

Aquella antigua raza de valientes

Cuyo brío español sembró el espanto

Por medio de las huestes insolentes

Que atropelló en Clavijo y en Lepanto;

Los que a Roma absoluta dieron leyes,

Los que sus velas por la mar tendieron

Dando a otro mundo religión y reyes

Hijos de España y nuestros padres fueron.

Si sujetos a error, como nacidos,
En contienda civil se desgarraron,
Ellos solos en bandos divididos,
Después que se batieron, se abrazaron.

Hijos de España y con valor nacimos;
Por arreglar nuestras contiendas fieras,
Harto como valientes combatimos;
Pleguemos de una vez nuestras banderas.

A ello nos brindan con tranquila sombra
De nuestras flores las silvestres calles,
De nuestras mieses la pajiza alfombra,
Y el verde pabellón de nuestros valles.

Que vale más gozar en la pobreza
Paz que a fuerza de sangre nos compremos,
Que a otro pedir con criminal pereza
La libertad que conquistar podemos.

¡Si, ciudadanos, raza de valientes
Cuyo brío español sembró el espanto
Por medio de las huestes insolentes
Que huyeron en Clavijo y en Lepanto,
No olvidéis que por premio merecido

Esos extraños, de la paz carcoma,
Querrán lo que salvar hemos podido
De las garras hipócritas de Roma!

No más de sangre bajarán teñidas
Los manantiales que la cumbre brota,
A contar a los pueblos afligidos
En cada infausto triunfo una derrota.

No más luchando con el rudo viento,
De cuervos roncós agorero bando,
Vendrá a mecerse donde el son violento
Del cóncavo cañón le esté llamando

No más al rayo de amarilla luna
Vagarán por la noche en la montaña
Las sombras de los héroes sin fortuna
Que gloria piden y sepulcro a España.

La gloria y el sepulcro que no hallaron
Cuando la vida por su patria dieron;
La gloria y el sepulcro que compraron
Cuando a los pies de su pendón cayeron.

¡Víctimas santas! ¡Sombras doloridas
Que insepultas dormís en la llanura,
Ya a través dejan ver vuestras heridas

Un sol de libertad y de ventura!

Ya podéis sin temor a la vergüenza

Alzar los ojos del sangriento caos;

No queda ya quien huya ni quien venza;

¡Fantasmas de los héroes, levantaos!

No receléis que al levantar la frente,

Tras rota peña o desplomado muro

Quede algún campesino irreverente

Que os aseste traidor plomo seguro.

Alzaos, sí; la paz de que gozamos,

Nosotros solamente nos la dimos,

No de extranjera grey la mendigamos,

Que a nadie juez de nuestra gloria hicimos.

Nuestra es la sangre que en la lid se orea,

Nuestra es la santa ley que obedecemos;

Grande o mezquina nuestra gloria sea,

Obra fue nuestra, y nuestra la queremos.

¡Atrás las lises de la intrusa Francia!

¡Atrás los mercaderes de Inglaterra!

Mientras valor nos quede y arrogancia,

No ha de faltarnos libertad ni tierra.

A la luna

Bendita mil veces la luz desmayada
Que avaro te presta magnífico el sol;
Bendita mil veces ¡oh luna callada!
Tu luz, que no enturbia dudoso arrebol.

En buen hora vengas, viajera nocturna,
Que el mundo en silencio visitando vas,
Esposa que viene constante a la urna
Que guarda los restos del bien que amó más.

En buen hora vengas, amante Lucina,
En pos de tu bello dormido Endimión,
Celosa asomando la faz argentina
Por ese estrellado y azul pabellón.

¡Oh! Miente quien dice que velas traidora
Cubriendo del crimen el réprobo afán,
Que aguardan inquietos tu luz bienhechora
Los que al sol fraguando delitos están.

No, no eres ¡oh, luna! la lámpara opaca
Que trémula vierte siniestra su luz
En bóveda impura do nunca se aplaca
El alma a quien prensa su losa y su cruz.

No, no eres la tea que alumbra maldita
Las manchas de sangre de regio panteón,

A cuyos reflejos soñando se agita,
Aun de ella sedienta, rabiosa visión.

No, no eres la hoguera del gran cementerio
Que guarda el del mando secreto final,
Que en esa morada de sangre y misterio
Sus ráfagas tiende la luz infernal.

No vienen contigo las voces medrosas
Que hierven y turban la sombra doquier,
No vienen contigo las nieblas odiosas
Que doblan el ruido y nos roban el ver.

No vienen contigo los vagos ensueños
Que acosan y hieren el ruin corazón,
Las torvas fantasmas de tétricos ceños
Que cruzan los aires en pos del turbión.

Tú vienes tranquila, fugaz, solitaria,
Cual blanca creencia de casta niñez,
Cual ángel que espía la triste plegaria
Que eleva al empíreo llorosa viudez.

Tú cruzas el limpio y azul firmamento,
Fanal de consuelo, de paz y de amor,
En alas de suave balsámico viento
Que arruga las aguas y maca la flor.

Y vienen contigo los sueños de plata,
Las lindas quimeras de antiguo placer,
Las sombras queridas que alegre retrata
La mente, olvidada del duelo de ayer.

Y vienen contigo las mágicas citas,
Los besos que expiran del labio al salir,
Las bellas historias de efímeras cuitas
Dichas a una reja que temen abrir.

Y vienen contigo los himnos errantes,
La seña embozada con una canción
Que, atrae a los ojos osados y amantes
Un rostro que aguarda la seña a un balcón.

Y vienen contigo las dulces memorias,
La audaz esperanza, la gloria inmortal,
Fantásticas luces que van ilusorias
Al soplo expirando de ráfaga real.

¡Ah, todo es consuelo, regalo y ventura,
Fanal misterioso delante de ti!
Suspiran las fuentes, el río murmura,
Aquí te gorjean, te arrullan allí.

Los juncos se mecen, los árboles suenan,
El bosque se puebla de sombras de paz,
Y el aire sonidos dulcísimos llenan

Que lleva invisible la brisa fugaz.

¡Luna! Cuántas veces tu luz ha alumbrado

Mi larga vigilia, mi breve ilusión;

¡Luna! Cuántas veces con ella ha sonado,

Perdida en el viento a mi triste canción.

Y aún cuantas veces allá todavía

En playas remotas tal vez sonará.

Entonces ¡oh luna! la cítara mía

¿Qué oído en sus ayes o risas tendrá?

Tal vez entre el recio menudo ramaje

Que ciñe del ancho desierto el lindal,

Responda a mis voces un ave salvaje

Huyendo a lo largo del seco arenal.

Tal vez a la orilla del mar tempestuoso

Tu pálida imagen por él seguiré;

Tal vez con las ondas del mar proceloso

Mis lágrimas turbias mezclarse veré.

Y acaso mis ojos, del agua que broten

Por entre el ardiente confuso cristal,

Verán, sin que nunca sus fuentes se agoten,

Huir por los cielos tu errante fanal.

¡Luna! Si esa noche de angustia llegara,

Si huyera esquivando mi pueblo español,
¡Luna, más valiera que el sol te prestara
Un rayo que apague mi gloria y mi sol!

Mas no, clara y celeste peregrina,
Luz de los bosques, de los tristes luz,
cuyos rayos el amor camina
E invoca al justo que murió en la cruz.

No, blanca reina de la turbia noche,
Amiga del cantar del trovador,
Tú que refrescas el modesto broche
Que a tu luz pliega la silvestre flor;

Tú me darás magníficos cantares,
Grandes como tu Dios y como tú,
Como esos que, del cielo luminares,
Orlan los pabellones de tisú.

Tú inspirarás a mi sonante lira
El fuego del profeta que lloró
El peligro de Pérgamo y Thyatira,
La rebelde impiedad de Jericó.

Tibia, modesta, fugitiva luna,
Cuya rápida y trémula ilusión
Pinta el mar y el arroyo y la laguna

En vistosa y flotante aparición;

De cuya imagen en redor tranquila,
Allá en bosques de conchas y coral,
De errantes peces multitud se apila
Que te besan tu imagen de cristal;

Tú, a quien un ángel invisible guía
Y millares de estrellas van en pos,
Tú me darás palabras de armonía
Con que cantar la gloria de tu Dios.

Lejos de mí los velos de esa Diana
Que del bosque en la obscura soledad,
En brazos de un mortal busca profana
Misterios de placer y liviandad.

Lejos de mí los cánticos impuros
De ese bello y perdido cazador
Que los valles audaz cerró seguros
Con barreras de fábulas de amor..

Yo te adoro, magnífica lumbrera,
Tan sólo por tu tibia brillantez,
Y no veo en tu espléndida carrera
Más que la mano del eterno Juez.

Surca ¡oh Luna! esos techos de topacio

Que él te señala por camino a ti,
Mientras que preso en reducido espacio,
Su voz espero cuando venga a mí.

A mí, que ingrato y prófugo poeta,
Creo en el Dios a cuyo soplo fue
Cuanto en la tierra y en la mar vegeta,
Cuanto no he visto ni jamás veré.

¡Ah! Cuando el mundo en su erial desierto
Me dé un lecho de tierra en que dormir,
Y vayan, presa del destino incierto,
Conmigo mis cantares a morir,

¡Oh Luna! si en mi túmulo no brilla
De humana gloria la extinguida luz,
Cuelga al menos tu lámpara amarilla
Sobra su rota y olvidada cruz.

Horizontes

I

Lanzó al mundo en mitad de las tinieblas
El soplo del Señor, y empezó el mundo
A rodar en un piélago de nieblas,
Cercado del silencio más profundo.
Miró la creación el que la hizo,
Mas no le satisfizo;

Y rasgando sus negras colgaduras,
Sacudió con su planta el firmamento;
Brotó una chispa, se inflamó en el viento,
Y el sol se derramó por las alturas.

II

«Tú girarás, le dijo, eternamente;
Cuatro estaciones marcarás iguales,
Y será tu fanal resplandeciente
Tu sombra de mis ojos inmortales.»
Giró el sol, y a su vista, alborozado
El mundo iluminado,
En himno universal rompió sonoro,
Y cuanto tuvo un soplo de existencia
Exhaló sonoro en su presencia
Música dulce en acordado coro.

III

Mecióse el mar con colosal murmullo,
El viento resonó por las montañas,
Murmuró el bosque soñoliento arrullo,
E hirió el arroyo sus sonantes cañas.
Ensayaron sus cánticos las aves;
Armoniosos y graves,
Los acentos del hombre resonaron;
Y con notas más roncadas y severas,
Su voz alzaron sin compas las fieras,

Y los ecos salvajes la imitaron.

IV

Fuente de luz y manantial de vida,
El sol fecunda nuestra madre tierra,
Y en arroyos al llano convertida,
Vierte la nieve que apiló en la sierra.
Brotan a su calor hierbas y flores;
Sus manchas y colores
Da a cuanto dora con su lumbre pura,
Y mil insectos que las auras hienden,
A separar solícitos atienden
Del semen virgen la semilla impura.

V

Mas o vacilan mis cansados ojos,
o yo he visto en Oriente y en Ocaso
Lagos de sangre, cuyos pliegues rojos
Al sol alfombran el gigante paso.
Y jamás comprendió mi entendimiento
El misterio sangriento
Que ese color del horizonte vela;
Y por más que lo pienso y lo medito,
Nada el arcano que conserva escrito
Ese renglón de sangre me revela.

VI

He visto al sol posarse en el Oriente

Al derramar su esplendorosa lumbre,
Y le he visto posar en Occidente
Al transponer la postrimera cumbre.
Magnífico a su vuelta y su partida,
Su marcha y su venida
Mudo y absorto cada vez contemplo;
Él recoge sus rayos o los suelta,
Y siempre a su venida y a su vuelta,
De Dios concibo al universo templo.

VII

Sí, siempre posa un punto en el Oriente
Y otro punto al doblar la última cumbre;
Mas siempre ciñe en su alba y su occidente
Banda sangrienta su radiante lumbre.
Entrambos los crepúsculos clarear,
Mientras al sol rodean
Ráfagas anchas de color sangriento;
Y al irse y al venir, su última tinta
Ese triste color siniestro pinta
En el confín del azulado viento.

VIII

¿Qué guarda ese rojizo cortinaje
En los remates de la luz prendido?
¿Un torbellino no hay que le desgaje
Si a alcance de los vientos va perdido?

Si es un vapor que se desprende lento,
Espeso y turbulento
De la esencia del sol, en su camino,
¿No hay solícito un ángel cuyo brazo
Arranque de la luz ese pedazo
Que mancha al sol su resplandor divino?

IX

Si es de los aires ilusión dudosa,
Que la distancia en el azul suspende,
¿Por qué no pinta su ilusión de rosa,
Y no ese rojo pabellón que ofende?
¡Necio de mí, gusano de la tierra,
Que quiero lo que encierra
Saber el mundo en su invisible centro,
Y demando a su autor omnipotente,
Cuando nací a adorarle solamente,
Y para amarle por doquier le encuentro!

X

Al hundirse la luz detrás del monte,
Sorbida entre las nubes y las breñas,
Lumbre vomita el trémulo horizonte,
Que en sangre tiñe las enormes penas.
Faja de sangre, inmensa banderola
Que en su alcázar tremola
El que hizo el mundo de ceniza vana,

Cual rojo lienzo que pirata osado
Despliega ante el bajel atribulado
Que a todo trapo por huir se afana.

XI

Que era el sol un espejo transparente
Donde el Señor su creación veía,
Y desde él derramaba, omnipotente
Dulce vida de amor y de armonía.
Y hubo un instante en que, amoroso, quiso
Al hombre abrir su santo Paraíso
Tras aquella existencia de ventura:
Mas a Dios usurpando su derecho
De deshacer lo hecho,
Sangre vertió la necia criatura.

La tierra se manchó; Dios, indignado,
Quitóse del cristal, y su reflejo,
Con los ojos de Dios iluminado,
Pintó la mancha y sombreó el espejo.
Volvió asimismo Dios al sol mandando:
«Tú seguirás rodando;
Su raza alumbra y que lidiando crezca;
La tierra empape con su sangre impura:
Mas cuando quede con la sangre obscura,
No la reflejes más, y que perezca.»

XIII

Dijo Dios, y cerróse en su santuario,
Y al rudo golpe que sus puertas dieron,
La madre tierra, con impulso vario,
Monstruos sedientos de matar cubrieron.

XIV

Nin, Nembrot, Sesostris y Cambisos,
De sangre a Egipto con furor regaron;
Alejandro, Conón, Jerjes y Ulises,
En sangre a Grecia sin piedad bañaron.
Grecia tragó al Egipto, a Grecia Roma,
Y en Roma, que desploma
Sus legiones doquier, y ansiosa apila
Montones de coronas sin cabezas,
Metió a pisar su gloria y sus grandezas
Su negro palafren el torvo Atila.

XV

¡Y eso es la gloria, y las hazañas eso!
Los héroes nacen, y la tierra tinta,
Por do queda su pie con sangre impreso,
La negra mancha en el espejo pinta.
Venid, guerreros, degollad sin tino,
Que el sol va su camino
La luz menguando, sin cesar siguiendo,
Y cada estatua a vuestra gloria alzada,
Es una sombra que la luz menguada

Del moribundo sol va carcomiendo.

Impresiones de la noche.

Hay pensamientos que en la mente viven

En un rincón de la memoria echados,

Cual los insectos que su ser reciben

De los arbustos a que están pegados.

Duermen al parecer; mas como aquéllos

Al soplo de una brisa se levantan,

Crecen, vuelan, y al fin toman, cual ellos,

Formas medrosas que la vista espantan.

Hijas del miedo, y de la fe contrarias,

Vagas visiones de la noche umbría,

Bullir las vemos en la niebla fría,

Nada en la esencia, y en la forma varias.

Quimeras que hallan siempre en la memoria

Silenciosa mansión, gracias postizas,

Y que reciben faz, cuerpo e. historia,

En los cuentos y error de las nodrizas.

Van con la noche, de la noche hermanas,

Y con murmullos infinitos suenan,

En las alas del viento van livianas,

Y el alma, el viento y el espacio llenan.

¡Paso, de cieno fábulas impuras,
Paso dejad al noble pensamiento
Que anhela respirar auras más puras
En el cóncavo azul del firmamento!

¿Piensas, turba de sueños impostora,
Hacerlo por el miedo tu vasallo,
Como al son de la fusta cimbradora,
Jinete admite el volador caballo?

Yo os recibí al nacer como ilusiones:
Si el corazón cobarde os dio aposento,
Hoy necesita, imbéciles visiones,
Todo mi corazón mi grande aliento.

Con la noche venís, y osáis con ella
Turbar al corazón que en paz reposa;
Mas de la noche en el poder se estrella
Vuestro poder y ciencia mentirosa.

¡Paso! Mis ojos, en su azul tendidos,
La paz que les robáis otra vez hallan,
Y en los misterios de la fe perdidos,
Vuestros misterios de impureza callan.

Para lanzar vuestra influencia impía,
A la influencia celestial acudo,

Y de la noche silenciosa, umbría,

La solitaria inmensidad saludo.

I

¡Salve tienda magnífica colgada

De polo a polo sobre el aire manso,

Del caduco universo destinada

A proteger el funeral descanso!

¡Salve a quien mora en la escondida altura,

Detrás de esa estrellada colgadura!

¡Salve a quien vela el agitado sueño

De esos gusanos, que a sus pies tendidos,

Manchan con sus alientos corrompidos

La orla imperial del manto de su dueño!

II

Sí, que a mis ojos se resiste en vano

De la insondable eternidad el velo,

Y yo veo, Señor, tu inmensa mano

Tras el azul del transparente cielo.

Infinita, Señor, tu omnipotencia,

Infinito el abismo de tu ciencia,

Infinito tu ser, y Tú infinito,

NO HAY MÁS QUE TÚ; y tu soplo poderoso,

Que anima el mundo, presta generoso

Vida a la alma virtud, vida al delito.

III

Que Tú, amasando el polvo de la nada,
Con tu suprema voluntad un día
Diste al hombre esta espléndida morada,
Igual para el que fue y el que sería.
«¿Quieres vivir? Tu aliento es el espacio.
¿Quieres tener? El orbe es tu palacio.
¿Quieres mandar? Al señalarlo nombre,
Puedes gozarlo e invadirlo todo.
Yo, que a mi gloria te saqué del lodo,
Fe y libertad te doy», dijiste al hombre.

IV

Y el hombre fue; y el hombre, envanecido,
Olvidando al Señor que le formara,
No partió por igual lo recibido,
Se armó insolente y le volvió la cara.
Oídos dando al corazón villano,
El hermano lidió con el hermano,
El hijo con el padre, en torpe guerra,
El alma en las entrañas se buscaron,
Y uno de otro en la sangre se bañaron
Por un pie más de la heredada tierra.

V

De tu obra entonces, gran Señor, corrido,
Ingrata viendo a tu mejor hechura,
Sobre el mundo tendistes ofendido

La espesa sombra de la noche oscura.
Volviéndote a tu carro rutilante,
Empuñaste las bridas de diamante;
Tus caballos de fuego se lanzaron
Por el espacio, y caminando a oscuras,
Al choque de sus recias herraduras
Miles de estrellas en su azul brotaron.

VI

Al ceño de tu cólera divina
Los mundos con pavor se estremecieron,
Confundióse su esencia peregrina,
Y las miserias y la muerte fueron.
Brotó la tempestad. Sorbió el nublado
Las ondas de la mar, y desbocado,
En hombros cabalgando de las nieblas,
Su pedrisco doquier vertió sin tino,
Y borrando los lindes del camino,
Tierra y mar embozó con las tinieblas.

VII

¿Quién osará, Señor, en la memoria
La idea renovar de tu honda ira?
El mundo sabe la tremenda historia,
Y aun, al mentarla, de terror suspira.
La obra de tu poder atropellando,
Seguías Tú la creación cruzando

Sin término, ni objeto, ni vereda,
Y tus ojos, Señor, relampagueaban,
Y las nubes errantes reventaban,
De tu carro inmortal bajo la rueda.

VIII

Todo cayó a tus pies; todo en pedazos
volver se aprestó a su antigua nada;
Pero su polvo tropezó en tus brazos,
Y a ser tornó la fábrica empezada.
Te volviste a mirar sobre tus huellas,
Y al ver que de tus ojos las centellas
Lo iban todo a incendiar, compadecido,
La noche hicistes, que tendió en el cielo
Su pabellón azul de terciopelo,
Que en medio del cenit quedó prendido.

IX

Tras él está velando tu pupila;
Mansa tras él la creación pasea,
Y el universo de terror vacila
A su gran resplandor sí pestañea.
Las nubes con su luz se tornasolan,
El Oriente y Ocaso se arrebolan
Con sus puros y espléndidos colores,
Y a su dulce calor se alza indecisa
La perfumada y soñolienta brisa

Que susurra en las hierbas y en las flores.

X

¡Salve otra vez, magnífica cortina,
Que ante los ojos de tu Dios colgada,
La lumbre de sus ojos te ilumina
Sobre el desierto del dolor plegada!
Yo sé en mi corazón, noche sombría,
Que es tu manto de rica argentería
Prenda de que nacimos sus vasallos,
Que al salpicarte Dios con tus estrellas,
Nuestro orgullo alumbró con las centellas
Que brotan de los pies de sus caballos.

Fe

I

«En manos del placer adormecido,
Sin otro porvenir que los placeres,
El oro y las mujeres
Mi solo Dios y mi esperanza han sido.
¡Lindas quimeras de mi edad pasada
Que me dejáis el alma emponzoñada,
Decid, ¿dónde habéis ido?

»Lancéme a los deleites avariento,
Gocé con ansia y apuré su hartura;

Mi Dios y mi ventura

Asentó en el placer mi pensamiento.

Otro esperar mi corazón no quiso;

Y hoy, ¿dónde hallar el dulce paraíso

Que edificué en el viento?

»¿En dónde estás, riquísimo tesoro

De placer y de amor, lánguida Elvira,

Con cuyo amor respira

Mi corazón, y cuya sombra adoro?

Elena, Inés..., bellísimas traidoras,

¡Ay! ¿qué habéis hecho de mis dulces horas

Y mis montones de oro?

»¿Qué he de hacer sin vosotras y sin ellos,

Solo afán ¡ay de mí! con que he vivido,

Solo Dios que he creído?

Fe de mi juventud, delirios bellos,

¿Qué he de creer ni de esperar ahora

Que tornándose van hora por hora

Más blancos mis cabellos?

»Y ¿dó encender la lámpara apagada

De mi dudosa fe, dó ir por consuelo,

Si yo del santo cielo

En el escrito azul no sé leer nada?

¡Si en su vieja impiedad endurecida,

No ve tras dél el alma envilecida

Su fin y su morada!

«¡Imposible creer! Pero ¡ay! cuán duro

En duda pertinaz ir caminando,

Sin creencia esperando

Un negro más allá nunca seguro!

¡Ay del que nada cree y en nada espera,

Y no encuentra una luz que alumbre fuera

De caos tan obscuro!

»No, no me sé amparar del cielo santo,

Que perdón no tendrá tanto delito.

Y el castigo infinito,

Si me le atrevo a imaginar, me espanto.

¡Mejor es no creer! Triste es la duda,

Mas no hay puerto mejor adonde acuda

Por entre escollo tanto.»

Así pensó el ateo, y ¡cuán en vano!

Que al olvidar su celestial esencia,

De la tenaz conciencia

Dentro del corazón sintió el gusano.

Tornóse al cielo en su árida agonía,

Mas nada en él deletrear sabía

Su corazón profano.

Ciego que sabe que la luz existe,
Que oye elogiar el resplandor del cielo
Y no le es dado desgarrar el velo
Que ante sus ojos a la luz resiste,
¡Mira!, lo dicen, y en su audaz deseo
Tórnase a ver, y exclama: ¡Nada veo!
Desesperado y triste.

¡Mejor es no creer! Y abandonado
Sin esperanza en brazos de sí mismo,
Por el oscuro abismo
De la duda fatal va despeñado:
¡Mejor es no creer! Y en su agonía
Siente que llega el postrimero día:
Y ¡ay dé! si se ha engañado!

¡Ay del jardín donde las zarzas crecen!
¡Ay del palacio que las aves moran!
Y ¡ay de los siervos que impiedad imploran
Cuando en presencia del Señor parecen!
Y ¡ay, ay de los que cruzan el desierto
Y no conocen el camino cierto,
Y en la mitad del arrenal perecen!

II

Espíritu blanco y puro

Que con tu fanal seguro

Por el lóbrego recinto

Del mundano laberinto

Mis pasos guiando vas;

Ángel que invisible velas

Mi existencia, y me consuelas,

Y en la noche sosegada

A la orilla de mi almohada

Mi sueño guardando estás;

Tú que con alas de rosa

De mi mente calurosa

Benigno apartas y atento

El mundano pensamiento

Y la torpe tentación,

¡Ay, nunca de mí te alejes,

Nunca en soledad me dejes

Sin que tu fanal me alumbre,

Y esa ruin incertidumbre

No me roa el corazón!

Espíritu soberano,

Tiéndeme siempre tu mano,

Y mi afán, mi pensamiento

Endereza al firmamento,

¡Oh espíritu tutelar!

Y en la noche silenciosa,

Si brota mi fe dudosa

Alguna plegaria impía,

Con tu aliento de ambrosía

Purifícala al pasar.

Ángel cuya sombra adoro,

Cuyo nombre santo ignoro

Cuyo semblante no veo,

Y en cuya presencia creo,

Y cuya existencia sé,

Muéstrame el camino cierto

De este mundo en el desierto,

Y ¡guay que sin fin no vague

Y con los vientos se apague

La lámpara de mi fe.

A España artística

Soneto

¡Torpe, mezquina y miserable España,

Cuyo suelo, alfombrado de memorias,

Se va sorbiendo de sus propias glorias

Lo poco que ha de cada ilustre hazaña:

Traidor y amigo sin pudor te engaña,

Se compran tus tesoros con escorias,

Tus monumentos ¡ay! y tus historias,

Vendidos llevan a la tierra extraña.

¡Maldita seas, patria de valientes,

Que por premio te das a quien más pueda

Por no mover los brazos indolentes!

¡Sí, venid ¡voto a Dios! por lo que queda,

Extranjeros rapaces, que insolentes

Habéis hecho de España una almoneda!

Ira de Dios

El ángel exterminador

En un confín recóndito del cielo,

De una selva viviente circundado,

Denso y confuso y misterioso velo,

Que le tiene del orbe separado,

Hay un alcázar de azabache, obscuro,

Que en un hondo torrente ensangrentado

La sombra pinta de su inmenso muro

En contornos de sangre reflejado.

Jamás el aura de perfume henchida,

Que en los jardines del Edén murmura,

En tal lugar estremeció perdida

Del rudo bosque la hojarasca dura,

Ni el sol radió con fugitiva lumbre,

Ni sonó por la lóbrega espesura,

Ni retumbó la cóncava techumbre

Más que el rugir de la corriente impura.

El aire denso, sin color e inmoble

Que aquel recinto por doquier rodea,

Hace el pavor de quien se acerca doble,
Y doble el caos a quien ver desea;
Sólo se alcanza entre las altas puntas
Que el recio vendaval nunca cimbreo,
Entre dos torres del alcázar juntas,
Un faro que en la sombra centellea.

Ni ser alguno penetró el misterio
Que guarda allí la ciencia omnipotente,
Ni se sabe cuyo es aquel imperio
Donde nunca se oyó rumor de gente;
Ni arcángel sabio, ni profeta diestro,
De este sitio alcanzó confusamente
Más que la lumbre del fanal siniestro
Y el estruendo medroso del torrente.

En este bosque oculto y solitario,
En este alcázar negro y escondido,
Donde nunca llegó pie temerario,
Ni descansó jamás ojo atrevido,
Ni más sol alumbró que el rayo rojo
Del fanal en sus torres suspendido,
Tiene el Señor las arcas de su enojo
Y el horno de sus rayos encendido.

Y allí vivo un espíritu terrible
Quo al son de aquellas aguas se adormece,

Y a los ojos de Dios sólo visible,
Al acento de Dios sólo obedece.
Arcángel vengador, del cielo asombro,
Cuando deja el lugar do se guarece,
El rayo ardiendo y el carcaj al hombro,
Pronto a la lid ante su Dios parece.

Espíritu sin fin ni nacimiento,
La eternidad existe en su memoria;
Él solo del sagrado firmamento
Entera sabe la infinita historia;
Y al solo ruido de sus negras alas,
A su sola presencia transitoria,
Del firmamento en las eternas salas
Se suspenden los cánticos de gloria.

Aborto del furor omnipotente,
Arcángel torvo que las vidas cuenta,
Vela de Dios el arsenal ardiente
Y los ultrajes del Señor asienta.
El carro guarda allí, cuya cuadriga
Relincha con la voz de la tormenta,
Y allí está con su lanza y su loriga
La copa en que su cólera fermenta.
En ella hierve, con fragor horrible,

El ancho vaso hasta los bordes lleno,
El tremendo licor incorruptible
De las iras de Dios; y en su hondo seno
Se fermenta la esencia del granizo
Y de la peste el infernal veneno,
Y el germen del relámpago pajizo,
Y el espíritu cóncavo del trueno.

Allí está el aire que el contagio impele,
El zumo allí de la cicuta hendida,
La sed del tigre que la sangre huele,
Y de la hiena la intención torcida.
Y allí bulle en el fondo envenenado,
La única de furor lágrima hervida
Con que lloró Luzbel, desesperado,
Su venturosa eternidad perdida.

En aquel arsenal inexpugnable,
Instrumentos de la ira omnipotente
Germinan en rebaño formidable
Las mil desdichas de la humana gente.
Y los vicios, en torpe muchedumbre,
Se apiñan a beber la luz caliente
De aquel fanal de cuya viva lumbre
Es el sol una chispa solamente.

De allí se lanza, con horrible estruendo,

A ejecutar la voluntad divina
El misterioso espíritu tremendo
Que en este alcázar funeral domina.
Arcángel fiero, portador de enojos,
Ase la copa, y por doquier camina,
El aire inflaman sus airados ojos,
Y las estrellas con los pies calcina.

Con él va la tormenta; el trueno ronco
Bajo sus alas cruje; desgredada,
De armas y quejas con estruendo bronco,
La guerra detrás de él va despeñada;
Y asidas a las orlas de su manto,
Van tras él con la muerte descarnada,
La peste, el hambre, y el amor, y el llanto,
Y la ambición, de crímenes preñada.

El espacio a su vista palidece
Y entolda su magnífica apariencia,
El disco de la luna se enrojece,
Y mancha el sol su fulgurante esencia.
Doquier las nubes que su sombra evitan,
Se chocan y se rompen con violencia,
Y cometas doquier se precipitan,
Presagios ¡ay! de la fatal sentencia.

A su soplo la mar se encoleriza,
Y con gigante voz muge y atruena;
La planta de sus pies torna en ceniza
La limpia concha y la esponjosa arena.
El monte huella y la cerviz le inclina;
Pisa en el valle y de feter le llena;
Y en la ciudad que a perecer destina,
Vierte el licor fatal y la envenena.

Y ése el arcángel fue que, inexorable,
Lanzó al desnudo Adán del Paraíso,
Y de su raza en él junta y culpable,
Fijó a la vida término preciso.

Él arrancó en el Gólgota empinado
El ¡ay! postrero que exhaló sumiso
El Dios que de la mancha del pecado
Borrar la sombra con su sangre quiso.

Él turbó la insensata ceremonia
Del pueblo santo ante el becerro impuro;
Sentenció a Baltasar y a Babilonia
Con tres palabras que pintó en el muro;
Inspiró al receloso Ascalonita
El degüello fatal, y abrió seguro
Nicho a Faraón, que con su gente habita
Del indignado mar el fondo obscuro.

Él llevó el fuego de Alarico a Roma,
Llevó a Jerusalén a Vespasiano,
En una noche convirtió a Sodoma
En lago impuro y en vapor insano.
Rompió las cataratas del diluvio,
Cegadas al impulso soberano,
Y encendió las entrañas del Vesubio,
Que busca sin cesar otro Herculano.

Y ése será el espíritu tremendo
Cuya gigante voz sonará un día,
Y a su voz, de la tierra irá saliendo
La triste raza que en su faz vivía.
La creación se romperá en sus brazos,
Y cuando toque el orbe en su agonía,
Cuando a su soplo el sol caiga en pedazos,
¿Qué habrá ante Dios? La eternidad vacía.
ROMANCES

Romance

La noche no tiene ruido,
En la sombra no hay color,
No hay en los viejos cuidado,
Las dueñas no tienen voz;
Pero cuando todos duermen
Estamos velando dos:

Ella, en la reja sentada,

Y al pie de la reja, yo.

Mis ojos no ven sus ojos,

No ven su tez transparente,

No ven su rosada frente

Ni su sonrisa de amor;

No ven el rubor de virgen

Que sus mejillas colora;

Tiene quince años ahora....,

Las niñas tienen rubor.

No ven mis ojos avaros

Su casi desnuda espalda,

Ni entre la revuelta falda

Asomado el blanco pie:

Como en la orilla de un río,

Rompiendo la inquieta espuma,

Tender la flotante pluma

Nevado un cisne se ve.

Ni en su garganta y sus hombros

El alto pecho imagino,

Ni por su rostro adivino.

Del corazón la inquietud;

Y tiene la áspera reja

Centinela desvelado:

Delante el amor osado,
Detrás la frágil virtud.

Mas ¡pese a la densa reja,
Pese a la noche sombría,
Ya tengo ¡paloma mía!
El alma bañada en ti!
Tengo mis labios de fuego
Sobre tus labios de rosa,
Y en tu pecho late, hermosa,
Un corazón para mí.

¡Adiós!, que por el Oriente
La luz importuna sube,
Y envuelto en húmeda nube
Las tinieblas rasga el sol,
Y para una niña en vela
Y el galán que la enamora,
Mucha luz tiene la aurora
En el brillante arrebol.

Vierte el alba en su sonrisa
Su armonía y su color,
Y se columpia la brisa
En el cáliz de la flor;
De rosa, lirio y claveles,

Robando el fragante olor,
Cuelga en los anchos laureles
Gemido murmurador.

Y gime la fresca fuente
Bajo el manto de cristal,
Y gime lánguidamente
La tórtola angelical;
Y enamorada paloma
Bebe la luz matinal,
Meciendo el aura de aroma
Con arrullo desigual.

En tanto el noble mancebo
El ancho jardín cruzó,
Murmurando por lo bajo
Enamorada canción.

«¡Oh! Vuelve, noche sin ruido,
Con tu sombra sin color,
Con tus viejos sin cuidado
Y cien tus dueñas sin voz;
Porque, cuando todos duerman,
Volvamos a velar dos:
Ella, en la reja sentada,
Y al pie de la reja, yo.»
La sorpresa de Zahara

Romance de 1841

I

Está Zahara en una altura
entre montaña y colina
sentada en la peña dura,
que asoma la cresta obscura
por entre Ronda y Medina.

Cuando encienden los cristianos
de noche hogueras en ella,
no distinguen los paisanos
si son sus fuegos lejanos
luz de atalaya o de estrella.

Y al bajar al Occidente
confunde la luz del sol
las lágrimas de la fuente
y el arnés resplandeciente
del centinela español.

Y si alguna nube errante
del valle exhalada sube,
parece el pendón flotante
hijo de la blanca nube
que va saltando delante.

Allí los moros pusieron
sus atalayas un día;
un foso después abrieron,

y la villa concluyeron

porque el invierno venía.

Tuviéronla muchos años

de los cristianos guardada,

y con mil modos extraños

causáronles muchos daños

en guerra tan prolongada.

Que a la sombra guarecidos

de las huertas y olivares,

bajaban como bandidos,

y robaban atrevidos

alquerías y lugares.

Los cristianos toleraban

con rabia tales desmanes

y vengarse meditaban,

mientras ufanos ocupaban

la villa los musulmanes.

Éstos, por cierto, valientes,

eran pocos, confiados

en el brío de sus gentes;

los otros, que eran prudentes,

los cogieron descuidados.

Con fosos y torreones

guarda hoy la morisca villa

en sus pardos murallones

los sobrepuestos blasones
de Aragón y de Castilla.
Que los nuestros la asaltaron,
y guardarla no supieren
los moros que la fundaron;
cinco veces la ganaron
y otras cinco la perdieron.
Por eso los vencedores
alzaron doble muralla,
y alzaron torres mayores
para quedar los mejores
en el sol de la batalla.
Por eso una sola senda
dejaron en todo el cerro,
porque más fácil se atiende
la sola puerta de hierro
si se empeña la contienda.
Por eso están los cristianos
malamente entretenidos
en casa de los villanos,
en pensamientos livianos
con las mozas divertidos.
Que osados y licenciosos
son además los soldados
cuando en puestos apartados

les dejan vivir ociosos
por fuertes o por cansados.

Pero avaros de venganza,
mas advertidos los moros,
hicieron punta a su lanza
mientras ellos en holganza
jugaban zambros y toros.

«De más a esos perros ya
la villa estuvo sujeta,
dijeron; vamos allá,
que por nosotros está
la voluntad del Profeta.»

Misteriosa expedición
propusieron a tal fin;
y para aquesta ocasión
dieron gentes en unión
la Alhambra y el Albaicín.

Salió el viejo rey Hazem
con gente muy escogida,
y dicen los que le ven:

«Alá té lleve con bien,
y vuelvas con honra y vida.»

Saludóles al pasar
el musulmán con la mano,
diciendo el arco al cruzar:

«Le tengo de festonar
con cabezas de cristiano.»

La tarde estaba nublada,
el viento ronco mugía,
y gruesa lluvia pesada,
la noche apenas entrada,
en anchas gotas caía.

Veló medrosa la faz
la luna entre nubes pardas,
y brilló en la oscuridad
el relámpago fugaz
en broqueles y alabardas.

Caídos los martinetes
sobre las mojadas telas
revueltas en los almetes,
caminaban los jinetes
el lodo hasta las espuelas.

Mohino el Rey por demás,
iba escuchando el rumor
de los pasos a compás;
después iba un atambor,
y los soldados detrás.

Iban entre los peones,
en vez de picos y palas

y estrepitosos cañones,
muchos moros con escalas
para entrar los torreones.
La luz del siguiente día
apenas cumplida fue,
ya Zahara se descubría;
llegó la noche sombría
y la tocaron al pie.
Contó el Rey cuidadosamente
las hogueras y señales;
consultando diligente,
sus espías y su gente
partió en dos bandas iguales.
Guardando el cerro dejó
los jinetes y escuderos,
y él mismo después trepó
con algunos caballeros
y soldados que tomó.
Seguía la tempestad,
zumbaba agitado el viento
rodando en la obscuridad
y azotando la ciudad
con temeroso concento.
Se oía caer bramando
la lluvia de las montañas,

de peña en peña chocando.
a la llanura arrastrando
espinos, olmos y cañas.
Y en el alto torreón
aturdido el centinela,
murmuró humilde oración
acurrucado al rincón
de la covacha en que vela.
Y al calor de su gabán,
con el monótono arrullo
que allí las aguas le dan,
durmió rendido su afán
oyendo el vago murmullo.
Soltó la lanza su mano,
fijó el rostro en la rodilla,
y así soñó el veterano
una aurora de verano
en un lugar de Castilla.

II

Es grato en el blando lecho
oír el viento que brama,
y el agua que se derrama,
sobre los techos rodar;
oír en la estrecha calle
el rumor acelerado

de las armas del soldado
que acaban de relevar.
Y en confuso remolino
oír crecer la tormenta,
que cambia, al pasar violenta,
las veletas de metal;
y oír zumbar sacudida
la mal sujeta campana,
y oír en la ancha ventana
temblar hendido el cristal.
El desvelado maldice,
el tímido infante llora,
la madre le mece y ora
-con religioso pavor;
el enfermo se acongoja
y el amante desespera,
que acaso vela y le espera
entre las rejas su amor.
Los de Zahara, silenciosos,
o velaban o dormían;
sólo en la villa se oían
en la densa obscuridad,
el agua de las goteras,
el vago mugir del viento
y el ronco y medroso acento

de la negra tempestad.

Sólo en apartada torre
del mal guardado castillo,
con el fulgor amarillo
de una lámpara al morir,
velan algunos soldados,
y se siente desde fuera
el rumor de una quimera
y jurar y maldecir.

Se sienten sus carcajadas,
sus apodos insolentes,
que en todo hallan tales gentes
contentamiento y placer.

Se juntan en borracheras
para acabarlas riñendo,
y vuelven, en concluyendo,
desde reñir a beber.

Y en el calor de la orgía
y el vapor de los licores,
disertan de sus amores
en obsceno platicar;
que su lengua irreligiosa,
sin respetos y sin vallas,
sólo de sangre y batallas
o mujeres ha de hablar.

De éstas se miran algunas
con los soldados más mozos,
en impúdicos retozos
y deshonesto ademán,
que osadas y descompuestas
o blasfemando o riñendo,
hasta embriagarse bebiendo
desatinadas están.

La trémula llamarada
de una hoguera agonizante
presta a su rudo semblante
una expresión más feroz;
y recibiendo la bóveda
la algazara en su ancho hueco,
remeda con largo eco
la desentonada voz.

Harto de vino y de amores,
en dos bancos apoyado,
cantaba un viejo soldado
al son de un roto rabel,
o hiriendo a compás la mesa
con plato, copa o cuchillo,
aullaban el estribillo
ellos y ellas con él.

Brindaban, y a cada brindis

insensatos blasfemaban,
y reían y danzaban
completando la embriaguez;
y sus sombras en silencio,
gigantescas, agitadas,
cual fantasmas convidadas
erraban por la pared.
«¡A ellos!», gritaron voces,
y entraron el aposento
diez a diez y ciento a ciento
los moros del rey Hazem,
y apenas a las espadas
acudieron los cristianos,
les cercenaron las manos
y las cabezas también.
Lidiaron acaso algunos,
pero tantos les entraron,
que al fin los acuchillaron
con las hembras a la par.
A los gritos de los moros,
los cristianos despertaban;
pero ¡los tristes se hallaban
cautivos al despertar!
La soñolienta pupila
prestaba crédito apenas

a las cuerdas y cadenas
con que atados dos a dos
por los árabes se vieron,
a quienes con lengua y ojos
pedían piedad de hinojos
en el nombre de su Dios.

Las lágrimas de las madres,
de los niños los sollozos,
los esfuerzos de los mozos,
el dolor de la vejez,
son inútil resistencia,
porque a todos los infieles,
atados como lebreles
los arrastran a la vez.

En vano lucha la virgen
desesperada con ellos,
que con sus propios cabellos
mordaza o cordel la dan;
en vano niños y enfermos
yacen sin fuerzas postrados;
en tropel, como ganados,
todos a los hierros van.

Fueron ¡por Dios! tristes horas
las de noche tan sangrienta:
¡a quien de allá pidan cuenta,

malas cuentas ha de haber!
que si hay justicia en los cielos,
de tanta vida inocente,
una vida solamente
ha muy mal de responder.

III

Medrosa de tanto duelo
subió al Oriente la aurora
entre cortinas de nubes
que la apagan o la embozan.
Lloraba el cielo por ellas
hilo a hilo y gota a gota,
sin que el sol tornasolara
las lágrimas con que lloran.
Andaba el aire aturdido
sin hallar sitio en la atmósfera,
que asaltada por la lluvia,
entre la lluvia se ahoga;
y tanta gala los cielos
ostentan cuando la acosan,
que con mundos de cristal
la bloquean y la toman.
Lloraba el cielo por Zahara,
que acaso por pecadora
la castiga, y ver no quiere

los males con que la azota.
Cerróse en agua, y con ella,
cerró su misericordia;
vendó con nieblas sus ojos,
y su clemencia hizo sorda,
por no ver al rey Hazem,
que en medio la gente mora,
amarra dos mil cristianos
al carro de su victoria.

Cabalgaba el agareno
sobre una yegua de Córdoba
con la crin hasta el estribo,
y hasta la tierra la cola;
y como el cielo la empapa
en las aguas que la mojan,
la cola y la crin parecen
de espumas, algas y esponjas.

La plaza cercan los moros,
donde dos a dos arrojan
los cristianos que cautivan,
los cautivos que sollozan.

Allí mujeres y ancianos,
allí vírgenes y esposas,
juntan a golpes y a gritos
entre algazara y chacota.

Casi desnudos los llevan
a todos por más deshonra
hasta el centro de la plaza,
donde a la intemperie opongan
la desnudez de las carnes,
su temblor y sus congojas;
y a los ojos de los moros
los defectos de las formas
o las castas perfecciones,
que con torpes ojos hozan.

El noble rostro hacia el suelo
los tristes vencidos tornan,
por ocultar en los ojos
las lágrimas con que lloran;
que la libertad perdida
sin infamia nos agobia,
pero mata y avergüenza
perder libertad y honra.

Caíales por los hombros
el agua, porque furiosas
en su cabeza las nubes
reventadas se desploman;
que cuando al fin Dios castiga,
muestra su justicia toda,
pues la maldad de los hombres

toda su clemencia agota.

Mandó Hazem que los cristianos,

guardados por buena escolta,

vayan delante a Granada

por la vereda más corta;

mas viendo que los ancianos

y los enfermos lo estorban,

a su guardia de gomeles

dijo impaciente en voz ronca:

«Llegarán los que llegaren;

los mozos a las mazmorras,

las muchachas al serrallo,

y los viejos a la horca.»

Preparan los granadinos

bohordos en Bibarrambla,

torneos para los nobles,

para el pueblo luminarias.

Cuelgan de púrpura y blanco

miradores y ventanas,

y el populacho a las puertas,

al Rey impaciente aguarda.

En la vega están los ojos

y en la vía de Zahara,

que el Rey envió corredores

a decir que está ganada.

Añafiles y atabales
por honra y por fiesta sacan,
y en corros moros y moras
gritando y riendo saltan.
«¡Viva el Rey!» dicen algunos,
y otros gritan: «¡Muera Zahara!»,
y todos a los vencidos
insultan, mofan e infaman;
que siempre quien vence grita
porque los vencidos callan,
porque las lenguas se sueltan
donde las manos se atan;
porque la risa provoca
tal vez la ajena desgracia,
y al que nace desdichado,
hasta compasión le falta;
que quien cae pone a los otros,
para que pasen, la espalda,
y maldición es que lloren
algunos lo que otros cantan.
Así ondean los pendones
en las torres de la Alhambra;
así Granada la bella
se viste imbécil de gala,
cantando hoy loca las glorias

que ha de maldecir mañana.

Venir se ven los cautivos

entre la neblina parda

a pasos descompasados,

como los cautivos andan;

que como el alma les pesa,

así les tiembla la planta.

Delante y detrás los moros,

y por los lados, los guardan,

los alfanjes en la diestra,

los broqueles a la espalda.

Siguen después los jinetes

y nobles con el Monarca,

los lanzones en la cuja,

en el arzón las adargas;

mostrando bien los caballos

en su perezosa marcha

la fatiga del camino,

lo largo de la jornada;

que traen el arnés mohoso,

deslucidas las gualdrapas,

hasta las crines el lodo,

desde las crines el agua.

Cuando a la puerta de Elvira

los zahareños llegaban,

cantaba el pueblo su triunfo

con vítores y algazara.

Aplaudían con las manos,

con panderos y sonajas,

al son de los duros hierros

que los otros arrastraban.

Cesó de pronto el aplauso,

susurraron en voz baja

palabras que nadie oía,

pero todos murmuraban.

Ojos había en la turba

obscurecidos con lágrimas,

y ojos que con luz sombría

para maldecir miraban.

Desnudos y a la intemperie

los prisioneros entraban,

ancianos, madres y niños,

entre broqueles y lanzas,

sin respeto a su inocencia,

a su sexo y a sus canas.

Las madres, sus muertos hijos

traían desesperadas

en los maternales brazos

y en los brazos de su alma.

Movidos a compasión

los moros de pena tanta,
sus ojos de los cautivos,
indignados, apartaban.

Las madres libres, llorando,
atropellando los guardias,
a las cristianas cautivas
sus propias telas regalan,
y parten los alimentos
que a los moros preparaban,
entre los tristes esclavos,
que los devoran con ansia.

Algunos, más altaneros,
acaso los rehusaban,
que el pan de la esclavitud
entro los labios amarga.

Alzóse Muley Hazem
en los estribos de plata,
viendo la piedad del pueblo
y la miseria cristiana.

Rabioso de que la plebe
le eche su crueldad en cara,
atropelló con su yegua
por la turba aglomerada,
dividiendo así los moros
y los esclavos de Zahara.

«¡Adelante! gritó airado,
con la voz ronca de rabia.
Todos son esclavos míos:
al serrallo las muchachas,
los mozos a las mazmorras,
donde más a luz no salgan,
y los viejos, que los maten,
pues no me sirven de nada.»
Calló el pueblo amedrentado,
obedecieron los guardias,
y el Rey subió con los nobles
a toda rienda a la Alhambra.

IV

Sentado está el rey Hazem
en un morisco almohadón,
y muchos moros se ven
cruzar el ancho salón
para darle el parabién.,
A las puertas, reverentes,
delante su Rey se paran,
doblando humildes las frentes;
que al Rey miran tales gantes
como al mismo Dios miraran.
Mirra y esencias de flores
arden en pebetes de oro,

y el sol de los miradores
anubla el humo de olores
que avaro respira el moro.
El aire colman de ruido
dos fuentes azafranadas;
y en su murmullo perdido,
se oye el trinar dolorido
de las aves enjauladas.
Porque en nichos de cristal
cerradas, las hay tan bellas
en la bóveda oriental,
que el aire parece mal
sólo porque está sin ellas.
Las miró el viejo Muley.,
Y, viéndolas, suspiró:
«En vano me llaman rey,
dijo, si como ellas yo
esclavo soy de mi ley.
»Que penan ellas así
en ese encierro, imagino;
mas ellas placen ahí,
y en eso quiso el destino
diferenciarlas de mí.»
Volvió, con tal pensamiento,
a suspirar otra vez;

bajó el rostro macilento,
pero repuesto al momento,
demandó con altivez:
«Los cristianos, ¿qué se hicieron?»
«En las mazmorras están
en cadenas», respondieron.
«Los condenados, ¿murieron?»
«Si no han muerto, morirán».
Volvió el Rey a meditar,
de los suyos recelando,
y siguieron a la par,
las fuentes su susurrar
y los pájaros cantando.
«Alá nos dio la victoria,
siguió el Rey; ¿qué dicen de ella?»
Todos callaron. «Fue gloria
ganarles villa tan bella.»
Tendránlo, a fe, en la memoria.
Harto el rey Hazem habló;
los cortesanos callaron,
que el pueblo indignado vio
que los cautivos entraron
como perros que él ató.
Y los moros presentían
que, la tregua quebrantada,

los cristianos entrarían
por las vegas de Granada
y a Zahara no olvidarían.

Por eso, ante el Rey estaba
la turba sin contestar,
que mal con su Rey andaba
desque vid o que mandaba
a los viejos degollar.

Callaba Muley Hazem,
sin hallar paso mejor;
que sabe el Príncipe bien
que sangre mancha también
el laurel del vencedor.

Corrían entrambas fuentes,
trinaban los ruiseñores,
y el sol, en ambas corrientes,
sus rayos más transparentes
deshacía en mil colores.

Los vidrios de las ventanas,
contornos dando a sus sombras,
estampan las formas vanas
de sus historias livianas
en las moriscas alfombras.

El silencio a interrumpir
vino una voz de dolor:

«Preparaos a morir»,
se oía a gritos decir
a un hombre en un corredor.
Todos el rostro tornaron
impacientes a la entrada,
y repetir escucharon:
«Tus glorias se marchitaron.
¡Ay de ti, bella Granada!»
Entró el hombre en el salón,
de musulmanes cercado;
érase el tal un santón
que vivía en la oración,
del tumulto retirado.
Pasó la noche corriendo,
gritando en la obscuridad:
«Granada, los estoy viendo.
¡Ay de la hermosa ciudad!
¡Tus muros están cayendo!»
Los moros, viéndole entrar,
delante se le inclinaron,
y él siguió en su predicar:
«¡Los estoy viendo llegar,
y vuestros días contaron!.
»¡Ay de ti, la desdichada
ciudad reina de ciudades

Por el cimientto horadada,

los cielos en ti, Granada,

lloverán calamidades.

»Es en vano resistir.

¡Ay de ti, reina de Oriente!

¡Alá te manda morir!

Los estoy viendo venir.

¡Ay ciudad! ¡Ay de tu gente!»

Harto ya Hazem de escucharle,

furioso le preguntó:

«¿Quién eres?» Sin contestarle,

gritando el santón siguió;

y el Rey volvió a preguntarle.

«Enviado soy de mi Dios,

dijo el moro, y díome el cielo

un mensaje para vos.»

Y el Rey: «Pues ve que en el suelo

no hay más oídos que dos.»

Siguió entonces el santón,

muy loco o muy confiado,

su doliente relación,

con el Monarca encarado

y a guisa de inspiración:

«La tregua está quebrantada,

y a muerte al traidor sujeta.

¡Ay de ti, bella Granada!

¡Cayó en ti, desventurada,

La maldición del Profeta!

»Borrada su suerte halló

del pensamiento divino:

por ti, ciudad mucho oré;

y para leer tu destino,

hasta el cielo penetré.»

Oyóle Hazem un momento,

y enfurecido además,

dijo, dejando su asiento:

«¡Quien leyó en el firmamento,

no puede llegar a más!»

La turba ve estremecida

la rabia del Rey, y calla,

y el Rey dijo a su salida:

«Quitad a ese hombre la vida

en lo alto de la muralla.

»Cuando vengan los cristianos,

siguió volviendo a los moros,

lanzas tenéis en las maros:

¡cerrad con ellos, villanos,

como cerráis con los toros!

Príncipe y Rey

Romance histórico

Está la noche serena;

la luna, sin pardas nubes

que la empañen, limpia y clara

en el firmamento luce.

En derredor las estrellas,

con multiplicadas lumbres

tachonan del aire vano

los pabellones azules.

Eresma por entre peñas

su escaso raudal conduce

a las plantas de un alcázar

que en sus arenas las hunde;

y ya en montones de espuma

revoltoso se derrumbe,

ya con transparentes ondas

manso y humilde murmure,

nunca es más que un corto espejo

que adula la excelsa cumbre,

porque permita al palacio

que en su cristal se dibuje.

Está la noche serena,

y a pasos rápidos huye

sobre la choza pajiza

y la espléndida techumbre.

Calla el viento; el aura apenas

suelta ráfaga que ondula;

Eresma hace que sus ondas

no desvelen, sino arrullen,

y si algún pájaro errante

hay que el silencio interrumpe,

avergonzado se duerme

por no tener quien le escuche.

Mas no es tan hondo el silencio

que el aura a veces no crucen

los incompletos compases

que danza vecina arguyen.

Oyese el rumor lejano

de contenta muchedumbre

que entre cánticos y brindis

el sueño tenaz sacude.

La danza es en el alcázar,

que el príncipe Enrique cumple

hoy años, y a malgastarlos,

junta los más que le ayuden.

La copa de los placeres,

para que ansiosos apuren

cuantas damas y galanes

hay en Castilla, reúne.

La vida es corta; los días

se menguan y disminuyen;
la molicie es cortesana,
y los placeres son dulces.
¿Qué importa que el rey don Juan
contra los rebeldes luche?
El Príncipe vivo y goza,
que como a quien es le cumple.
¡Fiestas y danzas! Los reyes
no bon hidalgos comunes
en cuya frente se ostentan
el valor y las virtudes.
Una frente coronada
radia sólo tantas luces,
que los ojos atrevidos
a sus destellos sucumben.
Por eso suenan alegres
las chirimías y adules,
haciendo que sus compases
de sala en sala retumben;
por eso amoroso abrazo,
despertador de inquietudes,
los talles de las hermosas
al ceñidor sustituyen;
por eso el cendal flotante
gira en círculo voluble,

revelando lo escondido
tras lo que traidor descubre.
¡Oh! Hermosas son las hermosas
cuando, aspirando perfumes,
mas ocultos sus hechizos
entre transparentes tules,
suelos los cabellos de ébano
en espirales y en bucles,
de amar y gozar sedientas
a los salones acuden.
Aquel aliento que envía
un suspiro a que se cruce
con un suspiro que deja
que aquél su lugar ocupe;
aquel murmullo continuo
que hace que el aura susurre
con mil acentos sin forma,
que entre sus pliegues confunde;
aquella blanda sonrisa
que vida en un alma influye,
mientras aguarda favores
en penada incertidumbre;
aquellos húmedos ojos
a cuya luz se destruyen
los hielos del corazón

cuando de esquivo presume;
tantos acasos pensados
que en rodeos mil conducen
al revuelto laberinto
de amantes solicitudes;
y todo ello en un palacio
donde tormentosa bulle
cuanta pompa, intriga y gala
la faz de un Príncipe influye
hacen que los corazones
tan embriagados se ofusquen,
que deliren paraísos
bajo el cieno que les cubre.
Espléndido está el salón,
y aunque mucho disimulen
las damas, están contentas
cuando los maridos sufren.
El Príncipe galantea,
y las damas de más lustro
le deben hoy tantas flores
cuanto algunos pesadumbres.
Porque él, con una en los brazos,
toda una danza interrumpe,
haciendo que en raudos círculos
mil veces el salón cruce.

Pie con pie, mano con mano,
al muelle, lánguido empuje,
la lleva en pos blandamente,
la suspende y la sacude.

Ella, adormecida, suelta,
sobre brazo tan ilustre,
más se abandona y descuida,
porque más él la asegure.

Flotan los rizos de entrambos,
los alientos se confunden,
crúzanse los pies veloces,
vagan los mantos volubles;
el labio pide a los ojos
osadía, amor y lumbre,
y los labios a los ojos
suplican que no pronuncien.

Los ojos suplen las voces,
la sonrisa el fuego encubre,
y así al amor y al placer
todo sirve y todo suple.

¡Espléndido está el salón,
todo el aire son perfumes,
música, citas, suspiros,
murmullo, plumas y luces!

Mas hay un hombre sombrío

a quien todos llaman Duque,
y a quien ninguno aventaja
en la gala que le cubre,
cuyos dos ojos tenaces,
sin que se aparten o muden,
en el Príncipe están fijos
cual si temiera que le harten:
si algún importuno acaso
su tenacidad reduce,
siempre a su objeto ambiciosos,
rápidos se restituyen.
Al acero se parecen,
que por más que se procure
doblarle contra el imán,
siempre hacia el imán resurte:
mientras, descuidado el Príncipe,
sin que su gozo perturben,
con una dama en los brazos,
por el salón baja y sube.
Es cierto que alguna vez
mira de reojo al Duque;
mas éste, firme y tranquilo,
ni lo busca ni la huye.
Es verdad que alguna vez
el primogénito ilustre

su voluptuosa pareja
por delante dél conduce;
y tal vez, aunque no altivo,
de distinguirle se excuse,
no se alcanza a comprender
si es que le honre o que le injurie;
mas el Duque no por ello
en desmán alguno incurre:
siempre el respeto lo sobra,
ya lo responda o le escuche.,

Cesó la danza y la música,
que ya el albor se descubre
del alba, que por los vidrios
asoma sus turbias luces:
quedó el alcázar tranquilo,
despejó la muchedumbre,
sonó un beso, y don Enrique
entregó su dama al Duque.

Aquél dijo: «Hasta mañana.»

Contestó éste: «Si a Dios cumple.»

Y don Enrique, volviéndose,
siguióle la servidumbre.

La cortina verde

Son unas horas después,
y vense en su gabinete,
Inés en un taburete,
y don Enrique a sus pies.
Testigos de sus deslices
en aquel retrete obscuro,
están colgados del muro
de Flandes cinco tapices.
Toda sorpresa exterior
provienen las celosías
y dos dueñas, de vigías,
que están en el corredor.
Lucha la luz con la sombra;
el rojo sol de Occidente
colora confusamente
las labores de la alfombra.
Las flores, desde el jardín,
prestan al aura perfume,
y otro al fuego se consume
en el mismo camarín.
Todo es paz, calma y quietud
en el retrete oriental;
mas si no es paz criminal,
no es la paz de la virtud.
Don Enrique está hechicero;

doña Inés como una estrella;

voluptuosa está la bella,

y galán el caballero.

En los ojos de la hermosa

se está mirando el galán,

y ambos atizando están

hoguera tan peligrosa.

Ella, en recreo infantil,

destrézale los cabellos,

bucles haciéndole de ellos

con sus manos de marfil.

Él, con sonrisa liviano,

en acento adulator

dulces palabras de amor

la dice a la cortesana.

Ella de orgullo suspira

gozando el favor Real,

aunque él interpreta mal

la vanidad que la inspira.

Él mancebo y sin consejo,

en su amor se está abrasando;

pero ella está contemplando

su contorno en un espejo.

Él la dice: «Hermoda estás»;

en silencioso desdén

dice ella: «Lo sé tan bien,
que advertirlo está de más.»

Él, con el dulce reclamo
del silencio engañoso,
traduciéndolo mejor,
añade: «Inés yo te amo.»

Ella, culpando su exceso,
cuando más cerca la estrecha,
le da de sí satisfecha,
por cada palabra un beso.

Y en larga conversación,
ella altiva, él importuno,
demuestra bien cada uno
el afán del corazón.

Así el Príncipe decía
enajenado a la hermosa;
y astuta y voluptuosa,

ella así le respondía:
DON ENRIQUE
Un reino me aguarda, sí;

con él media vida diera
por gozar, Inés, siquiera

la otra media junto a ti.
DOÑA INÉS
Siendo Príncipe, señor,

dierais, existiendo un año,
cada mes un desengaño

a vuestro constante amor.

DON ENRIQUE

Pasiones fueran livianas,

pasatiempos nada más;

que no encontrara quizás

sino amor de cortesanas.

Mas, Inés, viéndote a ti,

esquivarte fuera en vano.

DOÑA INÉS.

Hoy me aduláis cortesano,

que estáis delante de mí.

DON ENRIQUE

Te lo juro, hermosa Inés:

diera mis Reales palacios,

mis coronas de topacios,

por vivir siempre a tus pies.

DOÑA INÉS

¿Tan bella, Enrique, os parezco?

DON ENRIQUE

Como tú no nacen dos,

y por ello, ¡vive Dios!

sufro mal que no merezco.

DOÑA INÉS

¿Vos por mí males?

DON ENRIQUE

Si a fe.

DOÑA INÉS

No os entiendo.

DON ENRIQUE

¿Me amas? Di.

DOÑA INÉS

En mi alma, de vos a mí

si hay diferencia no sé.

Mas.....

DON ENRIQUE

¿Qué, Inés?

DOÑA INÉS
¿Habéis oído?

Jurara que algo sonó.
DON ENRIQUE
Nada he percibido yo.....

ilusión tuya habrá sido.

Quedó Inés un punto en pie

escuchando perspicaz,

y asíóla el Príncipe audaz

repitiendo: «Nada fue.»

Y a fe que era la quietud

de aquel ansioso momento

tan honda en el aposento

como en desierto ataúd.

Ningún rumor la turbaba,

ningún susurro se oía,

si alguna vez se eximía

la brisa que murmuraba.

Los vapores del perfume

que exhala el ancho pebete,

aroman el gabinete

y el aire que los consume.

La rica tapicería

inmoble en el muro está,

y a sitio seguro da

cada puerta y celosía.

Hay en el fondo una alcoba

que, aunque en la sombra se pierde,

espesa cortina verde

al ojo su interior roba.

Tal vez el aura sutil

un instante la movió,

y eso sin dada causó

a Inés su terror pueril.

Mas repuesta y sosegada

junto al Príncipe otra vez,

díjole con candidez:

«Tenéis razón: no fue nada.

»Mas perdonad que haya sido

tan fácil para el temor,

que aunque os tengo mucho amor,

tengo miedo a mi marido.»

DON ENRIQUE

No me le nombres, Inés,

que hasta su nombre me irrita.

DOÑA INÉS

La vida, señor, me quita

con tan celoso como es.

DON ENRIQUE

¡Ah! ¡Inés mía, ese es el mal

que lamentaba hace poco!.....

Tengo de volverme loco

con un hombre tan cabal.

No hay cortesano mejor

ni más puntual caballero,

en la obediencia el primero,

y el primero en el valor.

No hay medio de hallarlo infiel

ni falta que acriminar,

ni encuentro qué castigar

por más que lo busco en él.

En la primera excepción

en que incurra, ha de morir.

DOÑA INÉS

Señor, ¿eso osáis decir?

DON ENRIQUE

Alma mía, celos son.

No puedo pensar en paz

que él goza de tu hermosura,

cuando por igual ventura

me lamento sin solaz.

¿Te parece digna traza

de un Príncipe que osa amarte,

esperar por sólo hablarte

a que él se salga de caza?

¿Es digno de mi ambición

que cuando él parte tu lecho,

me dé yo por satisfecho

con verte por un balcón?

DOÑA INÉS

Pero yo, Enrique, os adoro.

DON ENRIQUE

Sí; y en ese amor sobrante

me arrebatas el diamante,

¡dándome el anillo de oro!
DOÑA INÉS
Os doy cuanto puedo dar.

No podéis más exigir.
DON ENRIQUE
Aunque él haya de morir,

tu amor sólo he de alcanzar.

Ronco, ahogado, comprimido,
sonó un fugitivo acento,
como el rumor del aliento
largo tiempo detenido.

Perdió la dama el color,
púsose el Príncipe en pie,
recelando ambos que esté
alguno en el corredor.

Mas por el mismo lugar,
con muy recatada seña,
oyóse a la astuta dueña
por el corredor llamar.

-Adiós, señor, dijo Inés,
que de partiros es hora.

-¿Hasta cuando?

-Por ahora.

Si gustáis, hasta después.

-¿Tanta ventura es verdad?

-Os lo había prometido;
de caza está mi marido

válganos la obscuridad.

¿Vendréis?

-¿Cómo no?

-Atended;

no hagáis confianza vana,

abierta está la ventana

y es áspera la pared.

-Os entiendo: vendré solo.

-Sí, que la noche es oscura.

-¡Oh! Y por tamaña ventura,

fuera yo de polo a polo.-

Salió el Príncipe, y la bella,

orgullosa por su amor,

saliendo hasta el corredor,

dejó el camarín tras ella.

Todo en él fue soledad,

y la cortina arrugando,

vióse al Duque murmurando,

inmóvil en la obscuridad.

«He aquí que todo lo pierde

por no pensar mi mujer

que yo me puedo esconder

tras esta cortina verde.»

Justos por pecadores.

Es Clara una hermosa niña
que en la faz muestra gentiles
de sus diez y siete abriles
los encantos a la vez.

Sencilla, mas sin que el mundo
la sobrecoja ni empache;
las pupilas de azabache,
y de azucenas la tez.

Suelta y libre la cintura,
como la noche el cabello,
transparentes en el cuello
venas de virgen azul.

Pie breve y aéreo paso,
más inquieta y más ligera
que en la fértil primavera
las hojas del abedul.

Gacela del mirar dulce
la llamó un árabe errante;
sol, azucena y diamante,
las gitanas que la ven.

El árabe en sus desiertos
con su memoria camina;
Egipto la vaticina
infinito amor y bien.

Sus ojos brillan tranquilos
como una noche serena;
su alma en ellos se ve ajena
de temor y de inquietud.

El Duque la dice «amiga»,
doña Inés la dice «hermana»,
los mancebos «soberana»,
y «hermosa» la multitud.

Si se reclina cansada
junto a la fuente sonora,
la náyade protectora
parece de su cristal.

Si corre de los jardines
por las sendas desiguales,
semeja entre los rosales
una sílfide ideal.

Si sonrío, es su sonrisa
tan pura y tan hechicera
cual la blanca luz primera
del alba limpia de Abril.

Su voz es a quien la escucha
red amante, oculta vira,
y el aliento, si suspira,
aura olorosa y sutil.

El Duque parte con ella

todo el amor de su esposa;

doña Inés procura ansiosa

con ella olvidarse dél.

Y es Clara, partiendo entrambos

su purísimo cariño,

para aquella un tierno niño,

y un serafín para aquél.

Pasó toda aquella tarde

en el huerto entretenida,

con una dueña que cuida

sus caprichos de cumplir.

Cayó el sol; enlutó el cielo

la impalpable sombra inmensa;

la noche lóbrega y densa

amagó el mundo cubrir.

Guardó Clara sus cabellos

con un velo, del rocío;

cruzando el jardín umbrío,

hacia el camarín tornó.

Y asida a un ramo de flores

que robó a la primavera,

por una obscura escalera

hasta el corredor llegó.

Allí doña Inés, posada

la mano en el antepecho,

miraba un camino estrecho

que oculto a la calle da.

Y en el jardín, tras la dueña

que recatada le guía,

por la misteriosa vía,

rápido el Príncipe va.

Clara entonces, silenciosa,

viendo a Inés tan distraída,

de su estancia la salida

ganó a su espalda veloz,

Cayó la puerta de golpe

con estrépito violento,

y oyóse en el aposento

del Duque ronca la voz.

Tornóse Inés aterrada,

oyóse dentro un gemido;

aplicó atenta el oído,

y dijo temblando: «El es.»

Rápida, desalentada,

por el corredor saltando,

dio al jardín, encomendando

su salvación a sus pies.

Trémulo, descolorido,

el Duque de allí a un momento,

saliendo del aposento,

embozado apareció.

Caló el sombrero a los ojos,

y dando vuelta a la llave,

con paso callado y grave

la escalerilla bajó.

Un apéndice a las ventanas de la Duquesa

Triste y lóbrega es la noche;

no está en el cielo la luna

colgada como una antorcha

entre la niebla nocturna.

No es azul el firmamento;

que le encapotan y enlutan

informes masas de nubes,

que a paso tardo lo cruzan.

Todo es silencio en Segovia;

las ráfagas no murmuran,

que el aire denso y pesado,

vecina tormenta anuncia.

Triste y lóbrega es la noche;

yace la ciudad a obscuras

en brazos del primer sueño,

inmóvil, opaca y muda.

Con precaución cautelosa

que intento secreto anuncia,

corrió una mano el cerrojo
de un postigo que se ofusca
en un lado del alcázar,
entre prolijas molduras.

Por ella dos embozados
salieron: ya que la alumbra
débil luz de una linterna,
por defuera la aseguran.

Como mucho se recatan
y es la sombra tan confusa,
no se percibe a lo lejos
ni su faz ni su figura.

Porque es la sombra un cristal
que los recelos enturbian,
y el objeto que se mira
se disminuye o se abulta.

Tan velozmente caminan,
que pueden dejar en duda
si su acelerada. marcha
es persecución o fuga.

Doblan esquinas y calles,
plazuelas y plazas cruzan;
dijeran que van perdidos
sin encontrar lo que buscan.

Mas tan decididos siguen

la dificultosa ruta,
que bien se ve que no yerran
ni se desorientan nunca.
El ferreruelo cruzado,
a los ojos la capucha,
la barba sobre los pechos;
el morterete sin pluma,
van su camino en silencio
con planta firme y segura,
y el uno delante el otro,
ni se paran ni se juntan.
Debajo de unas ventanas
que con labores difusas
cercan muchos arabescos
de primorosa escultura,
detúvose el de delante
diciendo: «Vela y escucha,
esperando que yo vuelva
sin que nadie me descubra.»
Replicó el otro en voz baja,
saludando con mesura:
«Y si una ronda.....
-Que pase,
que mi grandeza te escuda.
-¿Y si un curioso?.....

-Que vuelva

Atrás.

-¿Y si me importuna?

-Requiere, si no eres manco,

la razón de tu cintura.»

Siguió adelante, esto dicho,

y primero que él acuda

a dar, prevenido y cauto,

o noticia o seña suya,

abriéndose una ventana,

lanzó de su sombra muda

con una escala de seda

una voz que dijo: «Suba.»

Subió el galán; mas llegando

veloz a la cuerda última,

un brazo que sacó un hombre

que esconde la catadura,

dándole aprisa un saquillo,

dijo: «Tome lo que busca.»

Y cerrando la ventana,

mano, voz y hombre se ocultan.

A tal momento, en la calle,

con voz de duelo y angustia

un ¡ay! lanzando una dama,

de la escala se asegura.

Bajó el caballero, y ella,
jadeando lo pregunta:
«¿Vivís?», y asiendo el estoque,
él replicó: «¿Quién lo duda?»
Llegó en esto el apostado
con la linterna, y a una,
dama y galán prorrumpieron:
«¡Don Enrique!» «¡Inés!» «Alumbra.»
Abrió el Príncipe el saquillo,
y sintiendo la tela húmeda,
metió la mano, y asiendo
con asombro lo que oculta,
sacó de la hermosa Clara
la cabeza infantil, mustia.
«¡Santos del cielo! ¡Mi hermana!»
«Su sentencia era la tuya,
dijo a doña Inés el Príncipe;
válgate, pues, tu fortuna.»
Y dando a la dama el brazo,
tomando su antigua ruta,
entraron en el alcázar
por la puertecilla oculta.
A luengas edades luengas novedades

El Príncipe pasó a Rey,
y, como era de esperar,
todo debió de cambiar,
sujeto a distinta ley.

Era la Reina muy bella;
mas, como bella, celosa;
y otra alguna, por hermosa,
no tiene igualdad con ella.

Así que, el Rey don Enrique,
si no adquirió más virtud,
de su ociosa juventud
puso a los vicios un dique.

De sus amigas livianas,
mucho el número menguó,
y a la Reina encomendó
sus más lindas cortesanas.

Es verdad que, a las dos leguas,
doña Guiomar, cada día,
entretenerle solía,
dando al matrimonio treguas.

Y es cierto que, tan leal
a su Príncipe como ella,
de su amor le hace querella

Catalina Sandoval.

Mas pecados Reales son,

que tachar fuera imprudencia:

son del cetro una exigencia,

excesos del corazón.

Que es mezquino, a nuestro ver,

que mandando tanta gente,

un monarca se contente

con tan solo una mujer.

Si Dios condena el amor

a la mujer del vecino,

no habla el precepto divino

con él con tanto rigor.

Y sin duda alguna es bien

que, pues la ley dan los reyes,

sean ellos con las leyes

privilegiados también.

Por eso, en una alta torre

que al campo del moro cae,

por do Manzanares trae

sus corrientes, cuando corre,

se oye en la noche callada,

sobre las alas del viento,

un dulcísimo lamento

y un arpa bien acordada.

Por eso, en la noche oscura,

dice el necio centinela,

que en aquella parte vela
la bruja que el Rey conjura.
Pues de tiempo inmemorial,
por entre el vulgo se suena
que allí encontró el de Villena
un colega espiritual.

Distinto habitante mora
hoy en la torre precita;
mas quiénes o quién la habita,
el vulgo y la Corte ignora.

Porque aunque a veces en ella
se oye que en trova confusa
la voz de quien canta acusa
los rigores de su estrella,
Se oye también que suspira
tan amantes cantilenas,
que si canta entre cadenas,
no canta, sino delira.

A veces, una voz blanda,
en estribillo amoroso,
de un amador licencioso
nuevas al viento demanda.

Y es tan suave, y tan flexible,
y tan tierna en su cantar,
que intentarla remedar

fuera a otra voz imposible.

Ya apagada, ya sonora,
ya trémula, ya segura,
como la fuente, murmura;
como la tórtola, llora.

Ya es un canto ronco y vago,
sin tema sobre que acuerdo,
como un aura que se pierde
entre la niebla de un lago.

Ya es alegre y peregrina
una voz tan infantil,
que no envidia, en lo sutil,
tonos a la golondrina.

Y a veces, en la alta, oscura,
larga noche, allí resuena
varonil, pujante y llena,
otra voz sin su dulzura.

Mas también con su vigor,
la voz dulce se amalgama,
que el aire las desparrama
en dobles himnos de amor.

Una de amor se querella,
y otra canta sus victorias;
ésta adora sus memorias,
y las diviniza aquélla.

Quien de lejos las escucha
en la negra oscuridad,
duda si sueña, en verdad,
y consigo mismo lucha.

Temo la superstición
maleficio en el cantar,
pero se mueve a escuchar
temerario el corazón.

Es una noche tranquila,
de esas azules, serenas,
en que de la luna apenas
la pálida luz vacila.

Dentro de aquel torreón
que cae al campo del moro,
se escucha el compás sonoro
de la femenil canción.

Envuelta en obscuro velo,
emblema claro del luto,
torna el rostro mal enjuto
una mujer hacia el cielo.

Y brilla más la tristeza
de su encantadora faz,
con el llanto que tenaz
destila de su tristeza.

Y en su angustia solitaria,

demandársela pudiera

si canción tan lastimera

es cántico o es plegaria.

En un sitial, a su lado,

con un laúd la acompaña

Enrique cuarto de España,

de su corona olvidado.

Pero ella ensaya tan mal

la endecha triste que canta,

que mohíno el Rey aguanta,

mal sentado en su sitial.

Viendo la poca virtud

que su canto ejerce en ella,

pues los tonos de la bella

no aciertan con su laúd,

Soltando al fin de la mano

el inútil instrumento,

dijo con severo acento,

entro brusco y cortesano:

«Para tal torpeza, Inés,

que no cantes es mejor.»

DOÑA INÉS

Cuanto pude hice, señor,

Y os lo ofrezco tal cual es.

Dos meses ha que venís

a gozaros en mi afán

con el nombre de galán,

mas como señor pedís.

Sin curar de mi dolor,

mandáisme cantar, y canto,

no llorar, y enjugo el llanto,

no amar..., y muero de amor.

DON ENRIQUE

Inés, importuna estáis.

DOÑA INÉS

Y vos, por demás severo.

DON ENRIQUE

Que estáis muy celosa infiero.

DOÑA INÉS

Yo infiero que no me amáis.

DON ENRIQUE

¡Siempre dudas de mujer!

¡Siempre igual reconvención!

DOÑA INÉS

Amando de corazón,

amar es obedecer.

Todas las noches traéis

la desazón en el gesto,

siempre a enojaros dispuesto,

y no hay de qué os enojéis.

El tiempo os parece largo

que pasáis siempre conmigo;

nunca, señor, os lo digo,

y lo lloro, sin embargo.

DON ENRIQUE

Mas todas las noches vengo,

Inés, y no se te oculta

que siempre lo dificulta

el grave cargo que tengo.
DONA INÉS
Mas yo, señor, noche y día

en esta torre encerrada,
os espero enamorada
sin tener otra alegría.

Veo la noche importuna,
de la aurora el arrebol,
nacer y morir el sol,
nacer y morir la luna.

Y todo el tiempo se va
en inútiles querellas,
demandando a sol y estrellas
que me digan dónde está.

Veo todas las mañanas,
así que el sol reverbera,
partirse en fuga ligera
lasavecillas livianas.

Todas las noches las veo
al crepúsculo volver,
fatigadas, puede ser,
mas cumplido su deseo.

Y a mí el tiempo se, me va,
en esas rejas vecinas,
pidiendo a las golondrinas
que me digan dónde está.

Callaba el Rey, interés
prestando a sus voces poco,
y en delirio amante y loco
lloraba a su lado Inés.
Él, la barba sobre el pecho,
cruzadas ambas rodillas,
sus querellas sin oillas,
distráido o satisfecho.
Ella, en más bajo lugar,
mal prendido el luengo velo,
las mangas le terciopelo
deshilando sin cesar.
El Rey, como quien tolera
algo que le mortifica;
ella, como quien suplica
algún favor que no espera.
Al fin, como quien despierta
de un sueño que le acosó,
así don Enrique habló,
con trémula voz incierta:

«Mucho te amé, bella Inés;
mucho te amo, mas perdona
que no pueda mi corona
rendir amante a tus pies.

»Casado estoy, en verdad,
y de mi cetro en honor,
no cuidaré de tu amor,
sí de tu seguridad.

»El Duque no sé qué es dél,
y pues se habla de ello mal,
partirás a Portugal
con un mensajero fiel.»

Calló el Rey, e Inés, transida
de dolor tan impensado,
de espaldas cayó a su lado,
cercana al fin de la vida.

En sus brazos la sostuvo,
y a merced de un elixir,
la vida volvió a latir,
camino el aliento tuvo.

Volvió a herir su corazón
su altivez o su mancilla,
y dijo al Rey de Castilla
con la voz de la aflicción.

«Fue amaros orgullo en mí;
hízolo amor la porfía,
mas pues la culpa fue mía,
castigada quedo así.»

Y tornándola a faltar

segunda vez el aliento,
salió el Rey del aposento
tras quien la venga a ayudar.

II

Allá, por do Manzanares
en humildosas corrientes,
antes de entrar cortesano
en Madrid, sus aguas vierte,
hay un sitio en que fundaron
un alcázar otros reyes.

Pardo en el nombre, y perdido
en verdad en sus placeres,
en un despejado campo
que a su entrada el lugar tiene,
con grande rumor levantan
a toda prisa un palenque.

Dispónense aparadores,
aparéjanse banquetes;
doquier se aprestan vajillas
y se despitan toneles.

Guirnaldas en los balcones,
tapices en las paredes,
pabellones en los techos
y en las alfombras pebetes.

Doquiera, en el campo tiendas

con banderas diferentes;
andamios para la Corte,
y andamios para los jueces.
Y en el palacio tumulto,
y tumulto en el palenque;
y en las calles y en las plazas,
los que van y los que vienen.
Por allá suben literas,
por acullá palafrenes;
por allí, de Real mandato,
de su Real guardia jinetes;
por un lado arcabuceros,
por otro lado donceles,
que ganando tiempo y tierra,
buscando aposentos vienen.
Músicos, dueñas, rateros,
saltimbanquis y corchetes,
tamboriles y danzantes,
curiosos e impertinentes.
Aquí una moza devota,
que el brazo a una vieja tiene,
se ajusta en son de maitines
con un majo matasiete.
Allí un dominico obeso
abultado de mofletes,

en una niña de quince
puso los ojos ardientes,
sin duda alguna admirando
al Dios que hace aquellos seres
de ojos negros, manos blancas,
cintura escasa y pie breve.
Más allá, bajo un sombrero
que en la oreja se mantiene,
alto y torcido el bigote,
larga espada, y entre el leve
rizado de ancha valona
escondido hasta los dientes,
de pie derecho, y la mano
sobre la cintura siempre,
está, a través escupiendo,
apercibido un valiente
de esos que dicen: «Miradme,
que hay indulgencias en verme.»
Y sobre todo el murmullo
que tan sin término hierve,
en cóncavo estruendo ronco
por pueblo y campo se sienten
los mazos de los peones
que levantan el palenque,
y el mantillo del armero

sobre golas y broqueles.

Grandes fiestas se preparan

y según dice la gente,

son por los embajadores

que de la Bretaña vienen;

así también lo confirma

la conversación siguiente

de dos judíos que aromas,

joyas y armaduras, venden:

-Buen agosto os habéis hecho,

Rubén, a lo que parece.

-No estoy quejoso, en verdad.

-Y aun contento.

-Ciertamente.

-Sed franco.

-¿Más he de ser?

-Y por nuestros intereses,

vayamos ambos a una,

que espero que no nos pese.

-Sea así, hermano Daniel,

y escuchadme atentamente.

El Rey me compró en secreto,

para lujo en sus valientes,

las armaduras mejores

del torneo.

-¿Cuántas?

-Trece.

-¡Santos del cielo! ¿En monedas
os pagó?

-Al punto y corrientes.

-Feliz sois, Rubén.

-Veamos

Vuestra fortuna.

-Yo siempre

Por enemiga la tuve.

-Pero yo sé que igualmente
el Rey, Daniel, os buscaba.

-Sí, mas fue ganancia leve:
aplazóme los caballos
de mejor sangre que hubiese,
y díle, blancos y negros,

Los mejores.

-¿Cuántos?

-Trece.

-¿Y os quejáis?

-¡Santa Sión!

Pagó dos; los once debe-

Callaron ambos un punto,

y a Rubén Daniel volviéndose,

díjole:-Mas ya hay quien cubre

lo que pierdo en los corceles:

don Beltrán armó los suyos,

pródigo con mis arneses.

-¡Oiga! ¿También don Beltrán

campo en el cerco mantiene?

-No por cierto; mas levanta

en Madrid otro palenque,

para una segunda fiesta

a la vuelta de los Reyes.

A la parte de Alcalá

tiene apostada su gente,

para tomar de las damas

la brida a los palafrenes.

-¡Atrevido es el pagano,

y ardua causa la que emprende!

Los galanes victoriosos

se opondrán reciamente.

-Pues don Beltrán de la Cueva

aun se está tan en sus trece,

que diz que hasta el mismo Rey

le hará campo, aunque le pese.

-Mucho puja

-Es conde y rico.

-Y el Rey es rey.

-Y él valiente;

y tiene consigo un hombre
que recata el rostro adrede,
que es capaz de armar batalla
el solo con diez y siete.

-¿Un soldado?

-Un caballero.

-¿Que es quien paga?

-Lo parece.

Que es un extranjero dicen
que de aventurero viene.

-¿Trae gente en su compañía?

-Lanzas hasta veintinueve.

-¿Es francés?

-Flamenco.

-¿Amigo
de las batallas?

-No debe.

-¡Cómo!

-Dél se cuentan cosas
bien extrañas cabalmente.

Dicen que, en vela continua,
no se sabe cuándo duerme;
que es sobrio como una monja.

-Mas ¿su nombre?

-No le tiene;
sólo el Flamenco le llaman;
siempre anda solo y le temen.
-Mas ¿no se conoce de él.....
-Nada más que lo que él quiere;
y que es alto, recio, osado,
y a lidiar dispuesto siempre.-

Callaron ambos judíos,
y en raudo tropel la gente
se agolpó sobre el camino
a vitorear a sus Reyes.

III

Como seis días después,
y hacia las dos de la tarde,
en el prado que en Madrid
por San Jerónimo sale,
armados hasta los dientes
y cubiertos los semblantes,
estaban dos caballeros
de una ancha tienda delante.

Detrás de ellos, apostados
en hilera formidable,
hay hasta treinta jinetes,
potentísima falange.

Y otros treinta caballeros,

cuanto valiente galanes,
-en varios grupos conversan,
de su pompa haciendo alarde.

Donceles tienen sus lanzas;
sus caballos tienen pajes,
siendo a la par todos ellos
soldados y capitanes.

Detrás hay una barrera
que guardan, con antifaces,
otros doce caballeros
sobra doce yeguas árabes.

A los lados dos andamios,
uno con las armas Reales,
y otro con las de Bretaña,
coronados de sitiales.

Otro andamio casi enfrente,
y en él los jueces y grandes
que han de pesar la justicia
y la ley de los combates;
y el resto cerca una valla,
hasta dos arcos triunfales,
en que remata una liza
que por la barrera se abre.

Banderas de mil colores
se estremecen en el aire,

que embalsaman ramilletes
de jazmines y azahares.

Lindísimas cortesanas
de cabellos de azabache,
tez pálida y ojos negros,
bajan el prado adelante;
porque ¿qué son los jardines
en que las flores no salen,
no lo que son las fiestas
en que las damas no caben?

De ambas las tropas que aguardan
el duro y próximo trance,
hablan en voces secretas
ambos los jefes audaces;
uno es Beltrán de la Cueva,
del otro nada se sabe,
sino que con treinta lanzas
con don Beltrán hizo parte.

Es de talla aventajada,
de nunca visto semblante,
vigoroso asaz de miembros
y de fuerza sin iguales;
un hacha de armas esgrime
y una espada formidable,
que los arneses más recios

desencajan y deshacen.

Cabalga un potro normando
como sufrido pujante,
que obedece a los impulsos
de dos largos acicates;
y acostumbrado a la guerra,
en que ha tiempo que le traen,
mal le reprime el jinete
al oír los atabales.

A su vez el caballero
le acosa con voz tonante,
como si el mismo caballo
a la misma par lidiase;
y dicen que tan a tiempo
la segunda, vuelve y parte,
que un solo cuerpo lidiando,
caballero y corcel hacen.

Así Beltrán de la Cueva
le hablaba a este personaje,
y el flamenco respondía

con razones semejantes:

DON BELTRÁN

¿Seréis firme?

FLAMENCO

Como un roble.

DON BELTRÁN

¿Lidiaréis?

FLAMENCO

A toda sangre.

DON BELTRÁN
¿Nadie pasará?
FLAMENCO
Ninguno

con espada ni con guante.
DON BELTRÁN
¿Y si el mismo Rey se empeña?
FLAMENCO
¡Al Rey vive Dios que mate,

y lleve su guantelete

en una pica hasta Flandes!
DON BELTRÁN
Si como decís obráis,

temo que el campo no os baste.
FLAMENCO
Al tiempo lo recomiendo;

y si la suerte me vale,

veréis que mejor amigo

no hallaréis para este trance.
DON BELTRÁN
¿Qué mote sacáis?
FLAMENCO
Ninguno.
DON BELTRÁN
Pues he visto a vuestro paje

un broquel con una letra.
FLAMENCO

Esa letra dice: «Nadie.»

DON BELTRÁN

¿Es orgullo?

FLAMENCO

Es una historia.

DON BELTRÁN

¿De amoríos?

FLAMENCO

Y de sangre.

DON BELTRÁN

¿Sois príncipe?

FLAMENCO

No por cierto.

DON BELTRÁN

¿Sois huérfano?

FLAMENCO

Lo acertasteis

porque, a ninguno sujeto,

soy libre, y la tierra grande.

Oyóse en esto el tumulto

de pífanos y atabales,

y vióse la polvareda

que por el campo adelante

envuelve a los que se acercan

tras los pendones Reales,

que acabados los torneos,

a Madrid vuelven triunfantes.

Cabalgó al punto Beltrán,

y cabalgando el de Flandes,

asíó broquel, lanza y brida,

diciendo con voz pujante:

«¡A caballo!, ¡voto a Dios!

y en torneo o en combate,

no hay que dejar con espada,

desde San Miguel, a nadie!

El paso de armas de Beltrán de la Cueva

I

¡Espléndida cabalgata!

¡Caballeresco tropel!

La Reina viene montada,

y el Rey, la brida dorada

asiendo de su corcel.

Vienen siguiendo sus huellas

las cortesanas más bellas,

y a su vez los caballeros

sirven de palafreneros

a los palafrenes de ellas.

Detrás las literas vienen

sobre esclavos orientales;

los pajes detrás se tienen,

y el orden, al fin, mantienen

mil arcabuceros Reales.

Todo es luego en derredor

y detrás, pueblo y tumulto;

en el centro va el valor,

y en la fiesta, mal oculto,

el orgullo y el amor.

Al valor pruebas lo dan

las cotas hechas pedazos;

orgullosos todos van,

y el amor probando están

las empresas y los lazos.

Ondulan los martinetes

asidos a las cimeras

de los ufanos jinetes,

y usurpan tocas ligeras

el lugar de los almetes.

Y en vez de ferradas golas

y de rojas banderolas,

flotan en suelto equipaje

los velos blancos de encaje

de las damas españolas.

Y de las sillas de guerra

ferradas de limpio acero,

hasta tocar con la tierra,

cuelga, el que de amor encierra

misterios, cendal ligero.

No aprisionan los corceles

guanteletes ni escarcelas,

sí terciopelos y pieles,

y ellos van libres y fieles

sin temor a las espuelas.

Solamente mas severos,

aunque no siendo mejores,

tras el Rey van altaneros,

pacíficos caballeros,

los nobles embajadores.

Y a sus personas prestando

las atenciones Reales,

en rico y vistoso bando,

sobre mulas van pasando

obispos y cardenales.

Todo es lujo y altivez,
todo es oro cuanto brilla,
y osténtanse allí a la vez
los hidalgos de más prez
de León y de Castilla.

Todas las mejores lanzas
de ambos reinos acudieron,
y descuidando sus danzas,
osados en esperanzas,
diz que hasta moros vinieron.

Que, para ostentar valor,
cualquiera liza es buena;
y el moro batallador
sabe siempre que es mejor
lidiar en cristiana arena.

Allí en los andamios miran
sin máscaras las hermosas;
sus alientos se respiran,
y a sus miradas aspiran
las hazañas generosas.

Por eso vienen ligeros
sobre sus negros corceles
diez árabes caballeros,
silenciosos y severos,

envueltos en alquiceles.

Su mirar rápido, incierto,

la negra barba crecida,

el corcel, de oro cubierto,

todo muestra la atrevida

generación del desierto.

Y aunque cuanto audaz, cortés,

culta en usos y lenguaje,

siempre se alcanza a través

de su magnífico arnés

algo de origen salvaje.

Llegaron ante la valla

Rey, pueblo y embajadores,

y al son del clarín que estalla,

van a ofrecer la batalla

al Rey los mantenedores.

Llegó a sus pies don Beltrán,

y díjole audaz: «Señor,

aquí mis nobles están,

que sus lanzas medirán

con vuestra lanza mejor.

»Y pues por encarecellos

vuestra Real esplendidez,

fiestas quiso concedellos,

para no ser menos que ellos,

he aquí campo a nuestra vez.

»Como tan buenos vasallos,

de las damas requerimos

las bridas de los caballos;

y pues a aquesto venimos,

o combatir o soltallos.»

Y echando el guante en la arena,

brida volviendo a su gente,

el campo en torno resuena

con largo aplauso, que llena

cuanto el sol resplandeciente.

Aceptó el Rey; y los vientos,

rasgando los atabales,

fueron ocupando atentos,

la multitud sus asientos,

y los Reyes sus sitiales.

Puestos los embajadores

a un lado, y a otro los jueces,

al son de los atambores,

a los nuevos lidiadores

requirieron por tres veces.

Lanzáronse hacia la liza

hasta cuarenta jinetes,

y en su línea movediza

el aura estremece y riza,

crestones y martinetes.

Tascan espumoso el freno

impacientes los bridones,

henchir queriendo su seno

con los belicosos sonos

de que el aire tragan lleno.

Entonces, desde una tienda

de los que el campo mantienen,

al lugar de la contienda

un caballo por la rienda

dos pajes bajando vienen.

Por si quisiera lidiar,

al Rey le ofrecen cortesés;

advirtiéndole a la par,

que mejor no le ha de hallar

ni con mejores arneses,

Partieron los lidiadores

el sol de la liza igual,

y al son de los atambores,

retados y retadores

aguardaron la señal.

II

Con la visera calada

y los lanzones en ristre,

los broqueles ante el pecho,

sobre los estribos firmes,

cerráronse a toda brida

los lidiadores insignes,

los unos contra los otros,

a la voz de los clarines.

Todo fue polvo un instante;

no se oye ni se distingue

más que el son que los aceros

en fiero compás despiden.

En honda y ansiosa duda,

en angustia indefinible,

almas con ojos esperan

a que el polvo se disipe.

Es en vano que las damas

al turbio palenque miren;

todo entre el espeso polvo

está en el campo invisible.

En vano sobre su escario

se levanta don Enrique;

el polvo oculta a sus ojos

los que vencen o se rinden.

Se oye que abajo en la liza

la recia contienda sigue,

porque los gritos no cesan

y los golpes se perciben.

Unos gritan: «¡Flandes! ¡Nadie!
«¡Al Rey, al Rey!», otros dicen;
y las lanzadas se doblan
Y los tajos se repiten.
Ayes, lamentos, insultos,
maldiciones, lelilés,
relinchos y cuchilladas,
todo a un tiempo se concibe;
todo en tumulto espantable,
todo en confusión horrible.
Todos los gritos se mezclan,
y a gran pena se distinguen
los de: «¡Cierra!» «¡Hiere!» «¡A ellos!»
«¡Alá!» «¡Flandes!» «¡Don Enrique!»;
creyéndose al mismo tiempo,
por los «cierra» y los lelés,
que flamencos y cristianos
contra sarracenos riñen.
Rodó al fin el polvo denso
con las ráfagas sutiles,
descubriendo la vergüenza
de los que la arena miden.
Pocos pudieron bizarros,
al encuentro resistirse;
su mismo impulso fue causa

del azar que les aflige.

Quedaron de entrambas partes

tan sólo trece que lidien,

son los seis mantenedores,

los otros siete del Príncipe.

De ellos hasta tres son moros

que a los del Rey bien asisten,

con los alfanjes sangrientos

y los palafrenes libres.

Donde una espada se rompe,

donde un yelmo se divide,

doquier que un palmo se pierde

o un caballo se reprime,

allí la lanza de un moro,

allí un alfanje invisible,

hiere, acosa, rompe, vence,

antes que se lo adivine.

Algunos de entrambos bandos

que levantarse consiguen,

con los pomos y los puños

en el combate persisten.

Dan, oían, avanzan, vuelven,

y ligeros como tigres,

soltando el inútil hierro,

con los brazos se reciben.

Se abrazan y se sacuden,
y se cruzan y se oprimen,
quedando un momento inmóviles
en duda de si respiren.

Y al fin de afanosa lucha,
sin vencer y sin rendirse,
ruedan abrazados ambos,
y cuartel ninguno pide.

Perdidos entre el tumulto,
tal vez aún se distinguen
sus desesperados esfuerzos,
sus convulsiones horribles,
hasta que el tropel sangriento
de los jinetes que viven,
los envuelve enteramente,
los separa o los persigue.

Tocó el sol en Occidente;
y a la voz de don Enrique,
pajes entran en la liza,
que los heridos retiren.

Despejado un poco el campo,
la liza de estorbos libre,
quedaron lidiando siete,
sobre los estribos firmes,
don Beltrán con el de Flandes

y un flamenco que le sigue,
con un hacha a cuyos filos
mal los broqueles resisten.
Lidian por el Rey valientes,
los ventajados en lides,
el Marqués de Santillana,
que negra armadura viste;
don Juan Pacheco, que el mando
lleva a medias con el Príncipe,
y el buen Conde de Treviño,
del solar de los Manriques.
Con ellos guerrea un moro,
de cuya opulenta estirpe
dan testimonio y no escaso
el negro corcel que rige,
el corvo alfanje que empuña
y el arnés con que se ciñe.
Mas todo está deslucido,
sin que oro ni acero brillen,
que todo en polvo y en sangre
a puro lidiar se tiñe
Don Beltrán, rota una brida,
con esfuerzos increíbles,
contra el moro y Santillana
ve su salvación difícil.

Las damas le vitorean
mostrando bien cuánto es triste
que caballero tan bravo
con tal desventaja lidie.
Los jueces están inquietos,
e indeciso don Enrique,
duda si el bastón de mando
a tiempo en la arena tire.
Mas antes que esto suceda,
se oyó pujante y terrible
el grito con que el flamenco,
«¡Flandes y Nadie!» repite.
Y revolviendo el caballo,
con ímpetu se dirige
hacia el noble Santillana,
que el campo a su empuje mide.
Entonces, al de Treviño
volviendo, «¡Aquí Flandes!», dice;
y alzándose en los estribos,
de entrambas manos se sirve.
Cayó del caballo el Conde;
y volviendo el que le rindo
al soldado que le ayuda,
le manda que se retire.
Quedaron, pues, dos a dos,

cuatro valientes que piden

una corona los cuatro,

para los cuatro difícil.

Y bien merecen que en ellos

su honor sus partidos cifren,

porque no hay mejores brazos

para que le depositen.

Pacheco y Beltrán cayeron;

Pacheco, asido a las crines,

debajo está del caballo,

incapaz de desasirse.

Vino don Beltrán sobre él;

mas los jueces que presiden,

dan por vencido a Pacheco,

y escuderos le permiten.

Mientras, agotando esfuerzos

que parecen imposibles,

el árabe y el de Flandes

la lucha tenaces siguen.

Grita el flamenco: «¡Aquí Flandes!»,

y el árabe, a cada quite

entra y sale huyendo y dando,

siempre en dada y siempre libre.

En vano el flamenco acude

a cuanta fuerza le asiste;

el moro hace que el caballo
pase, cruce, salte y gire.
Mas cansada su fortuna,
a tiempo que ambos se embisten,
al dar una huída el moro,
hace que el caballo pise,
tan en vago, que aunque diestro
le levanta y le reprime,
dobló las manos en tierra,
tocándola con las crines.
Esto que viera el flamenco,
con empuje irresistible
para adelante se viene
sin que el moro alcance a herirle.
Cayó el de Flandes encima,
y aunque el caballo le oprime,
asíó con tal fuerza al moro,
que le acogota y le rinde.
Tiró su bastón el Rey,
y al son de los añafles
mandó que por los del campo
la victoria se publique.

III

Mientras a los pies del Rey
de hinojos Beltrán se pone,

y el Rey le tiende la mano
porque con ella se honre,
a las puertas de la liza
la multitud agolpóse,
para ver la cabalgada
cuando a palacio se torne.
Bajaron de sus andamios
el Rey, la Reina y la Corte,
damas, caballeros, pajes,
obispos y embajadores.
De manos de los donceles
recibiendo los bridones,
conducir de allí a las damas
como enantes se proponen.
Asidos brida y estribo
porque más fáciles monten,
por las hermosas esperan
los caballeros mejores.
Púsose el primero el Rey,
y ya cortés se dispone
a dar la mano a la Reina,
cuando con audacia un hombre,
cejar haciendo al caballo,
sin respeto se la coge.
«¿Quién se atreve?....», dijo el Rey;

y en el rostro los colores
tornando el gesto alterado,
delante su vista hallóse,
la brida asiendo, al flamenco,
que así osado le responde:
«Si pasáis sin combatir,
será sin guante ni estoque,
que he lidiado en el palenque
bajo de estas condiciones.»

El rey Enrique, indeciso,
de arriba abajo miróle,
dudando si por quien sea
se lo tolere o se enoje;
pero por más que a sus solas
su pensamiento recorre,
como él su rostro recata,
no sabe si le conoce.

Al fin, fingiendo respetos
por sus derechos, cedióle,
ya su razón otorgando,
ya por secretas razones.

Tendióle la mano y dijo:

«¡Loor a los vencedores!

Tomad lo que habéis ganado,
que en efecto anduve torpe.

¿Quién sois?»

-Nadie. Esa es mi empresa

-¿Es vuestra cifra?

-Es mi nombre.

-Sois valiente, y no os atañe,
por vida mía, ese mote.

-Ya dije que es nombre propio,
y no le merezco noble.

-¿Cómo, pues?

-Porque he vendido
mi honra y mi nobleza a un hombre.

Tornóle a mirar el Rey,
y tras cortas reflexiones,
con sonrisa ambigua dijo:
«Id adelante»; y siguióle.

Recuerdos

Es una noche tranquila,
de esas azules, serenas,
en que de la luna apenas
la pálida luz vacila.

Algunas nubes errantes
por medio el espacio flotan,
que así de la luna embotan

los resplandores brillantes.

La brisa fresca que vaga,

los árboles estremece,

y según se extingue o crece,

crece el murmullo o se apaga.

Noche espléndida y serena

que al hombre a pensar convida,

y en que resbala la vida,

de gozo y pesar ajena.

En que, absorto el pensamiento

en vaga meditación,

halla una blanca ilusión

en cada arruga del viento.

Nada ve el ojo, aunque mira,

oye el oído y no escucha,

y consigo en débil lucha,

triste el corazón suspira.

Una noche clara y pura

en que, contemplando el cielo,

crece en el alma el consuelo,

y hechiza hasta la amargura.

Noche en que se ve a lo lejos,

con el fulgor de la luna,

la ilusión de la laguna

en argentinos espejos.

En que se ve el bosque umbrío
cual un escuadrón gigante,
y cual rastro centellante
la cinta blanca de un río.

Noche en que prestan a una
blando perfume las flores,
música los ruiseñores
y resplandores la luna.

De esas noches que una vez
todos los hombres gozaron,
y a cuya luz recordaron
los sueños de la niñez.

De esas noches cuya historia
dura en el alma escondida,
página de nuestra vida
pegada a nuestra memoria.

Oyendo el tropel sonoro
con que en murmullos süaves
aduermen hojas, y aves,
y aguas, el campo del moro,
un hombre sobre una peña,
se alcanza en la obscuridad,
mas no se alcanza, en verdad,
si aguarda, medita o sueña.

Se percibe, allá en la obscura

sombra negra, alguna vez,

la movible brillantez

de su límpida armadura.

Se oye entre las hierbezuelas,

a cada sacudimiento,

el brusco estremecimiento

de sus ásperas espuelas.

Dolientes suspiros lanza

del ánima dolorida,

tal vez por la antigua vida

o acaso por su esperanza.

En esto, en una alta torre

que al campo del moro cae,

por do Manzanares trae

sus corrientes, cuando corre,

Vagó sobre el aura leve

voz tan dulce y lastimera,

que atenta el aura ligera,

por oílla no se mueve.

A aquel suavísimo son,

el caballero escondido

ansioso prestó el oído,

hízose toda atención.

La voz que oye limpia y blanda

en estribillo amoroso,

de un amador licenciado
nuevas al viento demanda.

Y es tan suave, y tan flexible,
y tan tierna en su cantar,
que intentarla remedar
fuera a otra voz imposible.

Ya apagada, ya sonora,
ya trémula, ya segura,
como la fuente murmura,
como la tórtola llora.

Ya es un canto ronco y vago,
sin tema sobre que acuerde,
como un aura que se pierde
entre la niebla de un lago.

Ya es alegre y peregrina
una voz tan infantil,
que no envidia en lo sutil
tonos a la golondrina.

¿Es ilusión mentirosa,
o es tremenda realidad
ese sueño de otra edad
más bella y más dolorosa?

¿Por qué estremecido miras
esa torre solitaria,
y al rumor de esa plegaria

con pesadumbre suspiras?

¿Qué oyes, caballero, di,

en ese son misterioso,

que el, céfiro vagaroso

arrastra ufano hasta ti?

¿Ese que gime en el viento

sonido despertador,

es un recuerdo de amor

o es tenaz remordimiento?

¡Ah! El pensamiento perdido,

incapaz de decidir,

vacila entro el porvenir

y las sombras del olvido.

Y aunque aquella voz se exima

de más cercana inspección,

bien sabe su corazón

que aquella voz le lastima.

¿Quién vivirá en esa torre,

que canta tan dulcemente,

mientras suena mansamente

el Manzanares que corre?,

Porque aunque a veces en ella

oyó que, en trova confusa,

la voz de quien canta acusa

los rigores de su estrella;

aunque a veces triste canta
lastimado son de duelo,
cual queriendo enviar consuelo
al corazón la garganta,
oyó también que suspira
tan amantes cantilenas,
que si canta entre cadenas,
no canta, sino delira.

Cesó la voz de repente,
y sobre el césped mullido
oyóse un pie contenido
que va cautelosamente.

Cada vez más cerca está.....

Púsose en pie el caballero,
y requiriendo el acero,
preguntó firme: «¿Quién va?»

A sus rayos argentinos,
la luna dejóle ver

un paje, que echó a correr
dando vuelta a unos espinos.

-¿Sois vos (lo dijo llegando),
nadie en Flandes, mucho aquí?

-Mucho te han dicho de mí.

-Pues a vos vengo buscando;

Seguidme.

-¿Adónde?

-¿Teméis?

Dijeron que erais valiente.

-Mas fiarse no es prudente
del primero.....

-Bien hacéis.

Dios os guarde. A decir voy
que os propuse una aventura,
y desechó por medida
vuestra prudencia la de hoy.

-Mucho sabes, pajecillo.

Vé delante.

-Pues de mí
no os separéis: por aquí.

-¿Dónde vamos?

-Al castillo.

Y de un torreón en el centro,
postigo oculto buscando,
entraron ambos, cerrando
la portezuela por dentro.

Favor de Rey

En medio de un aposento
que el rey Enrique eligió
para secreto teatro
de sus comedias de amor,
él y Beltrán de la Cueva,
a quien con prisa llamó,
están; don Beltrán en pie,
y él tendido en su sillón.

Decora del gabinete
el magnífico interior,
cuanto de rico y espléndido
monarca jamás juntó.

Cuelga una lámpara de oro
del cincelado artesón;
ferrados en terciopelo
los muros en derredor;
el pavimento, de alfombras
exquisitas se vistió,
y sobre el Rey pende inquieto,
de plumas un pabellón.

Delante tiene, a una fiesta
preparado un velador,
cual le anhelaran cubierto
la codicia y la ambición,
copas y cubiertos de oro,

vajilla que cinceló
diestro artista, a quien por ella
dieron riquezas y honor;
y a su lado, entre perfumes,
en pródiga ostentación,
doble y superior servicio
sobre un ancho aparador.

Siguiendo el Rey y el privado
su rota conversación,
el vasallo respondía,
preguntándolo el señor.

-¿Conque lloraba?

-Doliente,

en mis brazos se arrojó
diciendo: «¿Es él quien lo manda?»

-Y ¿qué respondisteis vos?

-Que en ello vuestros mandatos
no admitían dilación.

-Muy bien dicho. Y a esa orden,
ella, ¿qué dijo?

-Señor.....

-Sin escrúpulo decid,
Beltrán, que en esta ocasión,
si alguien debiera tenerlos,
vos, cabalmente, no sois.

Mas os juro por mi vida,
que no me acosa el menor;
por el bien de mis vasallos
tengo en esto obligación.

Conque ¿qué dijo?

-En injurias

su lengua se desató.

-¡Hola, hola!

-Lamentando

vuestra inconstancia en amor.

-No fue mucho, don Beltrán;

pero ya, gracias a Dios,

tenemos algo de mundo

y ha tiempo uso de razón.

Y ¿qué más?

-Roja de rabia,

mal caballero os llamó,

indigno de vuestra estirpe,

hipócrita y seductor

-Ése ya es otro cantar,

buen Beltrán; mas tengo yo

para mí, que el injuriarme

era pedirme perdón.

-A vuestro Real pensamiento

sin oponer la menor

contradicción, yo os dijera
que me asiste otra opinión.

-¿Cómo? Decid.

-Doña Inés,

por ultrajada se dio,

y serenándose al punto,

«Bien, caballero. ¿Sois vos

(me dijo con voz resuelta)

mi guarda, o mi conductor?»

-¿Y vos?

-Señora, la dije,

otro el Rey os preparó.

-¿Y ella?

-Añadió: «Pues decidles

de mi parte a ambos a dos,

que apresuren nuestro viaje,

que estoy pronta y noble soy;

y al Rey, en particular,

que excuse toda ocasión

de sincerarse; que sienta

tal desprecio por su amor;

que si al paso se me pone,

ni aun he de mirarle yo.

-Bravamente lo ha pensado;

no lo hiciera yo mejor.

¡Pobre muchacha! En las redes

que la he tendido, cayó.-

Callaron por un instante

el privado y el señor,

en consulta cada cual

con su propia reflexión.

En esto, confusamente,

del muro en el interior,

con misteriosa cautela

llamada o seña sonó.

-¿Han llamado?

-Sí por cierto.

-Ellos serán.

- Sí, señor.

y en mis conjeturas

ayúdeme el vino y Dios.-

Con un oculto resorte

don Beltrán la puerta abrió,

y entraron por ella un paje

y el flamenco vencedor.

Tendió el flamenco la vista

sin señal de turbación,

por todo cuanto le alumbran

las luces en derredor.

Y sereno, altivo, inmóvil,

en la misma posición,
con la visera calada
callando se conservó.

-Venid, le dijo dejando
el Monarca su sillón,
venid al igual conmigo,
ilustre batallador.

Aliviaos de esos hierros,
ocupad ese sillón,
y tendedme vuestras manos,
que a fe que me harán honor.

Beltrán, que sirvan la cena;
y en tan dichosa ocasión,
Chipre, el Vesubio y Falerno
nos presten gozo y valor.

¿No os sentáis? - El desconocido,
sin moverse respondió:

-Yo soy un aventurero
que por mis desgracias voy
cumpliendo una penitencia
que me han impuesto, señor.
No puedo mostrar mi rostro,
mi nombre, ni mi blasón,
sino al hombre que me venza,
en las armas superior;

y entonces será pidiéndole
en nombre del sumo Dios,
que me pase compasivo
con la daga el corazón.

-Caballero, pues que todo
me convence que lo sois,
díjole el Rey, ¿no pudieran
alzar ese voto en vos
la voluntad de los reyes,
ni aun por haceros honor?

Porque en verdad que me aflige
al daros por galardón
mi amistad y mi palacio,
no saber a quién los doy,

-Por respeto a mi rey solo,
voy sin ventura, señor;
ved si estimo vuestras dádivas
como de quien ellas son.

Miró al caballero el Rey
con ojo escudriñador,
y comprimiendo los labios,
a don Beltrán los volvió
diciendo:-¡Cómo ha de ser!

La voluntad es de Dios;
mas ya, señor caballero,

que la suerte me privó
del placer que me esperaba,
pediros quiero un favor.

-Será mandato, y cumplirlo,
en mí será obligación.

-Jurad que lo cumpliréis.

-Jamás he jurado yo;

que el juramento mejor.

que tengo en más mi palabra

un brindis.

-Eso más bien,

con mil amores, señor-

Llenó don Beltrán las copas,

una cada cual tomó,

y alzándose la visera

el flamenco lidiador,

encubiertas las mejillas

con un antifaz mostró.

-Engañásteis mi esperanza,

díjole el Rey.

-¡Ah, señor,

para encubrir mi desdicha

es doble mi precaución!

-Y ¿quién tanta penitencia
a imponeros alcanzó?

-Mi vergüenza.

-Y ¿por qué trazas....

-De una mujer se valió.

-Basta y brindad, caballero;

el que buscaba sois vos.-

Bebieron ambos: la mano

el Monarca le tendió,

-Y ahora, le dijo, escuchadme,

si os place, con atención.

¿Queréis llevar en secreto

una dama de alto honor

a Portugal?

-A la misma

Constantinopla, señor,

centellándole los ojos

el hidalgo respondió.

-Está bien. Beltrán-, mis órdenes

llevad a esa dama vos;

que al punto partan. -Tomad;

en ese pliego que os doy

encontraréis, caballero,

mi voluntad superior.

En pasando la frontera

le abriréis, y en tanto no;
ni vos ni nadie a la dama
mantenga conversación.
Ved que en ello os va la vida,
pues gentes os daré yo
que os velen y os acompañen
por mi reino.

-Eso, señor,
más es castigo que premio.

-Negocios de corte son,
en que a par necesitamos,
yo prudencia, y vos valor.

De vuestros treinta jinetes,
hasta diez irán con vos;
los demás a la frontera
los enviaré luego yo.

¿Comprendisteis?

-Comprendí.

-¿Prometéis?

-Delante a Dios
os aseguro que nunca
mi ventura fue mayor.

-¡Ah! Mirad; se me olvidaba:
este pequeño cajón
llevaréis a su destino.

-Decidme dueño.

-Vos.

Es un presente que os hago,
que os probaré, salvo error,
que es mi memoria tan larga
cuanto la vida en los dos.

Conque si os cumple, brindemos
a vuestra vuelta.

-Señor,

nadie cuenta con su suerte.

-No me la aseguro yo;

mas si a mi España volvéis,

tal vez halléis lidiador

que os arranque vuestro nombre

sin ver vuestro corazón.

A vuestra salud, hidalgo,

y a que nos ayude Dios.

El Rey apuró su copa,

y apartando el pabellón,

por una puerta secreta

del gabinete salió.

CONCLUSIÓN

Es una tarde nublada

que espléndido el sol no alumbra,

volado entre las neblinas

que el cielo cóncavo enlutan.

Recio y norte sopla el viento,

e interceptada y confusa,

la vista a distancia corta

los objetos no columbra.

Es un estrecho camino

do entre la arena menuda

brotan a pedazos un césped

que la marcha dificulta,

y por entrambos sus lindes

mecen sus ásperas puntas

zarzas que guardan con ellas

frutos que nunca maduran.

Por él a rápidos pasos,

temiendo la noche obscura,

las fronteras españolas

en triste silencio cruzan

una dama en su litera

a la merced de dos mulas,

un caballero que el rostro

bajo el capacete oculta,

y hasta cuarenta jinetes

que les custodian la ruta.

Apenas en Portugal

fijaron planta segura,

oyóse del caballero
la pujante voz robusta.
«Alto, dijo; nadie pase.
Cada cual consigo cumpla:
los españoles a España,
y mis gentes aquí juntas.»
A este mandato obedientes,
como cosa en que no hay duda,
los de España, saludando,
tornan a su España grupas,
y a la espalda los flamencos,
de su capitán se agrupan.
Éste, entonces, con la risa
en sus labios insegura,
exclamó: «Ya está en mis manos
su secreto y su fortuna.
Enrique, si en esta dama,
que en verdad lo será tuya,
a aclararme tu vergüenza
no sirve cuanto discurra.
me libro de mi palabra,
pues mi razón me disculpa,
y a recibir te prepara
por tus injurias, injurias.»
Y rasgando el sello Real

que el pergamino le oculta,
leyó estas negras palabras,
escritas de la Real pluma:

«Mi valiente aventurero,
don Rui Pero Sandoval,
pues según me son testigos
las justas de don Beltrán,
tanto os place los corceles
de nuestras damas guiar,
ahí lleváis a doña Inés,
a quien, en Dios y en verdad,
podéis adonde os contente
desde este punto llevar.

Y porque memoria mía
no os falte desde hoy jamás,
el regalo que me hicisteis
en ese cajón lleváis.

Mas os prevengo que cauto
no entréis en Castilla más,
que en ella os espera una horca
más alta que la de Amán,»

Los ojos desencajados,
la lengua en la boca muda,
contemplando el pergamino,

que entre las manos estruja,
quedó el duque don Rui Pero
sin intención que le acuda.
Volviendo al fin en su acuerdo,
víctima de interna lucha,
con que lo acosan a un tiempo
los recuerdos y las dudas,
a la litera lanzóse,
y asiendo las vestiduras
de la dama, a viva fuerza
sacándola, la pregunta.
«¿Quién sois? ¡Por Cristo bendito,
que lo diga y se descubra!»

Ella, de dolor transida;
a tales voces se turba,
y el Duque la arranca el velo,
cogiéndole de las puntas.
Blasfemó el Duque; y asiendo
con mano audaz e iracunda
el cajón que lo dió el Rey,
le estrella en la tierra dura.
Rodó por el campo estéril
una cabeza insepulta.
Desmayóse doña Inés,

corrió una lágrima turbia
por los párpados del Duque,
más amarga que cicuta;
y en el solemne silencio
de aquella tragedia muda,
de entre un pabellón de nubes
pálida asomó la luna.
Los borceguíes de Enrique II

Riñeron los dos hermanos,
y de tal suerte riñeron,
que fuera Caín el vivo
a no haberle sido el muerta.

.....

Valiente llaman a Enrique,
y a Pedro tirano y ciego,
porque amistad y justicia
Siempre mueren con el muerto.

(Romancero general.)

I

Después de la cruel tragedia
en que murió el rey don Pedro
a manos de una traición
de serviles extranjeros,
su matador don Enrique
gozó en calma largo tiempo

la corona de su hermano
por la fuerza o por derecho.
Aunque de sangre bastarda,
cuentan de él famosos hechos,
liberalidades grandes,
de Real corazón ejemplos.
Dicen que a Castilla dio
gran prez y engrandecimiento,
en paz viviendo con todos
por la fuerza o el ingenio.
Y Aragón, Francia y Navarra
y Portugal, le temieron,
y lo temblaron los moros
aun teniéndole tan lejos.
¡De la voluntad de Dios
incomprensibles secretos,
mas donde van siempre juntos
los castigos y los premios!
Vivió dichoso este Rey
tras el fratricidio horrendo,
fama conquistando y nombre
de liberal y de recto.
Lo cual celebran los malos
y desespera a los buenos,
que no hay más ley que la fuerza,

ni más justicia creyendo.

Mas bien se ve en don Enrique

por la muerte que le dieron,

de Dios la recta justicia

y la igualdad de los cielos.

Con hierro mató a su hermano,

y él acabó con veneno;

por extranjeros matóle,

y a él matáronle extranjeros.

Veía el Rey de Granada,

ayudador de don Pedro,

del reino de don Enrique

la prez y acrecentamiento.

Veíalo, recelando

que la memoria de aquello,

y el rencor que produjera

de don Enrique en el pecho,

aún en él se alimentaran,

fermentando en el silencio;

y el moro pensó en sí mismo

y pensó con mucho acierto.

Veló, inquirió con astucia,

de sus espías por medio,

el grande apresto de guerra

que el de Castilla iba haciendo.

Y al ver la paz asentada
con los inmediatos pueblos,
y a los monarcas cristianos
en amistad y sosiego,
penetró del rey Enrique
el oculto pensamiento,
y otro pensamiento oculto
pensó oponerle resuelto.

«Amigo fui de su hermano
(dijo el moro); él es soberbio,
y el ultraje no ha olvidado,
y está a volvérmelo atento.

Ganémosle por la mano;
y astutos al defendernos,
vengüemos con sangre suya
la sangre del rey don Pedro.»

Dijo esto el moro una tarde
por los jardines amenos
del alto Generalife
en solitario paseo.

Y enderezando los pasos
al alcázar opulento
de la Alhambra, mandó al punto
que llamaran en secreto

a un moro de grande ciencia
y en medicinas muy diestro,
el mejor de sus amigos
y el más leal de sus deudos.
Vino el moro, y encerrándose
con él en un aposento,
en larga plática oculta
hasta el alba se estuvieron.
Nadie lo que hablaron supo,
nadie jamás cayó en ello;
los hechos lo revelaron
y lo aclaró sólo el tiempo.
Sólo se dijo en Granada
con recatado misterio,
que el sabio huía del Rey,
y el Rey le echaba del reino.

II

En Santo Domingo estaba
don Enrique, y muy ufano
celebraba con festejos
sus paces con el navarro.
Todo era gozo en la corte,
todo en la ciudad saraos,
y luminarias y músicas,
cañas, toros y caballos.

Andaban los caballeros
con las bandas y penachos
de los colores del gusto
de ambos a dos soberanos.

Y andaban los trovadores
con cantares regalados
las grandezas de ambos reyes
en sus rimas encomiando.

Y andaba el rey don Enrique
con largueza Real premiándolos,
ya elogiándoles los versos,
y ya con oro pagándoselos.

Y andaba Villa Sandino,
poeta el más afamado,
entre la gente de corte
vestido a lo cortesano.

Y andaba Pero Ferrús
sus dulces trovas cantando
desde el alba hasta la noche,
desde la choza al palacio.

Y en una tarde serena
del mes de Abril, a caballo
con su corte el rey Enrique
quiso salir por el campo.

Ya comenzaban entonces

las florecillas del prado
a salpicar de los céspedes
el verde y tendido manto;
ya iba el tomillo oloroso
sobre los juncos brotando,
llenando el aura de aromas
cuanto más puros más gratos;
-ya empezaban a vestirse
de frescas hojas los álamos,
y las rojas amapolas
a crecer en los Sembrados.

Y todo la primavera
por doquier iba anunciando,
con su hierba la campiña
y con sus trinos los pájaros.

Cabalgaba don Enrique
Con sus dobles platicando
por fuera de la ciudad
en paseo sosegado,
cuando, jinete seguro
sobre un potro jerezano,
vio que hacia ellos llegaba
solo un árabe gallardo.

Sobre el almete de acero
rollaba turbante blanco,

y espesa malla vestía

bajo el almaizal plegado.

Corvo alfanje y lanza aguda

llevaba en opuestos lados,

y con cadenas de plata

el negro potro arrendado.

Y en fin, las prendas que usaba

la opulencia iban mostrando,

y su bizarra apostura

lo noble del africano.

Detuvo el Rey su trotón

un punto para mirarlo,

y su potro el sarraceno

tuvo también, saludándolo.

Quedáronse unos momentos

mirando uno a otro entrambos

hasta que así dijo el Rey,

y así dijo el africano..

EL REY

Vengas en paz, sarraceno.

EL MORO

Alá te guarde, cristiano.

EL REY

¿Adónde va el agareno?

EL MORO

A buscar al castellano.

EL REY

Pues qué, ¿no da ya Granada

A los creyentes asilo?

EL MORO

Mina una lengua dañada

el corazón más tranquilo.

No hay moro que más resuelto

servido haya a su señor;

mas el semblante me ha vuelto

Mahomad, como a un traidor.

Sin lealtad y sin fe

se olvidó de mi amistad,

y allí a Mahomad dejé,

¡Alá guarde a Mahomad!

EL REY

¿Y qué espera del cristiano?

EL MORO

Diz que es un Rey caballero

el vuestro Rey castellano

y a ofrecerle voy mi acero.

EL REY

¿Y si te recibe mal?

EL MORO

Continuaré mi camino.

EL REY

¿Y si osa a ti desleal?

EL MORO

Me avendré con mi destino.

Mas de ello estoy bien ajeno;

¿para mí malo ha de ser

quien para todos fue bueno?

¿Ante él me podéis poner?

EL REY

Moro, en su presencia estás;

y tu acendrada opinión

no desmentirá jamás

la fe de su corazón.

EL MORO

¿Tú eres don Enrique?

EL REY

Sí.

EL MORO

Dame los pies a besar.

EL REY

No; cabalga junto a mí,

que quiero contigo hablar.

Picó espuelas don Enrique,

e imitóle el africano,

y atravesando la puente,

en Santo Domingo entraron.

III

O el bueno de don Enrique

fue crédulo por demás,

o el moro fue por su parte

sutilísimo y sagaz,

porque en menos de dos días

entre los dos de tratar,

entre ambos a dos había

estrechísima amistad.

Ya fuera que el africano

descubriese desleal

a Enrique graves secretos

del rey moro Mahomad;

ya fuera que el rey Enrique

se los quisiera arrancar

con una sagaz política

a la del árabe igual;
ya fuera que ambos a dos
se intentaran engañar,
o ya que los dos obrasen
con hidalga lealtad,
ello es cierto que aquel moro,
del Rey empezó a gozar
muy repetidos favores
y muy grande intimidad,
que hizo a todos los privados
ante su favor cejar,
por más que el valgo y la corte
murmuró de este desmán.
Decían, y con justicia,
que le sentaba muy mal
a todo un Rey castellano,
con moros tanta amistad;
que quien nació su enemigo,
era al cabo de esperar
que tuviera allá en su pecho
poca o ninguna verdad.
Todo ello dicho en razón
y sin respeto quizás,
pero dicho todo en balde,
pues no lo quiere escuchar

el Rey, que por su capricho
o por recóndito plan,
hacia el gallardo africano
inclina la voluntad,
y ya por secretas causas
o por afición real,
festejábanse uno a otro
con correspondido afán.
Dábale el Rey privilegios
y rentas que disfrutar,
dábale estancia en palacio
y aun en su mesa sitial.
y el moro, a quien cada día
remitían sin cesar
desde Granada sus deudos,
sus amigos desde Orán,
tesoros inestimables
y presentes sin igual,
al Rey se los ofrecía
con gran liberalidad.
Y apenas día pasaba
sin que lo fuera a llevar,
ya el damasquino mandoble,
ya el cordobés alazán;
y siempre, entre sus regalos,

solían ir a la par,
ya el velo para la Reina,
ya para la dama el chal,
ya la armadura dorada
para el príncipe don Juan,
ya el perro de mejor rastro,
ya el azor más perspicaz.

Todo era el moro larguezas
y el Rey prodigalidad;
si el Rey el más generoso,
el árabe el más galán.

Todo era fiesta el palacio:
tañer, danzar y trovar;
todo festejos el día,
toda la noche rondar.

Todo festines y amores
en la gente principal,
todo embriaguez y rondallas
el vulgo hambriento y audaz.

Si en una apuesta o torneo
placía al Rey bajar
a correr en el palenque
con un noble a trance igual,
bajaba el moro tras él
a lucir su habilidad

en los bohordos y cañas
y juegos de uso oriental.
Y nadie rompió una lanza
con tanta seguridad,
ni nadie montó a caballo
con una destreza tal,
ni nadie metió en el blanco
tantos dardos a la par,
ni nadie en cortesanía
logró alcanzarle jamás.
Si diez sortijas ganaba,
si ocho lazos alcanzar
lograba una misma tarde,
cual diestro, siendo galán,
al Rey y a la Reina al punto
ofrecía la mitad,
entre las damas más bellas
repartiendo las demás.
Y así se pasaba el tiempo,
y así, en escándalo asaz,
de don Enrique y el árabe
se estrechaba la amistad.
yo el bueno de don Enrique
crédulo era por demás,
o era por su parte el moro

sutilísimo y sagaz.

IV

Corrió todo el mes de Abril
para el conñado Enrique,
uno de los más gloriosos
y uno de los más felices.

La tierra empezó con Mayo
con sus flores a cubrirse,
y el cielo fue despejándose
de nubes y nieblas tristes.

El viento henchían de aromas
los cefirillos sutiles
recogidos en las ramas
de los huertos y jardines.

Veía el Rey favorable
estación tan bonancible
para realizar los planes
que supo allá concebirse
en su corazón y juicio,
y que a poder él cumplirles,
fuera acaso el Rey más grande
y el mejor de los Enriques.

Pero no hay cosa que el hombre
para su bien imagine,
que no le estorbe la suerte

que por su bien la realice.

Ya ha días que el sarraceno,
tan pródigo en los festines
y en los regalos, ninguno
a su nuevo Rey dirige.

Ya ha días que de su parte
el Rey ninguno recibe,
ni el Rey le manda sus pajes
con prenda alguna que estime.

Y unos dicen que ya en ellos
no está la amistad tan firme,
y otros que dió a sus tesoros
fin el africano, dicen.

Pero desmentidos vieron
sus murmullos los malsines
en la mañana de un martes,
día aciago entre gentiles.

Gozaba el Rey todavía
blando reposo apacible,
cuando al dintel de su cámara,
un negro que al moro sirve,
se presentó, demandando
si la entrada le permiten;
y como saben los pajes
que el Rey dondequiera admito

al esclavo y a su dueño,
ninguno el paso le impido.
Franqueáronle, pues, la puerta,
y apartando los tapices,
en la cámara del Rey
entró en silencio el etíope.
Quedó tras él el ambiente
lleno de oloroso admizcle,
que un azafate que lleva
entre las manos, despide.
Mas no pudo nadie ver
lo que en él se deposite,
porque cubierto lo trajo
con la hermosa piel de un tigre.
Sintióse con el esclavo
hablar al Rey don Enrique;
sintieronse las ventanas
a la voz del rey abrirse;
y tras de breves momentos,
con su semblante impasible,
como una siniestra sombra
volvió a salir el etíope.
Quedó el Rey con el regalo
sobre su lecho, y posible
no siéndole contenerse,

levantó la piel de tigre
que cubría el azafate,
y no es fácil de escribirse
su sorpresa, al ver en él
dos moriscos borceguíes.
Eran de una piel más blanca
que la pluma de los cisnes,
abotonados con perlas
y un hebillón de rubíes.
Mil exquisitos bordados
la piel finísima visten
de mil caprichosos ramos,
mil arabescos perfiles,
con cuyo primor y gusto
en tejidos y en matices,
los encajes y las flores
inútilmente compiten.
Obra del Oriente sólo
y de moriscos artífices,
que hacen palacios de piedra
como el encaje sutiles.
Trabajo de aquellas manos
que para que al mundo admire,
nos dejaron una Alhambra
del Darro en la orilla humilde.

La Alhambra, ante quien Europa,
ya desengañada, dice:

«No fue de bárbaros raza
la que alzó el Generalife.»

La primorosa labor,
la pedrería que ciñe,
orla, corona y enlaza
los moriscos borcegués;
el suave aroma que exhalan,
su piel dócil y flexible,
lo bien que al pie se le ajustan,
sin dañarle ni oprimirle;
la novedad del regalo
y el traer del moro origen,
fueron razones de gozo
para el buen rey don Enrique.

Mandó entrar, pues, a sus pajes
a tocarla y a vestirla,
para ostentar dignamente
los preciados borcegués.

Bizarramente atavióse,
y al ver cuán brillante sigue
su curso sereno el sol,
y el día en púrpura tiñe,
pensó en celebrar del moro

el rico regalo insigne
con improvisada fiesta
que su placer lo atestigüe.
Llamó, pues, al africano,
y mandando que le ensillen
los caballos, y que apresten
los azores y neblíes,
una partida de caza
y un campesino convite,
para el árabe y sus nobles
rápidamente apercibe.
Y hora, y sitio, y compañía,
señala, busca y elige,
y alegremente cabalga;
parte, y la corte le sigue.

V

Está el sol resplandeciente
y purísima la atmósfera,
y el azul del firmamento
sombrias nubes no entoldan.
Sólo a trozos le salpican
de ráfagas voladoras
al impulso arrebatadas
nubecillas caprichosas;

vapores tornasolados
que así varían de forma
como varían de sitios,
hasta que al fin se evaporan.
Risueño está el día, amena
la campiña, encantadora
la caza de cetrería,
en que los del Rey le gozan.
A inmenso trecho en el aire
los neblíes se remontan,
sin que los pierdan de vista
los cazadores. ¡Qué airosa
se cierne libre en los aires
sobre sus alas, y esponja
su fina y rizada pluma,
la garza provocadora!
¡Cómo se burla del vuelo
de las aves temerosas
que la huyen, y a quien persigue
revolando juguetona!
¡Cómo en torno de su presa
gira, y revuelve, y la acosa,
y en su derredor circula,
de su torpeza por mofa!
Ya, al parecer libre, y salva

dejándola, el vuelo acorta;
ya a perseguirla volviendo,
lo precipita afanosa.

Tiembla la avecilla débil,
canta el ave triunfadora,
y en espiral rapidísima
caen a la tierra una y otra,
y el lance a juzgar alegres
los cazadores se agolpan,
y con aplausos y risas
a celebrar la victoria.

Contentísimo está el Rey,
contenta la corte toda,
y las damas que esto miran
desde una empinada loma.

El halcón negro de Enrique
es quien lleva por ahora
el honor de la partida.

¡Con qué humildad tan donosa
hace la presa, la abate,
a los pajes la abandona,
y a don Enrique volviéndose,
en la mano se le posa!

Y ¡cómo el Rey le acaricia,
y en su palma le coloca,

y esponja el ave sus plumas

agradecida y gozosa!

Lánzala, y rauda se eleva;

la llama, y se abate pronta:

dijeran que oye y comprende

las palabras de su boca.

El sarraceno, que el arte

de la cetrería ignora

porque no es arte seguido

por la raza de Mahoma,

su incomparable destreza

prueba, con dardos que arroja,

que desde el caballo lanza

y desde el caballo toma.

Hienden el aire silbando

con rapidez prodigiosa,

y tan certeros los tira,

que a los más diestros asombra.

Su esclavo negro le sigue

sobre yegüecilla torda

de ruin estampa, mas fuerte,

incansable y corredora.

Y éste recoge los dardos

de su amo que al suelo tocan,

al estilo de los árabes,

con mano segura y pronta,
sin abandonar el lomo
del animal en que monta,
el cual lleva en su carrera
la tierra al vientre tan próxima,
que inclinándose el jinete,
sin que apenas se conozca
ase el dardo que está en tierra,
aun sin mirar si lo cobra.

¡Tanto puede la costumbre,
tanto la práctica logra,
y tanto a los castellanos
por eso entrambos asombran!

En esto, y cuando en los aires
mirada firme y ansiosa
todos clavada tenían
en una torcaz paloma
que, de un halcón perseguida,
iba a la herida traidora
del dardo del sarraceno
a caer, si le era próspera
como siempre su certeza,
cubrióse la tierra toda
de obscuridad tan espesa,
que el día fue noche lóbrega.

Sintiéronse al punto todos
presa de mortal congoja,
sin que pudieran sus ojos
penetrar aquellas sombras.
Barrió el suelo un viento rápido
y helado, y cuando a la atmósfera
obscura se hizo la vista,
con hondísima zozobro,
vieron lucir las estrellas
que el firmamento tachonan,
creyendo que de repente
menguaba el día seis horas.
Faltó el aliento en los pechos,
faltó la voz en las bocas,
y todos ante el prodigio
callando tiemblan u oran.
Sólo el árabe y su esclavo
que están platicando notan,
y aquel fenómeno aplauden
con luna alegría loca;
y escuchando los cristianos
su algazara escandalosa,
por sortilegio lo juzgan,
por brujería la toman.
Hasta que a pocos minutos

asomando luminosas
del encapotado sol
las resplandecientes orlas,
volvió poco a poco el día,
volvió a ausentarse la sombra,
y el moro explicó el eclipse
a la comitiva absorta.

Mas aunque entendieron todos
que esas señas espantosas,
de este vistoso fenómeno
son las circunstancias propias,
a nadie arrojar fue dado
del corazón la congoja,
ni nadie siguió tranquilo
en caza tan azarosa.

Tornaron, pues, en silencio,
con faz decaída y torva,
a la ciudad que dejaron
con risa tumultuosa.

Quejóse el Rey de cansancio,
y tras noche asaz incómoda,
no pudo al día siguiente
salir por sí de su alcoba.

Vinieron con tal noticia
los sabios de la redonda,

y declararon unánimes
que el mal del Rey era gota.

VI

Pasáronse así dos días,
y así se pasaron seis,
y así se contaron nueve,
y rayaron en los diez:
y en ellos las medicinas
sólo sirvieron al Rey
para entender que la muerte
le asaltaba por los pies.
Llorábale su hijo el Príncipe,
y la Reina su mujer,
y más que todos el moro
se hacía al llanto por él.
Iba y venía afanado,
los calmantes a traer,
y a preparar los remedios
con cuidadoso interés;
y como era hombre entendido
y el Rey le quería bien,
murmuraban de ello muchos,
mas le dejaban hacer.
Mirábanle los doctores
con ojeriza también,

mas a raya se tenían

respetando su saber.

Que era el árabe en su ciencia

hombre de tan alta prez,

que no hubo quien en Castillo

se le supiera oponer.

Y en las juntas que les plugo

reunir alguna vez,

siempre que él tomó la suya,

fuerza a los demás les fue

convenir exactamente

en lo propuesto por él,

y a sus opiniones siempre

y a sus razones ceder.

Y con tanta confianza,

con tan recta sencillez

la enfermedad explicaba,

y daba su parecer

con tanta y tan sana lógica,

con tan candorosa fe,

que nadie que le escuchaba

le dejaba de entender.

Y los remedios servía

al Real enfermo después

con tan sincero cariño,

con exactitud tan fiel,
que nadie le pudo tacha
en su servicio poner.
Y en el tiempo que duró
aquella dolencia cruel,
todas las noches velando
estuvo el árabe al Rey.
Sus largas noches de insomnio
le sabía entretener
con orientales historias
más sabrosas que la miel.
Los monteros le escuchaban
embebidos a su vez,
y el más suspicaz no supo
desconfiar ni temer.
Si alguna vez don Enrique
le miró con esquivéz
a impulso de los dolores
que le hacían padecer,
mesaba el moro su barba
y le trataba de infiel,
de triste y desventurado,
y sin tenerlo merced,
decía que de aquel mal
él solo la causa fue

con la maldecida caza
dispuesta en obsequio de él.
En fin, de aquella dolencia
al rayar el día diez,
el Rey se sintió mortal,
y a Manrique el canciller
demandando a toda prisa,
y a su confesor después,
a concluir se dispuso
como católico y Rey.

Entonces, cruzando el moro
de las puertas el dintel,
de la turba cortesana
cruzó sombrío a través.

«Doctor (le dijeron muchos),
¿creéis que viva?-Tal vez,
les dijo, dure cuatro horas.»

Pero no llegó ni a tres.

VII

Murió don Enrique en lunes
treinta de Mayo, a las dos,
como a un caballero cumple,
como a un monarca español.

Fama de bueno y de justo
y de liberal dejó,

mas juzgó mal de su muerte
el vulgo murmurador.
De aquella dolencia incógnita
el fatal estrago atroz
en breves días, sin tregua,
al sepulcro le arrastró.,
Y aquel agüero funesto
de haberse apagado el sol;
y hacer noche al mediodía
en el que él adoleció;
la amistad con aquel moro,
tal vez secreta ocasión
de la enfermedad traidora,
a muchos les recordó
lo bastardo de su sangre
y la sangrienta traición
con que en Montiel a su hermano,
el rey don Pedro, mató.
Unos lo dan por prodigio,
otros por falsa invención.
¿Quién, pues, lo cierto averigua
a través de tanto error?
Las conjeturas son rectas;
y el moro desapareció,
y el Rey empezó a sentir

en las plantas el dolor
desde el día en que sus ricos
borceguíes se calzó.

La causa, pues, de su muerte
la sabe quien la hizo y Dios.

Notas

1.^a Alfonso Álvarez de Villasandino y Pero Ferrús, poetas del tiempo del rey don Enrique II, cuyas cantigas recogió en un cancionero (con las de otros muchos poetas) Juan Alfonso de Baena, escribiente del rey D. Juan, primero de este nombre.- Fue este Villasandino el poeta más celebrado de su época, no sin razón, y alcanzó los reinados de Enrique II, Juan I, Enrique III y Juan II. Largas son de citar las buenas canciones de este poeta: véanse, sin embargo, dos, la primera suya y la segunda de Ferrús, que manifiestan además la buena fama de que gozaba en vida y en muerte el fratricida D. Enrique, razón principal que me mueve a citar éstas y no otras:

«Decir que fiso Alfonso Álvarez de Villasandino para la, tumba del rey don Enrique el viejo.

Mi nombre fué don Enrique,
rey de la fermosa España.

Todo ombre verdat publique
sin lisonja por fasaña.

Pobre andando en tierra estraña
conquistó tierras e. gentes.

Agora parad bien mientes
quel yago tan sin compañía
so esta tumba tamaña.

Con esfuerzo e. lozanía

E. orgullo de corazón

fuí rey de grant nombradía

de Castilla e. de León.

Puse freno en Aragon,

En Navarra e. Portugal:

Granada miedo mortal

ovo de mí esa sazón,

recelando mi opinión.

A los míos e. a estraños

fui muy franco e. verdadero.

Poco mas de dose años

me duró este bien entero.

Nunca creí de ligero.

Bien guardé sus privilejos

a fidalgos e. concejos:

conosciendo a Dios primero,

de quien galardón espero.

Mi alma va muy gozosa

por dejar tal capellana,

tan complida, e. tan onrosa

la muy noble doña Juana,

muy onesta, e sin afana,

reina de liña real,

mi muger noble, leal,

en todo firme o cristiana,

quita de esperanza vana.

Dejo a los castellanos
en riquezas, sin pavor:
de todos sus comarcanos
hoy le lievan lo mejor.

Por su rey e. su señor
les dejo muy noble infante
don Juan mi fijo, bastante,
bien digno e. merescedor
para ser emperador.

«Decir de Pero Ferrús al rey don Enrique.

Don Enrique fué mi nombre,
rey de España la muy gruesa,
que por fechos de grant nombre
meresco tan rica fuesa.

Grave cosa nin aviesa
nunca fué que yo temiese,
porque el mi loor perdiese;
ni jamás falté promesa.

Nunca yo cesé de guerras
treinta años continuados.

Conqueré gentes e. tierras,
e. gané nobles regnados.

Fis ducados e condados,
o muy altos señoríos:

e. di a extraños e. a míos
mas que todos mis pasados.

En peligros muy extraños
muchas veces yo me vi,
e. de los míos sueños
sabe Dios cuántos sufrí.

Contemprarme sope así
con esfuerzo e. mansedumbre.

El mundo por tal costumbre
sojuzgar yo lo creí,

Sabed que con mis hermanos
siempre yo quisiera paz,
adoviéronme tiranos
buscándome mal asaz.

Quísolo Dios, en quien yaz
el esfuerzo o poderío,
ensalzar mi poderío
e. a ellos di mas solaz.

Con todos mis comarcanos
yo paré bien mi hacienda
quien al quiso, amas manos
ge lo puse a contienda.

E. bien así lo entienda

el que fue mi coronista,
que de paz o de conquista
onrosa quis la enmienda.

En la fe de Jesu-Cristo
verdadero fuí creyente,
e. a la iglesia bien quisto,
muy amado o obediente.

Fis onra muy de talante
cuanto pude a sus prelados,
seyendo de mí llamados
señores ante la gente.

Con devocion cuanta pud
yo serví a Santa María,
preciosa Virgen, salud,
nuestra dulzor, e. alegría.

Por saña, nin por follía,
a santa jamas, nin santo,
nunca yo dije mal, cuanto
los ojos me quebraría.

E. teniendo yo mi imperio
en paz muy asosegado,
que cobré con grant laserio
por onrar el mi estado,
plogo a Dios que fuí llamado

a la su muy dulce gloria,
do esté con grant vitoria.
El su nombre sea loado.

La mi vida fue por cuenta
poco mas que el comedio;
cinco años mas de cincuenta
e. cuatro meses e. medio.

Púsome Dios buen remedio
a mi fin, que yo dejase
fijo noble que heredase
tal que non ha sin medio.

Deben ser los castellanos
por mi alma rogadores,
ca los fis nobles, ufanos,
guerreros, conquistadores:
e. a Dios deben dar loores
por los dejar yo tan presto
mi amado fijo onesto,
de liña de emperadores.

Yo le deajo bien casado
con la infante de Aragon;
porque partí consolado
al tiempo de mi pasion.

A este viene bendición
e. los regnos por linages.

Los que de estoria son sages
saben bien esta razón.

Dejo noble muger bueua,
que es la reina doña Juana,
que por todo el mundo suena
su grant bondat sin ufana.

Non cesa noche e mañana
facer por mí sacrificios,
que son deleites e vicios
a mi alma que los gana.

Ella sea heredada
en paraiso connmigo,
do lo tien presta morada
Jesu-Cristo, su amigo.

De hoy mas a vosotros digo,
vasallos, e mis parientes,
e. yo deajo a todas gentes
este escripto por castigo.

Quien muy bien escuadriñare
las razones que en el dis,
o cobdicia en sí tomare
de los fechos que yo fis,

non engruese la cervis
echándose a la vilesa,
nin se paguen de escasesa,
que a todo mal es raís.

Quien vivir quiere en ledicia
o del mundo ser monarca,
desampara la cobdicia,
que todos males abarca.

Franqueza sea su arca,
esfuerzo e bien faser,
que lo tal suele tener
mucho bien a su comarca.»

«Fue su muerte (la de D. Enrique) muy plañida de todos los suyos; e non sin razón, ea pues tenia sus paces, e ratos, o casamientos, e sosiegos fechos en Francia, e. Portugal, e Aragon, e Navarra, de fecho trataba o lo mandaba ir guisando, que si viviera era su intención de armar grand flota, e tomar la mar del estrecho a Granada. E despues que él toviere tomada la mar, que de allende no se pudiesen ayudar los moros, facer en su regno tres cuadrillas, una él, otra el infante don Juan su fijo, e otra el conde don Alonso su fijo: e en su cuadrilla irian tres mil lanzas con él e quinientos ginetes, o diez mil omes de a pie: e las otras cuadrillas cada dos mil lanzas, o cada mil ginetes, e cada diez mil omes de a pie: e entrar cada año tres entradas de cuatro a cuatro meses, e andar todo el regno, o non cercar logar, mas faltar quanto fallasen verde. E. que irían las cuadrillas de guisa que en un día se pudiesen acorrer, si tal caso recreciese: e despues salir a folgar a Sevilla e Córdoba, o otro logar do tenían sus bastecimientos. Que desta guisa, fasta dos o tres años le darian el regno a pura fuerza de fambre, e. faria de los moros quanto quisiese. E. Dios non quiso que se cumpliese ec tomóle la muerte....», etc.

(Crónica de D. Enrique II)

Tales eran los planes de este Rey, y por los cuales digo de él:

y que, a poder él cumplirles,
fuera acaso el rey más grande,

y el mejor de los Enriques.

3.^a«a diez y seis del mes de mayo un lunes despues de vísperas, fizo el sol eclipse e. se oscureció todo él, que non se veian los omes unos a otros, e aparecieron las estrellas en el cielo, así como si fuera media noche: e duró aquella oscuridad una hora..... e. falleció el rey el lunes a treinta del mismo mes.»

Esto dice la crónica de este eclipse; la sola variación que hay en el romance es el atraso de un día, porque yo lo he fijado en martes y no en lunes, como aconteció.

Una aventura de 1360

En las frondosas campiñas
que con sus ondas serenas
fecunda el Guadalquivir
antes que en el mar se pierda,
sentada está una ciudad,
que majestuosa ostenta
lo atrevido de sus torres,
lo antiguo de sus almenas.
El río su bella imagen
en su corriente refleja,
pasando enorgullecido
por pasar tan junto a ella.
Y ella se mira en sus aguas,
contemplando allí altanera
su antigüedad y poder
y su proverbial belleza.
Espesos muros la ciñen,

y frondosísimas huertas,

y apiñados olivares,

y fertilísimas vegas.

Radiante sol la ilumina,

y la bordan sus laderas

altos y copudos árboles

y olorosas flores bellas.

Alegre gente la vive,

que las calurosas siestas

y sus perf amadas noches

pasa al son de la vihuela,

ya en sus entoldados patios

entre fuentes y macetas,

ya en sus floridos jardines

gozando sus auras frescas.

Ciudad de hermoso recuerdo,

ciudad bella entre las bellas,

de los moros es envidia,

de los cristianos soberbia.

Sevilla, en fin, y esto basta,

que todo el nombre lo encierra,

y hablando de la hermosura,

todo es una cosa mesma.

En Sevilla, pues, y en una

noche azulada de aquellas

en que derrama la luna
tranquila claridad trémula,
y en lo cóncavo del aire
resplandecen las estrellas,
y más allá, con más brillo,
los luceros reverberan;
en una de aquellas noches
en que todo se presenta
blanco, pacífico, hermoso,
y que la mente embelesa,
y los sentidos embriaga
y el corazón enajena;
noche de aventuras propia
en mil trescientos cincuenta
(edad en que esto pasaba,
si mi memoria no yerra),
por la calle de la Sierpe,
media noche siendo apenas,
dos hombres en la ancha plaza
con prisa y silencio se entran.
Largas capas les envuelven,
no porque precisas sean,
sino porque bien les cubran
de las personas las señas.
Por el lado de la sombra,

punta a punta la atraviesan,
de la calle de la Sierpe
hasta la callo de Génova,
y el bulto de sus espadas
que bajo la capa llevan,
las plumas de sus birretes
y el rumor de sus espuelas,
por hidalgos les acusan,
por más que entrambos se empeñan
en pasar como personas
de común raza plebeya.
Al fin, cuando ya contaban
tomar una callejuela
que al alcázar los llevase
sin pasar frente a la iglesia,
paróse el más alto de ellos,
diciendo: «¿Qué sombra es ésa
que tras el pilar se oculta,
Benavides? Yo dijera
que es un hombre.»
Y Benavides,
al que pregunta contesta:
«Llegad, señor, sin cuidado,
que ya imagino quién sea,
y hará paso al conocerme,

que es hombre que me respeta
porque me debe favores
e hicimos juntos la guerra.»
Siguió andando Benavides,
siguió el otro, por respuesta
dándole sólo el silencio,
que satisfacerle muestra,
y frente al hombre llegando
que junto al pilar espera,
mostrándose Benavides,
dejó franca la carrera.
«Dios te guarde, Andrés», le dijo
el que va, pasando cerca.
«Buenas noches», dijo el hombre,
saludando con llaneza.
Y pasaron los hidalgos
y siguió el otro en su espera;
y entre los dos que se van
por la obscura callejuela,
conversación en voz baja
se entabló de esta manera:
-¿Quién es ese hombre?
-Un soldado
que entró poco hace en la regla
de San Francisco, cansado

del servicio y de la guerra.

-Y ¿por qué precisamente
en tal ocasión lo deja,
pudiendo darle fortunas
estos tiempos de revueltas?

-Dice que al rey don Alonso
sirvió de grado, y por fuerza
no quiere servir a nadie.

-Ya entiendo.

-Señor.....

-Le lleva
la opinión del vulgo necio,
que mal de don Pedro piensa.

-Ya veis, señor, pues al claustro
se acoge, con su conciencia
se lo habrá mirado bien.

-Y a tales horas, ¿qué espera
solo, en mitad de la plaza,
sin el traje de su regla?

-Señor, es historia larga.

-Tal cual es, quiero saberla.

-Son cosas que importan poco.

-A mí todo me interesa;
decid, pues.

-Pues escuchad.

Ya sabéis que representan
al Rey los monjes Franciscos,
que habiendo en su casa mesma
un manantial necesario
para el buen servicio de ella,
el derecho a los vecinos
se les quite de que puedan
servirse de él en su daño,
porque sin agua les dejan.

Los vecinos, como tienen
aquella, fuente más cerca,
para tomarla a su gusto
su viejo derecho alegan.

-Y tienen razón, y el Rey
se la da.

-Por esa muestra
de su Real benignidad,
de los vecinos se aumenta
la osadía, y de los monjes
el trabajo y la impaciencia.

De aquí nacen las hablillas,
las voces y las quimeras:
los vecinos a los monjes
tal vez obligar intentan
a que de noche y de día

les tengan franca la puerta.
Los monjes quieren cerrarla
como lo manda su regla,
y esto ocasiona denuestos
y escandalosas pendencias.
Los vecinos traen soldados,
gente de su parentela;
los frailes sacan domésticos
y deudos que les defiendan.
Y como ven que su Rey
lo que le piden les niega,
los del pueblo cobran bríos,
y los frailes se exasperan.
Esto duró hasta que Andrés,
hombre a quien nada amedrenta,
hombre que usa de las armas
con asombrosa destreza,
con sus escrúpulos dando
de una sola vez en tierra,
asíó su espada, saliendo
de los suyos en defensa.
Burlábansele al principio;
mas él se ha dado tal priesa
en asentar cintarazos
con tal fortuna y destreza,

que del manantial los monjes
son dueños a la hora de ésta.

-¿Tan bizarro es ese Andrés?

-Tan bizarro y tan a prueba,
que él solo guarda la plaza,
y ninguno se le acerca.

-El miedo de los villanos
es quien su valor pondera.

-De quien queráis informaos;
veréis que nadie lo niega.

Es hombre que si le dicen
que una calle por apuesta
guarde una noche, es seguro
que nadie pasa por ella.

-Y ¿no hay justicia en Sevilla,
un hombre que le contenga?

-Ya veis, se acoge a sagrado,
y los bravos le respetan.

Murmuró el que preguntaba
unas palabras inciertas
que expiraron en murmullo,
cual pronunciadas apenas,
y como a un postigo oculto
que da al alcázar se llegan,
callaron ambos a dos,

llamando a espacio a la puerta.

Abrióles un pajecillo,
y entrando los dos por ella,
quedó en silencio en el aire
y en soledad la plazuela.

Está la siguiente noche
tocando en la misma hora,
y desde el cenit vertiendo
la luna luz melancólica.

Ni una ráfaga de viento
la soledad silenciosa
interrumpe, ni una nube
del cielo el azul entolda.

Toda Sevilla es silencio,
repose Sevilla toda,
que duerme al son que la arrullan
del Guadalquivir las ondas.

Apenas de tarde en tarde
atraviesa una persona
las calles a largos pasos,
o en una reja se aposta.

Y los grandes edificios
que la extensa plaza forman,
sobre el suelo do la plaza
tienden su gigante sombra.

En un pilar apoyado
de una callejuela angosta,
por do un largo pasadizo
en la plaza desemboca,
hay un hombre que está en vela,
y a quien la noche medrosa
vagos contornos lo presta
y faz amenazadora.

Inmóvil en la obscuridad,
no parece que le importan
ni el relente de las noches
ni el ver que pasan las horas.

Si espera a alguien, nadie acude
a la cita misteriosa;
si aguarda algún hora fija,
su venida fue bien pronta.

Frente por frente al convento
de San Francisco se aposta,
cuya puerta se ve franca,
como abandonada y sola.

¿Es que aquel hombre la guarda,
o es que en acecho la ronda?

Porque él, la guarda o la acecha
con una intención incógnita.

En esto, la plaza adentro,
por la calle de la Sierpe
un hombre desembocando,
a largos pasos se mete.
Un solo punto los ojos
en su derredor revuelve,
y viendo al hombre que aguarda,
vase a él rápidamente,
el sombrero hasta las cejas
y el embozo hasta los dientes:
llegó al que esperaba, y plática
entablaron de esta suerte:

-¿Andrés?

-¿Quién me llama?

-Un hombre.

-¿Me conoce?

-Sí.

-¿Qué quiere?

-Que tenga para tu aljibe
un privilegio mi gente.

Me han dicho que tú tan solo
a tu convento defiendes,
y que cejan los villanos
y la canalla te teme.

-Y te han dicho la verdad.

-Por eso precisamente
he venido aquí esta noche,
por si al cabo empacho tienes
en dejarme hacer de día
lo que de noche no entiendo
ninguno en el barrio.

-Hidalgo,
si eso trae, errado viene;
todos han de tomar agua,
o nadie absolutamente.

-¿Conque contra el Rey te opones,
que lo contrario te advierte?

-Yo contra el Rey no me opongo,
mas cuido mis intereses;
y pues por ellos no cuidan
siendo inútiles, sus leyes,
hombre a hombre, y fuerza a fuerza,
aquí has de encontrarme siempre.

Será injusticia y escándalo,
será cuanto se quisiere,
mas a quien osados cargan,
necio es si no se defiende.

-Hazlo, pues.

-Enhorabuena,
hidalgo, y tened presente,

que habéis venido a buscarme.

-Menos hablar, y defiéndete.

Y esto diciendo, uno y otro
a cuchilladas se meten
con tanto brío, que chispas
de las espadas encienden.

El caballero le carga
tan fiera y bizarramente,
que el hacerle cara el otro
hasta milagro parece.

Dan, vuelven, paran, reciben;

ni uno ceja, ni otro cede:

Andrés con calma y acierto,
el otro como una sierpe.

Mas es inútil; el monje
es tan diestro y es tan fuerte,
que aunque es el hidalgo un hombre
que como un tigre revuelve,
y cuyo brazo muy pocos
a resistirle se atreven,
de poco o nada la sirven
lo que sabe y lo que puede.

Al fin, el monje, mirando
que el intento con que viene
es tal, que mucho peligra

si no se concluye en breve,

lanzóle tal multitud

de tajos y de reveses,

que el otro cejó seis pasos,

diciendo: «¡Demonio, tente!»

Túvose Andrés, y el incógnito,

la mano franca tendiéndole,

dijo: -Lo que quieras pídemme,

que todo te lo mereces.

-Yo nada de vos espero.

¿Qué podéis vos ofrecerme?

-A todo, por tu valor,

el rey don Pedro se ofrece.

-Señor, exclamó el buen monje,

ante sus plantas rindiéndose,

perdonad si anduve osado.....

-Andrés, obraste valiente;

concédote lo que quieras

para que de mí te acuerdes.

-Señor, de nuestra agua os pido

la propiedad solamente.

-Desde esta noche, a los monjes

anuncia que la poseen.-

Y tomando el rey don Pedro

por el callejón de enfrente,

volvióse al convento el fraile
agradecido y alegre.

Las estocadas de noche

I

Las lágrimas de los ojos
disimuladas apenas,
mal prendidos los cabellos,
mal tocada y mal compuesta,
está en un sillón Elvira,
la faz y las manos trémulas,
como criminal que incierto
visita del juez espera;
y los pasos de don Lope
escuchando en la escalera,
más se turba cuando cauta
en disimular se empeña.

Entró en la estancia don Lope,
y al apercibirse de ella
la dijo con voz pausada,
entre amorosa y severa:

«¿Tú lágrimas en los ojos?

¡Por los cielos, que me admira!

¿Quién pudo en ellos, Elvira,
herirte con tal rigor?

¡Oh! Ven, Elvira, a mis brazos,
ven a contarme tus duelos,
que si no admiten consuelos,
admitirán vengador.

La faz escondes turbada,
la frente pálida inclinas;
esas rosas purpurinas,

¿Quién aja traidor así?

¿No me respondes, y lloras?

Pues te obstinas en callarlo,
ve que acaso averiguarlo
me toque después a mí.

Pudiera serme un secreto
lo que tu labio confiese;
mas puede ser que nos pese
lo que yo sepa, a los dos.

Pero a través de esa reja
han pronunciado tu nombre.....

¡Oh! Dime, Elvira, el de ese hombre;
dilo, o mueres, ¡vive Dios!»

Así don Lope diciendo,
asióla de las muñecas,
y entornando la ventana,
mató de un revés la vela.

Resistió, mas sujetóla;

quiso gritar, mas apenas
lanzó una voz, la garganta
contra el almohadón la aferra.

Sonó por segunda vez
desde la calle la seña,
y con acento fingido
dentro don Lope contesta.

A poco oyéronse pasos
de alguno que sube a tientas,
con los rotos escalones
tropezando en las tinieblas.

Y en el silencio solemne
de aquella medrosa escena,
del corazón de don Lope
todos los golpes se cuentan.

«Elvira», dijo el que entraba;
mas viéndose sin respuesta,
volvió a repetir el nombre
dentro de la sala mesma.

Todo allí es sombra y silencio,
todo es soledad en ella;
sólo una chispa encendida
dentro del pábilo humea,
que no ardiendo sino un punto,
la lobreguez más se aumenta;

y el humo con que se ahoga,
fétido el pábilo deja.

Las manos tendió adelante,
y avanzando así el que llega,
con el rostro de don Lope
en la obscuridad tropieza.

«¿Quién va?», preguntó; y su acento
siguiendo mano certera,
de una robusta puñada
tendióle de espalda en tierra.

Asidos ambos a dos,
en la sombra forcejean,
y el duro son de la lucha
confuso en la sombra suena.

Y sin duda a ambos importa
el secreto y la cautela,
porque trabajan las manos
y se recata la lengua.

A cóncavos resoplidos
ambos los pechos alientan,
mas no lanzaron los labios
una exclamación siquiera.

Así, en contados instantes
los dos combatientes ruedan,
hasta que a verse alcanzaron

gente y luces que se acercan.

Abriéronse las mamparas,

y casi en el linde de ellas

hallóse un hombre en silencio

y embozado hasta las cejas.

Miróle un punto don Lope,

y vuelto, con voz resuelta

a los que acudieron dijo:

«Paso»; y ganando las puertas,

llevósele por delante

medio a bien y medio a fuerza.

II

Negra es la noche, y el cierzo,

que en son revoltoso gime,

rasgándose en las esquinas,

de miedo la sombra viste.

Por un callejón estrecho

que de pasadizo sirve

a una iglesia, va don Lope

con el otro, que lo sigue.

Sin duda tras de un farol

que medio agoniza y vive,

colgado en un esquinazo

ante un cuadro de la Virgen,

túvose bajo él don Lope,

y en voz imperiosa y firme,

desenvainando la espada,

esto al incógnito dice:

-o quién sois o qué valéis

he de saber; elegid.

-Enhorabuena; reñid,

que quién soy ya lo veréis.

-¿No tenéis otra disculpa?

-Vuestro empeño será en vano;

las espadas en la mano,

entrambos tenemos culpa.

Y así diciendo, uno a otro

con tal denuedo se embisten,

que brotan chispas las hojas

con los tajos y los quites.

Ambos en el mismo sitio,

ninguno vence o se rinde;

ni en uno temor se alcanza,

ni a otro más valor asiste,

según a la luz incierta

desde luego se distinguen

de entrambos a dos las sombras,

que en tierra clavadas riñen.

Mas el rumor temeroso

de la lucha se percibe,

sin que un ¡ay! ni una palabra

se oiga en trance tan difícil.

Dijérase al ver lo inmóviles

que ambos en ello persisten,

que son dos sombras de un sueño

que a alguno en la noche aflige.

Tal vez de dos enemigos

que un mismo ataúd divide,

creyéranse las fantasmas,

que juzgándolo imposible

partir un mismo sudario

ni el suelo estrecho partirse,

alzáronse despechadas

en aparición visible.

Abrióse en esto una reja,

otra a poco se oyó abrirse,

luego otras muchas, y luego

cerca pasos se perciben.

Alumbróse de repente

la calle, y al lejos dicen:

«Ténganse al Rey»; y en un punto

la justicia les divide.

Cercáronlos desatentos

soldados y ministriles,

que al tomarlos los estoques,

por ellos derechos piden.

Y tanto crece la zambra

y los confusos lelíos

de unos que dicen: «¡Soltarles!»,

y otros que «¡A la cárcel!» dicen,

que echando mano al embozo

el que con don Lope riñe,

partió el tropel de por medio,

y en alientos varoniles

gritando: «¡Lugar al Rey!»,

hace que a su voz se inclinen,

cayendo en tierra de hinojos,

cuantos alcanzan a oírle.

«Señor...», murmuró don Lope,

la faz con rubor humilde;

y el Rey, con blanda sonrisa,

levantándole le dice:

«Valiente sois, caballero,

y en despecho de la ley,

supisteis que siendo Rey,

he sido hidalgo primero.

Libre estáis y afecto os soy:

venid mañana a palacio

y hablaremos más a espacio

de las cuchilladas de hoy.

Pero no volváis a vella,
o por infame os tendré,
que os juro, don Lope, a fe,
que no sabéis quién es ella.»

Esto dicho, el Rey volvióse;
a la ronda se dirige,

y ante las rejas de Elvira
así en voz alta prosigue:

«Aquí hay presa de la ley;
entrad la casa en mi nombré,
y cubrid mi error de hombre
con mi justicia de Rey.»

Justicias del Rey D. Pedro

I

Cuando su luz y su sombra
mezclan la noche y la tarde,
y los objetos se sumen
en la sombra impenetrable,
en un postigo excusado
que a una callejuela sale,
de una casa cuya puerta
principal da a la otra calle,
dos hombres que se despiden
se ven, aunque no se sabe

ni cuál de los dos se queda,
ni cuál de los dos se parte.
Ambos mirándose atentos,
ambos un pie hacia adelante,
parados en el dintel
están, y entrambos iguales.
Por fin, el más viejo de ellos,
hundiendo el mustio semblante
entre el sombrero y la capa
en ademán de marcharse,
torció la cabeza a un lado,
pronunciando un no tan grave,
que bien se vio que era el fin
de las pláticas de enantes.
Sin duda el otro, entendido,
no encontró qué replicarle,
pues bajando la cabeza,
callóse por un instante.
«Buenas noches», dijo el viejo;
tartamudeó un «Dios le guarde»
el otro, mas decidiéndose,
hizo hacia el viejo un avance:
-Mírelo bien, y cuidado
no se arrepienta, compadre.
-Nunca eché más que una cuenta.

-Piénselo bien, y no pase
sin contar lo que va de él
a don Juan de Colmenares.

-Señor, replicó el anciano,
en tiempos tan deplorables,
ya sé que lo pueden todo
los ricos y los audaces.

-Pues mire lo que le importa,
que rico y audaz, señales
son con que marca la fama
a los que en mi casa nacen.

Callaron por un momento,
y continuando mirándose,
dijo el viejo tristemente,
aunque en tono irrevocable:

-Nunca lo esperé de vos,
mas tampoco vos ni nadie
puede esperar más de mí.

-Pues entonces, adelante;
idos, buen viejo, con Dios,
que estoy de prisa y es tarde.-

Cerró la puerta de golpe,
a escuchar sin esperarse
una respuesta que el viejo
tuvo tentación de darle;

y acaso por su fortuna
quedó a tal punto en la calle,
para dársela a la puerta,
donde la deshizo el aire.

Volvió el anciano la espalda,
y en dos golpes desiguales,
sus pasos descompasados
pueden de lejos contarse;
porque sus pies, impedidos,
deben a su edad y achaques
una muleta que marcha
un pie que los suyos antes.

La esquina a espacio transpuso,
y a poco, otro hombre más ágil,
saliendo por el postigo,
siguió en silencio su alcance;
túvose al volver la esquina,
tendió los ojos sagaces
y enderezó los oídos
atento por todas partes;
mas no oyendo ni escuchando
de qué poder recelarse,
tomando el rastro del viejo,
echó por la misma calle.

En un aposento ambiguo,
medio portal, medio tienda,
que hace asimismo las veces
de cocina y de despensa,
pues da su entrada a la calle,
y en confuso ajuar ostenta
camas, hormas y un caldero
colgado en la chimenea,
hay seis personas distintas,
que hacen al pie de la letra
(salvo el padre, que está ausente)
una raza verdadera.

Un mozo de veinte abriles,
una muchacha risueña
de diez y seis, tres muchachos
y una anciana de sesenta.

Y aunque a las veces nos turban
engañosas apariencias,
zapateros son de oficio,
si a espacio se considera,
que está la estancia aromada
con vapores de pez negra,
que ribetea la moza,
y que el mozo maja suela.
-Mucho tarda, dijo el último,

padre esta noche, Teresa.

-Ya ha tiempo que ha anochecido.

-Muchacho, atiza esa vela

y deja quieto ese bote.

Y esto diciendo en voz recia

el mozo, siguió en silencio

cada cual en su tarea:

el chico sitiando al bote,

ribeteando la doncella,

majando el mozo a compás,

y dormitando la vieja.

Con monótonos murmullos

arrullaban esta escena,

el son de la escasa lluvia

de un aguacero que empieza,

el no interrumpido son

con que hierve la caldera,

y el tumultuoso chasquido

con que la luz chisporrea.

-¿Las nueve son? dijo el mozo.

-Eso las ánimas suenan

con sus campanas, repuso

santiguándose Teresa.

-¡Las ánimas, y aun no viene!

Y echando atrás la silleta,

se puso el mancebo en pie

y encaminóse a la puerta.

Al ruido que hizo en el cuarto,

despertándose la vieja,

dijo: -¿Rezáis a las ánimas?

-Sí, señora; estése queda

Asió el mancebo la aldaba,

mas la había alzado apenas,

cuando un espantoso golpe

venció la puerta por fuera.

-¡Muerto soy! dijo una voz;

cayó un embozado en tierra,

y vióse un hombre que huía

al fin de la callejuela.

En derredor del caído

se agolparon, que aun conserva

algún resto de la vida

que le arrancan a la fuerza;

mas no bien le desenvuelven

por ver, piadosos, si alienta,

un grito descompasado

lanzóla familia entera.

Blasfemó el mozo con ira,

desmayóse la doncella,

y la anciana y los muchachos

en llanto a la par revientan.

-Padre, ¿quién fue? preguntaba,

sosteniendo la cabeza

del anciano moribundo,

el hijo, que llora y tiembla.

Echóla triste mirada

su padre, como quien lega

su razón y su justicia

en quien se fija cori ella.

-Juan.....

-¿Qué Juan?

-De Colmenares,

balbuceó con torpe lengua;

y sobre el brazo del hijo

dobló la faz macilenta,

Reinó un silencio solemne

por un instante en la escena,

y a reunirse empezaron

vecinos de ambas aceras.

Llegó la justicia al punto,

y mientras justicia ella,

partió por la turba el mozo

en faz de intención siniestra.

-¿Dónde va? dijo un corchete.

-Siendo yo su sangre mesma,

¿adónde, sino al culpable?

-Soy con vos.

-Enhorabuena.

-(Por si acaso, va seguro),

dijo para sí el de presa,

mientras el mozo, resuelto,

ganó a una esquina la vuelta.

III

Son treinta días después,

y el mismo lugar y hora,

la misma vieja y los chicos,

con mesa, mancebo y moza.

Cada cual en su tarea

sigue en paz, aunque se nota

que todos tienen los ojos

del mancebo en la faz torva.

Él, sin embargo, en silencio

prosigue atento su obra

sin levantar la cabeza,

que sobre el pecho se apoya.

Tan doblada la mantiene,

que apenas la llama roja

que da la luz, alumbrarle

las cejas fruncidas logra;

y alguna vez que el reflejo

las negras pupilas toca,
tan viva luz reverberan,
que chispas parece brotan.
La verdad es que, una lágrima
que a sus párpados asoma,
viene anunciando un torrente
en que el corazón se ahoga.
Y el mozo, por no aumentar
de los suyos la congoja,
a duras penas le tiene
dentro el pecho y le sofoca.
Largo rato así estuvieron
en atención afanosa,
todos mirando al mancebo,
y éste mirando a sus hormas;
hasta que, al cabo, Teresa,
más sentida o más curiosa,
lo dijo: -¿Estás malo, Blas?
Y a su voz limpia y sonora,
siguió otro largo intervalo
de larga atención dudosa.
Nada el hermano responde,
mas ella su afán redobla,
que no hay temor que la tenga
la valla de una vez rota.

-¡Como estás tan cabizbajo!.-

Y aquí Blas interrumpióla:

-Y ¿qué tengo que decir
a quien sin padre y sin honra
debe vivir para siempre?-

Y aquí la familia toda
rompió en ahogados sollozos
a tan infausta memoria.

Sosegóse, y siguió Blas
en voz lamentable y honda:

-Él rico y nosotros pobres,
débil la justicia y poca,
y el Rey en caza y en guerra,
¿qué puede alcanzar quien llora?

-Qué, ¿por libre se atrevieron.....

-Poco menos, pues sus doblas
pudieron más con los jueces
que las leyes.

-¡Las ignoran!

dijo indignada Teresa.

-No, hermana: ¡las acogotan!

contestó Blas, sacudiendo
su mazo con ciega cólera.

Siguió en silencio otro espacio,
y otra vez Teresa torna.

-Mas la sentencia, ¿cuál fue?

dijo, y calló vergonzosa.

-¿La sentencia? gritó Blas,

revolviendo por las órbitas

los negros y ardiente, ojos.

¿La sentencia pides? Oyela.-

Todos se echaron de golpe

sobre la mesilla coja,

que vaciló al recibirles

a oír lo que tanto importa.

-Sabéis que el de Colmenares

hoy pingüe prebenda goza

en la iglesia, y que, a Dios gracias

y a mi diligencia propia,

se le probó que dió muerte

a padre (que en paz reposa).

Pues bien; no sé por qué diablos

de maldita jerigonza,

de conspiración que dicen

que con su muerte malogra,

dieron por bien muerto a padre,

y al clérigo.....

-¿Le perdonan?

-No, ¡vive Dios! le condenan;

mas ¡vez qué dogal le ahoga!

Condénanle a que en un año
no asista a coro, mas cobra
su renta; es decir, le mandan
que no trabaje y que coma.

Tornó a su silencio Blas
y a sus sollozos la moza;
ella cosiendo sus cintas,
y él machacando sus hormas.

IV

Está la mañana limpia,
azul, transparente, clara,
y el sol, de entre nubes rojas,
espléndida luz derrama.

Toda es tumulto Sevilla,
músicas, vivas y danzas;
todo movimiento el suelo,
todo murmullos el aura.

Cruzan literas y pajes,
monjes, caballeros, guardias,
vendedores, alguaciles,
penachos, pendones, mangas.

Flota el damasco y las plumas
en balcones y ventanas,
y atraviesan besamanos
donde no caben palabras.

Descórrense celosías,
tapices visten las tapias,
los abanicos ondulan
y los velos se levantan.
Cuantas hermosas encierra
Sevilla, a su gloria saca;
cuantos bueno! caballeros
en sus fortalezas guarda;
ellos porque son galanes,
y ellas porque son bizarras;
las unas porque la adornen,
los otros para admirarlas.
óyense al lejos clarines,
y chirimías y cajas,
y a lengua suelta repican
esquilones y campanas.
Mas no vienen los hidalgos
armados hasta las barbas,
ni el pálido rostro asoman
las bellas amedrentadas;
que no doblan los tambores
en son agudo de alarma,
ni las campanas repican
a rebato arrebatadas;
que es la procesión del Corpus

que ya transpone las gradas
del atrio, y el rey don Pedro
acompañándola baja.
Padillas y Coroneles
y Alburquerque se adelantan
con Osorios y Guzmanes,
pompa ostentando sobrada.
Y bajo un palio don Pedro,
de ocho punzones de plata,
descubierta la cabeza
y armado hasta el cuello, marcha.
En torno suyo el Cabildo,
diez individuos encarga
que de escuderos le sirvan
en comisión poco santa;
mas tiempos son tan ambiguos
los que estos monjes alcanzan,
que tanto arrastran ropones
como broqueles embrazan.
Entre ellos se ve a don Juan
de Colmenares y Vargas,
que deja por vez primera
la reclusión de su casa;
no porque el año ha cumplido,
sino porque el año paga,

y doblas redimen culpas

si se confiesan doradas.

Rosas deshojan sobre ellos

las hermosísimas damas,

y toda es flores la calle

por donde la Corte pasa.

Envidia de las más bellas,

salió a un balcón del alcázar

la hermosísima Padilla,

origen de culpas tantas.

Hízola venia don Pedro,

y al responderle la dama,

soltó sin querer un guante,

y ¡ojalá no le soltara!

Lanzóse a tomar la prenda

muchedumbre cortesana;

muchos llegaron a un tiempo,

mas nadie tomarla osaba,

que fuera acción peligrosa,

aparte de lo profana.

Partiendo la diferencia,

salió de la fila santa

el bizarro Colmenares

con intención de tomarla.

Mas no bien dejó su mano

del palio el punzón de plata,
y puso desde él al Rey
cuatro pasos de distancia,
cuando un mancebo iracundo,
con irresistible audacia,
se echó sobre él, y en el pecho
le asestó dos puñaladas.
Cayó don Juan; quedó el mozo
sereno, en pie entre los guardias
que le asieron, y don Pedro
se halló con él cara a cara.
La procesión se deshizo;
volvió gigante la fama
el caso de boca en boca,
y ya prodigios contaban.
Juntáronse los soldados
recelando una asonada;
cercaron al Rey algunos,
y llenó al punto la plaza
la multitud, codiciosa
de ver la lucha empezada
entre el sacrílego mozo
y el sanguinario Monarca.
Duró un instante el silencio,
mientras el Rey devoraba

con sus ojos de serpiente
los ojos del que le ultraja.

-¿Quién eres? dijo por fin,
dando en tierra una patada.

-Blas Pérez, contestó el mozo
con voz decidida y clara.

Pálido el Rey de coraje,
asióle por la garganta,
y así en voz ronca le dijo,
que la cólera le ahogaba:

-Y yendo tu Rey aquí,
¡voto a Dios! ¿por qué no hablaste,
si con ocasión te hallaste
para obrar con él así?-

Soltóse Blas de la mano
con que el Rey le sujetaba,
y, señalando al difunto,
repuso tras breve pausa:

-Mató a mi padre, señor,
y el tribunal, por su oro,
privóle un año del coro,
que en vez de pena es favor.

-Y si vende el tribunal
la justicia encomendada,

¿no es mi justicia abonada

para quien justicia mal?

-Cuando el miedo o la malicia,

dijo Blas, tuercen la ley,

nadie se fía en el Rey,

medido por su justicia.

Calló Blas, y calló el Rey

a respuesta tan osada,

y los ojos de don Pedro

bajo las cejas chispeaban.

Tendiólos por todas partes,

y al fuego de sus miradas,

de aquellos en quien las puso

palidecieron las caras.

Temblaron los más audaces,

y el pueblo ansioso esperaba

una explosión en don Pedro,

más recia que sus palabras.

Rompió el silencio por fin,

y en voz amistosa y blanda,

el interrumpido diálogo

así con el mozo entabla:

-¿Qué es tu oficio?

-Zapatero.

-No han de decir ¡vive Dios!

que a ninguno de los dos
en mi sentencia prefiero.-

Y encarándose don Pedro
con los jueces que allí estaban,
dando un bolsillo a Blas Pérez,
dijo en voz resuelta y alta:

-Pesando ambos desacatos,
si con no rezar cumple él
en un año, cumples fiel
no haciendo en otro zapatos.

Tornóse don Pedro al punto,
y brotó la turba osada
murmillos de la nobleza
y aplausos de la canalla.

Mas viendo el Rey que la fiesta
mucho en ordenarse tarda,
echando mano al estoque,
dijo así, ronco de rabia:

-La procesión adelante,
o meto cuarenta lanzas
y acaban ¡voto a los cielos!
los salmos a cuchilladas.

Y como consta a la iglesia
que es hombre el Rey de palabra,

siguieron calle adelante
palio, pendones y mangas.

LEYENDAS

Para verdades el tiempo y para justicias Dios

Tradicción

I

Juan Ruiz y Pedro Medina,
dos hidalgos sin blasón,
tan uno del otro son
cual de una zarza una espina.

Diz que Pedro salvó a Juan
la vida en lance sangriento;
prendas de tanto momento,
amigos por cierto dan.

Pasan ambos por valientes
y mañeros en la lid,
y lo han probado en Madrid
en apuros diferentes.

Ambos pasan por iguales
en valor y en osadía,
pero en fama de hidalguía
no son lo mismo cabales,

Que es Juan Ruiz hombre iracundo,
silencioso por demás,
que no alzó noble jamás

el gesto meditabundo.

Ancha espalda, corto cuello,

ojo inquieto, torvas cejas,

ambas mejillas bermejas,

y claro y rubio el cabello.

Y aunque lleva en la cintura

largo hierro toledano,

dale, brillando en su mano,

más villana catadura.

Y aunque arrojado y audaz

en la ocasión, rara vez

carece su intrepidez

de son de temeridad.

Ágil, astuto o traidor,

hijo de ignorada cuna,

debe acaso a su fortuna

mucho más que a su valor.

Presentóse ha pocos años

de Indias advenedizo,

diz que con nombre postizo

cubriendo propios amaños.

Mas vertió lujo y dinero

en festines y placeres,

aunque fue con las mujeres

más falso que caballero.

Hoy pasa, pobre y obscuro,

una existencia común,

y medra o mengua según

los dados le dan seguro

Hombre de quien saben todos

que vive de mal vivir,

mas nadie sabrá decir

por cuáles o de qué modos.

Modelos en amistad

ambos para el vulgo son,

mas con Pedro es la opinión

menos rígida en verdad.

Porque es Pedro, aunque arrogante

y orgulloso en demasía,

mozo de más cortesía

y más bizarro talante.

De ojos negros y rasgados

con que a quien mira desdeña,

nariz corta y aguileña,

con bigotes empinados.

Entre sombrero y valona

colgando la cabellera,

y alto en gesto en tal manera,

que cuando cede perdona.

Mas si sombras de matón

tales maneras lo dan,
tiénela más de galán
por su noble condición;
Que no hay en Madrid mujer
que un agravio recibiera,
que a su espada no tuviera
satisfacción que deber;
Ni hay ronda ni magistrado
que en revuelta popular
no le haya visto tomar
ayuda y parte a su lado.
Tales son Ruiz y Medina,
de quienes, por concluir,
fáltame sólo decir
que amaban a Catalina.
Es ella una moza obscura,
de talle y de rostro apuesta,
mas tan gentil como honesta,
y como agraciada pura.
Amala Ruiz, pero calla,
acaso porque su amor,
para mujer de su honor
palabras de amor no halla.
Él con ansia la contempla
al abrigo del embozo,

pero el ímpetu de mozo
ante su virtud se templa;
Que es tan dulce su mirar,
que su luz por no perder,
cuando se quiso atrever
sólo se atrevió a callar.
Y es tan flexible su acento,
que para no interrumpirle,
tener es fuerza, al oírle,
con los labios el aliento.
Medina, que fue soldado
sobre Flandes por Castilla,
y a los usos de la villa
de más tiempo acostumbrado,
Suplicóla tan rendido,
tan cortés la enamoró,
que ella amor le prometió
como él fuere su marido.
«Eso sí, ¡por San Millán!»,
dijo Pedro con denuedo;
y la calle de Toledo
tomó en resuelto ademán.

II

Contento Pedro Medina
con su amorosa ventaja,

más a carreras que a pasos
iba cruzando la plaza.
Saltábale el corazón
a cada paso que daba,
y frotábase ambas manos
bajo la anchurosa capa.
Los labios le sonreían,
y los ojos le brillaban
al reflejo que en el pecho
despide la amante llama.
Las gentes le hacían sitio
porque cerca no pasara,
que según iba resuelto
que fuese audaz recelaban.
Mas él va tan divertida
en sus amores el alma,
que ni ve dónde tropieza,
ni cara de los que pasan.
Topó al volver una esquina
una vieja, y al dejarla
derribada en tierra dijo:
«Nos casaremos mañana.»
Enredóselo el estoque
en el manto de una dama,
y rasgándole una terciá,

echóla un voto de a vara.

Así dando y recibiendo

encontrones y pisadas,

dió por fin con la hostería

donde su amigo jugaba.

Fue a la mesa, y preguntando

a Juan si pierde o si gana,

pidió vino y añadióle:

«Cuando acabes, dos palabras «

Recogió Juan sus monedas,

y terciándose la capa,

sentóse al lado de Pedro,

diciendo bajo: -¿Qué pasa?

-Me caso, dijo Medina.

Miróle Juan a la cara,

y frunciendo entrambas cejas,

tosió, sin responder nada.

-¿Qué piensas? preguntó Pedro.

-En ti y tu mujer pensaba,

contestó Juan suspirando,

con voz ronca y apagada.

-¿Supondrás que es Catalina?

-Y lo siento con el alma.

-¡Cómo!

-Porque tengo celos.

-¡Por San Millán!

-Yo la amaba.

-¿Y ella?

-Nunca se lo dije;

pero ocurrióseme.....

-¡Acaba!

-Para decirle mi amor

escribirla hoy una carta.

Callaron ambos: Medina

remedio al caso buscaba,

el codo sobre la mesa,

sobre la mano la barba.

Al fin, como quien resuelve

negocio que aflige y cansa

pidió papel y tintero,

diciendo a Juan:-¡Por mi alma,

que en mi vida en tal apuro

vacilar tanto pensaba;

y a no serte tú quien eres,

metiéralo a cuchilladas;

pero escribe, y que responda

a cuál de nosotros mata!

Escribió Juan, mas rasgando

al mejor tiempo la carta,

-Echemos, dijo, los dados,

y al que la mayor le caiga,
si es a mí, la escribo al punto,
si es a ti, Pedro, te casas.

Tiró Juan y sacó nueve;
y asiendo el vaso con rabia,
tiró Pedro y sacó doce,
con que los dos se levantan.

Y atravesando la turba,
que curiosa los cercaba,
parten la callo en silencio
dándose entrambos la espalda.

III

Son, a mi pensar, los celos
delirio, pasión o mal,
a cuyo influjo fatal
lloraran los mismos cielos.

A manos de tal pasión,
el más cuerdo desespera,
pues quien con celos espera,
atropella su razón.

Si con celos esperar
es importuna porfía,
ceder celoso en un día
cuanto se amó, no es amar.

De celos verse morir,

y en silencio padecer,
son celos tan de temer,
cuanto duros de sufrir.

Y así, con celos amar
vale casi aborrecer;
pero con celos ceder,
es igual que delirar.

Y si otro favorecido
goza el bien que se perdió,
se habrá el disfavor sentido,
mas perdido el amor no.

Porque en quien goza favor
sobra tal vez confianza,
y celos sin esperanza,
suelen guardar más amor.

Si favor nunca tuvimos,
aun es suerte más cruel,
porque vemos ahora en él
cuanto bien haber pudimos.

Y así, pienso que son celos
delirio, pasión o mal,
a cuyo influjo fatal
lloraran los mismos cielos.

Por eso llora Juan Ruiz,
celoso y desesperada,

el bien que Pedro ha ganado,
más galán o más feliz.

Por eso en la soledad
se mesa barba y cabellos,
sin mirar que no está en ellos
su amante fatalidad.

¡Oh! ¡Que no fueron antojos
sus amorosos desvelos,
que el amor que hoy le da celos,
entróle ayer por los ojos.

«Y ¿por qué no me atreví?
clama el triste en su aflicción,
¡y hoy acaso esta pasión
pudiera arrancar de mí!

»Mas volveré, ¡vive Dios!
Pero ¿qué he de conseguir,
si la he dejado elegir
marido de entre los dos?»

Y a su despecho tornando,
semejábase, en su afán,
una fiera a quien están
dentro la jaula acosando.

Sin darse el triste solaz,
cruzaba el cuarto sin tino,
pero no hallaba camino

de dar al ánima paz.

Silbaba al dejar rabioso

paso al comprimido aliento,

y hollaba con pie violento

el pavimento ruinoso.

Iba adelante y atrás

sin reflexión que le acuda,

a la par pidiendo ayuda

a Cristo y a Satanás.

Túvose un momento al fin,

y en el temblor que le aqueja

se ve bien que se aconseja

con un pensamiento ruin.

Volvió a girar otra vez,

y otra a tenerse volvió;

en esto dobló un reloj

en una torre las diez.

Entonces, quedando fijo,

exclamó en la obscuridad:

«Hoy se casan, es verdad,

hace un mes que me lo dijo.»

Ciñó con esto el acero

con desdén a la cintura,

y salióse a la ventura,

la vuelta del matadero.

IV

Es una noche sin luna,
y un torcido callejón
donde hay en un esquinazo
agonizando un farol.

Un balcón abierto a medias,
por los vidrios de color
arroja al aire en tumulto
de danza el confuso son.

Se oye el compás fugitivo
que llevan con pie veloz
los que danzan descuidados
dentro de la habitación,
y se ven cruzar sus sombras
una a una y dos a dos,
en fantástica carrera
y monótona ilusión.

La casa es la de Medina,
que en ella a fiesta juntó
sus amigos y parientes
después de transpuesto el sol.

Allí con franca algazara
festeja a la que adoró,
de quien aguarda esta noche
prendas de cumplido amor.

Está la niña galana
cual nunca el barrio la vio,
suelto en rizos el cabello,
que exhala fragante olor;
la falda de raso blanco,
y acuchillado el jubón,
con vueltas de terciopelo
azul, de cielo el color;
con una hebilla de plata
ajustado el cinturón,
de donde baja en mil pliegues
un encaje en derredor;
y de un lazo de corales,
que Pedro la regaló,
lleva en una cruz de oro
la imagen del Redentor.
Tanta ventura en un día
nunca Pedro imaginó,
y así anda desatentado
girando en la confusión.
A cada vuelta se mira
en los ojos de su amor,
y en la luz de aquellos soles
se le quema el corazón.
Y en fin, para concluir,

se cantó, cenó y bailó,
como es costumbre en las bodas
desde entonces hasta hoy;
hasta que, cansados unos
del baile, otros del calor,
las viejas del tardo sueño,
los músicos de su son,
los muchachos de la bulla,
y los novios del honor
que les hacen sus amigos
en tan preciosa ocasión,
despidiéronse uno a uno
echando sobre los dos
más bendiciones que plagas
causó a Egipto Faraón.
Quedáronse entrambos solos
la amada y el amador,
por vez primera en la vida
a merced de su pasión.
Mirábala embelesado
el moroso español,
trémulo el rostro de gozo
y de dicha el corazón;
mirábale ella anhelante,
encendida de rubor,

húmedos los negros ojos
con ternísima afición;
él, diciéndola: «¡Alma mía!»,
diciéndole ella: «¡Mi sol!»,
entre el son de ardientes besos
de regalado sabor.

En esto, en la estrecha calle
temible ruido sonó
de voces y cuchilladas
en medrosa confusión.

Y al angustiado lamento
de uno que grita: «¡Favor!
¡Ayudadme, que me matan!»

Pedro a la calle bajó
con el estoque en la diestra
y en la siniestra el farol.

Asomóse Catalina
amedrentada al balcón,
llamando a Pedro afanosa,
de algún daño por temor.

Alzó Medina la cara,
y la luz con ella alzó,
pero apenas el reflejo
dio en el rostro de su amor,
una estocada traidora

por el costado le entró.
Lanzó un grito el desdichado
que partía el corazón;
lanzó la hermosa un gemido
de intensísimo dolor,
y el moribundo Medina,
volviendo el gesto a un rincón,
hacia una imagen de Cristo,
de quien devoto vivió,
dijo expirando: «Soy muerto.
¡Acorredme, santo Dios!»,
y quedó tendido en tierra
sin movimiento y sin voz.
Alzóse a su lado un hombre,
y diciendo en ronco son:
«¡Maldita sea mi alma!»,
mató la luz y escapó.

V

Tuvieron así los años,
uno, dos, tres, hasta siete,
embozada en el misterio
aquella impensada muerte.
En vano acudieron pronto
vecinos a socorrerle,
para vengarle los hombres,

para mentir las mujeres.

En vano salieron unos
casi desnudos a verle,
y otros salieron jurando,
armados hasta los dientes.

Nada sirvieron entonces
ni jubones ni broqueles;
Medina quedó sin vida,
y sin justicia el aleve.

En vano son las pesquisas
de los irritados jueces,
en vano son los testigos,
las citas y los papeles.

En vano el caso averiguan
una, dos, tres, quince veces;
cada vez más se confunden
los golillas y corchetes.

En vano sobre la rastra
anduvieron diligentes,
olfateando la presa,
los alanos de las leyes;
porque todos son testigos,
todos declaran contestes,
todos son los agraviados,
mas ninguno delincuente.

Hubo alborotos por ello,
y peticiones más de veinte,
mas Pedro quedó sin vida,
y sin justicia el alevé.

Catalina le lloraba,
desconsolada y doliente,
minutos, horas y días,
noches, semanas y meses.

Un año estuvo en el lecho
con accesos de demente,
y un año a su cabecera
veló Juan Ruiz sin moverse.

Dio con la puerta en los ojos
a padrinos y parientes,
diciendo: «Mientras yo viva,
no faltará quien la vele.»

Y en vano lo murmuraron
de tal conducta las gentes;
Juan se mantuvo constante
a la cabecera siempre,
sin que a sondear su alma
alcanzara algún viviente
a través de la reserva
y el misterio que mantiene.

Curóse al fin Catalina,

y el tiempo, que tanto puede,
siendo remedio y sepulcro
de los males y los bienes,
volvió la luz a sus ojos,
y el pudor volvió a su frente,
y el talismán de la risa
a sus labios transparentes;
y salió ufana diciendo
a cuantos por verla vienen,
que la vida con que vivo,
sólo a Juan Ruiz se la debe.
Este, a pretexto de amigo
del triste que en polvo duerme,
no se aparta de su lado
hasta que la noche viene.
Entonces, a lentos pasos
la esquina inmediata tuerce,
y en las revueltas del barrio
como un fantasma se pierde.
Mas no faltó en él alguno
que a media voz se atreviese
a decir que cuando pasa
por ante el Cristo, se tiene,
y el embozo hasta los ojos,
el sombrero hasta las sienes,

cruza azaroso la calle
como si alguien le siguiese.
En estas conversaciones,
cada vez menos frecuentes,
pasaron al fin los años,
uno, dos, tres, hasta siete.

VI

Pagada la Catalina
de amistad tan firme y tierna,
de tanto afán y desvelos,
de tan rendida fineza,
escucho a Juan una tarde,
los ojos fijos en tierra,
dulces palabras de amores
de la balbuciente lengua.
Instó un día y otro día,
quedó siempre sin respuesta;
volvió a sus ruegos Juan Ruiz,
volvió a su silencio ella.
Pasóse un mes y otro mes,
y tornó Ruiz a su tema,
y tornó a callar la niña
entre enojada y risueña.
Mas tanto lidió el galán,
tanto resistió la bella,

que al cabo la linda viuda
dijo a Juan de esta manera:
«Puesto que es muerto Medina
(¡Dios en su gloria le tenga!),
y por siete años cumplidos
mi fe le he guardado entera,
y él ha visto nuestro amor
allá de la vida eterna,
os daré, Juan Ruiz, mi mano,
y mi corazón con ella.
Amigo de Pedro fuisteis,
y yo os debo la existencia,
conque es justo, a mi entender,
os cobréis entrambas deudas.»
Púsose Juan Ruiz de hinojos
a los pies de la doncella,
y asiéndola las dos manos,
humildemente la besa.
Acordáronse las bodas,
mas Catalina aconseja
que sean cuando él quisiese,
pero que sin ruido sean.
Las malas mañas o antojos,
o tarde o nunca se dejan,
y Juan en su mocedad

gustó de bulla y de fiesta.

Así, aunque pocos convida
para que a las bodas vengan,
buscó unos cuantos amigos
que lo alegraran la mesa.

Trajo vinos los mejores
y viandas las más frescas,
y apuntó, por hora fija
de noche las diez y media.

Gustaba Juan sobre todo
de cabezas de ternera,
y asábalas con tal maña,
que a cualquier gusto pluguieran.

Gozaba en esto gran nombre
entre la gente plebeya,
de tal modo, que lo daban
el apodo de Cabezas.

Ocurrióle a media tarde
darse a luz con tal destreza
y embozándose en la capa,
salió en busca de una de ellas.

Mataban aquella tarde
en el Rastro una becerra;
compró el testuz, y cubrióle,
asido por una oreja.

Volvió a doblar el embozo,
y contento con la presa,
de la calle en que vivía
tomó rápido la vuelta.

Iba Juan Ruiz con la sangre
dejando en pos roja huella,
que marcaba su camino
sobre las redondas piedras.

En esto, entrando en su barrio,
al doblar una calleja,
dos ministros de justicia
le pasaron muy de cerca.

Él siguió y pasaron ellos,
advirtiendo con sorpresa
la sangre con que aquel hombre
el sitio que anda gotea.

El siguió y tornaron ellos
por sobre el rastro que deja,
hasta entrar en otra calle
obscura, sucia y estrecha.

En un rincón embutida,
a la luz de una linterna,
de Cristo crucificado
se ve la imagen severa.

Paróse Juan; los corchetes,

que en el mismo punto llegan,
viendo que duda y vacila,
en faz de preso le cercan.

-¡Fuera el embozo! gritaron.

Muestre a la luz lo que lleva.

Volvió los ojos al Cristo

Juan, y helósele en las venas,

a una memoria terrible,

cuanta sangre hervía en ellas.

-¡Fuera el embozo! repiten,

y él, acongojado, tiembla,

sintiendo un cambio espantoso

que pasa en su mano mesma.

Quiso hablar, y atropellado,

un «¡dejadme!» balbucea.

Deshiciéronle el embozo,

y mostrando Ruiz la diestra,

sacó asida del cabello,

de Medina la cabeza.

-¡Acorredme, santo Dios!

grita aterrado, y la suelta;

mas la cabeza, oscilando,

entre los dedos le queda.,

-¡Yo le maté, clamó entonces,

hoy ha siete años, por ella!

Y sin voz ni movimiento
cayó desplomado en tierra.

CONCLUSIÓN

Y así fue que aquella noche
de sangrienta confusión,
en que al ruido de una riña
Pedro a la calle bajó
con el estoque en la diestra
y en la siniestra el farol,
no era en ella otro que Ruiz
quien llevaba lo mejor.
Como un imán a una aguja
arrastra constante en pos,
como una serpiente a un pájaro,
a un paloma un halcón,
entorpecen y fascinan
sin que ala ni pie veloz
para huirle les acudan,
a impulsos de su pasión
anduvo así Juan vagando
de la fiesta en derredor.
Y oía por las ventanas
de danza el confuso son,
y vía cruzar las sombras
una a una, y dos a dos,

en fantástica carrera

y monótona ilusión.

Así lloraba acosado

de sus celos y su amor,

cuando oyó de una pendencia

vivo y cercano rumor:

cerróse en ella a estocadas

tan sin acuerdo y razón,

que a cuantos hubo a las manos,

adelante se llevó.

En esto acudió Medina,

y Catalina al balcón,

de la suerte recelando,

acelerada salió.

Mas al ver cuál afanosa

curaba ella de otro amor,

cegaron a Ruiz los celos,

el despecho le embriagó,

y al tiempo que alzaba Pedro,

el brazo con el farol,

matóle a la faz de Cristo,

como villano, a traición.

De entonce, en los siete años

después del hecho traidor,

ni una sola vez, de miedo,

por ante el Cristo pasó.

Llegó la primera al cabo,

y en ella al cielo ocasión

de mostrar que hay infalibles

tribunales sólo dos,

de irrevocables sentencias

sin cotos ni apelación.

Para verdades, el TIEMPO,

y para justicias, DIOS.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo